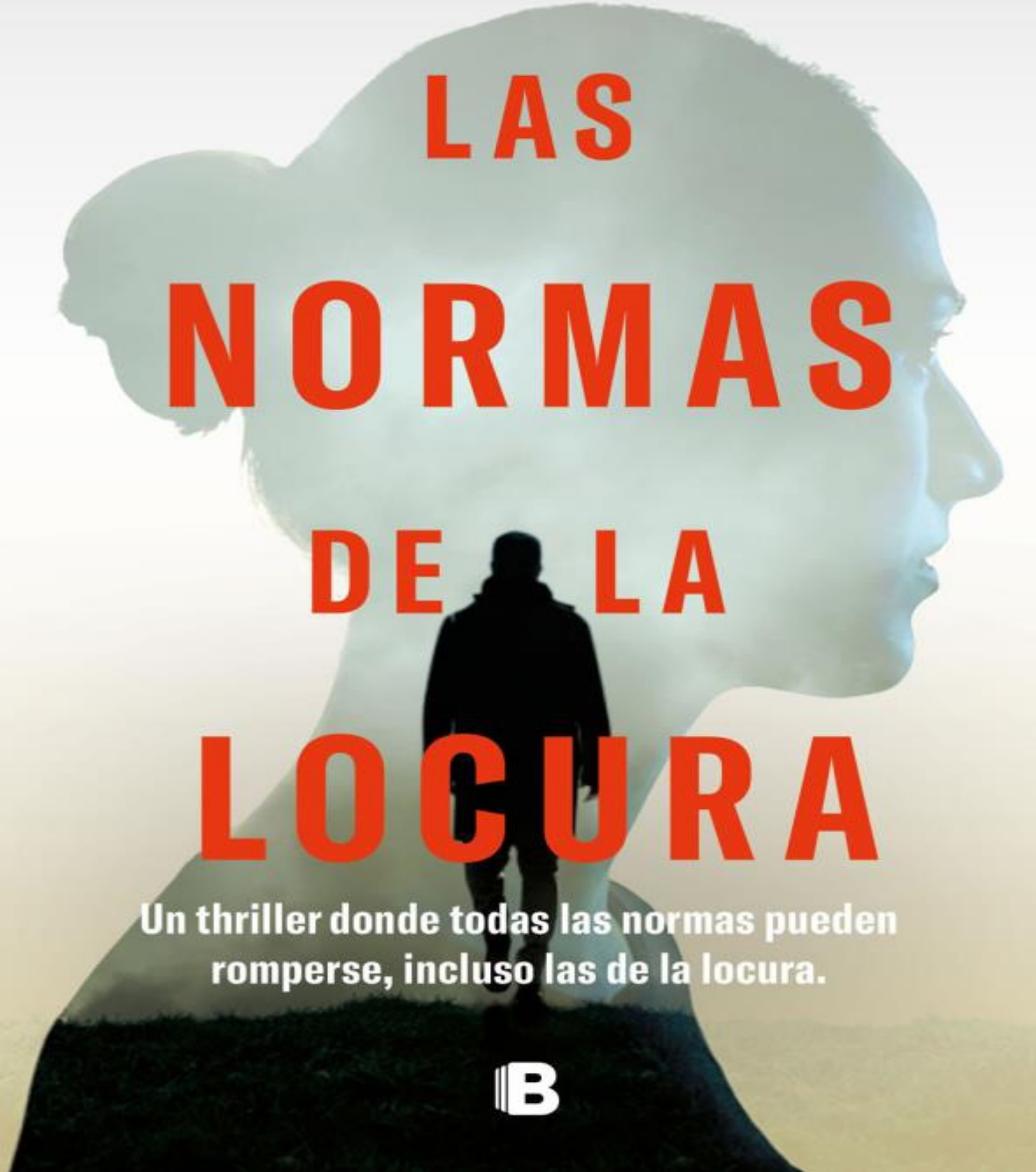
DIEGO GONZÁLEZ-SEGURA



LAS NORMAS DE LA LOCURA

Un thriller donde todas las normas pueden romperse, incluso las de la locura.

Las normas de la locura

Diego González-Segura

Para Mari Carme, Clàudia y Arnau.
Os quiero con locura

No estoy loco, mi realidad es simplemente diferente a la tuya.

LEWIS CARROLL

PRÓLOGO

El olor

Era una noche silenciosa, sin luna. La calle estaba muy poco iluminada para ser uno de los barrios residenciales más caros de las afueras de Barcelona. Agazapado en silencio detrás de unos altos setos y vestido de negro, era imposible que alguien pudiese verlo. Si no fuese por el intenso olor a gasolina que desprendía, casi podía decirse que no estaba allí. La antigua casa aún no mostraba ningún signo de lo que había hecho. Intentó relajarse, se acomodó en el césped crecido y aspiró el aire húmedo y fresco. Se entretuvo en sentir cómo su respiración ensanchaba y encogía su torso sudado bajo la camiseta, una y otra vez, sin apartar la vista de la ventana abierta del piso de arriba. No había tenido ningún problema en trepar por la pared y entrar por esa misma ventana. Era una vía fácil de acceso a la casa, aunque eso ya no le importaría mucho a su habitante. Esperó lo que le pareció una eternidad, hasta que por fin vislumbró un resplandor apenas perceptible pero real. Sonrió y jugueteó con la ampolla vacía que llevaba en el bolsillo del pantalón. Visualizó al hombre como lo había dejado, tendido en su cama con las manos entrelazadas sobre el pecho. ¿Habría despertado ya? ¿Notaría el calor de las llamas? ¿Estaría intentando inútilmente moverse, levantarse, gritar? Una fugaz llama se elevó en la ventana y desapareció. Sí, seguro que ya estaría despierto. No sabría decir si con los ojos abiertos o cerrados. Probablemente cerrados, con la dosis que le había administrado no sería capaz de mover ni un solo músculo. Seguramente estaría notando el resplandor naranja intenso de las llamas a través de los párpados, sintiendo el calor, el humo, el intenso dolor, el terror... Las llamas alcanzaron mayor altura y la ventana se iluminó con fuerza. Aún no podía irse, tenía que esperar hasta olerlo. Sabía que si se demoraba mucho más podrían descubrirlo, pero tenía que hacerlo. Las llamas asomaban por la ventana abierta y lamían el tejado. La ventana de al lado comenzaba a iluminarse también. Entonces llegó. El humo de la madera y el plástico al arder traía algo más: el inconfundible y delicioso olor de la carne humana asada. Inhaló profundamente, una, dos, tres veces, disfrutando de la textura del olor que le impregnaba las fosas nasales. Cerró los ojos y una oleada de electricidad le recorrió el cuerpo y le erizó el vello

de la nuca. La venganza era sensual, excitante. Se dejó llevar por esa sensación, se tumbó en el césped y se acarició el cuerpo: la cabeza, los hombros, el pecho, el miembro, que se endurecía a través de la tela del pantalón. Se aflojó el cinturón, se bajó la cremallera y se masturbó frenéticamente allí mismo, entre los setos. Cuando acabó estaba llorando. De placer, de dolor, de alegría..., no sabía exactamente de qué. Un fuerte crujido y un chisporroteo proveniente de la casa lo sacó de la ensoñación. Miró a su alrededor: la calle seguía vacía. Se limpió con un kleenex que guardó meticulosamente junto a la ampolla de vidrio. Se subió la cremallera y se ajustó el cinturón. Luego se enjugó las lágrimas y comenzó a alejarse agazapado entre los setos. Media casa ardía con furia mientras él se alejaba calle abajo. Por lo demás la noche continuaba igual, sin luna y silenciosa.

CAPÍTULO 1

SESIÓN INTRODUCTORIA

Juzgar no está bien

Era viernes por la tarde y Laura suponía que había llegado al lugar que buscaba, aunque no estaba del todo segura. Volvió a confirmar la dirección que le había enviado Julián y luego observó el antiguo edificio que tenía delante. Era una torre de diez pisos rodeada de una amplia zona ajardinada, que daba la impresión de ser un bloque de apartamentos. Una gran frutería de proximidad ocupaba casi toda la planta baja. Junto a ella, la pequeña portería sin numeración, de vidrios oscurecidos y custodiada por un enorme ficus, no le ofrecía más información. Buscó a alguien que pudiera ayudarla, pero a esa hora la calle estaba totalmente vacía. El calor y la humedad apenas la dejaban respirar. El cielo plomizo amenazaba desde hacía semanas con llover, pero aún no había caído ni una sola gota y el aire estaba sucio, cargado de electricidad. Las mangas largas de la camiseta que llevaba y el grueso pantalón se le adherían a la piel. Corría una brisa suave, pero solo traía el olor de la basura pudriéndose en los contenedores.

Laura odiaba el verano en Barcelona.

Observó movimiento en la tienda, pero no se decidió a entrar a preguntar.

Venga, solo serán unos segundos...

Laura no contestó, no solía discutir con su padre. Se limitó a asentir mientras tiraba de la enorme puerta acristalada de la frutería. El dolor habitual en el brazo derecho le bajó como un latigazo desde el hombro hasta la mano. Y, como de costumbre, tal como llegó se fue. Una vez dentro, el aire acondicionado le acarició el cuerpo y ella sonrió agradecida. La tienda, decorada con estilo rústico, sugería que los productos eran de origen natural y ecológico. Laura avanzó entre los expositores esperando saborear el olor combinado de las frutas y las verduras, pero allí solo olía a desinfectante. Un dependiente que no tendría más de dieciocho años la miró de soslayo y se demoró un rato más tocando la pantalla de su reloj. Por fin se dirigió hacia ella arrastrando los pies y ajustándose el delantal verde.

—Bienvenida a Casa Miratlles, ¿qué desea? —le preguntó con apatía mientras esbozaba una fingida sonrisa.

«Deben de obligarles a sonreír», pensó Laura. Le horrorizaba la posibilidad de trabajar en un sitio donde la forzasen a sonreír a los clientes. Los músculos de la nuca se le tensionaron al instante; estaba juzgando al chico. Juzgar no está bien. Juzgar siempre trae consecuencias.

—Hola, buenas tardes, solo quería preguntarte si este es el edificio número once de la calle Gelabert. —Temió haberlo dicho demasiado rápido. Quería salir de allí cuanto antes, sabía lo que ocurriría y no quería presenciarlo.

El dependiente se tomó su tiempo antes de contestar sin dejar de observarla de arriba abajo. Su mirada la incomodó, la hizo sentirse pequeña. En ese instante la araña violinista empezó a descender lentamente desde el enmarañado cabello del joven.

Laura comenzó a sudar profusamente a pesar del aire acondicionado.

—Sí, es aquí... —dijo el chico finalmente señalando la portería de al lado. Parecía desinflarse al hablar.

La peligrosa araña bajó por su frente avanzando con sus finas y negras patas, rodeándole con lentitud el ojo izquierdo.

No es real, Laura. Cálmate, racionaliza, justifica.

Su padre tenía razón. Pero es que parecía real, tremendamente real. No tendría más de cinco centímetros, pero podía observar perfectamente su hinchado vientre rojo sangre y la delicada marca negra con forma de violín que le atravesaba el dorso.

—Podría ser real —le contestó ella en voz baja.

Viven en las grietas de las casas rurales de Chile, a muchos miles de kilómetros de aquí.

Eso Laura ya lo sabía, no hacía falta que se lo dijera. Pero hacía unos años se habían detectado algunos casos de picaduras en el sur de España y por eso no estaba tan segura. La globalización borraba todas las fronteras, incluso para las arañas.

—Perdona, ¿qué has dicho? —le preguntó el joven con desinterés.

—Lo siento, no hablaba contigo... —le respondió, y al instante se arrepintió de haberlo dicho. Hablar sola era algo que cruzaba la línea de la normalidad. Algo que rompía las normas de la locura.

El dependiente levantó la ceja izquierda y la araña comenzó a escarbar el rabillo del ojo del chico con las patas delanteras. Laura no pudo evitar pensar en lo que aquella pequeña criatura podría llegar a hacerle. Su veneno era cinco veces más tóxico que el de una cobra y diez veces más corrosivo que el ácido sulfúrico. Si lo mordía en el ojo lo perdería inmediatamente entre aullidos de dolor. La piel de la zona afectada se disolvería y se caería a tiras. Retorcido en el suelo, aun antes de que llegase la ambulancia, el resto de la cara se le hincharía como un globo y también perdería el otro ojo. En el hospital le cortarían y extirparían la piel y el músculo intoxicados para que el veneno no llegase a los órganos vitales. Si no se daban prisa, la reacción anafiláctica podría matarlo en cuestión de horas. Y si finalmente se salvaba, quedaría ciego y con una deformidad tan atroz que agradecería no poder volver a mirarse al espejo.

Apartó esos pensamientos como pudo y se las arregló para articular un rápido «gracias». El joven bostezó levemente por toda respuesta, momento que la araña aprovechó para colársele en la boca. Eso fue demasiado para ella. Notó las náuseas subiéndole calientes por el esófago. Dio media vuelta para huir de allí y casi tiró al suelo un largo expositor de madera con enormes tomates dispuestos en círculos entre hojas de lechuga.

Salió con paso rápido y se encontró otra vez con el calor de la ciudad. Respiró hondo varias veces y las náuseas fueron menguando. Las rebanadas de pan de molde que había comido permanecieron donde estaban. Poco a poco se fue sintiendo mejor.

Pasados unos minutos, ya más calmada, se sintió en condiciones de continuar.

En terapia

Laura se acercó a la portería de vidrio oscuro sin numeración para estudiarla detenidamente. En la entrada, detrás de las hojas del enorme ficus que se adueñaba de la pared, descubrió una pequeña placa de bronce. «Dra. Nuria Ferreira. Psicóloga. Entresuelo A».

¿Ves, niña estúpida, lo que pasa por no prestar atención a los detalles?

Laura dio un respingo. Su maestra de sexto curso la había cogido por sorpresa. Odiaba a su maestra de sexto curso.

Si hubieses estado más atenta, no habrías pasado ese mal trago con el dependiente. ¿Qué tienes que decir al respecto, eh? ¡Laura, contesta cuando te pregunto! ¿Por qué no dices nada? Maldita niña subnormal. ¡Respóndeme!

No le contestó. Permaneció en silencio y simplemente dejó que le continuara gritando. Cerró los ojos y aguantó los insultos. Tarde o temprano pararía, solo tenía que esperar a que se desahogase.

¡Que te den, niña idiota!

Tras estas palabras, su cabeza quedó otra vez en silencio. Entonces abrió los ojos, suspiró y llamó al interfono.

Una voz de mujer la invitó a subir. Laura empujó la puerta de metal mientras sonaba el zumbido eléctrico y subió las escaleras de dos en dos. Quería llegar cuanto antes, apartarse de la calle, alejarse del calor. ¿Era el verano más caluroso que había vivido? Probablemente sí, no se acordaba. La medicación le confundía la memoria, impregnaba sus recuerdos con una capa de niebla de la que a duras penas podía extraer algo coherente. Y ese día la niebla era especialmente espesa.

En la puerta A del entresuelo una mujer de cincuenta y tantos años la esperaba. Llevaba un vestido de lino blanco de manga corta. El cabello pelirrojo y entrecano de bucles compactos enmarcaba su cara casi perfectamente redonda, interrumpida solo por la barbilla partida. Laura suspiró aliviada. De entre todos los terapeutas que habían pasado por su vida, ella siempre se había sentido más cómoda con los de más edad.

—Hola Laura, soy Nuria. Los demás ya están en la consulta, ven conmigo. —El tono suave que usó le relajó un poco los aún contracturados músculos de la nuca, y se dejó llevar dócilmente a través de la recepción. La mujer se balanceaba de una pierna a la otra al caminar dando un pequeño saltito a cada paso.

Debe de tener algún problema en la cadera.

Laura asintió en silencio al comentario de su hermano. Apartó la mirada de la mujer y se dedicó a observar el lugar. Estaba decorado al estilo ibicenco, blanco y luminoso, con madera rústica, lino y mimbre. Desde algún altavoz oculto le llegaba una leve melodía de piano. Sintió un tenue perfume a rosas, el punto justo para que no le resultara agresivo. Se detuvieron delante de una puerta de roble.

—Nos descalzamos para la terapia. Puedes dejar aquí fuera tus deportivas. —Laura tensó su cuerpo. Ese tipo de cosas la hacían salir de su zona de confort. Se miró las Converse negras—. Si no te apetece, no pasa nada...

—No, está bien —respondió, y comenzó a descalzarse.

Esa es mi niña.

Laura sonrió. Su padre sabía cómo hacerla sentir bien.

Entraron en la habitación. El interior estaba menos iluminado que la recepción y, aunque se trataba de un espacio cerrado, el aire era fresco y limpio. El suelo estaba cubierto por una gran alfombra de lana anudada de color crema. Sintió su tacto rugoso a través de los calcetines. Algunos sillones de tonos también crema, unas sillas y muchos cojines de colores desperdigados por doquier conformaban el mobiliario. Había dos personas en la habitación. Laura reconoció al instante a Julián, su compañero de trabajo (y amigo), que le sonreía sentado en posición de loto sobre la alfombra. Ella le devolvió la sonrisa. En el extremo opuesto a la puerta, otro joven al que no conocía la miraba con timidez desde una de las sillas.

—Hola —lo saludó ella brevemente con la mano.

El joven no respondió. Laura se sintió incómoda, pero intentó deshacerse lo antes posible de esa sensación. Por un momento dudó de qué hacer y finalmente se sentó en una silla junto al cojín de Julián.

—Bueno, ya estamos todos, podemos comenzar —dijo Nuria cerrando la puerta y sentándose en el suelo con las piernas cruzadas bajo el largo vestido blanco—. Bienvenidos a esta terapia de grupo. Espero que os sintáis cómodos y a gusto. Este es un espacio en el que podréis abriros y expresaros libremente, aquí no seréis juzgados. Aprenderéis los unos de los otros, y yo os iré guiando para que podáis ayudaros a vosotros mismos y a los demás. Aquí vais a hablar de vuestras ideas y de vuestras vivencias. Yo voy a intervenir muy poco, porque lo más importante es lo que vosotros tengáis para compartir. Podéis hablar de lo que os apetezca, pero siempre desde el respeto y la educación, ¿sí? —Su voz era melodiosa. Laura se dejó mecer por ella.

Mientras la terapeuta hablaba, ella aprovechó para mirar a sus compañeros. Observó el cabello blanco de Julián con una media sonrisa y también se atrevió a mirar de reojo al otro chico. Al cruzarse sus miradas, el joven bajó rápidamente la vista y ella aprovechó la ocasión para observarlo con descaro. Era de complexión fuerte, podía notarlo, aunque se hallase encogido en la silla. El cabello castaño ondulado le cubría las orejas y la frente, como si no quisiese oír ni

escuchar a nadie. Bajó ella también la mirada a sus propios pies y observó cómo sus dedos avanzaban involuntariamente adelante y atrás, una y otra vez, acariciando la alfombra. Esa era la forma que su cuerpo había encontrado para regular su ansiedad en aquel lugar. Se quedó así, mirándose los pies, mientras Nuria continuaba hablando.

—Estáis aquí porque tenéis dificultades para relacionaros con vuestro entorno, ¿sí? Dificultades que vamos a ir desgranando juntos. Por lo que ya sé de vosotros, los tres tenéis en común las alucinaciones, aunque se manifiestan de forma totalmente diferente en cada uno. Unas alucinaciones que no podéis controlar, que no se pueden tratar porque constituyen una parte íntima de vosotros mismos, como vuestra respiración. Unas alucinaciones que os hacen únicos, pero que también os generan angustia y dolor. Debo seros sincera, nunca he trabajado en terapia de grupo con personas como vosotros. Sí de forma individual... —dijo sonriendo al otro joven—, pero nunca en grupo. De modo que podemos decir que es también mi primera vez. —Hizo una pausa y dedicó una mirada a cada uno—. Si os parece vamos a presentarnos, ¿sí? Comienzo yo misma. Me llamo Nuria, tengo cincuenta y siete años, soy psiquiatra y psicóloga. Nací en Barcelona y he vivido toda mi vida aquí, salvo los diez años que pasé en Berlín. Estoy casada y tengo tres hijos. Soy la menor de siete hermanos e hija de padres católicos con unos valores muy estrictos. Fui una niña con un carácter muy difícil y eso me llevó a muchos años de terapia. Poco a poco me fui dando cuenta de que quería ser terapeuta. Hace unos años tuve un accidente de tráfico muy grave, me rompí la clavícula y mi cadera quedó destrozada, ahora llevo una prótesis. Me gusta la música clásica, el chocolate negro y leer a autores latinoamericanos. —Nuria calló y los miró con ojos brillantes—. Bueno, ahora os toca a vosotros. Me gustaría que, además de presentaros y hablar de vuestra condición, dijeseis también cómo creéis que esta terapia de grupo podría ayudaros. Bien, ¿quién quiere ser el siguiente?

Laura y Julián se miraron para decidir quién continuaría.

—Yo mismo. —Les sorprendió la voz del otro joven.

Alejandro

—Hola, me llamo Alejandro Navarro y tengo veintiocho años —dijo en tono bajo, apenas audible—. Nací en Buenos Aires, Argentina, y nos mudamos a Barcelona cuando tenía doce años. Vinimos para que yo pudiese recibir un tratamiento más adecuado para lo que me pasaba. Soy hijo único y mis padres murieron en un accidente hace unos años, así que no tengo familiares aquí. Trabajo en la Facultad de Medicina de la Autónoma de Barcelona como administrativo. —Fue aumentando el tono de voz a medida que hablaba, como si con cada frase se fuera llenando de confianza.

Laura percibió su acento porteño. Estaba allí, aunque tenue y cubierto de capas de años de catalán y castellano castizo. Hablaba mecánicamente, como si hubiese recitado esa presentación un millón de veces. Laura pensó en ella misma y en la cantidad de ocasiones en las que se había presentado y explicado su patología. La facilidad con que podía explicar su condición a base de haberla repetido una y otra vez contrastaba con su dificultad para hablar de cualquier otra cosa.

—¿Puedes explicarnos tu problema? —intervino Nuria.

—Tengo una enfermedad..., bueno, no es realmente una enfermedad, es más bien una condición mental. Tengo lo que se llama alucinaciones hípnicas, ese es su nombre médico. Son visiones relacionadas con el sueño. Me pasa desde chiquito, aunque a los doce años empeoré mucho y fue entonces cuando nos mudamos aquí.

Laura no pudo evitar imaginárselo con doce años. Entrando en la pubertad, probablemente ya mucho más corpulento que el resto de sus compañeros, tímido y retraído. Se lo imaginó como el marginado de la clase, solo en medio de un montón de gente. Rogando a cada minuto que lo dejaran en paz, deseando que los comentarios mordaces de sus compañeros y las risas disimuladas de sus compañeras no fuesen por él o por algo que hubiera dicho o hecho. Se lo imaginó como a ella misma a esa edad.

—De pequeño tenía muchas pesadillas —continuó Alejandro—. Sufría terrores nocturnos, me daba mucho miedo dormirme. Con el paso de los años comenzaron a sucederme otras cosas. Antes de dormir sentía como que la casa respiraba, que estaba viva. Veía a gente caminar por mi habitación, mirándome, riéndose de mí o insultándome. Muchas veces, cuando veía aquellas apariciones, el cuerpo se me paralizaba totalmente, no podía moverme ni hablar, y mucho menos gritar o avisar a mis padres. Apenas podía conciliar el sueño, no comía y casi no hablaba... —Tragó saliva y continuó—. Mis padres probaron diferentes tratamientos sin ningún resultado.

Todos los médicos estaban de acuerdo en que al entrar en la adolescencia las alucinaciones desaparecerían, les decían a mis padres que no se preocuparan. Pero entonces cumplí doce años.

Alejandro hizo una pausa y sus ojos se ensombrecieron. Suspiró y asintió levemente con la cabeza, como respondiendo a un diálogo interno, gesto que a Laura le resultó muy familiar. ¿Oiría él también voces? A ella le hubiese gustado asomarse a su cabeza para conocer más sobre lo que lo hacía sufrir, reconfortarlo desde dentro como a veces hacía su padre con ella. Alejandro cogió aire y continuó.

—A esa edad comencé a sufrir un tipo de alucinaciones diferentes a las demás. Me costó mucho entender lo que pasaba, porque era muy extraño. Lo que comenzó a pasarme fue que no podía distinguir entre el sueño y la realidad. Lo que soñaba se integraba en mi memoria como si realmente hubiera ocurrido, me era imposible diferenciar una cosa de la otra. Creía que me estaba volviendo loco. Me comenzó a ocurrir casi a diario y tenía miedo incluso de salir a la calle. Intentaba no dormirme, no soñar, pero era inútil. Tarde o temprano caía rendido y las alucinaciones volvían. —Se acomodó en la silla y recuperó la posición encorvada de antes. Hablaba mirándose las manos, como si estuviese leyendo en voz alta un texto escrito en ellas—. Me medicaron con antipsicóticos, sedantes, ansiolíticos, pero nada funcionaba, incluso en algunos casos las alucinaciones empeoraban. Intenté suicidarme un par veces, pero tampoco estoy seguro de si realmente ocurrió o si lo soñé. Me internaron en un instituto y continuaron medicándome. Al ver que los fármacos no funcionaban comenzaron a tratarme con métodos más... agresivos. —Levantó la vista de las manos y miró a los demás. Luego volvió a bajar la mirada y continuó—: Los médicos estaban convencidos de que lo que me ocurría era el atípico inicio de una esquizofrenia. Me aplicaron electroshocks y me indujeron comas insulínicos. Apenas guardo recuerdos de aquellos días. Entonces mis padres decidieron que ya había sido suficiente y nos vinimos a vivir a España en busca de nuevas formas de enfocar mi problema. Aquí todo era diferente, me trataron con psicoanálisis e hipnosis. Así fue como conocí a Nuria. Y aunque ahora continúo sufriendo alucinaciones, al menos la mayoría de las veces soy capaz de discernir entre lo que es real y lo que no. —Alejandro calló y continuó mirándose las manos, como esperando un veredicto.

—No lo entiendo... ¿Cómo puede ser que hayáis venido a buscar un mejor tratamiento psicológico aquí? ¿No está Argentina llena de psicólogos? —preguntó Julián con una media sonrisa.

—Tú mismo lo has dicho. Argentina es la tierra del fútbol y de la psicología, o al menos esa es la idea que tenéis aquí. El psicoanálisis argentino está a la vanguardia mundial, junto con la escuela de Nueva York. Pero estamos hablando de psicología, la de los pacientes tumbados en el diván y sesiones de cuarenta y cinco minutos. Mi problema es diferente, es un caso psiquiátrico,

de hospitales, tratamientos antipsicóticos y camisas de fuerza. Y en Argentina no tuve mucha suerte con los psiquiatras que me atendieron.

—¿Y cómo sabes que no estás soñando ahora mismo, que esta terapia es real, que nosotros somos reales? —le preguntó Laura fascinada.

—No sé vosotros, pero yo soy muy real —dijo Julián levantando las manos.

Alejandro sonrió. Rebuscó en un bolsillo, sacó un cilindro azul oscuro, un poco más grueso que un bolígrafo y dijo:

—Con esto puedo diferenciar si lo que estoy viviendo es real o no. Es una lanceta de diabetes, se usa para pincharse y medir la glucosa. Yo me la clavo aquí, en el hombro derecho.

—Es como pellizcarse, ¿no? ¡Si sientes dolor significa que no estás soñando! —dedujo Laura.

—Sí, pero no del todo. En realidad, es exactamente al revés. Si no siento nada al pincharme, entonces sé que estoy despierto. Veréis, en mis sueños también siento dolor, en eso no hay diferencia con la realidad, salvo por una cosa. Cuando era pequeño me caí de la bicicleta y me luxé el hombro izquierdo. Fue muy doloroso, y la maniobra que usaron en el ambulatorio para volver a ponerlo en su sitio no fue la correcta. Me lesionaron un nervio que le da sensibilidad a esta parte del hombro. Desde entonces no siento nada aquí. Puedo clavarme esta lanceta en la vida real y no me dolerá. Pero, aunque parezca extraño, sí me duele cuando sueño. Así es como lo sé. Mirad.

Alejandro se arremangó la camiseta, cargó la lanceta y la disparó con un clic en su hombro. Tenía la piel surcada por una miríada de cicatrices de una gama de tonos que iban desde el más blanquecino hasta el más rojizo.

—No he sentido nada —dijo sonriente. Una pequeña gota de sangre apareció en su hombro y la limpió con la palma de la mano—. Eso significa que esto es real —concluyó.

—Vaya... —murmuró Laura.

Alejandro se sonrojó.

—Muy bien —dijo Nuria—. Y dinos, ¿cómo crees que esta terapia de grupo podría ayudarte?

—Bueno..., me gustaría... —comenzó a decir, luego, bajando la vista, continuó—: Creo que la terapia podría ayudarme a reconectar con el mundo. No tengo a nadie con quien compartir lo que me pasa..., he vivido tanto tiempo aislado que no sé ni por dónde empezar... —Alzó la vista. Tenía los ojos húmedos.

—Vale, pues es un buen objetivo para una terapia de grupo. Muchas gracias, Alejandro. ¿Quién quiere ser el siguiente?

—Yo, yo continúo —dijo Julián.

Julián

—Hola, me llamo Julián Pardo y tengo treinta y tres años —comenzó—. Sí, treinta y tres, no os dejéis engañar por este pelo blanco y estas arrugas, es todo parte de mi condición. Nací en Barcelona y aquí he vivido toda la vida. También soy hijo único. Trabajo en Unitas, una empresa que lleva a cabo ensayos clínicos con fármacos para los grandes laboratorios. Mi puesto de trabajo está justo en el piso de debajo del de Laura. Somos compañeros.

—Y amigos... —añadió ella.

—Y amigos —confirmó él—. Tengo una condición muy rara, tanto que jamás he conocido a ninguna persona como yo, aunque sé que existen otras. Se llama hipertimesia, y no es una enfermedad ni un trastorno. Aparentemente la organización de mi cerebro es diferente a la de los demás. Las personas con hipertimesia tenemos nuestra red neuronal conectada de tal manera que guardamos en la memoria absolutamente todos los estímulos que recibimos. Soy capaz de recordarlo todo, incluso aquello que no percibo de forma consciente. Tengo la capacidad de volver sobre un recuerdo y descubrir detalles que me habían pasado desapercibidos en un primer momento... ¿Habéis leído *Funes el memorioso* de Borges? ¿No? ¿Tú, el argentino, tampoco? En fin, os lo recomiendo. Allí se describe bien cómo soy.

Laura recordó la noche en que Julián se lo contó. Le confesó que era como una especie de celebridad en los círculos de psiquiatría, y que él mismo había presentado su caso en congresos en todo el mundo.

—Ya desde pequeño tenía una memoria excepcional. Lo recordaba todo, hasta el propio momento de mi nacimiento. Incluso antes. Tengo recuerdos del útero, ¿sabéis? De verdad. Recuerdo flashes de luz, música, ruidos, conversaciones... De niño tenía una desmesurada capacidad de aprendizaje, retenía todo lo que veía y escuchaba. Comencé a hablar a los ocho meses, y no lo sé porque mis padres me lo hayan contado, sino porque lo recuerdo perfectamente.

Mientras hablaba, se puso de pie. Al levantarse, las rodillas le crujieron y él no pudo evitar una mueca de dolor. Comenzó a deambular por la habitación.

—A medida que fui creciendo, mi cerebro creció conmigo y fui capaz de almacenar cada vez más información. Podía recordar cada letra de cada palabra de cada página que leía. Incluso me bastaba con hojear rápidamente un libro para que la información quedara guardada en mi memoria para siempre, como un escáner. De niño me divertía yendo a la tienda de revistas a hojear rápidamente los nuevos cómics, para luego releerlos tranquilamente tumbado a oscuras en

mi habitación. Luego me sentía culpable, como si los hubiese robado..., no le había contado esto a nadie... —Julián hizo una pausa y miró a Laura a los ojos. Ella le sonrió—. La gente tiene una memoria interpretada, moldeada con olvidos, inventos y exageraciones. Mi memoria es exacta, explícita. Recuerdo lo ocurrido tal como lo percibieron mis sentidos, sin agregar ni quitar nada.

—Diles cuántos idiomas hablas, Julián —lo alentó Laura.

—Hablo diecinueve lenguas, no me es difícil aprenderlas. En realidad, es un número pequeño comparado con las más de seis mil que existen en el mundo.

—Vaya..., no lo puedo creer. Si no me hubiese pinchado antes, este sería un buen momento —bromeó Alejandro, y se sonrojó.

—Espera, que eso no es todo. También he estudiado siete carreras, bueno, en realidad las he memorizado y he aprobado los exámenes, no tiene tanto mérito, entre ellas la de medicina. Me especialicé en neuropsiquiatría, que es la rama que estudia los trastornos mentales derivados de alteraciones del sistema nervioso. Quería saber más sobre mí mismo, más allá de lo que me explicaban los médicos que me atendían. ¿Sabíais que muchas enfermedades mentales tienen una base neurológica y pueden detectarse en una tomografía si se sabe lo que se busca?

Laura pensó que nunca le habían hecho una tomografía. Una de las pocas pruebas que aún no le habían realizado.

—Julián, dinos, ¿por qué estás aquí? ¿Qué tipo de alucinaciones tienes? —preguntó Nuria.

—Sí, claro. Veréis..., mis recuerdos son infinitos. Son como fotogramas, cada uno con todos sus detalles. No solo soy capaz de recordar todos y cada uno de los pájaros que he visto en mi vida, sino también cada movimiento de sus alas. Cuando veo una cara veo todas las veces que la he visto, todas superpuestas, y tengo dificultades para saber cuál es la actual. Lo mismo me pasa con las calles, los edificios y también con mi propia casa. Tengo lo que llaman alucinaciones cronológicas. Muchas veces veo edificios que ya no están, veo tiendas sobre tiendas sobre tiendas, descampados sobre edificios demolidos y vueltos a construir, todo junto, en el mismo momento y en el mismo espacio. Una acera vacía se llena con toda la gente que vi caminar por allí alguna vez. Los recuerdos se materializan como fantasmas, unos sobre otros, como las pinceladas traslúcidas de una pintura a la acuarela. Puede llegar a ser desesperante. Si la actividad es excesiva, mi cerebro se sobrecarga y pierdo el conocimiento. Esto me ocurre cada vez con más frecuencia. Es probable que tenga que ver con el envejecimiento acelerado. Aparentemente todo lo que soy capaz de recordar es demasiado para mi cuerpo, que se marchita a un ritmo más rápido de lo normal. Digo «aparentemente» porque los neurólogos y los psiquiatras no tienen ni idea de lo que me pasa, todo son hipótesis en lo que se refiere a mí —concluyó. Volvió a su sitio y se sentó lentamente sobre los cojines soltando un bufido.

—Gracias, Julián —dijo Nuria—. ¿Y sobre la terapia de grupo? ¿Cómo crees que podría ayudarte?

—Sí, déjame pensarlo..., bueno, creo que esta terapia podría darme otro punto de vista sobre lo que me pasa. Necesito dejar de verlo como una maldición, creo que podría ser algo bueno, algo útil, algo que podría ayudar a los demás.

—Es importante mantener objetivos realistas, que no nos lleven a la frustración. Aunque a veces ayudar a los demás es el camino para ayudarnos a nosotros mismos..., me parece un buen punto de partida, trabajaremos a partir de ahí, ¿sí?

Julián asintió.

Laura

—¿Continuamos contigo, Laura? —propuso Nuria.

—Vale —aceptó ella.

Enderezó la espalda y respiró hondo. Echó una mirada disimulada a su alrededor. Ninguna alimaña. Eso era una buena señal. No se sentía observada, ni intimidada ni juzgada, así que no tenía por qué haber insectos por allí. Todo en orden. Se aclaró la voz, desplazó el cabello hacia atrás con un movimiento de cabeza y comenzó a hablar.

—Me llamo Laura García y... —empezó a decir, pero el resto de las palabras se le espesaron en la boca.

Un puñado de hormigas legionarias comenzó a salir desordenadamente de detrás del marco de un cuadro que Nuria tenía a su espalda. Era un paisaje marino de un pueblo pesquero de la costa mediterránea, una imagen que a Laura le resultaba familiar. Las hormigas emergían a borbotones por los bordes e invadían el lienzo. La imagen comenzó a desdibujarse, sucia y en movimiento, como la débil señal de un televisor analógico. En un momento el cuadro entero quedó invadido por aquellos insectos y en la pared solo se veía una gran masa viva de color rojo vino. Algunas hormigas se desprendían del cuadro y caían al suelo, para volver a subir rápidamente por la pared y reunirse con el resto. Laura sentía la boca llena de arena que le bajaba por la garganta hacia los pulmones y no dejaba que entrase el aire. Notó calor en los pies, bajó la mirada y se dio cuenta de que con los dedos estaba rascando la alfombra de lana anudada de forma frenética. Veía sus pies moverse dentro de los calcetines y oía su sonido al rascar. Ris, ris, ris, ris. Dejó de hacerlo al instante. Respiró hondo y tragó saliva, una saliva espesa, gelatinosa.

—... y veo bichos —completó por fin la frase con dificultad. Nuria la observó y luego siguió su mirada hasta el cuadro.

—¿Los estás viendo ahora mismo? —preguntó, y Laura asintió—. ¿Están aquí? —dijo señalando la pintura.

—Sí... —murmuró. Todos los ojos de la habitación se clavaron en el cuadro.

Alejandro se puso de pie y tocó la tela. Parecía fascinado por lo que no era capaz de ver. Las hormigas no estaban interesadas en sus dedos, continuaban apelotonándose sobre el lienzo.

—¿Qué ves? —preguntó Nuria.

—Veo hormigas legionarias —dijo Laura tras un esfuerzo para retomar el control de su garganta—, miles de ellas, tapando la pintura.

—¿Por qué estos insectos en concreto?

—No lo sé..., quizá porque eran las favoritas de mi padre. —Julián la miró con incredulidad —. Era entomólogo —se apresuró a aclarar—. Profesor en la Pompeu Fabra. —Las palabras comenzaron a fluir con un poco menos de dificultad—. De pequeña me pasaba horas junto a él mirando las coloridas fotos de sus libros, o tumbada en su regazo mirando documentales, o paseando entre los expositores del Museo de Ciencias Naturales. Mi padre me explicaba todo lo que sabía. Hablaba principalmente de las arañas, eran su especialidad, pero también de insectos que le fascinaban, como las hormigas legionarias. —Al decir todo eso se sintió mejor.

—¿Continúan ahí? —preguntó Nuria.

—Sí.

—¿Sabes lo que tienes que hacer para que desaparezcan?

—Calmarme, racionalizar, justificar —recitó Laura como un mantra.

—Muy bien, muy bien. Puedes comenzar por calmarte. ¿Necesitas que te ayude?

—No, gracias, puedo sola.

Cerró los ojos, cruzó las manos en su regazo con las palmas hacia arriba y respiró como le habían enseñado. Inspirando y espirando. Notó cómo las respiraciones iban dejando de ser sonoras e impacientes y se volvían más suaves y acompasadas.

Cuando consideró que estaba suficientemente calmada pasó a la fase de la racionalización.

—Es imposible que estas hormigas legionarias, o marabunta, o guerreras, como las llamaba mi padre, estén aquí —comenzó a decir—. Viven en los climas tropicales. Son animales increíbles, muy diferentes al resto de las hormigas. No son especialmente grandes, pero tienen una mandíbula descomunal que les sirve para arrancar trozos de las presas que atacan. Una sola hormiga puede ser inofensiva, pero su poder está en el número. Atacan cientos de miles a la vez, organizadas como soldados, como guerreros. Son capaces de matar animales pequeños, como perros o gatos, incluso a un hombre. También pueden picar, pero salvo en casos extremos no suelen hacerlo. Una sola podría dejaros una dolorosa ampolla. Imaginad qué ocurriría si os picasen medio millón de hormigas a la vez... —Laura continuó hablando, aún con los ojos cerrados—. Son nómadas, no construyen nidos. Lo que hacen es juntarse todas uniendo sus patas unas con otras para construir un gran nido viviente. Las más viejas en la superficie, las más jóvenes en el interior. Son inteligentes, feroces y voraces. Las favoritas de mi padre, y también las mías. —Volvió a tomar aire y espiró lentamente. Ya podía pasar a la siguiente fase, la de la justificación—. No sé por qué han aparecido. Quizá por la tensión de tener que presentarme y exponerme a vuestro juicio..., no lo sé. A veces no hay un porqué, o no soy capaz de descubrirlo. Se llaman alucinaciones microzoopsicas. Al parecer son proyecciones de mi inconsciente que intenta decirme algo.

Abrió los ojos. Las hormigas habían desaparecido.

Bien hecho, hija.

Laura sonrió satisfecha.

—Ya no están —dijo.

Alejandro abandonó la pintura como si él también hubiese dejado de verlas, y volvió a su sitio.

—El cuadro representa una cala de pescadores típica del Mediterráneo —dijo Nuria—. ¿Te evoca algún recuerdo?

—Sí..., me recuerda a un lugar cerca de Vinaroz, en Castellón... —Laura hizo un esfuerzo y el recuerdo emergió de la bruma—. Un lugar donde solíamos veranear cuando era pequeña... —murmuró casi para sí misma.

Nuria la miró a los ojos.

—Entonces nos estamos acercando a la razón por la cual llegaron las hormigas... ¿Qué sucedió allí que te perturba?

—Nada... —respondió mientras visualizaba las antiguas llamas devorando el descampado. Eso sí lo recordaba.

¡Mentirosa! ¡Puta niña mentirosa! Le mientes como me mentías a mí, ¿no es así?

Volvió a ignorar a su maestra.

—No sucedió nada —añadió.

Puta niña mentirosa...

Laura esperó a que callara. Tragó saliva y continuó:

—No solo puedo ver arañas e insectos, también puedo sentirlos. Noto cómo caminan por mi piel, cómo trepan y se enganchan a mí. Por eso siempre llevo pantalones y mangas largas. No visto así en pleno agosto por capricho, por si alguien se lo preguntaba.

—Estás muy guapa.

Julián le sonrió desde sus cojines. Ella le devolvió la sonrisa, pero enseguida se le borró. Todavía tenía algo más que explicar.

—También oigo voces —soltó. Todos la miraron y volvió a sentirse incómoda. No hubo insectos esta vez.

—¿Son voces que conoces? —preguntó Nuria.

—Sí, todas. Cada una con su personalidad, cada una con su intención. Oigo la voz de mi padre, dulce y cariñosa, la de mi madre amonestándome, la de una maestra insultándome, la de mi hermano defendiéndome..., la voz de mi hermano es la que oigo con más frecuencia. A veces habla solo una voz, a veces lo hacen todas a la vez. Tardé mucho en conseguir que fuera llevadero, de pequeña me volvían loca. Ningún tratamiento ha podido con ellas, tampoco con las visiones.

Nuria la observó fijamente y Laura volvió a sentirse incómoda.

¡Su barbilla parece un culo! Je, je, je, ¡parece un culo!

Laura rio entre dientes.

—¿Estás oyendo alguna voz ahora? —le preguntó Nuria.

Laura dejó de reír.

—Sí, la de mi hermano Víctor. Se está burlando de ti. —Laura notó cómo sus mejillas se calentaban.

—Vaya..., te llevas la copa de oro de las alucinaciones... —dijo Julián riendo. Alejandro lo acompañó con una tímida sonrisa.

—¡Vosotros dos tampoco estáis muy finos! —respondió Laura con fingida indignación. Luego se miró las manos y bajó la voz—. Pero es verdad, soy un desastre...

Hubo unos segundos de silencio que Nuria interrumpió.

—Lo cierto es que las alucinaciones auditivas son mucho más frecuentes de lo que parece. ¿Sabíais que entre el tres y el cinco por ciento de la población oye voces? Eso es mucha gente. Es un síntoma que clásicamente se asociaba a la esquizofrenia, pero lo cierto es que la mayoría de las personas que sufren estas alucinaciones no tienen ninguna enfermedad mental de base. El problema es que muchos lo padecen en silencio porque temen que los demás crean que se están volviendo locos. La mayoría lo soporta sin decírselo a nadie, y eso sí que es un problema. Vuestros casos, sin embargo, son diferentes. Habéis convivido desde pequeños con vuestra condición. Los traumas que podéis acabar desarrollando se generan por la intolerancia de las personas que os rodean. En estas sesiones vamos a trabajar esa herida... —Les dedicó una amplia sonrisa—. Bueno, Laura, dinos más cosas sobre ti, aparte de tu condición —la invitó.

Laura se animó.

—Es verdad, no me he presentado formalmente. Me llamo Laura, tengo treinta y dos años, y vivo sola. Mis padres fallecieron, como los de Alejandro. Mi padre, ya os he dicho que era entomólogo, murió de un infarto cuando yo era pequeña, y mi madre, de una embolia de pulmón, hace diez años.

Y tienes un hermano.

—Y tengo un hermano. —Víctor tenía que repetírselo siempre. Laura se sintió culpable por olvidarse de él. Abrió la boca para decir algo más sobre su hermano, pero cambió de opinión. No le apetecía, no en ese momento. Hizo una pausa, tomó aire y cambió de tema—. Estudié física y llegué a dar clases en la facultad, pero mi condición fue empeorando y tuve que dejarlo. Además, siempre he tenido problemas de memoria y cada vez me resultaba más difícil recordar los contenidos. Finalmente me otorgaron un carnet de discapacidad y ahora ocupo una plaza de inclusión laboral en Unitas, como Julián. Vivo en un piso de protección oficial del barrio de Gràcia. Mmm..., no sé qué más decir —añadió, encogiéndose de hombros—. Sí, perdón, lo de cómo podría ayudarme la terapia. Bueno..., me gustaría tener una vida normal, ser un poco más normal.

Nuria se aclaró la voz.

—Como he dicho antes, es importante ponernos metas realistas. Aceptar lo que no se puede cambiar es uno de los caminos más difíciles de recorrer. Y la aceptación pasa por ver las cosas tal como son, sin la carga positiva o negativa que nosotros mismos les ponemos. Vamos a trabajar en ello, ¿sí?

Laura asintió en silencio.

—Está muy bien, Laura, todos lo habéis hecho muy bien. Sois un gran grupo. —Hizo una pausa para mirarlos uno a uno otra vez—. Creo que este es un excelente primer paso. Podemos dejarlo aquí, ¿sí? Nos vemos la semana que viene a la misma hora. Que tengáis una buena semana.

El Senglar

Salieron los tres juntos a la calle. El sol estaba cayendo y el calor había menguado un poco.

—Ha estado bien, ¿no? —comentó Julián.

—¡Sí! Me gusta Nuria, me da confianza. No tenéis ni idea de la cantidad de terapias a las que he asistido... —dijo Laura.

—Me puedo hacer una idea, yo también pasé por muchos terapeutas. A mí también me cae bien —coincidió Alejandro.

—Supongo que es difícil encontrar un grupo de frikis como nosotros, ¿eh, Doctor Sueño? —bromeó Julián dándole un suave puñetazo a Alejandro en el hombro.

Laura notó que Alejandro tensaba el cuerpo.

—¿Qué os parece si aprovechamos esta tarde de viernes para ir a tomar algo y seguimos charlando? —propuso ella.

—No puedo, tengo que irme... —comenzó a decir Alejandro retrocediendo un paso.

—¡Venga, va! ¡Vamos a tomar una cerveza, nos sentará bien con este calor! —insistió Julián.

—No..., lo siento..., tengo que volver a casa...

Entonces, en un arrebato de confianza, Laura se acercó a él y le cogió las manos. Alejandro se dejó hacer, mientras las mejillas se le enrojecían. Estaba temblando. Era muy sutil, pero ella podía sentirlo. Lo miró a los ojos. Tenía unos ojos preciosos, color chocolate.

—No te preocupes, estás entre amigos. Nadie te va a juzgar, nadie se burlará de ti. Está bien, si quieres marcharte. También puedes tomar algo y si te sientes incómodo puedes irte en el momento que quieras... —Él se aflojó, ella lo notó en sus manos y en su mirada.

—Vale, pero tomaré una Coca-Cola, la cerveza me da sueño. No me gustan las cosas que me dan sueño.

—¡Pues que sea una Coca-Cola entonces! —convino Julián.

Julián se empecinó en ir a El Senglar, su cervecería favorita, pese a la cara de incredulidad que puso el resto cuando mencionó el local.

—¡No puede ser que viváis aquí y que nunca hayáis ido al Senglar! —dijo con fingida indignación, y los arrastró a recorrer once paradas de metro para llegar a aquel sitio.

En el transbordo de la estación de Sants vieron una rata gorda y gris escondiéndose debajo de una máquina expendedora, justo delante de ellos.

—Es real, no son imaginaciones tuyas —le susurró Julián a Laura al ver su cara de repulsión.

Ella le aclaró que eran artrópodos e insectos y no otras alimañas lo que acostumbraba a ver, y le agradeció la aclaración.

El Senglar era una enorme nave industrial de más de dos mil metros cuadrados reconvertida en taberna, situada cerca de la calle de la Marina. El lugar, construido con ladrillo, madera y hierro, le resultaba curiosamente claustrofóbico a Laura, a pesar de su inmensidad. Quizá porque las ventanas estaban a unos seis metros por encima de su cabeza y todo lo que veía a su alrededor era una pared sólida..., sí, quizá era por eso. Había decenas de mesas de madera simétricamente dispuestas una al lado de la otra, y cientos de sillas también de madera sin mucho espacio entre ellas. Al fondo se adivinaban unos futbolines y mesas de billar. Había varias barras a un lado y al otro del local, cada una de las cuales ofrecía diferentes tipos de bebidas y de comidas. A Laura el lugar le pareció demasiado grande, con demasiada gente y demasiadas opciones. Demasiado de todo. Si hubiese ido sola se habría dado media vuelta y se habría marchado antes de que apareciesen las arañas. Pero se armó de valor y se dejó guiar por Julián, que parecía saber perfectamente qué hacer. Se dirigió hacia la segunda barra de la izquierda y saludó al barman, que le respondió llamándolo «Ochenta cacahuetes». El camarero les preguntó qué querían beber. Julián pidió una jarra de Gotlandsdricka.

—¡La cerveza de los vikingos! —dijo alzando el puño al aire.

Alejandro finalmente sucumbió al alcohol y pidió una Quilmes Cristal, una cerveza de su país de origen. Laura pidió una cerveza negra Cuvée Delphine. La vio anunciada justo encima de su cabeza y le encantó el nombre.

—Dejad que os invite yo —dijo Julián, extendiéndole la tarjeta al barman. Mientras le cobraban, se giró hacia ellos.

»Estoy obligado a preguntarles si están ustedes tomando medicaciones que puedan interaccionar con el alcohol —dijo con solemnidad.

Alejandro y Laura se miraron y negaron con la cabeza. Ella miró nerviosa al barman, que no parecía haberlo oído. Julián siempre decía ese tipo de cosas; extrañamente, le parecían divertidas. Y en el fondo lo eran. Si Laura tuviese que evitar todas las bebidas que aparecían como «no recomendables» en el prospecto de su medicación, solo podría beber agua. Y no siempre.

Se sentaron a una mesa apartada del bullicio. Julián les contó por qué lo llamaban «Ochenta cacahuetes». Una noche le había dicho al barman que ochenta era la media de cacahuetes que le había servido en los últimos años. Fue la misma noche en que había comenzado a jugar a *Tu cara me suena* con quien le pagase una cerveza nórdica. El juego consistía en decirle a la otra persona cuántas veces lo había visto en su vida. Si el otro se reconocía a sí mismo en alguna de esas situaciones, entonces pagaba. Todo el mundo lo hacía, en realidad, con tal de oírlo hablar de ellos.

—Se ve que soy muy popular cuando me emborracho —confesó.

Laura le dijo que también lo era sin alcohol.

—Sí, pero me refería a popular para la gente normal —aclaró, y luego se disculpó por el comentario.

La verdad es que no la había ofendido. Ella entendía exactamente a qué se refería.

Víctor

Al final acabaron cenando allí unos frankfurts grasientos bien regados con cerveza, y en un momento dado se vieron hablando de sus respectivas familias.

—Esta tarde has dicho que tenías un hermano, pero nunca me lo habías mencionado —le dijo Julián a Laura tras un largo trago a su cerveza.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Créeme que me acordaría si lo hubieses hecho —respondió él sonriendo.

No les digas nada.

Laura oyó a su hermano, pero el alcohol acolchaba su voz y decidió no hacerle caso. Sabía que se enfadaría, pero le apetecía contar la historia de su hermano a alguien que no fuese un psiquiatra ni un terapeuta.

—Tuve un hermano gemelo, pero lo maté —dejó caer. Esperó la reacción de los otros dos, quienes primero sonrieron, pero luego se miraron con expresión de perplejidad. Laura no mantuvo mucho más el suspense—. Fue un homicidio involuntario, en realidad. Murió cuando compartíamos útero. Síndrome del gemelo evanescente, se llama. Al parecer es algo bastante común. Una arteria mal conectada hizo que yo consumiera todos los nutrientes que debían ser para los dos y simplemente lo absorbí. En la primera ecografía aparecían dos fetos, y en la siguiente, solo uno. Entre una y otra visita mis padres ya nos habían puesto nombre. En una ecografía aparecían Laura y Víctor, y en la siguiente solo Laura.

—Pero has dicho que oías la voz de tu hermano defendiéndote..., no tiene sentido... —comentó Julián.

—¿Eso he dicho? Sí, seguro que sí, tú no te equivocas nunca... Es curioso, pero de alguna manera mi hermano tiene voz y carácter, creció conmigo y me ayuda en las situaciones más difíciles... Además, tiene personalidad propia, incluso una memoria mucho mejor que la mía, que es un desastre... —Tomó un trago de cerveza esperando que toda aquella información se fundiera dentro de la imagen anormal que ya los dos debían de tener de ella. Al fin y al cabo, aquel era un espacio de seguridad, donde las normas de la locura podían romperse.

—¿Y por qué no has mencionado lo de tu hermano en la sesión? —preguntó Alejandro.

—No lo sé..., no me apetecía..., quizá otro día —respondió ella.

—Tampoco hace falta decirlo todo en terapia. A veces es bueno ocultar cosas. Lo hacemos constantemente con nosotros mismos —observó Julián.

Asintieron los tres en silencio y durante un rato nadie dijo nada. Más tarde comenzaron a

hablar de las ayudas sociales que recibía cada uno. Las ayudas del Estado empezaban a ser sustanciales a partir de una discapacidad del treinta y tres por ciento, y ellos estaban por encima de ese límite. Cuando llegó la segunda ronda de frankfurts hablaron de la forma en que se alimentaban: en los tres casos era un desastre. Coincidieron en que, cuando se tiene la cabeza jodida, la alimentación sana es lo último en lo que se piensa.

Alejandro ya estaba mucho más animado entonces. A propósito de la alimentación, les explicó la discusión en la que había participado esa misma mañana en la facultad. Todos comentaban un anuncio de un tío tocando el piano en medio del campo y cantando que su producto era como la leche, pero para humanos. Promocionaba leche de avena. A nadie le había pasado desapercibido salvo a Alejandro, que no veía la tele. Uno de los profesores defendía el consumo de la leche de avena en niños para evitar el sufrimiento animal. Decía que a cuento de qué teníamos que beber secreciones de vaca, que provocaba intolerancias y alergias. Argumentaba que era mejor una alimentación más sana. Alejandro intervino y comentó que de medicina sabía poco, pero que a él le habían dado leche de vaca toda la vida y que medía un metro noventa. Le preguntaron a qué venía eso, y él les dijo que había leído en un artículo de *The Lancet* que los niños que bebían sucedáneos de la leche eran en promedio más bajos que los que bebían leche de vaca. En realidad, Alejandro no sabía si lo había leído o lo había soñado. El caso es que todos los profesores que tenían hijos en plena edad de crecimiento se habían quedado callados y allí se había acabado la discusión. Alejandro concluyó que evitar el sufrimiento animal estaba bien, pero que si se trataba de elegir entre una alimentación respetuosa con los animales o de no tener hijos bajitos, la decisión estaba clara.

—Nadie quiere tener niños anormales... —murmuró Laura.

—¡Por los anormales! —propuso Julián levantando la jarra de cerveza. Y los tres brindaron.

Continuaron bebiendo un buen rato. Luego acompañaron a Laura a su casa y los dos chicos continuaron su camino. Ella se duchó y se metió en la cama. Mirando al techo y repasando todo lo que había pasado en aquel largo día, se acordó de Víctor.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó a su hermano en voz baja. No hubo respuesta—. ¿Estás enfadado? —insistió.

No, no estoy enfadado.

—Siento que no te haya hecho caso antes... —comenzó a decirle.

No te preocupes.

Era una respuesta seca. Sí, estaba enfadado.

—¿Me cantas una canción para dormir? —le pidió ella con la voz más dulce de la que fue capaz.

Vaaale...

Se notaba que estaba de mejor humor. Comenzó a cantarle una antigua y familiar canción de

cuna. La arrulló durante un rato hasta que se quedó dormida.

Rizos pelirrojos

El cuerpo era pesado, mucho más de lo que parecía. Había estimado que pesaría unos sesenta kilos porque era de complexión delgada, pero pesaba mucho más. La manera más simple de arrastrar un cuerpo tan pesado es cogiéndolo por los tobillos, eso lo sabe todo el mundo. Solo hay que tener la precaución de meterle las manos dentro del pantalón para que los brazos no se abran y no vayan tropezando con el mobiliario. Subirlo a la cama era una tarea diferente. Levantar a un hombre adulto a peso muerto no es fácil. La forma de hacerlo es cogiéndolo por las axilas y cargándolo a la espalda como una gran mochila de carne, y luego arrojándolo a la cama de lado como una carretilla. Así lo había hecho, aunque había quedado tumbado boca abajo. Debía girarlo rápidamente, de lo contrario se ahogaría. Aquella no era la forma en la que debía morir. Girar a una persona inconsciente cuando está boca abajo tampoco es fácil. Hay que hacerla rodar en bloque, como un tronco. Para ello hay que ayudarse del peso de sus miembros. Hay que cruzar el brazo y la pierna del mismo lado por encima del cuerpo y voltearlo en la dirección que marcan los miembros flexionados. Lo que puede pasar es que el brazo cruzado quede debajo del cuerpo, cosa que había acabado ocurriendo. Eso no era complicado de arreglar. Un brazo puede pesar unos seis kilos, es mucho más manejable que el resto del cuerpo.

Una vez dejó el cuerpo en la posición adecuada, pudo por fin continuar al paso siguiente. Le apartó los rizos pelirrojos del cuello y le buscó la yugular. Allí estaba, elevándose con cada latido del corazón. Esperó a que se hinchase aún más con la inspiración y le inyectó todo el contenido de la jeringuilla. El muchacho emitió un gemido. El cloroformo estaba perdiendo su efecto. No pasaba nada, estaba todo bien. El efecto del anestésico debía ir desapareciendo conforme el de la neurotoxina fuese aumentando. Así era como debía ser. Le cruzó los brazos sobre el pecho y se apartó unos pasos para contemplar la escena. Se preguntó si aún seguiría vivo cuando las llamas prendiesen en su bonito cabello. Desde luego que sí, vivo y consciente; el cabello siempre es lo que primero arde. Quedara como quedase el cuerpo, seguro que no conservaría ni un solo pelo.

Dejó de entretenerse y se giró hacia los bidones de gasolina. Aún debía hacer algunas cosas más antes de poder tenderse y disfrutar del delicioso aroma de la carne asada.

CAPÍTULO 2

SOBRE EL TRASTORNO

El inspector

El inspector Jordi Pregones aparcó el coche en el pequeño espacio que dejaban los camiones de bomberos en la estrecha calle del barrio de Can Caralleu. Al apearse, el olor a plástico y madera quemados le saturó las fosas nasales. El sol comenzaba a ponerse y la sombra del Tibidabo se alargaba sobre la ciudad. «Esta casa debía de tener unas vistas espectaculares», pensó. Pasó entre las vallas de seguridad amarillas y buscó alguna cara conocida. Cerca de la puerta calcinada del edificio se encontraba Mateu Cañones, el jefe del parque de bomberos, con cara de muy pocos amigos.

—*Bona tarda*, Cañones —saludó con hosquedad fingida. Se encontraba de muy buen humor, pero era mejor sintonizar con el ambiente general. El bombero interpuso su enorme cuerpo en su camino.

—No puedo dejarlo pasar, Pregones. Hay un cuerpo en el primer piso, lo levantaremos en unos minutos. Los chicos fijaron la estructura, pero es inestable. Lo sacamos y nos vamos.

—¿Y los de la científica? —preguntó Jordi. Si no lo dejaban subir a ver el cadáver, al menos podría revisar luego las fotos y las muestras tomadas por el equipo forense.

—Tampoco han subido. Si el suelo del primer piso no es estable para usted, tampoco lo es para ellos.

—Vamos, no me joda, Cañones. Sabe perfectamente que uno de nosotros tiene que presenciar la escena antes de retirar el cuerpo.

—Conozco de sobra el procedimiento, pero es peligroso. Además, la víctima tiene toda la pinta de haberse quedado dormido fumando, no habrá mucho que rascar ahí.

—Venga, solo será un minuto. Seguro que su equipo ha hecho un excelente trabajo apuntalando el lugar. Confío plenamente en ellos. —Jordi bajó un poco la cabeza mientras hablaba, apenas unos milímetros, los suficientes para mostrar sumisión. El bombero lo miró en silencio durante unos segundos.

—Está bien, tiene un minuto de reloj, después los muchachos levantarán el cuerpo. Pero no se entusiasme, ahí arriba está todo carbonizado.

Jordi asintió con la cabeza y pasó por el estrecho hueco que el bombero le ofreció como entrada.

La planta baja estaba quemada en parches, como lenguas negras que bajaban desde el techo. El olor a carbón mojado y a plástico quemado era más intenso. «Hoy en día casi todo está hecho de plástico», pensó Jordi mientras avanzaba por la estancia esquivando los postes de metal que

apuntalaban el techo. De arriba caían unas gotas negras que le estaban poniendo perdido el uniforme. Se dirigió a la escalera de madera con las barandillas quemadas. Con cada uno de sus pasos crujía la estructura entera y la madera debajo de sus zapatos se desmenuzaba en finas láminas de carbón. El fuerte crujido de un peldaño sobresaltó a Jordi, quien descargó su peso apoyando el hombro contra la pared y se tiznó el uniforme. «Debería perder peso», pensó. Tomó aire y continuó subiendo.

Cañones tenía razón. El piso de arriba estaba totalmente carbonizado. Las paredes negras y húmedas reflejaban los rayos del sol de la tarde que entraban por las ventanas reventadas. Todo estaba quemado, apenas se adivinaba la forma de los muebles que Jordi iba sorteando. Finalmente llegó a la habitación principal, aún se podía distinguir en ella una cama y el cuerpo carbonizado encima. No se podía decir si se trataba de un hombre o una mujer: el fuego había consumido prácticamente toda la piel y la grasa subcutánea. La cara era un amasijo de tejidos donde solo se veían las blancas hileras de dientes, pero había algo evidente, algo que hizo que Jordi tragara saliva con dificultad. El cuerpo tenía los brazos cruzados sobre el cuerpo, una postura antinatural en alguien que se hubiese quedado dormido fumando. Una postura que ya había visto antes. Se quedó unos momentos observando el cadáver y pensando, mientras hacía girar la alianza de su mano izquierda. Luego sacó el móvil y le hizo unas fotos desde diferentes ángulos. Trató de buscar alguna pista, pero todo lo que veía era negro sobre negro. Finalmente bajó.

En la puerta lo esperaba Cañones con un grupo de seis bomberos que entraron en el edificio cuando él salía.

—¿Encontraron algún acelerante? —preguntó Jordi. Cañones lo observó fijamente.

—No, no encontramos nada, ha sido un accidente, ya se lo he dicho —respondió el bombero con gesto hosco.

—Esto ya ha ocurrido en otra ocasión, y aquella vez hubo un acelerante. Le apuesto lo que quiera a que aquí también lo hay, búsquelo —respondió Jordi.

Mientras el bombero abría la boca para contestarle, él se giró, y con un *Adeu, bona tarda* se dirigió hacia su coche.

El candado

Laura esperaba su turno en la ferretería con el número en la mano, sudando a mares y preparándose mentalmente para responder de forma adecuada cuando le tocase. Ni muy deprisa para no mostrar ansiedad ni demasiado despacio para que no pasasen al siguiente número y tuviese que aclarar que ella estaba antes. Siempre le había llamado la atención la naturalidad con la que el resto de la gente se desenvolvía en esas tareas. A ella le parecían agotadoras. No estaría allí si no fuese porque en la oficina habían enviado un mail ultimátum para que todos los empleados pusiesen candados en sus taquillas.

Y ahora se veía en esta situación, sudando para comprar un candado.

Por fin le tocó el turno y pudo cumplir el objetivo de enseñarle su número a uno de los dependientes en el momento exacto. El porte y la enorme sonrisa del muchacho que la atendió acabó de relajarla.

—Hola, guapa, ¿en qué te puedo ayudar? —Las mejillas de Laura se calentaron al instante.

—Necesito un candado, por favor —respondió ella en voz baja.

—Vale, ¿lo quieres con o sin llave? —preguntó él acercándose un poco más a ella por encima del mostrador.

—¿De verdad vendéis candados sin llave? —dijo divertida. El muchacho parpadeó perplejo y su ancha sonrisa se redujo.

—Bueno, los tenemos con llave y también de los que se abren con una combinación —contestó con cautela.

Laura se echó a reír con ganas, la carcajada la sorprendió a ella misma.

—Perdona, ¿he dicho algo gracioso? —Ya no quedaban vestigios de la enorme sonrisa del dependiente.

—¡Es que por un momento he pensado que vendíais candados sin llave! —dijo Laura como pudo, sin parar de reír.

—¿Y por qué haríamos eso? —El chico se cruzó de brazos.

—¡He pensado que vendíais candados sin llave para cerrar cosas que no debían abrirse jamás! —replicó Laura, que continuaba riendo, con lágrimas en los ojos.

Se hizo un silencio y ella reparó en que el dependiente la observaba de arriba abajo con el ceño fruncido. Miraba cómo iba vestida.

Laura dejó de sonreír y vio que un puñado de arañas tigre comenzaba a emerger de entre las cajas de tornillos del mostrador. Unas criaturas cubiertas de líneas negras, blancas y amarillas

como las de los tigres. Atraían a sus presas con su vistoso colorido para luego escupirles una pegajosa telaraña que las dejaba indefensas y listas para recibir la mortal picadura. Laura soltó un grito, dio un salto hacia atrás y enseguida miró al dependiente por si había notado su reacción. El muchacho frunció la nariz, se giró para rebuscar en un cajón y le mostró a Laura un candado. Con llave.

—Toma —dijo secamente.

—Gracias... —murmuró Laura—. ¿Cuánto te debo?

—Te lo regalo —respondió él sin mirarla.

Laura sabía qué significaba eso. Ella no había respetado las normas de la locura y lo estaba incomodando. Arrojó el candado al fondo del bolso, se giró murmurando un «Gracias» y salió de la ferretería a toda prisa.

El incidente

El resto de la semana pasó a toda velocidad. Laura durmió muchas horas, se encontraba terriblemente cansada. Le habían reducido la dosis de la medicación, pero aun así notaba un constante embotamiento. Ahora solo tomaba un comprimido de quetiapina. Una tableta blanca de casi dos centímetros que no se debía partir, pero que ella rompía igualmente. Tragaba uno a uno los trozos con la ayuda de un refresco y luego engullía unas rebanadas de pan de molde para eliminar el rastro amargo que le dejaba en el fondo de la lengua. Su entrañable ritual matutino.

En el trabajo el ritmo era frenético, como siempre antes de vacaciones. El año tenía dos apocalipsis, uno en diciembre y otro en julio. Todo el mundo se afanaba para cumplir con los objetivos de medio año, como el universitario que deja los estudios para los últimos días antes del examen. A Laura nunca le ocurría, tenía todo planificado y cerrado y eso parecía irritar muchísimo a sus compañeros. Lo que ellos no sabían era que lo que realmente le asustaba era irse de vacaciones, quedarse sola consigo misma días enteros, sin orden ni horarios. En esa vorágine de trabajo coincidió un par de veces con Julián y se saludaron con una sonrisa de complicidad. Era un buen amigo.

Bueno, amigo después de lo que ambos llamaban «el incidente».

Ocurrió en invierno. Julián había comenzado a trabajar en las oficinas y todos hablaban del bicho raro de la planta seis que ocupaba la otra plaza destinada a personas con discapacidad. A Laura le llamó la atención desde el principio, su aspecto era muy curioso (suponía que el de ella también, por eso procuraba no mirarse demasiado al espejo). Un tipo de su misma edad, pero anciano a la vez. Una piel fina, arrugada y blanca envolvía un cuerpo correoso, parecía un corredor de maratón deshidratado. Tenía el cabello fuerte pero totalmente blanco, como el de los hombres mayores que sonríen en los anuncios de planes de pensiones, y cargaba una mochila de piel marrón oscuro de la que raramente se separaba.

En la fiesta de Navidad de la empresa, los organizadores los sentaron juntos, por supuesto. Y lo cierto es que aquello resultó ser una gran idea. Bebieron, brindaron, se rieron de todo y de todos. Acabaron en el apartamento de ella y comenzaron a desnudarse. En el momento en que Laura tocó la piel del torso de Julián, una araña espalda roja se asomó desde la nuca de él y avanzó con rapidez hacia la mano de ella con la intención de picársela. Por supuesto que aquello no podía ser real, esa especie solo vivía en Australia. Pero entre el alcohol y la confusión ella lo empujó y se puso a chillar histérica. Cuando pudo calmarse, con la araña ya desaparecida (y con ella cualquier rastro de libido), se lo contó todo. Las alucinaciones, las voces, todo. Él escuchó

maravillado la descripción que ella le hizo de aquel pequeño animal. Le explicó que, como muchas especies de arañas, las hembras de la araña espalda roja acostumbraban a matar y comerse al macho después del coito. Los machos, en un alarde de instinto de supervivencia, buscaban a las hembras jóvenes y poco experimentadas, para no ser engullidos. Laura recordaba que Julián había reído con ganas tras escuchar la historia. Le dijo que la encontraba divertida y extrañamente perturbadora a la vez.

—¿Hay un paralelismo con nosotros? ¿Significa que me estoy aprovechando de tu inexperiencia para que no me devores?

—Ni te estás aprovechando ni soy inexperta, y tampoco sabes aún si acabarás como mi cena —bromeó ella con sensualidad fingida, pues ya no estaba en ese punto. Y nunca volvió a estarlo.

Su amistad creció fuerte y libre de tensión sexual desde esa noche. Se contaban todo, compartían sus miedos, sus angustias y a veces también sus ansiolíticos, cuando a alguno de los dos se le acababa antes de haber obtenido una nueva receta.

Laura esperaba no tener que contar todo eso en la terapia.

Trastornos

Ese viernes Alejandro llegó más tarde a la terapia. Explicó que le habían cortado el gas por impago. Él estaba convencido de que había pagado la factura y estuvo discutiendo mucho rato por teléfono, primero con los del gas y después con los del banco. Finalmente había resultado que en realidad lo había soñado todo, porque no había ninguna transferencia ni ningún otro movimiento bancario, y tuvo que pasar aún más tiempo al teléfono para arreglar la situación. Tenía una actitud de niño enfurruñado que a Laura le pareció muy divertida, aunque optó por no decirle nada.

Una vez iniciada la sesión cada uno ahondó en su trastorno. Explicaron con más detalle lo que les ocurría. Siguieron el orden anterior y Laura lo agradeció. En general no le gustaba ser la primera en hablar. Cada vez que alguien preguntaba quién quería ser el primero en hacerlo, ella esperaba en silencio a que apareciese un voluntario y suspiraba aliviada cuando alguien decía «¡Venga, yo mismo!». También lo agradeció porque le gustaban las rutinas, el orden, conocer el programa y anticiparse a lo que podía venir a continuación. Eso le permitía prepararse mentalmente para las nuevas situaciones.

Comenzaron la sesión con una meditación guiada y a continuación Nuria le preguntó a Alejandro cómo había sido su primera alucinación. Él comenzó a hablar. Esta vez lo hizo con confianza y seguridad, y Laura sintió que de algún modo había contribuido a ello cuando lo había convencido para que los acompañase el viernes anterior, al salir de la terapia. Le pareció que ella podía ayudarlo a alcanzar su objetivo de reconectar con el mundo.

—Os contaré mi primera alucinación hípnica. Sucedió justo el día que cumplí once años. Recuerdo que aquella mañana de sábado me levanté de un salto. Había puesto el despertador a las ocho; estaban a punto de llegar mis abuelos y no quería perderme ese momento. Estaba eufórico. Llegaron puntuales como un reloj, a las ocho y media. Traían una flamante caña de pescar, una preciosa Vercelli roja y blanca, y con ella la promesa de llevarme al pueblo a probarla. Para mí sería un largo viaje de cuatrocientos kilómetros en autobús hasta la casa de mis abuelos, pero valdría la pena.

»Al mediodía comenzaron a llegar mis amigos, la casa se llenó de gente, de gritos y de envoltorios de regalos. Comimos, soplé las velitas de una enorme tarta y luego nos fuimos a jugar al fútbol al patio. En Argentina siempre hay alguien que regala una pelota y hay que jugar con ella el mismo día. Lentamente fue cayendo la tarde y mis amigos se marcharon. Mis abuelos

fueron los últimos en hacerlo. Al despedirme de ellos los abracé con fuerza, había pasado el mejor día de mi vida. Agotado, feliz y con la habitación llena de regalos, me fui a la cama.

Alejandro tragó saliva con dificultad y continuó:

—Al día siguiente el despertador sonó a las ocho, pero no recordaba haberlo puesto la noche anterior. Me incorporé confuso. No había regalos a mi alrededor. «Probablemente los habrá recogido mamá», pensé, y me dirigí al comedor. Mis padres estaban sentados en el sofá, mi madre llorando y mi padre abrazándola. Les pregunté qué pasaba, dónde estaban mis regalos. Mi padre me respondió que no habría regalos, que habían suspendido la fiesta. Les dije que no quería otra fiesta en domingo, que con la fiesta del día anterior era suficiente. Pregunté con insistencia por los regalos y mis padres me miraron extrañados. Me dijeron que era sábado, que era el día de mi cumpleaños y que mis abuelos habían tenido un accidente de tráfico a primera hora y habían fallecido en el acto. Mi madre me abrazó entre sollozos y mi padre me acarició la cabeza.

»Yo no entendía nada. Estaba confuso, mareado y la cabeza me dolía como si me estuviesen atravesando la frente con un taladro. Me pasé horas buscando la caña de pescar por toda la casa, mis padres iban detrás de mí gritando que parase, pero yo apenas los oía. Me vistieron con ropa oscura, me subieron al coche y me llevaron a la capilla ardiente donde, en dos ataúdes abiertos, estaban mis abuelos. Él con traje y peinado hacia atrás como jamás se había peinado, ella con el vestido de los domingos y maquillada como nunca se había maquillado. Los dos con las manos entrelazadas en el pecho, ninguno de ellos llevaba las gafas.

»Cuando estás acostumbrado a ver a alguien con gafas durante años, se te hace muy raro verlo sin ellas. No parecían ellos, en realidad. Comencé a gritar que no eran ellos, que eran otros, que todo aquello era un error. Chillé y pataleé. Con la ayuda de otros familiares mi padre intentó controlarme, pero no pudo conmigo, hasta que vino una ambulancia y el enfermero me inyectó algo, entonces me quedé dormido. Esa fue mi primera alucinación. —Alejandro tomó aire y Laura también respiró en sincronía con él, hipnotizada por su relato.

Nuria le dio las gracias a Alejandro y le pidió a Julián que hablase de sus recuerdos. Le pidió que contase algo concreto para que todos pudieran entender mejor lo que le ocurría. Julián estuvo pensando un momento.

—En la sesión pasada os dije que guardo recuerdos de cada rostro y de cada expresión. Si me concentro, podría deciros cuántas veces os he visto en mi vida. Quizá sea esa la mejor manera de ejemplificar lo que me ocurre... ¿Te parece bien que lo haga contigo? —le preguntó a Nuria.

—Por supuesto, Julián, adelante —accedió ella con una sonrisa.

Entonces Julián cerró los ojos y respiró hondo. Podía verse cómo sus globos oculares se movían frenéticamente detrás de los párpados. Al cabo de unos momentos los volvió a abrir.

—Te he visto diecisiete veces en mi vida. La mayoría de ellas fueron encuentros fugaces.

Hace dos años nos cruzamos en el paso de peatones de Diagonal y Nápoles. Hace tres, yo viajaba en autobús y te vi bajándote de un taxi delante del hospital Clínic. Hace cinco años nos cruzamos en la acera, tú salías de la churrería de Sicilia con Mallorca...

—La churrería de la Sagrada Familia, iba a menudo por allí cuando tenía la consulta en la calle Sardenya... —dijo Nuria maravillada.

—Te vi por primera vez hace veintiocho años, yo tenía cinco. Era invierno. Estaba en el parque de atracciones del Tibidabo con mi madre. Era hora de irse y yo lloraba y tironeaba de su falda porque quería quedarme. Para sacarme del berrinche me señaló una pareja con un bebé en un cochecito. «Mira qué niño más bonito», me dijo. En aquella época me gustaban mucho los bebés, así que su maniobra dio resultado. Me acerqué a la señora que empujaba el carrito. Eras tú, Nuria. Ibas con un abrigo de pana marrón con los botones de madera alargados, una bufanda azul oscuro, unos pantalones grises de franela y unos zapatos negros. El hombre que te acompañaba llevaba un traje gris a rayas. En el cochecito de color crema de ruedas grandes tipo inglés había un bebé de ojos azules y mejillas rojas, envuelto en una esponjosa manta azul celeste. «Pregúntale cómo se llama», me animó mi madre. «Eduard», respondiste. Me quedé mirándolo azorado. «Seguro que Eduard también se marcha, ¿verdad?», preguntó mi madre. Tú asentiste. «Nos vamos a ir juntos», dijo mi madre, y os acompañamos a la salida.

—Es increíble..., apenas guardo algún recuerdo de aquello. De la ropa que describes sí me acuerdo, creo... —comentó Nuria.

—Ya, suele pasar. Mucha gente duda de lo que les cuento simplemente porque no lo recuerdan. Pero ha ocurrido, está todo guardado aquí —respondió Julián dándose golpecitos con el índice en la sien.

—Es increíble —murmuró Alejandro mientras sacaba el cilindro azul oscuro del bolsillo y cargaba la lanceta.

Laura observó cómo se la descargaba en el hombro y sonreía aliviado después. Comenzaba a parecerle natural. Así eran las normas de la locura, siempre acababa uno por acostumbrarse a ellas.

—Es curioso, nos has dicho los recuerdos que tienes de mí de los años más recientes, y uno de cuando tenías cinco... ¿No guardas ninguno de tu adolescencia? —preguntó Nuria.

El rostro de Julián se contrajo como si Nuria le hubiese tocado una herida abierta y luego bajó la mirada.

—Ya, es que... no me gusta hablar de mi adolescencia... —dijo con voz apagada.

—No te preocupes, no hay que hablar de nada que no queráis. Quizá más adelante, cuando estés un poco más preparado.

Durante unos segundos nadie habló.

—Bueno, vamos a continuar —dijo a continuación Nuria alargando el cuello—. Laura, ¿por

qué no nos cuentas algo más sobre tu condición? ¿Te han hecho pruebas, sabes a qué puede deberse?

—Sí, por supuesto... —respondió Laura—. Cuando comenzaron las alucinaciones me trató una multitud de neurólogos, psiquiatras y psicólogos. Nadie podía dar con un diagnóstico, nada encajaba conmigo. Los tratamientos no hacían efecto, las teorías no se verificaban, me salía de lo conocido. Un día a uno de ellos se le ocurrió hacerme una prueba de coeficiente intelectual. Parece que mi puntuación fue muy por encima de la media, aunque yo nunca me había sentido especialmente inteligente. Dijeron que mi condición podía ser producto de mi desmesurado coeficiente intelectual. Al parecer existían otros casos documentados dentro del grupo MENSA...

—¿Qué es el grupo MENSA? —la interrumpió Julián.

—Es la asociación mundial de personas con alto coeficiente intelectual —respondió Laura—. ¿No lo sabías con tanta información que guardas?

—No, pero ahora se quedará aquí para siempre —dijo Julián señalándose la frente.

Laura permaneció en silencio, había perdido el hilo.

Nuria fue a su rescate:

—Nos decías que hay otros casos documentados como el tuyo.

—Sí, es verdad, en el grupo MENSA. Lo que me ocurre se denomina «síndrome de sobreexcitabilidad». Al parecer, ser demasiado inteligente puede ser malo para la salud. Se trata de un potencial mental desbordado que excede la personalidad y que crea nuevos espacios. En mi caso, esos nuevos espacios son imágenes y voces que no existen. —Hizo una pausa. Estaba agotada por el esfuerzo que suponía rescatar todos esos recuerdos. Luego continuó—: Mi mente es como un superordenador demasiado potente para el sistema operativo que lo mantiene funcionando y busca por sí mismo otras formas de expresarse fuera de él, expandiéndose y ramificándose. Las voces y las arañas son esas ramificaciones. Por supuesto nadie ha podido curarme, pero, como veis, sí han hecho un diagnóstico impecable —dijo suspirando.

La papelera

Laura, Alejandro y Julián estaban de nuevo en El Senglar. Las mismas cervezas, la misma mesa, las mismas posiciones en torno a ella. Julián hablaba de una discusión que había tenido con un compañero de trabajo en torno al reciclaje, y el resto lo escuchaba con atención. No era que Julián estuviese en contra del reciclaje exactamente. Laura sospechaba que a él le gustaba discutir sobre ese tipo de cosas solo porque adoraba las contradicciones.

Julián les contó que tenía la papelera llena de bolas de papel. Arrugar folios le descargaba la tensión, confesó, y últimamente tenía mucha. Total, que este compañero, un nuevo mando intermedio, le recriminó a gritos que tirara los papeles en la papelera, en lugar de hacerlo en el contenedor para papel y cartón situado en la entrada, como todo el mundo. Julián intentó quitarle hierro al asunto diciéndole que entonces deberían dejar de llamarla papelera si esa ya no era su función, pero el comentario no hizo más que irritar a su interlocutor, que comenzó a decirle que él no tenía por costumbre argumentar con discapacitados, que a Julián no le convenía discutir de cosas que no entendía y que se atuviera a seguir las normas.

Julián le preguntó si le interesaba el tema del reciclaje, el impacto sobre el medio ambiente y el calentamiento global, y el jefe dijo que sí, por supuesto. Luego le preguntó qué edad tenía y le contestó «Treinta años». Entonces Julián le dijo que con treinta años ya había aportado más de una tonelada de mierda al medio ambiente. No de modo figurado, de mierda literalmente. Le preguntó si sabía adónde iban todos los desechos biológicos que expulsaba al mundo todos los días, si sabía dónde se procesaban, en qué se convertían, cómo acababan. El otro negó con la cabeza, nervioso.

La gente comenzaba a arremolinarse a su alrededor, al parecer Julián ya tenía cierta fama. Continuó diciéndole que, si llegaba a vivir hasta los ochenta y cuatro años, esa era la expectativa de vida en España, habría producido más de cuatro toneladas y media de excrementos, el peso de un elefante adulto. Por no hablar del impacto sobre el medio ambiente de la ropa que llevaba puesta, el combustible de los medios de transporte con los que se movía, los alimentos que comía o las bolsas de basura diaria que tiraba... No, con la mierda era suficiente. Solo con ella llevaba acumulada una deuda con el planeta que no saldaría jamás.

Finalmente le dijo que en el tiempo que llevaba en la empresa no lo había visto ni una sola vez tirar un papel en el contenedor de la entrada. «Y yo tengo muy buena memoria —agregó—. Así que, antes de hablar de lo que hacen los demás, le sugiero que comience por su propia mierda, figurada y literalmente». El otro se escabulló entre la gente sin rechistar.

—Eso por llamarme discapacitado —musitó. Luego bebió un largo trago de cerveza mientras Laura y Alejandro aplaudían riendo.

—Este tipo no te va a dirigir la palabra nunca más en su vida —dijo Alejandro.

—Amén, amigo mío —respondió Julián levantando la jarra.

Una posición anónima

En un momento de la velada, y cogiéndolos por sorpresa, Julián se levantó como un resorte de su silla y los invitó a jugar al billar. Alejandro se excusó diciendo que hacía años que no jugaba y Laura dijo que ni siquiera conocía las reglas.

Julián insistió.

—¡Venga, será divertido! —dijo, mientras casi los arrastraba hasta el fondo del local.

Finalmente se vieron rodeando una de las mesas, cada cual con un taco en las manos. Julián les había explicado cómo elegir los más rectos.

—Hacedlos rodar por la mesa. Si ondulan, coged otro.

Luego les mostró cómo aplicar la tiza y cómo apuntar. Activó la mesa y les fue explicando las reglas mientras ordenaba las bolas dentro de un triángulo de plástico negro.

El primer juego fue de prueba. Julián les iba indicando cómo hacer deslizar el taco por los dedos y cómo apuntar a la bola blanca para que impactase en el objetivo. Les habló de geometría, de carambolas y de parábolas, hasta que llegó un punto en que Laura desconectó de tantos detalles.

En la partida siguiente se enfrentaron Laura y Alejandro a Julián, les había dado una ventaja de dos golpes contra uno. La partida duró muy poco, Julián no fallaba ningún tiro, mientras que Laura y Alejandro se alegraban si la blanca le daba a la bola correcta. Jugaron un par de partidas más. La perfección de Julián era quirúrgica, y sus golpes, secos y precisos. Junto a la mesa se comenzaron a reunir espectadores. La complejidad de los tiros de Julián aumentaba conforme avanzaba el juego, porque entre Laura y Alejandro apenas se las arreglaban para meter una o dos bolas, mientras que Julián metía todas las suyas. Cada tiro de Julián era celebrado por todos. Hacía carambolas, saltar una bola por encima de otra, y colocaba el taco en posiciones imposibles.

Uno de los espectadores le preguntó dónde había aprendido a jugar así, y él le contestó que una vez había visto un torneo de billar por la tele. Todos se rieron menos Laura y Alejandro, que sabían que podía ser verdad. Otro de los presentes lo desafió a una partida por una cerveza; Julián aceptó y dirigió una sonrisa a Laura y a Alejandro. La única condición que puso era que fuera una cerveza nórdica. Y así continuó la noche, uno a uno fueron desfilando contendientes por la mesa y todos ellos fueron derrotados por Julián, que acumuló jarras de cerveza vikinga.

Laura y Alejandro se retiraron con discreción a un segundo plano, se sentaron encima de una mesa de billar del lateral desde la que podían ver perfectamente la actuación. Laura estaba a

gusto allí; el papel de espectadora era el que más le gustaba. Disfrutaba observando a los jugadores desde aquella posición anónima. En un momento dado, miró de reojo a Alejandro y sintió que ese era exactamente el lugar donde quería estar.

Caza mayor

No matarás.

Lo prohíben las leyes, lo censura la moral y lo rechazan las religiones. Pero solo en lo referente a humanos. Las normas respecto a no matar otros seres vivos son alarmantemente laxas. En Botsuana se puede cazar un elefante por treinta mil euros, rifle Sawer 90 calibre 375 Holland & Holland y clases de tiro incluidas. Él no creía que las leyes, la moral y la religión estuviesen muy equilibradas en ese sentido.

Por supuesto, no puede ser lo mismo matar un elefante que a una persona. Hay casi ocho mil millones de personas en el mundo; cada día mueren ciento cincuenta mil y nacen más del doble. La preservación de la especie está más que asegurada. Pero matar un solo elefante, un animal que está a punto de desaparecer del planeta para siempre, equivale, en términos de población mundial, a acabar de un plumazo con la vida de cincuenta mil personas. Es como aniquilar en una fracción de segundo a toda la población estable de Ibiza.

No, él definitivamente no creía que fuese lo mismo matar un elefante que a una persona.

Por eso las leyes le eran indiferentes, porque no lo representaban. Las reglas creadas por mentes pequeñas para mentes pequeñas no lo restringían. Observaba las normas humanas con curiosidad casi científica, con la misma fascinación que Dian Fossey debió de sentir al descubrir la primitiva estructura social de los gorilas de Ruanda. Tomaba nota y se adaptaba para alcanzar sus objetivos, pero no sentía que las reglas estuviesen allí para él.

Él siempre se había guiado por su instinto, siempre había seguido su propio camino. Mataba cuando le apetecía, cuando lo necesitaba. Practicaba su propia caza mayor, solo que mucho más sostenible y respetuosa con la naturaleza.

CAPÍTULO 3

SOBRE LA SOCIEDAD

La señora Ortega

La semana era muy calurosa. Las temperaturas iban en aumento y ese miércoles habían llegado a un récord histórico. Hacía ya mucho que no llovía y se habían producido focos de incendios en Galicia y Levante. En la oficina, sin embargo, no se estaba tan mal, con el aire acondicionado. Laura hacía fotocopias mientras un compañero que estaba a punto de irse de viaje le explicaba eufórico sus planes en Tailandia. El hombre hablaba y hablaba, y ella pensaba que en ningún lugar podría estar más a gusto que en la oficina. No le importaba pasarse todas las horas que podía allí, aunque aquello acabaría pronto, quedaban solo quince días para que comenzaran sus vacaciones. Aun así, se mostró interesada por los detalles que su compañero le dio sobre la visita a la antigua ciudad de Ayutthaya, y le deseó suerte cuando se despidió de él.

En ese momento apareció Julián por la puerta y Laura lo saludó con una sonrisa. Al verlo se dio cuenta de cuánto necesitaba las sesiones con Nuria.

—¿Cómo va todo por el séptimo piso? ¿Aún no te coges las vacaciones? —preguntó Julián, y Laura pensó que no hablaría de otra cosa aquella mañana. Abrió la boca para contestar, pero una voz chillona a sus espaldas la sobresaltó.

—Estáis aquí los dos juntos, ¡qué bien! —Laura se giró y vio a la señora Ortega gesticulando con grandilocuencia.

La señora Ortega era una mujer de unos sesenta años, de cabello rubio con unos poco naturales destellos naranja. Era delgada y ocultaba sus ojos saltones detrás de unas gafas de pasta rojas, que se sujetaba al cuello con un cordón también rojo. La mujer provocaba en Laura una irremediable y visceral sensación de rechazo.

No juzgues.

Su madre tenía razón. Juzgar estaba mal.

—¡Atención todos! ¡Venid aquí, por favor! —gritó la señora Ortega para todo aquel que la oyese en la oficina. Poco a poco la gente se fue congregando en torno a los tres. Cuando consideró que había suficiente quorum dijo: «Recordad que estamos haciendo una colecta de diez euros cada uno para el regalo de Myriam, que acaba de tener un bebé. Por supuesto, Laura y Julián están exentos de participar, pero todos diremos que también han colaborado en el regalo, ¿vale?».

La señora Ortega recorrió las caras de los presentes en busca de acuerdo. Laura miró a Julián, que se ponía cada vez más rojo.

—Yo voy a aportar mi parte —dijo Julián en voz alta.

La señora Ortega se sobresaltó.

—Mira, hijo, no hace falta que participéis, nosotros nos hacemos cargo... —le respondió con suavidad y una enorme sonrisa.

—Yo voy a participar y Laura también —respondió Julián con firmeza.

Laura se acercó más a él.

—No pasa nada... —le murmuró al oído.

—No, esta vez me va a escuchar. Mire, señora Ortega, eso que usted hace no nos gusta.

—Bueno, lo que quiere decir Julián es que... —comenzó a decir Laura.

—Venga, Laura. A ti tampoco te gusta lo que hace —la interrumpió Julián.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que no os ha gustado? Solo he recordado al resto de los compañeros que los discapacitados están exentos de participar en las colectas de dinero..., eso es una buena cosa, ¿no? —dijo la mujer con una mano en el pecho.

—Cada lunes nos trae táperes con la comida que le sobró del domingo. Dice que cocina para muchos y que siempre le sobra, y nos lo entrega ceremoniosamente delante de todos, uno para Laura y otro para mí. Cuando hay simulacro de incendio en el edificio se asegura a gritos de que nos dejen salir a Laura y a mí primero. Nos exime en voz alta de aportar dinero para los regalos de cumpleaños, bodas y despedidas, nacimiento de bebés... Estoy harto.

La cara de la señora Ortega enrojeció y sus ojos saltones se encendieron detrás de sus gafas de pasta.

—¡Sois unos desagradecidos! ¡No hago más que cuidaros, preocuparme por vosotros! Encima que una quiere hacer una buena obra, ¿así me lo pagáis?

Laura veía las caras de la gente a su alrededor y comenzó a sudar. Volvió su vista a la señora Ortega y la nuca se le puso rígida cuando vio cómo un puñado de pequeñas arañas de saco amarillo escalaban desde el cuello de la mujer por el cordón hasta sus gafas. Eran criaturas diminutas, parecían inofensivas, pero podían provocar picaduras dolorosas, bastante más que las de las avispas.

—La mejor buena obra que podría hacer es tratarnos con normalidad, como a cualquier otro. ¿No se da cuenta de que nos excluye, nos discrimina y nos humilla con cada «buena obra» que hace? Por favor, déjenos en paz —dijo Julián mientras apretaba los puños con los nudillos blancos.

Las arañas iban y venían por el cordón de las gafas de la señora Ortega, y Laura suspiró aliviada cuando la mujer por fin se giró airada y se marchó apartando a empujones a los congregados. Al girarse vio que Julián sonreía triunfal. Laura esperó a que la gente se dispersase y se quedaron solos.

—No me ha gustado nada lo que has hecho —murmuró.

Julián dejó de sonreír y arqueó las cejas.

—Pero... ¿no estás de acuerdo con lo que he dicho?

—Sí, pero me has incomodado, y cuando estoy incómoda veo cosas. Habla por ti la próxima vez, no necesito que nadie me defienda —dijo. Acto seguido dio media vuelta y se dirigió a su sitio sin esperar réplica alguna.

La sociedad

Ese viernes la terapia giró en torno a los problemas a nivel de relaciones sociales que les provocaban los trastornos. Era un tema muy amplio. En el caso de Laura, tan amplio que cubría veintidós años, desde su primera alucinación. Continuaron interviniendo en el mismo orden.

Alejandro comenzó a explicar que los estudios habían sido una pesadilla para él. No ya por el hecho de que en el instituto fuera objetivo constante de abusones, de bromas pesadas o simplemente de vacío social, sino porque muchas veces no podía distinguir entre lo que había aprendido en clase y lo que había soñado que había aprendido. Los exámenes eran una confusión de datos reales y soñados, las lecciones orales acababan indefectiblemente con toda la clase riendo y con él sintiéndose humillado. Había cambiado de colegio y repetido curso, había tenido tutores de estudios y apoyo extraescolar, pero nada le había sido de ayuda.

En ese momento intentaba estudiar psicología y compaginaba su trabajo con las clases a distancia, pero le resultaba extenuante, pues tenía que leer y releer cada tema justo antes del examen para que sus sueños no lo contaminasen. De todas maneras, estaba encantado con sus clases remotas.

—Ojalá hubiese podido hacer todas las clases de mi vida a distancia —reflexionó. Laura asintió en silencio, compartía totalmente ese deseo.

Alejandro confesó que en la Facultad de Medicina había encontrado el trabajo ideal. Todas las tareas que realizaba comenzaban y acababan en el día: actualizaba las aulas virtuales, repartía la correspondencia, coordinaba los horarios de las clases, reponía el equipamiento..., todos los días eran iguales, todos los días desarrollaba exactamente las mismas tareas. Estaba encantado.

—No pasa nada si sueño con un día de trabajo, al día siguiente tendré que hacer lo mismo, las alucinaciones no interfieren en mi rutina diaria. Es perfecto —comentó sonriendo. Por lo demás, se había acostumbrado al trato condescendiente del resto del mundo. Podía decirse que no había conocido otra cosa. Era diferente y la gente se encargaba de recordárselo constantemente—. Durante mucho tiempo evité toda interacción social. Me mantuve voluntariamente desconectado del entorno, vivía mi vida al margen de lo que hiciera el resto del mundo. Como el joven empresario que camina por la calle y mientras graba un mensaje de voz en el móvil esquiva el carrito de supermercado oxidado que otro joven está llenando con la chatarra que saca del contenedor. Tan ajenos uno de otro que ni se ven, así era mi relación con el mundo. No leía el periódico ni veía las noticias, no me decían nada, no me aportaban nada. Los problemas políticos, sociales, medioambientales, económicos, todo lo que les quita el sueño a los demás a

mí me daban igual. Supongo que cuando estás en la periferia social, lo que le pase al resto del mundo te la suda bastante.

Laura lo miraba fijamente mientras hablaba. No hubiese podido describirse mejor a sí misma.

—Pero ahora es diferente... —dijo Nuria.

—Bueno, me gustaría volver a formar parte del mundo, poder reconciliarme con él. Volver a hacerme real.

—Hacerte real..., una idea muy interesante. Volveremos a trabajar sobre ella más adelante. —Se giró hacia Julián y le preguntó—: Y en cuanto a ti, ¿cómo te relacionas con la sociedad?

—Bueno... —comenzó—, mi mayor problema social es precisamente que no soy capaz de olvidar nada. Lo recuerdo todo como si lo estuviese viviendo ahora mismo, incluso los momentos más dolorosos y traumáticos. Todo está ahí, imborrable. Cada recuerdo se acompaña de las mismas emociones con las que lo viví, y las vuelvo a experimentar con tanta intensidad como la primera vez. Para mí, el recuerdo de la muerte de un ser querido es volver a sentir la misma pena que cuando ocurrió, y la memoria de una afrenta es volver a sentir la misma rabia. Esa es la gran limitación de mi condición a nivel social, no puedo convivir con mi familia ni mantener amistades duraderas, porque perdonar es en gran medida olvidar y eso no me está permitido... —La frase quedó suspendida en el silencio de la habitación.

Laura desconocía aquello, Julián nunca se lo había contado. Tras unos segundos continuó:

—Estoy en tratamiento con un fármaco experimental que me permite reducir la carga de recuerdos que soy capaz de almacenar. Se llama Virazonel. También me ayuda a separar los recuerdos de su carga emocional, y eso es muy importante para mí, porque lentamente voy pudiendo volver a convivir con la gente. Ahora tolero mejor el modo en que la gente me mira por la calle, esa mezcla de miedo y repulsión que reflejan las caras de quienes me ven de cerca. Puedo aceptar que me hablen más despacio y en voz alta cuando se enteran de que tengo discapacidad, como si tuviera una deficiencia mental o problemas de audición. Antes les decía que no hacía falta que me hablasen así, que los entendía a la perfección aunque lo hicieran en diecinueve lenguas distintas. Ahora ya no lo hago. Antes eso me indignaba como le habría ocurrido al primer Cromañón si un Neanderthal lo hubiese tratado de tonto. Ya no me indigno. Como podéis ver, no estoy para perder el tiempo sintiendo rabia —bromeó.

A Laura le sonó muy poco a broma. Quizá podía gestionarla mejor, pero cada una de sus palabras rezumaba rabia.

—Muchas gracias, Julián —intervino Nuria—. Reconciliarse con la sociedad es necesario, pero antes deberás reconciliarte contigo mismo. Solo así podrás hacer algo con tus capacidades que te permita ayudar a los demás. Es un muy buen primer paso que te dediques a intentar gestionar las emociones ligadas a los recuerdos. Vamos a dejarlo aquí. —Se golpeó suavemente

los muslos con las manos—. Muy bien, ahora os propongo que hagamos una meditación guiada de relajación.

Las normas de la locura

Después de la meditación Laura estaba relajada y a gusto. Era su turno. Quizá Nuria había propuesto la actividad precisamente para que no se pusiese nerviosa. Si era así, había funcionado.

—Mi relación con las personas siempre ha sido difícil —comenzó diciendo Laura—, pero durante muchos años me dediqué a simular normalidad. Me di cuenta de que, si me esforzaba por no reaccionar ante una visión o si no le explicaba a nadie lo de las voces en mi cabeza, todo estaba bien. También aprendí a esconder las ideas que no encajaban. En la facultad había quienes decían que yo era genial y otros que afirmaban que estaba totalmente loca. Yo no entendía muy bien la diferencia entre una cosa y otra. Todos mis pensamientos venían del mismo lugar, del caos que es mi mente. Solo con el tiempo empecé a entender que los demás llamaban genialidad a aquellas ideas que eran capaces de comprender y locura a aquellas que los incomodaban o asustaban, o que simplemente estaban fuera de su alcance. Son como normas no escritas, si las sigo la gente me acepta y si las rompo es cuando me empiezan a mirar raro. Yo lo llamo «las normas de la locura», las reglas de la aceptación social. Aprendí que, si callaba las ideas que rompían esas normas, si no hablaba de mis alucinaciones, por ejemplo, encajaba mejor. —Debió de decir aquello en tono amargo, porque notó que Nuria la miraba con ternura. De todos modos, siguió hablando—: Pero lo peor de todo no es simular normalidad para poder encajar, sino las restricciones que me impone mi propia cabeza...

—¿Qué quieres decir con eso? —se interesó Nuria.

—Bueno, no sé si ya lo he dicho, pero las alucinaciones aparecen en momentos concretos, cuando hago algo que no debo, como ser violenta, gritar, insultar o juzgar a otros. También aparecen cuando estoy incómoda, nerviosa o asustada. Para que no aparezcan intento no hacer nada malo y no exponerme a situaciones que podrían dispararlas. Mi vida es como un continuo campo de minas, un paso en falso y aparece una araña cara de ogro caminando por mi pelo.

—¿De verdad existe la araña ogro?, ¿no te la acabas de inventar? —preguntó divertido Julián. Laura sabía que la estaba provocando, porque a él le encantaba que le explicase cosas interesantes sobre las arañas.

—¡Claro que existe de verdad! —dijo simulando indignación, con los brazos en jarra—, se llama araña cara de ogro. Tiene unos ojos muy grandes y su cara parece la de un ogro. Es una araña fantástica, caza por la noche, por eso tiene los ojos grandes, y lo que hace es tejer una

pequeña red entre sus patas y arrojarla encima de sus presas, como la red de un gladiador. Por eso también las llaman arañas gladiadoras...

Julián sonreía como un niño. Laura se quedó un momento en blanco y luego retomó el hilo.

—Como decía, tengo bastantes limitaciones en mi vida, y eso me hace sentir muy sola... Bueno, en realidad no estoy sola, mis voces me hacen compañía. —Laura quería que eso último sonase a broma, pero no fue tan gracioso cuando lo escuchó saliendo de su boca. Más bien le sonó bastante deprimente.

—También nos tienes a nosotros —dijo en voz baja Alejandro.

El comentario la cogió con la guardia baja y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Me gustaría ser un poco más normal. Me gustaría saber lo que se siente —murmuró enjugándose las lágrimas.

La confesión

Hubo un largo silencio. Laura miró el cuadro que Nuria tenía detrás.

Hora de confesar, puta niña mentirosa.

—Hay algo más... —se apresuró a decir para acallar a su maestra. Bajó la vista y se observó las manos—. En la primera sesión os mentí. —Sintió todos los ojos clavados en ella. Pensó que aparecerían insectos, pero no ocurrió nada. Respiró hondo y continuó—: El lugar al que me recuerda el cuadro, donde os dije que iba a veranear cuando era pequeña, es una cala de pescadores que se llama Aiguaoliva. Allí tuve mi primera alucinación.

—¿Quieres explicárnoslo, Laura? —la invitó Nuria con suavidad.

Laura escarbó en su memoria. La niebla que la cubría era más fina que de costumbre, los recuerdos estaban allí para ella.

—Yo tenía diez años. Acostumbraba a jugar con unos niños cerca de la torre donde alquilábamos el apartamento. Al mediodía, después de comer, mientras hacíamos las rigurosas dos horas de digestión antes de bajar a la playa, en el descampado de al lado nos juntábamos varios niños de la torre. No había mucho que hacer allí, pero siempre encontrábamos el modo de divertirnos entre la maleza seca y los escombros. Yo era la única niña del grupo. Todos teníamos motes, estaba Tino (supongo que se llamaba Faustino o Constantino o algo así), el Colo (era pelirrojo), Micky (por Miguel, y también por sus grandes orejas) y Trunks (por su corte de pelo, por aquel entonces todos veíamos *Dragon Ball*). Y también estaba yo, a mí me llamaban Olivia porque era alta, desgarbada y morena como la novia de Popeye. En aquel descampado pasábamos las horas muertas construyendo casitas con pilas de ladrillos abandonados, trepando y haciendo equilibrio sobre enormes troncos que alguien había acumulado allí. Aquel día Tino trajo una caja de cerillas para hacer una fogata, lo había visto en una película y quería explicarnos cómo se hacía.

—Niños jugando con fuego en un descampado en verano..., eso no puede acabar bien... —comentó Julián en voz alta.

—Ya, es verdad, pero en aquel momento nos pareció divertido —respondió Laura zambulléndose otra vez en la niebla de su memoria—. El caso fue que todos seguimos las indicaciones de Tino y llevamos ramitas, madera y papel. Tino fue disponiendo los materiales y luego intentó encender el fuego. Le costó bastante, pero lentamente fue cogiendo vida. Entusiasmados, corrimos a llevar más combustible para alimentarlo. Observábamos hipnotizados cómo crecía, chisporroteaba y humeaba. En aquel momento de nuestra espalda llegó una fuerte

brisa marina y el fuego empezó a hincharse y expandirse hacia todos lados. El calor lamió nuestras caras y salimos del descampado, aterrados. Vimos cómo las llamas lo devoraban todo, lo consumían todo. La maleza seca, los viejos troncos, los escombros, un pequeño cobertizo para herramientas... Entonces el fuego comenzó a acercarse peligrosamente a nuestra torre. —Laura hizo una pausa para coger aire, otra vez comenzaba a faltarle. Debía retomar el control de la situación.

—Vaya..., ¿y qué ocurrió después? —preguntó Nuria.

Laura respiró hondo un par de veces y después continuó:

Ocurrió que todos salieron corriendo hacia la torre para avisar a los mayores de lo que estaba pasando. Todos menos yo, que no pude moverme. Me quedé inmóvil con la vista fija en las arañas que se me acercaban huyendo de las llamas. Eran tarántulas. Grandes y pequeñas, negras, pardas y rubias, de todos los géneros y especies. Como salidas de las imágenes de los libros de mi padre, venían directamente a por mí. Se acercaban y no podía moverme. Cuando la primera me rozó los dedos de los pies con sus patas, mi cuerpo se desbloqueó y entonces corrí con todas mis fuerzas. Las arañas me siguieron. Yo miraba hacia atrás para no perderlas de vista, trastabillé y caí un par de veces, hasta que llegué a la torre. Subí corriendo las escaleras hacia mi apartamento gritando con todas mis fuerzas. Mi madre salió a recibirme. «¡Las arañas, las arañas vienen a por mí!», chillé histérica. Corrí hasta mi habitación y me escondí debajo de la cama, pero las tarántulas ya estaban allí, subiendo por mi cuerpo. Grité, pataleé y me retorcí intentando quitármelas de encima. Luego me desmayé. —Laura podía sentir las patas de las tarántulas en sus brazos. Se los acarició para limpiarse del recuerdo y continuó—: Los siguientes días fueron muy confusos, apenas recuerdo flashes: el hospital, mis padres, yo buscando tarántulas por todos lados, los sedantes, los médicos hablando de posible intoxicación por humo. Pero lo que sí recuerdo perfectamente es a la policía haciéndome preguntas sobre la muerte de un hombre calcinado en el cobertizo para las herramientas del terreno baldío... —Mientras hablaba las lágrimas le emergieron súbitamente, a borbotones. Lloró y todos la dejaron llorar. Sí, había matado a una persona. A otra persona más. Y, como la primera vez, tampoco había sido intencionado, aun así acarreaba ese peso en su interior.

Nuria le aconsejó que explorase esa parte de ella.

—Hundirse en los recuerdos, vivirlos y dejar que las emociones te embarguen y circulen a través de ti es la mejor manera de sanar una herida. Si evitas el recuerdo, la herida nunca cerrará, sino que reaparecerá tarde o temprano convertida en otra cosa. En alucinaciones, por ejemplo.

Y Laura lloró sin parar.

Súper Freak Club

Otro viernes en El Senglar. Comenzaba a convertirse en una costumbre, una rutina. Una rutina deliciosa y segura. Laura estaba muy cómoda allí, se sentía parte de algo, una sensación que no experimentaba desde hacía mucho tiempo. Aparte de Julián, no tenía amigos. Conocidos sí, muchos, pero no lo que la gente llama «amigos íntimos». Los mejores amigos de las personas como ella a menudo suelen ser sus padres o sus hermanos. Aunque ese tampoco era su caso, porque sus padres estaban muertos y la relación con su hermano era «especial», una relación que rompía todas las normas de la locura. Así que allí, en El Senglar, tenía algo propio, tenía un grupo de amigos.

Pidieron cervezas y comida, y hablaron de todo un poco. Más tarde salió el tema del accidente.

—Nunca me habías hablado de lo que te pasó cuando eras pequeña —comentó Julián.

—Fue por el cuadro —confesó Laura—. Mi memoria no funciona muy bien, pero aquel cuadro y el episodio de las hormigas de la sesión anterior me ayudaron a recuperar esos recuerdos.

—¿Sabes quién era aquel hombre que murió quemado? ¿Te enteraste de algo más cuando hablaste con la policía? —se interesó Alejandro.

Laura lo miró a los ojos. Aun velados por el alcohol continuaban siendo hermosos.

—Cuando la policía fue a verme en el hospital ocurrió algo muy extraño, de alguna manera yo ya sabía que algo muy grave había ocurrido. Era como si hubiese adivinado la intención de las tarántulas. Yo sabía que no me había intoxicado por el humo, había sentido que las uñas de sus patas se clavaban en mi piel, y mientras lo hacían no podía parar de pensar en que alguien había muerto.

Hizo una pausa. Se armó de valor bebiendo un largo trago. Lo necesitaba para lo que iba a decir a continuación.

—Vais a creer que estoy loca, bueno, más aún... —rio nerviosa de su propio comentario—, pero creo que algunas visiones, sobre todo cuando veo bichos de forma masiva, son un presagio de que alguien conocido está a punto de morir, o de que ya ha muerto. Aquella fue la primera vez que me ocurrió, pero luego me pasó más veces. En el momento en que una persona cercana moría veía una multitud de tarántulas. Cientos, miles. Y entonces sabía qué había pasado antes de que nadie me lo dijese... —Laura dejó de hablar y los miró. Sus amigos tenían los ojos clavados en ella.

»Decid algo, me estáis poniendo nerviosa...

—Bueno, yo... —comenzó a decir Alejandro. Luego lo pensó mejor, bebió un trago de cerveza y se aclaró la voz—. Yo... a veces sueño cosas... diferentes. Son sueños muy vívidos, distintos a las alucinaciones, relacionados con algo que ha ocurrido o está a punto de ocurrir. —Alejandro rascaba la etiqueta de su botellín de cerveza mientras hablaba—. ¿Recordáis que os expliqué lo que pasó con mis abuelos el día de mi cumpleaños? Pues bien, había soñado que mis abuelos me regalaban una caña de pescar Vercelli roja y blanca, aunque yo no tenía ni idea de qué pensaban regalarme. El caso es que unos días después apareció la caña de pescar en casa. Estaba dentro del coche accidentado de mis abuelos, entre las pocas cosas que habían podido rescatar intactas. Ese día volví a tener un ataque nervioso, había soñado con algo que era imposible que supiese. Todo aquello era demasiado para la mente de un niño...

Alejandro los observó. Laura supuso que ella estaría poniendo la misma cara de escepticismo que habían puesto ellos cuando les había explicado que algunas de sus alucinaciones presagiaban la muerte de alguien. Estaban hablando de cosas que violaban las normas de la locura, que las hacían trizas. Las alucinaciones son raras, aun así la gente puede entenderlas, puede aceptarlas como variantes de la psique, pero todo aquello estaba mucho más allá de la línea de la normalidad, bastantes kilómetros más allá.

—Y tú, tienes alguna... ¿habilidad especial? —preguntó Alejandro dirigiéndose a Julián.

A Laura le causó mucha gracia su comentario, nunca había pensado su problema como una habilidad.

Julián lo miró a los ojos, escrutándolo con una media sonrisa. Sí, definitivamente había algo que Julián se moría por explicar. Bebió un trago de cerveza, clavó la vista en el techo de uralita y madera, y dijo:

—Sí, yo también tengo una habilidad especial. En realidad, es una consecuencia de mi condición, porque no soy capaz de olvidar nada, recuerdo todo con solo verlo una vez. Me pasa con los libros, pero también con todo lo demás. ¿Recordáis el billar? Lo que dije era cierto, solo me bastó ver una partida por la tele. Me ocurre igual con un paso de baile, un movimiento de boxeo o un salto de un gimnasta: puedo descomponerlos mentalmente fotograma a fotograma y luego practicarlos. Al principio no puedo ejecutarlos a la perfección, pero con unas horas de práctica llego a ser bastante bueno... Como en la película Matrix cuando Neo aprendía kung-fu en un día, algo así, pero no tan rápido ni tan guay... A ver si al final tendremos superpoderes —dijo divertido.

—¡Deberíamos fundar un club de superhéroes! —Alejandro le siguió la broma.

—¡De superfrikis, más bien! —exclamó Laura riendo.

—Súper Freak Club..., ¡es un buen nombre para nuestro grupo de WhatsApp! —sentenció Julián proponiendo un brindis.

Un lugar especial

Uno de los lugares favoritos de Laura era la plaza Gaudí, a los pies de la Sagrada Familia. Más que una plaza era en realidad un estanque artificial rodeado de un paseo arbolado. Esa era probablemente la única excepción a su norma de evitar los lugares turísticos de la ciudad. En general, los sitios turísticos eran ruidosos, estaban abarrotados, a menudo también sucios y olían mal. Con sus vendedores ambulantes y de tiendas de suvenires, eran lugares que llenaban la cabeza de Laura de estímulos y no la dejaban pensar. Pero en aquel rincón de la plaza Gaudí, en el lado opuesto a la basílica, donde el paseo que rodeaba el estanque lindaba con la calle Lepant, allí apenas había turistas. En aquel tramo oculto entre los árboles había un antiguo banco de madera pulida y hierro forjado. Por su posición, apenas prometía espectáculo alguno de la joya arquitectónica que se erguía delante de él, pues daba la impresión de que las frondosas encinas que tenía delante bloqueaban las vistas. Pero al sentarse en él por primera vez, Laura se percató de que las ramas estaban lo suficientemente separadas para formar un marco que encuadraba perfectamente la fachada del Nacimiento, junto con su reflejo en las aguas del estanque. La del Nacimiento era la parte más antigua y, desde su punto de vista, la más hermosa de la Sagrada Familia. En su construcción imitaba la naturaleza, con formas caprichosas y orgánicas, casi vivas. Según cuenta la historia, el propio Gaudí se pasaba horas admirando su obra desde la calle y, al parecer, fue lo último que vio antes de ser arrollado por un tranvía. Decían de él que tenía síndrome de Asperger; quizá por eso ella estaba enamorada del artista casi tanto como de su obra. Laura solía sentarse allí durante horas para leer, escuchar música o simplemente pensar. Era su lugar especial. Permanecía allí hasta que el sol se escondía y se encendían las luces de la calle. Esa era la señal que esperaba para marcharse.

Pero ese día no había ido a relajarse. Julián les había enviado un mensaje. Había averiguado algo importante sobre el hombre que había muerto en aquel incendio cuando Laura era pequeña. Les había preguntado dónde podían encontrarse los tres, y ella contestó sin dudarlo que en la plaza Gaudí.

Julián y Alejandro llegaron casi a la vez, aunque desde direcciones diferentes. Laura ocupaba el centro del banco, Alejandro se sentó a su derecha y Julián a su izquierda. Se saludaron y se quedaron contemplando unos momentos la maravilla que tenían enfrente. Julián rompió el silencio.

—Me quedé dándole vueltas a lo que nos contaste el viernes. Yo no guardaba ningún recuerdo sobre ese acontecimiento, es comprensible, al no haber ocurrido por aquí. Pero había algo

familiar en tu relato. Algo relacionado con uno de los niños, Tino, y con el fuego. Durante todo el fin de semana, un recuerdo me estuvo llamando a gritos en mi memoria, pero no podía precisar bien desde dónde. Por fin lo encontré. Era el recuerdo de la tele, del noticiero de Antena 3 de la noche del 16 de junio de 2006. Yo estaba cenando con mis padres y la tele sonaba de fondo.

—¿De veras puedes recordar algo así? ¿Una voz sonando de fondo? —preguntó Laura fascinada.

—Pues sí, son recuerdos más difusos, tardo un poco más en recuperarlos, pero allí están. En mi recuerdo, el presentador del noticiero, Roberto Arce, hablaba de un incendio en la ciudad de Lleida con una sola víctima mortal, un joven de dieciocho años llamado Justino (Tino) Gutiérrez. Al parecer se había quedado dormido fumando en la cama y había ardido la casa entera.

—Debía de ir muy cargado de alcohol o de lo que sea para que toda la casa ardiese y él ni siquiera se hubiese levantado de la cama... —comentó Alejandro.

—Ya, es raro. Igual es otro Tino, podría no tener ninguna relación. Cada vez me pasa más a menudo eso de encontrar conexiones inexistentes entre mis recuerdos. Igualmente decidí investigarlo. En Google no aparecía ningún dato adicional sobre el caso, así que recurrí a uno de los contactos que tengo en los Mossos d'Esquadra, un excompañero del instituto al que acaban de nombrar inspector. Se llama Eduard, Eduard Pagés. Le pregunté si me podía hacer el favor de buscar datos sobre ese chico... y sobre el accidente de Aiguaoliva ocurrido hacía más de veinte años. Él me dijo que no tenía ningún conocido en la policía de Valencia, pero que quizá podía averiguar algo... —Hizo una pausa. No los miraba, continuaba con la vista clavada en la Sagrada Familia.

—¡Por Dios, Julián, di algo! ¿Qué ha averiguado tu amigo? —dijo Laura quizá gritando un poco.

Una pareja de turistas se giró para ver qué pasaba, y luego volvió a la tarea de sacar fotos del paisaje urbano. Entonces Julián miró a Laura a los ojos. El reflejo de la luz sacaba de sus iris destellos de un azul blanquecino.

—Bueno, ayer me llamó Eduard. Me dijo que había conseguido la lista de los niños a los que la policía había tomado declaración el día del accidente de Aiguaoliva. Y me confirmó que Justino (Tino) Gutiérrez estaba en esa lista. Fue uno de los niños que había quemado accidentalmente a aquel hombre, y también él murió en un incendio ocho años después.

Laura visualizó a aquel niño. Más alto y robusto que los demás, de piel morena tras horas y horas bajo al sol de verano sin protección, grandes ojos verdes y una rebelde mata de pelo negro. Estaba muerto. Un aire frío le recorrió la espalda.

—Vaya, qué casualidad... —murmuró Alejandro.

—Igual no es casualidad —pensó Laura en voz alta.

—Yo imaginé lo mismo. Le pedí a Eduard que investigase el paradero del resto de los niños de la lista y me dijo que se pondría a ello cuando tuviese un momento libre. —Julián cogió a Laura de la mano—. Igual no es nada, pero me gustaría que fueras con cuidado, al menos hasta saber que todo está bien.

—No veo por qué debería ir con cuidado —dijo ella zafándose de su mano lentamente—. No entiendo por qué me decís eso —añadió incluyendo a Alejandro con la mirada. Se puso de pie para tenerlos a los dos de frente—. Lo de Aiguaoliva pasó hace más de veinte años, y Tino murió hace más de quince... No veo por qué debería haber alguna relación. —Puso los brazos en jarra y dijo la frase que se había oído decir mil veces—: Además, soy una mujer adulta, sé cuidarme sola.

—No he querido insinuar que... —empezó a decir Julián.

—Puede que no sea todo lo fuerte que me gustaría, y las visiones y las voces no ayudan mucho, pero no soy la minusválida que todos creéis que soy.

—Ya lo sabemos, Laura —comenzó a decir Alejandro—. Eres una mujer fuerte. Debes serlo para pasar por todo lo que pasas todos los días y continuar adelante, pero también es verdad que somos aún más fuertes juntos. Deja que te ayudemos. Recuerda al Súper Freak Club. —Sonrió mostrándole el móvil. Laura se aflojó y le devolvió la sonrisa.

—Vale —aceptó, y volvió a sentarse entre ellos pasando un brazo por el hombro de cada uno —. Aunque no creo que haya nada de qué preocuparse.

Se quedaron un rato más allí hablando de los temas que deberían tocar en las sesiones, para sugerírselos a Nuria. Se fue haciendo de noche y las farolas se encendieron. La señal para marcharse, aunque Laura hubiese preferido quedarse un rato más.

Esa noche Laura cenó media bolsa de pan de molde y estaba enfrascada en la lectura de una novela policial cuando le sonó el móvil. Era Julián.

—He hablado con mi amigo Eduard, el inspector de los Mossos d’Esquadra—. Hizo un silencio. Laura estaba a punto de preguntarle si aún estaba allí cuando volvió a hablar—. Están todos muertos, Laura. Los niños de hace veinte años. Todos muertos —dijo.

Una carpeta marrón

Jordi Pregones entró en el pulcro despacho de la intendenta de Región Helena Casademont, su superior jerárquico. A Jordi le gustaba aquella sala, siempre estaba perfectamente ordenada y olía bien. Helena Casademont le gustaba un poco menos, era una mujer de mirada fría y de sonrisa aún más gélida. Los años en la policía la habían curtido hasta convertirla en una persona dura y correosa.

—¿Por qué cree que es un asesinato, Pregones, y que ya ha ocurrido antes? —le preguntó en cuanto cruzó la puerta.

—Ante todo, buenos días, jefa —saludó él con una media sonrisa. Luego se sentó delante de ella y colocó sobre el escritorio una foto en blanco y negro. Apenas se reconocía algún detalle y la mujer tuvo que reclinarse sobre ella para estudiarla. Había una habitación chamuscada, una cama carbonizada y un cuerpo en el centro, consumido y seco, con los brazos cruzados sobre el pecho como una momia de una película de serie B—. Esta es una de las fotos de un incendio ocurrido hace diez años en el barrio de Sant Andreu. Yo era sargento por aquel entonces, estaba en la comisaría de Torras i Bages. Se encontró acelerante en torno a la cama, pero no había sospechosos ni más pistas, y el caso se archivó. Y esta es la foto que le hice al cadáver de Can Caralleu antes de que lo levantasen —dijo poniendo el móvil junto a la otra foto—. No verá más imágenes que esta del lugar de los hechos, los bomberos solo me dejaron entrar a mí, a los de la científica no se lo permitieron. Mateu Cañones, el jefe del parque de bomberos, creyó que la víctima había provocado el incendio fumando en la cama y no habían buscado acelerantes. ¿A usted le parece esta la imagen de una persona quemada por fumar en la cama? Le dije a Cañones que buscase acelerantes hasta debajo de las piedras, y los encontraron. Trazas de gasolina. La misma postura en las dos, diez años de diferencia, los dos muertos por un incendio intencionado. Puede que sea casualidad, pero es mucha casualidad.

La intendenta miró en silencio las fotos, luego levantó la vista.

—Están en la misma postura, sí... —dijo arqueando las cejas.

—Sí, y con trazas de gasolina en ambos casos.

La inspectora Casademont volvió a bajar la vista para mirar las fotos.

—¿Sabemos quiénes son?

—El de Sant Andreu era Miguel Domínguez y tenía veintidós años en 2013. El de Can Caralleu se llamaba David López y tenía treinta y dos. La casa está a nombre de su padre, Agustí

Giménez, es una segunda residencia. Él y su esposa viven en Palma de Mallorca. Hemos identificado a su hijo por la ortodoncia. Ahora mismo le están practicando la autopsia.

La intendenta lo miró fijamente. Jordi no era capaz de interpretar las miradas de su jefa: era bueno extrayendo información no verbal de la gente, pero con ella no era capaz de sacar nada.

—¿Ha escrito ya el informe, Pregones? —dijo la mujer finalmente—. Sé lo reacio que es a incluir información en el sistema.

—Pues sí, ya lo he hecho, lo tiene a su disposición, y con todo lujo de detalles —dijo Jordi con satisfacción. En realidad, lo había hecho porque estaba buscando antecedentes del chico, y, ya puestos, había escrito el documento con prolijidad. Era verdad que no le gustaba nada explayarse en los informes, entre otras cosas porque le quitaban tiempo a la investigación, que era lo que realmente le gustaba hacer.

En ese instante alguien golpeó la puerta del despacho de la intendenta y entró sin esperar una invitación. Era el joven inspector Eduard Pagés, promocionado hacía escasos meses. El chaval aún no sabía que debía esperar a que la inspectora le diera permiso para pasar; Jordi tenía claro que ella se lo explicaría con todo lujo de detalles en cuanto se quedasen a solas. El chico llevaba una carpeta marrón consigo.

—Buenos días —saludó apresuradamente—. Pregones, ¿acaba usted de introducir el nombre de David López en el sistema? ¿Está totalmente seguro de que es el nombre de la víctima y de que ha muerto en un incendio?

—Sí a todo —respondió Jordi.

—Entonces creo que deberían ver esto —dijo Eduard dejando la carpeta sobre el escritorio. Llevaba un adhesivo con la palabra AIGUAOLIVA en grandes letras negras.

Un tubo de aire

Nunca se había cuestionado su propia sexualidad, su particular forma de obtener placer. Era diferente, lo sabía, pero era la única manera que conocía de sentirse entero, corpóreo. La sexualidad tiene formas muy curiosas de expresarse, basta un breve paseo por internet para conocer los miles de parafilias que inundan sus páginas buscando legitimarse. El asesinato también podría ser una parafilia más, era solo cuestión de reunir a los adeptos suficientes, aunque él dudaba de que existiese una página web así. Hay claras líneas rojas en lo aceptado por la sociedad, y el asesinato por placer es una de ellas.

Era curioso comprobar lo que se permitía en internet y lo que no. Hacía un tiempo había visto en YouTube un vídeo terrible. En él un chef japonés preparaba filetes de peces mamut delante de sus clientes. Aparentemente, el valor del pescado estaba en que los filetes debían cortarse mientras el animal estuviese vivo, boqueando fuera del agua. Directo de la pecera a la tabla, donde el cocinero lo escamaba, le arrancaba la piel con pericia y comenzaba a cortar filete tras filete. El pez seguía respirando, abriendo y cerrando la boca mientras era mutilado con habilidad, para delicia de los comensales. Los trozos se iban acumulando a un lado y del animal ya no quedaba más que un tubo de aire sin cabeza que continuaba abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose. Continuaba haciéndolo mientras el cocinero saludaba con una reverencia a los presentes y todos aplaudían. Esa abominación de vídeo estaba allí, colgado en internet para cualquiera que quisiera verlo.

Así se sentía él la mayor parte del tiempo, como un tubo de aire que se abría y se cerraba. Solo cuando olía la carne quemada de sus víctimas se sentía completo. Necesitaba seguir haciéndolo, era su parafilia, su adicción. Que no fuese aceptada por la sociedad no lo convertía necesariamente en un monstruo. ¿Qué significaba ser un monstruo al fin y al cabo? ¿Acaso el cocinero japonés del vídeo no lo era?

La psiquiatría considera que una condición mental se convierte en un problema que requiere solución cuando le impide al paciente llevar una vida normal. Por lo tanto, la definición de normalidad condiciona el diagnóstico del paciente. Y si la normalidad también es una definición arbitraria aceptada por un grupo social en determinado momento, entonces todo se vuelve discutible.

Por supuesto, matar un pez no tenía nada que ver con matar a una persona. En eso estaba de acuerdo. Principalmente porque el olor de la carne asada de pescado no tenía nada de excitante.

CAPÍTULO 4

SOBRE LA MUERTE

Langostas

Laura se pasó el resto de la semana sin apenas salir del piso. Llamó al trabajo para decir que no se encontraba bien y para que enviasen al médico de la empresa a certificarlo. Su jefe le contestó que no era necesario, que confiaba en ella. Le deseó que se recuperase pronto, así como unas felices vacaciones, por si no la veía antes de que empezasen. Su profesora de sexto curso se pasó un rato gritándole, insultándola y llamándola mentirosa. Laura dejó que se desahogara, al fin y al cabo tenía razón: mentir estaba mal. Pero no podía ir a trabajar, estaba muerta de miedo. Además, le dolía el brazo derecho, otra vez se había quedado dormida encima de él. Le pasaba bastante a menudo con el cambio de medicación: tenía un sueño muy pesado y aplastaba el brazo con el cuerpo, se le adormecía hasta el punto de no poder moverlo, como si no existiese, como si le faltase. Era una sensación horrible. Y luego la sangre volvía a fluir, la sensibilidad volvía primero como un hormigueo y luego en forma de dolor. Podía continuar doliéndole el resto del día, sentía latigazos cuando hacía algún esfuerzo con él.

«Están todos muertos».

Cuando Julián pronunció esas palabras comenzó a marearse, se le cayó el móvil y casi ella también. Recogió el teléfono con mano temblorosa mientras escuchaba a Julián, que seguía hablando. Dijo que en el espacio de veinte años todos los niños de Aiguaoliva habían muerto quemados, que todos había perecido en sus respectivas casas entre llamas y nadie los había relacionado hasta ese momento. La policía había abierto una investigación con lo que acababan de descubrir y a su amigo Eduard lo habían apartado del caso, por lo que ya no pudo decirle nada más. Solo supo que la última víctima había muerto hacía poco. Hacía muy poco.

Mientras Julián hablaba las ventanas se fueron oscureciendo. Por un momento Laura creyó que se había ido la luz de la calle. Pero no, eran langostas. Cientos, miles de langostas se arremolinaban en los cristales, querían entrar, ir a por ella. Se despidió rápidamente de Julián y corrió a asegurarse de que las ventanas estuvieran bien cerradas. También puso toallas en la base de la puerta de entrada para que no se colasen por debajo. Era una alucinación, pero en ese momento Laura no podía pensar con claridad. Solo con imaginarse el tacto de las ásperas patas sobre su piel, violentos escalofríos recorrían su cuerpo. Tampoco soportaba el ruido de miles de alas batiendo a veinte golpes por segundo ni el repiqueteo de sus cuerpecitos chocando contra los cristales.

Se quedó dos días seguidos encerrada en su casa. Tenía suficientes latas de refrescos en la nevera, bastantes bolsas de pan de molde, buena lectura, medicación para semanas y tres

plataformas de series. Todo lo que una chica podía pedir. No salió a la calle en ningún momento, aunque toda su familia se lo rogase dentro de su cabeza. Había también bastante alcohol. El alcohol nunca debía faltar en la casa de una delirante con más de treinta y tres por ciento de discapacidad y en tratamiento antipsicótico. Nunca se sabía cuándo podría necesitar apagar el interruptor y hacer desaparecer el mundo por un rato.

«Están todos muertos».

Las palabras de Julián resonaban en su cabeza constantemente. Alguien podía estar allí fuera acechándola, esperándola entre las sombras. ¿Alguien quería matarla? ¿A ella? ¿No era mejor castigo dejarla vivir con el chisporroteante e inútil rejunte de cables pelados que era su cerebro?

Anillo de casado

Sentado en el desvencijado sofá de su apartamento, el inspector Jordi Pregones hacía girar sin cesar el anillo de casado en su anular izquierdo, mientras observaba la escuálida carpeta marrón del caso de los niños de Aiguaoliva y pensaba cuáles deberían ser sus próximos pasos.

No le había costado mucho hacerse con el caso. Los argumentos que había esgrimido eran muy sólidos. Por un lado, él estaba llevando el caso de David López, que era uno de los niños involucrados en los acontecimientos de Aiguaoliva. En segundo lugar, había participado hacía diez años en la investigación del fallecimiento del señor Miguel Domínguez en un incendio en Sant Andreu. En tercer lugar, él mismo era valenciano de nacimiento, lo que le otorgaba cierta ventaja en casos como ese, que requerían cooperación entre comunidades autónomas. Y, finalmente, él tenía más experiencia como inspector que Eduard Pagés. Había un quinto argumento que Jordi no expresó, pero que tenía más peso que todos los demás: Jordi olía los buenos casos a kilómetros, y ese olía muy bien. Un caso de aquellos que podía abrirle camino al puesto de intendente en las próximas oposiciones. A su soñado puesto de intendente.

La intendenta Casademont había sugerido que trabajase con Eduard Pagés, que fuera el mentor del chico, pero Jordi se había negado. Le dijo que prefería trabajar solo, y ella no había insistido. Pero sí le exigió que la informara con regularidad de los avances del caso y que mantuviera los informes actualizados en el sistema. Él había aceptado las condiciones.

Jordi sabía qué implicaba ser «mentor» de otro inspector. Ya lo había sido antes y en todas las ocasiones sus tutelados le habían pasado por encima y habían escalado posiciones a su costa. No, ya no iba a ser el mentor de nadie más, ahora le tocaba escalar a él. El caso de los niños de Aiguaoliva era su pasaporte a la intendencia; si Jordi perdía esa oportunidad estaba acabado. Había ciento treinta inspectores como él en la Generalitat, y si no espabilaba, no lo promocionarían jamás. Él tenía ya demasiados años y demasiado pocas oportunidades de ascender. Y demasiadas veces habían pasado otros por encima de él.

Además de quitarle el caso, Jordi exprimió a Eduard Pagés toda la información que pudo. Así supo que el chico había conseguido hilar los acontecimientos gracias a la información de un excompañero de instituto, un tal Julián Pardo, un bicho raro. Tenía que comenzar por él, estaba claro.

Dejó el anillo de casado tranquilo y abrió por fin la carpeta marrón. Lo primero que encontró fue el informe de los hechos de Aiguaoliva ocurridos hacía veintidós años:

A las 15.00 horas del día 15 de agosto de 2001 en la población costera de Aiguaoliva, perteneciente al municipio de Vinaroz, provincia de Castellón, un grupo de niños incendió accidentalmente un descampado. El fuego se extendió por la explanada y fue controlado por los bomberos que se personaron en el lugar unos cuarenta minutos después. Allí, dentro de un cobertizo de herramientas totalmente calcinado que se hallaba en un lateral del descampado, encontraron el cuerpo carbonizado de un hombre de mediana edad que fue identificado como Eduardo Espinel.

En la carpeta Jordi también encontró una copia de las declaraciones de los niños sobre el accidente. No había nada sobre la investigación posterior ni información sobre el señor Eduardo Espinel, salvo por las copias de las pólizas de seguro que había contratado en el Banco de Valencia.

Eduard Pagés se las había arreglado para conseguir una copia de los informes de la Jefatura de Policía de Castellón alegando que podría estar relacionada con la muerte del señor Justino Gutiérrez en un incendio doméstico en Lleida. Gutiérrez era uno de los niños a los que se les había tomado declaración por la muerte accidental del señor Eduardo Espinel. Jordi reconoció que había sido un movimiento inteligente por parte de Pagés. Él mismo se había criado allí y sabía lo difícil que era, en general, lidiar con sus paisanos valencianos desde Cataluña. Y la colaboración entre policías no era diferente.

Justino «Tino» Gutiérrez había sido el primero de los niños de Aiguaoliva en morir, luego habían ido muriendo el resto, todos de manera similar. El último de ellos había sido el señor David López. Jordi observó detenidamente la foto del joven de rizos pelirrojos que se adjuntaba al informe, y recordó la momia negra de dientes blancos que había fotografiado. Podía ser casualidad, pero las probabilidades de que todas esas personas muriesen en circunstancias similares a la del hombre que habían matado de forma accidental cuando niños eran extremadamente bajas.

Volvió a hacer girar su anillo de casado, le ayudaba a pensar. No se lo había quitado a pesar de que desde hacía ya un año no vivía con su mujer. En el cuerpo de policía no estaba bien visto el divorcio, se asociaba a una personalidad inestable, a la violencia y los malos tratos, y dificultaba enormemente el ascenso. Nadie lo había dicho en voz alta ni lo diría nunca, pero los padres de familia casados tenían más posibilidades de promocionarse que los solteros o divorciados. Simplemente era así.

Le dio muchas vueltas al tema y finalmente tomó la decisión de no compartir el caso con nadie, aunque eso significara que tuviese que hacer él todo el trabajo y que le llevase mucho más tiempo. No podía arriesgarse. Resolvería el caso de los niños de Aiguaoliva, lo haría de forma rápida y efectiva procurándose un buen ruido en los medios de comunicación, y luego optaría al puesto de intendente.

O, quién sabía, quizá al de comisario.

Una habilidad útil

A Julián no le gustó nada la pinta del inspector Pregones. No era el tipo de policía al que estaba acostumbrado. Tenía modales delicados y un hablar tranquilo, pero escondía algo. Julián no podía explicar qué, era su intuición la que se lo decía, y él no confiaba en su intuición. En sus recuerdos sí, depositaba toda su fe en sus recuerdos, pero no en su intuición. De todas maneras, había algo en el inspector que no encajaba. Le parecía una de esas personas con una sonrisa falsa y un cuchillo de carnicero escondido en la espalda, capaz de manipular a todo el mundo con tal de conseguir sus objetivos. Le parecía un liante, una enorme araña tejedora. Y aquel acento indefinido que no acababa de localizar lo ponía nervioso. Todo eso le decía su intuición, y como él no se fiaba de ella, dejó que las cosas ocurriesen para que su memoria las grabase. Solo así las cosas se volvían reales para él, solo así tenían sentido.

Estaban sentados a una mesa en la terraza del bar Los Amigos, a unos metros de la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Marina. Justo enfrente de los jardines del Baix Guinardó, donde lo había citado el inspector Pregones para una «charla amistosa», como la había llamado. Julián recordaba ese parque. Allí lo había llevado a jugar un día su padre cuando tenía cinco años. En lo alto del tobogán, un niño lo había empujado, había caído demasiado rápido y se había hecho daño al llegar al suelo. Recordó al niño y todas las veces que lo había visto desde entonces. Era un reflejo que no podía evitar, los recuerdos fluían por su mente como la sangre corría por sus venas.

El inspector Pregones ordenó unas cervezas y le pidió que le contara todo lo que sabía sobre el caso de los niños de Aiguaoliva. Julián se lo explicó todo por orden cronológico, tal como su cerebro lo había registrado. Le habló de Laura, de Alejandro, de las sesiones de Nuria y de las características de cada uno de ellos. Le explicó lo que les había dicho Laura sobre el episodio de Aiguaoliva ocurrido hacía más de veinte años. Le contó que uno de los apodos de los niños le resonó en la memoria y él se había puesto en contacto con su excompañero de instituto Eduard Pagés, ahora inspector de los Mossos, para que le echase una mano. Finalmente, le explicó lo que los Mossos habían descubierto. Eso era todo.

El inspector Pregones lo miró fijamente y en silencio durante unos segundos.

—¿Es usted amigo de la señorita Laura García? —preguntó por fin.

—Sí, es una buena amiga.

—¿Se acuesta con ella?

—Eso a usted no le importa —respondió Julián levantando una ceja.

El policía lo miró a los ojos y Julián notó que la cara del inspector se modificaba, se volvía algo más rígida, un poco menos amable. En eso sí que podía confiar, porque eran sus recuerdos los que hablaban, no su intuición.

—Háble me más de su «habilidad» —dijo secamente Pregones. Remarcó la palabra «habilidad» de una forma en que a Julián no le gustó. De todos modos le habló de su condición y de lo que era capaz de hacer con ella. El inspector entornó los ojos.

—Muéstremelo —dijo. Y entonces Julián le explicó con todo lujo de detalles las catorce veces que lo había visto a lo largo de su vida.

Tras una larga pausa, el inspector volvió a mirarlo a los ojos.

—Esto es lo que quiero que haga. Me ha dicho que está tomando una medicación para atenuar la cantidad de recuerdos que guarda, ¿no es así? —Julián asintió en silencio—. Vale, quiero que la deje. Que deje de tomarla.

Julián soltó una risa corta y luego miró al policía.

—¿Lo dice usted en serio? Está loco si cree que accedería a algo así. —Bajó la voz—. Simplemente no puedo dejarlo, la necesito para... para no envejecer tan rápido.

—Es un riesgo que tendremos que tomar. Necesito esa mente suya a pleno rendimiento. Tiene que recordar si ha visto a alguien sospechoso espiándoles desde que conoció a la señorita Laura García, si alguien va detrás de ella probablemente usted lo haya registrado con ese cerebro suyo. —El inspector no dejaba de mirarlo fijamente, pero Julián le sostuvo la mirada.

—No, no lo haré —dijo con calma. Notó cómo el policía se removía en su asiento.

—Vamos a ver, creo que no ha comprendido que... —comenzó a decir.

—No, creo que usted no ha comprendido que no puede manipular a la gente a su antojo —lo interrumpió Julián—. Ya le he dicho todo lo que le tenía que decir. A partir de ahora seguiremos cada uno por nuestro lado. Ni dejaré de tomar la medicación ni le explicaré mis recuerdos, salvo que crea que pueden ser relevantes para el caso.

El policía lo miró durante unos segundos, luego asintió en silencio, apuró la cerveza y se puso de pie.

—Entonces hemos acabado, por ahora. Tiene que saber una cosa: le he pedido un favor por las buenas, soy muy agradecido con las personas que me hacen favores, pero con las que no...

—¿Me está usted amenazando? —preguntó Julián entornando los ojos. El policía sonrió, pero sus ojos no lo hicieron.

—No, por supuesto que no. Eso no es una amenaza, es la verdad. Esto sí es una amenaza —dijo, apoyando las manos sobre la mesa—: todo el mundo tiene secretos, todos tenemos cadáveres en el armario. Buscaré los suyos, se lo aseguro, y acabará trabajando para mí de una forma u otra. Nunca me conformo con un «no» por respuesta, es una manía que tengo.

El inspector Pregones se giró y comenzó a caminar en dirección a la comisaría.

—Esta ronda invito yo. ¡Adiós, ya nos veremos! —dijo ya de espaldas.
Julián vio cómo se alejaba y tragó saliva.
«Mierda», pensó.

Algunos problemas del pasado

Julián se preparaba un bocadillo para cenar. Su plan era comérselo delante de la tele con una cerveza, ver una serie que no implicase ningún esfuerzo mental y descansar con la ayuda de dos comprimidos de Virazonel, o quizá tres. Era lo que él llamaba una dosis «a demanda». En ese momento el móvil vibró en su bolsillo. Lo cogió y se quedó mirando la pantalla sin saber qué hacer.

Era el inspector Pregones.

Hacía días que esperaba esa llamada, desde que el policía lo había amenazado con rebuscar en su pasado. Julián creía saber por qué lo llamaba, y no quería tener razón. Se dirigió a la sala de estar y se sentó en el sofá, respiró profundamente y luego cogió la llamada.

—Buenas noches, señor Pardo —le saludó Pregones.

Julián casi lo podía ver desde el otro lado de la línea, su sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Buenas noches —respondió él con voz apagada.

—Le llamo para saber cómo se encuentra, y para continuar nuestra charla del otro día.

Julián tragó saliva y no dijo nada. El policía prosiguió.

—¿Recuerda que le dije que todos tenemos cadáveres en el armario? Pues, adivine, he encontrado los suyos, y francamente, no esperaba descubrir algo tan literal. La información que he hallado es de lo más interesante. Al parecer ha tenido usted una vida muy activa ya desde los diecisiete años...

Julián cerró los ojos. En su cabeza se proyectaron imágenes tan vívidas como si estuviese viendo una película. En su recuerdo golpeaba un cuerpo que ya no se defendía, golpeaba y no le importaba nada más que descargar su rabia. Un recuerdo de su adolescencia que le había costado mucho tiempo y esfuerzo dominar, y que se alojaba en un rincón oculto de su mente.

—¿Está usted ahí? —preguntó el policía.

—Sí, sigo aquí —respondió Julián con voz queda.

—Sabe a qué me refiero, ¿verdad?

—Sí, lo sé. En el pasado tuve algunos problemas, por eso no puedo hacer lo que me pide, no puedo dejar la medicación. El tratamiento me ayuda a estabilizarme. No sé qué pasaría si dejara de tomarla...

—Como le he dicho, estoy perfectamente al tanto de sus «problemas». Si llama así a dejar en estado crítico a un joven porque de pequeño lo había maltratado en la escuela, un joven que luego falleció a causa de las heridas que usted le ocasionó..., o a romperle la tráquea a un médico

y la pierna a otro para escapar de un hospital psiquiátrico... Sí, conozco sus «problemas». ¿Saben sus amigos lo que ha hecho, señor Pardo?

Julián negó con la cabeza con el móvil en la mano.

—De eso hace mucho tiempo. Estoy en paz con la ley.

—Pero todo aquello está ahí para cualquiera que quiera verlo. Conozco gente en los juzgados de Barcelona, señor Pardo, podría hacer desaparecer todo eso de su expediente, como si nunca hubiese existido. Solo quedaría dentro de su cabeza...

—De ahí es más difícil borrarlo —murmuró Julián—. Lo siento, no puedo dejar la medicación —dijo sacudiendo la cabeza como despertando de un letargo.

—Seguro que puede. Puede y lo hará. Es necesario, la respuesta a este enigma puede hallarse dentro de su mente. Considérelo su granito de arena para encontrar al acosador de su amiga. Usted podría salvarle la vida. Tiene la oportunidad de utilizar su habilidad para ayudar a alguien, y de eliminar sus trapitos sucios al mismo tiempo. ¿Entiende lo que le digo?

Julián respiró hondo.

—Sí, lo entiendo.

—Bien, pues eso es lo que va usted a hacer. Además, necesito que a partir de ahora sea mi informante. —Julián apretó los dientes, pero no dijo nada—. Me contará todo lo que vea y escuche en ese grupo de amiguitos que tiene —continuó el policía— y no va a hablar con nadie más de esto, solo conmigo.

—¿Ni siquiera con mis amigos?

—Especialmente con sus amigos —contestó el inspector Pregones.

Ahora era el móvil lo que Julián apretaba con fuerza. Los nudillos se le pusieron blancos y el plástico crujió. Pero no dijo nada.

Laberinto de espejos

El viernes Laura amaneció otra vez encima del brazo, pero en esta ocasión el dolor no fue tan intenso. Se sentía extrañamente bien, por la tarde vería a sus amigos. Se dio una larga ducha con mucho jabón de lavanda para restregar los miedos y echarlos por el desagüe.

—¿Cómo estás? —le preguntó Alejandro en voz baja mientras subían juntos las escaleras del edificio de la calle Gelabert. Al parecer Julián ya lo había puesto al tanto. Laura no tenía mucha idea de lo que había ocurrido durante los últimos días. Se le había acabado la batería al móvil y no la había recargado. Aún lo llevaba descargado en el bolsillo.

—Bien... —le contestó con sinceridad—, ahora mejor.

El tema de la sesión era la muerte. ¿Se lo habría explicado Julián también a Nuria? No era probable, debía de tratarse de una casualidad. Una macabra casualidad. Sea como fuere, era de lo más adecuado, porque Laura no podía pensar en otra cosa. La muerte la rodeaba, iba con ella. Su hermano, su padre, su madre, aquel hombre en el cobertizo, todos los niños que habían jugado con ella en el descampado... y su propia muerte, que podía esperarla a la vuelta de la esquina.

Ese día comenzó a hablar ella. Nuria insistió débilmente sobre la importancia de mantener las reglas y rutinas en las sesiones, y el orden de intervención era una de ellas. Pero Laura quería ser la primera y a Julián y a Alejandro no les importó. Al final Nuria accedió.

Habló de todo lo que estaba ocurriendo, de lo sola y desamparada que todo aquello la hacía sentir. Que desde pequeña le tenía pavor a la muerte, desde que falleció su padre. Entonces comprendió que morir era lo único que podía asegurar que ocurriría realmente, la única apuesta segura, lo que compartía con el resto de los seres vivos del planeta. Laura confesó que había fantaseado con la posibilidad de suicidarse. Había imaginado cómo lo haría, si de forma sonora y espectacular o de forma silenciosa y austera. Pensaba en lo triste que se pondrían algunos, en lo mal que se sentirían otros por cómo la habían tratado, en la indiferencia de la mayoría. Pero siempre acababa en el mismo punto, sabiendo que nunca podría llevar el suicidio a la práctica, porque su instinto de supervivencia era más fuerte. En aquellos momentos oscuros la voz de su hermano siempre la ayudaba, le daba apoyo, afecto y cariño. «Si el mundo es duro contigo ahí afuera, siempre puedes refugiarte conmigo aquí dentro». Laura tenía miedo a morir, y sobre todo a no descubrir nunca la razón de lo que le ocurría, no tener nunca una vida normal. Tenía miedo a morir dentro del laberinto de espejos sin haber tenido la oportunidad de encontrar la salida.

Laura habló y siguió hablando, no quería parar, no quería escuchar a nadie más. Finalmente se

echó a llorar. Nuria la abrazó y aprovechó para decir que, mientras Laura se recuperaba, Julián podía continuar.

Comenzó diciendo que la muerte era parte de él, la veía todos los días reflejada en el espejo, cada día con más arrugas, cada día más anciano.

—¿Pero no nos ocurre a todos? —preguntó Nuria.

—Todos nos acercamos cada día a la muerte, solo que mi vía es más rápida. Enfrento la muerte a diario, pienso en ella antes de acostarme y agradezco contar con un día más cuando me despierto. Pero no me da miedo envejecer y morir... —Hizo una pausa, negó con la cabeza y luego prosiguió—: Para mí hay algo peor que la muerte, y es el olvido. Yo soy todo recuerdos, mi vida es lo que he registrado con mis sentidos y cómo los he interpretado. Los recuerdos han forjado mi personalidad, me definen. Sin recuerdos no sería nada. Hace unos años vi una película titulada *The Vow*. En ella una muchacha llamada Paige, interpretada por Rachel McAdams, tenía un accidente de coche al salir del cine con Leo, su flamante marido, protagonizado por Channing Tatum. El accidente le provocó la pérdida irremediable de la memoria de los últimos años, y Paige se despertaba sin reconocer a su marido y con su personalidad de universitaria. Sin sus recuerdos ya no era la Paige esposa de Leo, sino la Paige jovencita sometida a la voluntad de su familia. La película me impactó profundamente, me ayudó a entender que yo soy mis recuerdos, que mi personalidad está construida con ellos. Perder mis recuerdos es perderme a mí mismo. Por eso debo darme prisa si quiero ayudar a los demás. Me quedo sin tiempo... —Se quedó callado, encorvado, mirándose los pies.

Nuria agradeció sus palabras a Julián y miró a Alejandro.

—Adelante, es tu turno —le dijo.

Alejandro explicó que a él tampoco le daba miedo la muerte.

—Yo ya estoy muerto —dijo, y todos lo miraron—. Llevo muerto en vida muchos años. No interacciono con nadie de manera real, muchas veces me pregunto si existo realmente. La realidad es subjetiva, solo existe lo que se percibe. Si nadie me percibe, ¿soy real? Sé que soy al menos un nombre en un buzón, un número en las estadísticas, un sobre con ayudas del Estado. Me hago real cuando alguien quiere algo de mí, cuando alguien me pide dinero por la calle o me intenta vender algo. Eso me hace sentir bien. Sé que lo único que puede esperar una persona como yo del resto de la gente es que traten de aprovecharse de ella. Que intenten engañar al pobre discapacitado. Pero aun así me hace sentir bien. Hay un pasaje del *Ulises* de Joyce, no sé muy bien si lo he leído o lo he soñado, en el que dice que un fantasma es un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, ya sea por muerte o por ausencia. Me identifico con esa definición...

Al tomar aire para hablar, hinchó su tórax gigante, y Laura se preguntó cómo sería oírlo respirar desnuda sobre su torso. Había algo más en él que la creciente atracción que sentía. Le

despertaba un instinto de protección que no sabía siquiera que poseía. ¿Le daba pena? ¿A ella, a la reina de la autocompasión? Y, ¿de veras leía a Joyce?

Alejandro siguió hablando.

—Es una situación que yo también provoqué durante mucho tiempo. Cuando me pasó algo bueno en mi vida enseguida desapareció y llegó un momento en que simplemente evité que me pasasen cosas. Pero se acabó. Quiero dejar ya de ser un fantasma —concluyó.

Al decir esta última frase miró a Laura, ella estaba segura de que lo había hecho. Durante todo el tiempo que habló Alejandro, ella no había pensado en sí misma ni en todo lo que le estaba pasando. Quizá eso era lo que realmente le gustaba de él.

Laura miró a Julián y vio que la observaba fijamente, como si estuviese leyendo sus pensamientos. Laura se sonrojó. ¿Aún sentiría algo por ella? Eran amigos, buenos amigos. En algún lugar había leído que una relación de amistad estrecha entre un hombre y una mujer heteros nunca estaba equilibrada, siempre había una parte frustrada que esperaba algo más. Pero ella no creía que eso fuera lo que les ocurría a ellos. Ellos no eran como los demás.

La sesión acabó lánguidamente, sin ninguna aportación de ninguno de los tres ni de Nuria, quien, después de un largo silencio, anunció el fin de la jornada.

No pertenezco a aquí

Aquella tarde, después de la sesión, Laura no estaba con ánimos de coger el metro ni de meterse en sitios llenos de gente. Quería volver corriendo a su casa y refugiarse en su sofá, pero Julián convenció a los tres para que fuesen a la suya, que estaba a unos veinte minutos caminando, quizá un poco más. Laura, que en realidad no quería estar sola, accedió a regañadientes.

Subieron por Entença hasta la Diagonal, y desde allí se dirigieron a la plaza Pius XII, la rodearon y anduvieron por la avenida de Pedralbes hasta los jardines de William Shakespeare. Los edificios eran cada vez más altos, más ajardinados y más fortificados. Allí no había tiendas ni supermercados, solo recepciones enormes con un portero (o varios) y grandes portones eléctricos de entrada a los parkings. La gente los miraba al cruzarse con ellos, hasta un hombre que paseaba perros parecía notar que no eran de allí. Se detuvieron frente a un edificio cuya entrada era de mármol blanco.

—Buenas tardes, señor. —El portero saludó a Julián con una respetuosa inclinación de la cabeza cuando ellos entraban.

—Buenas tardes, Joan —respondió él.

Alejandro miró a Laura abriendo mucho los ojos y sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa, sabía lo que estaba pensando, había pensado lo mismo cuando se enteró de que Julián tenía mucho dinero: que no le pegaba nada. Él tampoco hablaba mucho de eso, le había dicho que la gente cambiaba automáticamente cuando se enteraba de que no le faltaba de nada. «¿Por qué trabajas, si no lo necesitas?», le preguntó Laura una vez. Él le respondió simplemente que le gustaba trabajar, que se sentía útil. Ella no sabía de dónde procedía tanto dinero, si su familia era rica, si le había tocado la lotería, o si su padre era el jefe de una organización criminal. «Negocios —le había respondido—. Una de las pocas ventajas de vivir con esto —había añadido dándose golpecitos con el índice en la frente—. Probablemente la más conveniente».

Julián vivía en el ático. Les enseñó la casa y salieron un rato a la terraza a ver el atardecer. Desde allí las vistas eran fantásticas. Apenas se escuchaba el murmullo de la ciudad. Había un enorme telescopio montado. Dijo que era una de las pocas aficiones que conocía que siempre le ofrecía algo nuevo que observar. Luego los instaló en el salón y les sirvió unos gin-tonics. A Laura no le entusiasmaba mucho el gin-tonic, nunca había acabado de gustarle, aunque se había obligado a beberlo cuando en Barcelona era prácticamente lo único que servían en los bares.

Más tarde Julián conectó el móvil a un enorme equipo de música y dijo que había preparado algo para ellos. Había hecho una *playlist* en Spotify con temas relacionados con la locura, que a

Laura le resultó muy divertida. La mayoría de las canciones eran de su época de adolescente, entre ellas, «Crazy», de Gnarls Barkley, «Numb», de Linkin Park, «Going Under», de Evanescence, «Feel Good Inc.», de Gorillaz, o «Disaster Button», de Snow Patrol. Estuvieron escuchando música, bebiendo, riendo y bailando. Acabó siendo su fiesta privada en aquel ático, la fiesta del Súper Freak Club.

En un momento dado, Laura se excusó para ir al servicio. «Por ahí», le indicó Julián. Algo tambaleante, entró en la habitación principal en dirección al baño de la suite. Perdió momentáneamente el equilibrio y en la semipenumbra tiró al suelo una foto enmarcada. Suspiró aliviada al ver que no se había roto y la volvió a dejar en su sitio. Entró en el cuarto de baño y la luz la cegó un poco cuando la encendió. Todo era de color blanco polar, y las bombillas, demasiado fuertes.

Cuando se acostumbró al brillo, se miró al espejo. Su rostro lucía una enorme sonrisa que ella no reconocía como suya. El cabello negro le caía en rizos sobre los hombros de la blusa blanca de manga larga. Pensó en recogérselo, se lo levantó para ver cómo quedaría su cuello desnudo e inmediatamente pensó en Alejandro besándolo, recorriéndolo con sus manos. Se vio a sí misma sonrojándose en el espejo. ¿Estaba bien pensar en aquello? Suponía que sí. No había voces ni insectos, el alcohol la mecía, su piel hormigueaba y se sentía relajada. Así que sí, seguro que estaba bien.

Se sentó a orinar y, al abrir el bote de basura para tirar el papel, vio en él un montón de cajas desechadas. Eran de color azul, con la palabra VIRAZONEL impresa en blanco. Cogió una con cuidado y la abrió, estaba llena. Cogió otra y también lo estaba. Era el medicamento experimental que tomaba Julián para regular la carga emocional de sus recuerdos. Ella lo sabía porque lo gestionaban en Unitas. No ella exactamente, ella no realizaba los trámites del uso compasivo de medicación extranjera, pero sabía quién lo hacía. El medicamento venía de Suecia, y no era nada barato. Había una fortuna en aquel bote de basura.

Dejó todo como lo había encontrado, se lavó las manos y regresó al salón. Julián le ofreció otro gin-tonic y los tres se sentaron en el enorme sofá gris que atravesaba la habitación. Sonaba «Creep», de Radiohead, la desgarradora canción en la que Thom Yorke había volcado toda la angustia de sentirse un paria. La había escrito describiéndose a sí mismo impotente ante la inaccesible compañera de universidad a la que amaba en secreto. Laura lo sabía porque cuando era adolescente solía escucharla una y otra vez en su cuarto. La escuchaba y lloraba, se sentía miserable y odiaba profundamente lo que era y lo injusta que era la vida con ella. Aquel himno de los marginados le llenó los ojos de lágrimas otra vez. ¿Julián sabía cuán cercana y dolorosa le resultaba esa canción? Supuso que sí, probablemente también él se identificaba con ella, por eso la había incluido en su lista. Y también Alejandro, que cantaba la canción con los ojos cerrados

sentado en el sofá. Mientras sonaba el último *I don't belong here*, Laura miró con enfado a Julián, pero él se limitó a levantar un índice para que estuviese atenta a la siguiente canción.

Entonces los altavoces estallaron con los sintetizadores de los setenta del «Super Freak», de Rick James. Ella sonrió divertida y comenzó a bailar, primero tímidamente y luego con más energía. Aún con los ojos cargados de lágrimas se movía con la música sin importarle nada, dejándose llevar. En un momento abrió los ojos y vio a Julián y Alejandro bailando a su alrededor, saltando y contorsionándose. Por el efecto de la euforia y el alcohol, el cuerpo de Laura se movía de forma más sensual. Ellos giraban a su alrededor como satélites, y ella era la diosa que los hipnotizaba y los atraía. Laura no sabía si notarían lo excitante que le parecía aquello, si Alejandro lo notaría. Cuando la canción se acabó, tras un silencio, «Basket Case», de Green Day, llenó el espacio. Con su ritmo frenético cambió el ambiente, se diluyó la sensualidad del momento anterior y la diosa se convirtió en una punky salvaje. Laura comenzó a saltar como loca, con el cuerpo desestructurado y sin control. Saltando y rebotando entre ellos y contra los muebles, los tres amigos descargaron adrenalina y sudor en cuestión de minutos. Una silla cayó al suelo y algo rodó por el parquet. Laura reía con ganas y era muy feliz. Cuando acabó la canción cayeron los tres en el sofá, sofocados.

La lista de reproducción siguió con una suave y calmada versión de Daniela Andrade del «Crazy» de Barkley. Solo una voz y una guitarra acústica. En un momento dado, Laura notó que estaba cogida de la mano de Alejandro. Ella lo miró sin apartarla y él le sonrió. Así se quedaron un rato, hasta que la canción se acabó y con ella la lista de reproducción. Entonces Julián se levantó tambaleante a poner otra cosa y Laura soltó la mano de Alejandro. No sabía por qué lo había hecho, quizá no le apetecía que Julián los viera. Laura creyó que se había ruborizado, pero no estaba segura de ello, entre el sudor y el alcohol, aunque sentía que sus mejillas ardían y tenía mucho calor. Se puso de pie y fue al balcón para tomar aire.

Continuaron charlando durante un buen rato, hasta que Julián se disculpó porque debía retirarse. Se le había hecho muy tarde y tenía que madrugar al día siguiente, dijo. Alejandro insistió en acompañar a Laura a su casa, alegando que bajo ningún concepto la dejaría ir sola, con todo lo que estaba ocurriendo. Ella estuvo de acuerdo.

Por el camino Laura le contó que últimamente tenía mucho sueño, y acabaron enumerando todos los efectos secundarios que la medicación les había producido a lo largo del tiempo. Coincidieron en algunos de ellos: náuseas, dolores de cabeza y de las articulaciones, rigidez, temblores y dificultades para hablar. Incluso mareos al cerrar los ojos con fuerza, cosa que Laura no había oído que le pasara a nadie más.

Iba mirando a su amigo mientras hablaba, y descubría cosas nuevas en él. Le encantaba el gesto con el que se apartaba el ondulado cabello castaño de los ojos. Laura sabía que lo besaría aquella noche, y lo hizo. Esperó hasta el último momento, como una adolescente, hasta que se

despidieron en la portería de su edificio con un casto «Buenas noches» y ella comenzó a alejarse unos pasos. Entonces se giró y se volvió hacia él, le rodeó el cuello con sus brazos, se puso de puntillas y le plantó un beso en los labios. Antes de que él pudiera reaccionar, ella ya había abierto la puerta y se había escabullido dentro.

Tabaco y ginebra

En la cama, a oscuras y mirando las luces de los coches al pasar reflejadas en el techo, Laura sonreía. Una llama tibia crecía en su interior. De pronto, una voz llenó su cabeza y, como un soplido gélido, apagó la llama de golpe.

Hola, Laurita.

La áspera voz de su padrastro, curtida tras años de tabaco negro sin filtro y ginebra, le erizó el vello de la nuca. La respiración de Laura se detuvo. Hacía mucho tiempo que no oía aquella voz. ¿Qué pretendía? ¿Qué buscaba? La piel se le cubrió de un sudor frío. Cerró los ojos esperando que la voz desapareciese, pero no lo hizo.

No te puedes esconder de mí, Laurita, estoy aquí dentro con todos los demás, vigilándote, viéndote crecer... Ya eres toda una mujer, mira cómo te han crecido las tetitas...

Ella continuaba inmóvil, una lágrima solitaria le corrió por la mejilla derecha. Se sentía pequeña, indefensa, aterrada, como cuando su padrastro la obligaba a sentarse en sus rodillas las tardes de verano en la finca de los abuelos.

¡Vete de aquí!

Laura volvió a respirar, su hermano había acudido en su ayuda.

¡Estás muerto, pudriéndote en una tumba mugrienta! ¡Vuelve a tu agujero, escoria!

La voz de Víctor sonaba como un trueno, como un ensordecedor dios todopoderoso. Laura sintió miedo, pero también alivio al notar que la amenazadora presencia se iba haciendo más pequeña hasta desaparecer.

¿Estás bien?

—Sí... —respondió ella titubeante—. ¿Se ha ido ya?

No te preocupes, no volverá a molestarte. Yo me encargaré de ello. Descansa, vamos. Cierra los ojos, hermanita.

Le hizo caso y se quedó dormida.

Amok

La rabia siempre había sido su compañera de viaje. No se imaginaba la vida sin ella. Era el motor que lo impulsaba hacia delante, el viento que llegaba por detrás y le mecía las alas.

Nunca había entendido por qué la rabia tenía tan mala fama entre el resto de las emociones. No acababa de comprender por qué la gente tendía a reprimirla, a transformarla en una sonrisa gélida o en ironía. La rabia era necesaria, básica para la subsistencia humana. Le permitía al deportista apretar los dientes y sacar fuerzas de donde ya no había para alcanzar su objetivo. Hacía que el niño tirado en el suelo tras ser empujado por el abusón del patio del colegio se levantara para enfrentarse a él. Era lo que le daba a la madre una fuerza sobrehumana para mover el coche con su niño atrapado dentro. Todo el mundo habla de la épica recompensa del héroe que ha vencido al villano, pero nadie menciona la rabia necesaria para conseguirlo.

A la rabia también había que domesticarla, encauzarla, aprender a utilizarla. Sin control, podía desembocar en locura homicida, espontánea e indiscriminada. Los malayos tenían un nombre para ese estado, lo llamaban Amok. *Una explosión de rabia salvaje que hacía que una persona hiriese o matase a cualquiera que se cruzase en su camino, hasta que lo inmovilizaran, lo liquidaran o acabara suicidándose. Otras culturas tenían otros nombres para ese estado de destrucción desenfrenada, como* iich'aa *entre los indios navajos,* cafard *en Polinesia o* berserk *en Escandinavia.*

A él le había llevado muchos años domesticar su rabia, utilizarla a su favor para garantizar su supervivencia y para que no provocase su autodestrucción. La suya no era una locura homicida, era una rabia inteligente. No había un nombre para ella. Quizá debería buscarle uno.

CAPÍTULO 5

SOBRE EL DESEO

Ninguna niña

El inspector Jordi Pregones se dedicó a recabar toda la información posible sobre el caso antes de mover ficha con su principal sospechosa. Había intentado encontrar más datos sobre la primera víctima, el hombre quemado en el cobertizo de Aiguaoliva hacía veinte años, el señor Eduardo Espinel. Los documentos físicos del registro civil de ese hombre y de su familia habían quedado destruidos en un incendio, y los archivos electrónicos habían sido saboteados hacía años. Más aun, todo lo referente al caso había desaparecido de los archivos de la policía. Lo único que existía, las declaraciones de los niños y los documentos de las pólizas de seguro, ya lo tenía. Aquello era un callejón sin salida, por allí no obtendría nada. Luego estaban los niños que habían participado en el accidente de Aiguaoliva. Todos muertos a edades diferentes, también quemados. De todos ellos solo podría contar con la autopsia del cadáver del señor David López, que se realizaría en los próximos días.

Finalmente estaba el apartado de los implicados. Jordi Pregones siempre había intentado huir de los casos en los que había personas con problemas mentales involucradas, ya que de una forma u otra acababan liándola. Pero lo cierto era que cada vez había menos casos en que no estuviese implicado alguien con problemas mentales, y además no podía renunciar a este. Era su pasaporte a las grandes ligas, debía lidiar con quien fuera que estuviese implicado.

La cuestión era que no había una sino tres personas con discapacidad mental relacionadas con el caso, y una de ellas estaba envuelta en él directamente. Por un lado, estaba la señorita Laura García, que sufría alucinaciones auditivas y visuales. Aparentemente de pequeña había participado en el incendio de Aiguaoliva y era la única superviviente. «Aparentemente» porque no aparecía en la lista de los testigos. Habían declarado cuatro niños, ninguna niña. Y en los relatos de cada uno de ellos solo se describía a cuatro niños, ninguna niña. Así que, o la señorita Laura García mentía, o lo habían hecho los otros cuatro. De todas maneras, Jordi Pregones lo tenía claro, el único superviviente es siempre el primer sospechoso. Ella era la única del grupo de niños que no había muerto quemada. Blanco y en botella. Pero no iba a ir a por ella de forma directa. Prefería usar la estrategia de tratarla como una víctima, recurriendo a su mejor cara de policía bonachón y bienintencionado, y desplegar una trampa a su alrededor para que cayese sola. Esa era su forma de hacer las cosas.

Luego estaba el señor Alejandro Navarro, que sufría alucinaciones del sueño. «Demasiados disminuidos», pensó. La única relación conocida del señor Navarro con la señorita García era que asistían a la misma terapia de grupo. No tenía muy claro aún qué hacer con él.

Y finalmente estaba el señor Julián Pardo. Su expediente estaba repleto de encontronazos con la ley, incluso había sido procesado por asesinato involuntario a los diecisiete años, una verdadera joya. Y la forma en que le funcionaba la memoria... Jordi nunca había conocido a nadie como él. El informe psicológico que había conseguido de la Unidad de Psiquiatría del Barnamedic, donde había estado ingresado, no reflejaba ni por asomo su potencial. Allí se describía con detalle su trastorno mental, pero no lo que podía llegar a hacer con él. Y Jordi lo había podido comprobar en persona. Aquel hombre era un prodigio, único entre un millón, su capacidad valía una fortuna y probablemente ni el mismo Julián Pardo era consciente de ello. Jordi estaba muy satisfecho de haber conseguido doblegarlo, de haber podido convencerlo de que trabajase para él y de que fuese su informante desde dentro. Lo necesitaba para tenderle una trampa a la señorita García. Jordi no conocía a nadie en los juzgados de Barcelona, al menos a nadie que pudiese manipular un expediente criminal. Ni siquiera sabía si era posible hacer desaparecer un delito, pero era una carta que le gustaba jugar y que casi siempre funcionaba.

Jordi Pregones sonrió. Quizá podría llegar a resolver el caso incluso antes de lo que creía.

Un modelo de féretro

Alejandro miraba sin ver la lápida que cubría el nicho doble de sus padres.

La muerte de sus abuelos había marcado el inicio de su patología, había comenzado entonces a alejarse del mundo normal. La muerte de sus padres marcó la desconexión definitiva. Curiosamente ambas parejas habían muerto de manera similar, juntas y en un accidente de tráfico. Recordaba con infinita tristeza el día en que recibió la noticia de la muerte de sus padres. Y también con vergüenza, porque lo primero que pensó fue que quizá estaba alucinando. Levantó la vista de las fotos que tenía delante y se lo preguntó al agente de policía. «¿Estoy soñando?». La cara de confusión y repugnancia del agente, las imágenes explícitas que tenía delante y la certeza de que había perdido a sus padres para siempre le revolvieron el estómago y acabó vomitando sobre los zapatos negros del Mosso d'Esquadra. Mucha vergüenza.

Se había quedado solo, con todo el peso y el significado que podía adquirir esa palabra. Sin nadie a su alrededor, aislado y abandonado en una ciudad de casi dos millones de personas.

Creyó que estaba soñando porque el mismo accidente era absurdo. Sus padres habían ido a Sorrento de vacaciones. De vuelta de una excursión, en una carretera cerca de Marina di Puolo, el conductor del autobús en el que viajaban había aparcado en el arcén y había bajado a orinar. Al autobús le saltó el freno de mano y comenzó a deslizarse cuesta abajo sin control, destrozó el quitamiedos y saltó por un enorme barranco. El autobús y todos sus pasajeros acabaron despedazados entre las rocas de la costa. Alejandro no podía pensar más que en la imagen de sus padres gritando desesperados entre la multitud, mientras el conductor los veía alejarse petrificado, incapaz de reaccionar y con la verga al aire. No podía ser más que un sueño. Una grotesca pesadilla.

Alejandro tuvo que gestionar los trámites de repatriación de los cuerpos de sus padres. Y aquello también fue una pesadilla. La empresa funeraria incluida en el seguro de sus padres se encargó del papeleo, aunque, como todo estaba fuera de presupuesto, él tuvo que validar cada uno de los pasos. El encargado de la funeraria, un hombre de unos cincuenta años, calvo, con papada y abdomen prominentes y un traje negro holgado, lo había ido guiando durante el proceso en un despacho del edificio central del cementerio de Montjuïc.

Lo primero fue decidir si realmente quería que los cuerpos volviesen a España. La repatriación de cadáveres era opcional, podía contar con el certificado de defunción expedido por el gobierno italiano, con el que tendría suficiente para realizar los trámites de la sucesión. El empleado de la funeraria lo había convencido para que repatriara los cuerpos. No podía permitir que sus padres

acabaran en una fosa común en un país extranjero. «Este también es un país extranjero para ellos», le hubiese gustado decir a Alejandro, pero había callado. A continuación, el hombre le dijo que lo mejor era que trajesen los cuerpos para enterrarlos aquí. Podían cremarlos en Italia y enviar las cenizas, pero se lo desaconsejó a causa de un listado de especificaciones entre las que enumeró la calidad de la cremación. Alejandro pensó que una cremación era una cremación, nunca se había parado a pensar que pudieran existir diferentes tipos y calidades. Había aceptado rápidamente la propuesta para cambiar de tema, pues la sola idea de imaginarse a sus padres ardiendo le revolvía el estómago y no quería acabar vomitando también sobre los zapatos de aquel hombre.

Luego el empleado de la funeraria comenzó a explicarle el proceso de embalsamamiento para que los cuerpos aguantaran lo suficiente hasta el sepelio, pero Alejandro le rogó que no entrase en detalles. En su lugar hablaron de los documentos y formularios que debían completar para realizar los trámites, y sobre todo de cuánto costaría la gestión. Alejando nunca se había preocupado mucho por el dinero, un concepto que no le interesaba ni le seducía. Trabajaba para vivir y no tenía grandes gastos. Sin embargo, figuraba como titular en las cuentas de sus padres. Su madre había insistido en ello y él había firmado los documentos a regañadientes, lo que al final resultó ser una buena decisión.

Después discutieron sobre los costes del desplazamiento y de los féretros de viaje. Estos últimos consistían en cajas dobles, la exterior de madera fuerte reforzada con abrazaderas metálicas y la interior de metal. Podía ser de zinc o de plomo, según la disponibilidad del país de origen. El hombre aconsejaba el plomo, porque el zinc manchaba de negro la piel de los cadáveres. Aunque eso tenía poca importancia si al final optaban por la cremación.

Finalmente hablaron de los nichos compartidos, de la lápida, de la ceremonia funeraria, del velatorio, del texto de las tarjetas de recordatorio y de los féretros. El encargado le mostró interminables catálogos. Alejandro, aturdido, le dijo que el modelo que entraba en el seguro era suficiente, y el hombre le respondió, con mirada severa, que sus padres se merecían lo mejor y que un buen hijo elegiría un modelo que estuviese a la altura del recuerdo de sus padres. Alejandro se puso de pie lleno de rabia y le dijo gritando que no era más que un comerciante, que no conocía a sus padres y que no se atreviese ni por un momento a juzgarlo. Tras unos momentos de silencio se dejó caer de nuevo en la silla del despacho. Insistió en voz baja en que el modelo de los féretros sería el que entraba en el seguro. Al fin y al cabo, todo acabaría en cenizas. El hombre asintió en silencio y lo apuntó todo en las hojas que tenía delante.

Todo eso recordaba Alejandro mientras miraba sin ver la lápida que cubría el nicho doble de sus padres. Aunque no podía saber si realmente había ocurrido o lo había soñado.

Y se puso a llorar.

Una película de detectives

Laura despertó sudando y se sentó en la cama a esperar a que el horrible sueño se hiciese jirones y desapareciese. Había sido una pesadilla muy vívida. Ella a horcajadas encima de su madre sujetándole con fuerza una almohada en la cara. La mujer debajo de ella debatiéndose débilmente, totalmente intoxicada con somníferos y alcohol. Y aquella sensación de placer que la inundaba mientras lo hacía... Laura respiró hondo para dejar atrás el sueño, pero el recuerdo se le adhería como una sanguijuela.

—¿Alguna vez he matado a alguien? —le preguntó a su hermano.

Solo ha sido un sueño, no es real.

Las palabras de Víctor no la tranquilizaron. Los recuerdos de Laura se habían inundado otra vez en aquella espesa niebla que tanto odiaba.

—¿Cómo murió mamá? No lo recuerdo...

Falleció de una embolia pulmonar hace doce años. ¿No te acuerdas?

—No, no lo consigo, no soy capaz... —respondió mientras rascaba inútilmente la densa bruma que le invadía la cabeza. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

No te preocupes, me tienes a mí, yo te ayudaré a recordar.

Laura sonrió amargamente mientras se enjugaba las lágrimas, y pensó en lo triste de su situación.

Más tarde alguien llamó al interfono. Una voz de hombre que se presentó como el inspector Jordi Pregones, de los Mossos d'Esquadra, respondió. Ella mantuvo apretado el botón para abrir y no lo soltó hasta que oyó la puerta cerrarse. Iba en pijama y no pensaba vestirse. Quería tener el poder de decidir cómo ir por su casa un sábado por la mañana, la visita de un policía no tenía por qué obligarla a replantearse su decisión.

Laura, haz el favor de ponerte algo decente.

Odiaba el tono pasivo-agresivo de su madre. Se cambió solo por no tener que seguir oyéndola, se puso unos vaqueros y una camiseta blanca de manga larga. Esperó detrás de la puerta hasta que el policía llamó al timbre. Se armó de valor y abrió.

El aspecto del inspector Pregones la decepcionó un poco. Se esperaba a un policía vestido de paisano, duro, curtido y de pocas palabras. Con barba de días, pantalones marrones, camisa blanca con el nudo de la corbata flojo, los tirantes de la funda negra del arma mal disimulados por una chaqueta arrugada también marrón. Divorciado, probablemente con problemas de bebida y comportamiento violento.

Laura nunca había visto un detective vernáculo, a decir verdad. Cuando abrió la puerta se encontró con un hombre de mediana altura con sobrepeso y vestido de uniforme. Tenía una cara redonda de mejillas rosadas y una enorme sonrisa que a Laura se le antojó un poco falsa. Llevaba una gorra negra que le quedaba algo pequeña, una camisa azul claro de manga corta, galones con un rectángulo amarillo y una «V» de laureles bordados en oro, la numeración a la derecha, el escudo con la *senyera* a la izquierda. El atuendo se completaba con una pulcra corbata negra con una aguja de oro, unos pantalones negros con una raya roja y una pistola en su funda. Una estampa que había visto un millón de veces en la calle. Laura creía que los detectives vestían de otro modo, pero no. Su atavío era como el del resto de los policías. Pero no solo había errado en el aspecto físico: el inspector llevaba una alianza en el anular, no parecía tener un perfil de bebedor y la suavidad con la que se presentó, se quitó la gorra y le preguntó si podía entrar, tampoco evidenciaba un carácter violento. Aunque podría estar equivocada en todo. Al fin y al cabo podría tratarse tan solo de un juego mental para desviar la atención de la razón de la presencia de aquel hombre en su salón.

El inspector sacó una pequeña libreta negra del bolsillo y comenzó a apuntar con letra apretada lo que Laura le explicaba. Ella le contó toda la historia desde el principio, le habló del incidente del verano de 2001 en Aiguaoliva y de lo que Julián le había dicho que la policía había descubierto.

El inspector Pregones habló a continuación. Le dijo que por alguna razón no había mucha información de aquellos acontecimientos, todos los archivos relacionados con la víctima y su familia habían desaparecido del registro civil y del resto de los archivos oficiales. Del caso solo perduraban las declaraciones de los testigos, aparte de los datos del registro de propiedad sobre el apartamento donde vivía la víctima. Le confesó que su intención era avanzar lo más rápido posible en el caso, ya que, por sus características, tenía toda la pinta de que tarde o temprano acabase en manos de la Policía Nacional. No solo por la muerte del hombre del cobertizo, sino por todas las irregularidades que giraban en torno a lo sucedido. Por ejemplo, la muerte de todos los testigos interrogados, todos ellos en circunstancias similares. Le dijo que la víctima del accidente de Aiguaoliva se llamaba Eduardo Espinel, que en el momento de fallecer tenía entre cuarenta y cincuenta años, y que probablemente tuviera esposa y al menos un menor a su cargo, a juzgar por las pólizas de seguros que había contratado.

Laura no podía creer cómo se podía hacer desaparecer tanta información sobre un caso, sobre una persona, sobre una familia entera. No tenía por qué dudar de la policía, solo le parecía raro. El inspector le manifestó que no tenía constancia de la declaración de ella, que debía de haber desaparecido con el resto de la información sobre el caso. Entonces ella volvió a explicarle lo que les había dicho a los policías en el hospital cuando tenía diez años. Le habló del

descampado, del fuego que había iniciado Tino (Justino Gutiérrez), de las llamas devorándolo todo.

Desconfío de este hombre. No le digas lo de las tarántulas.

Laura le hizo caso a su hermano y dejó las arañas fuera del relato. El inspector enumeró las muertes de cada uno de sus compañeros de aquella fatídica aventura. Le dijo que el señor Justino Gutiérrez había muerto en un incendio en el año 2008, que el señor Miguel Domínguez había muerto también en un incendio en el 2013 (ella visualizó al niño de grandes orejas), que el señor Jaume Dalmau murió de la misma forma el año anterior y que David López también había muerto en un incendio hacía apenas unos días. ¿Quién sería Trunks y quién el Colo? Daba igual en realidad, estaban todos muertos menos ella. El inspector completó su hilo de pensamiento.

—Creemos que está usted en peligro, señorita García. De momento no puedo hacer nada más, pero le dejaré mi número de teléfono para que me llame si ve algo sospechoso. —Eso sí le sonó a Laura como algo que dirían en una película de detectives, y quizá por eso le pesó tanto. Pensó que a veces la realidad necesitaba un anclaje en la ficción para ser creíble. El inspector Pregones le extendió una tarjeta de los Mossos con un mail y un móvil apuntados a mano en el reverso—. Tenga en cuenta que podemos estar enfrentándonos a algo muy grande. Esas personas han muerto de una manera que no se puede atribuir a la casualidad. Es evidente que hay un hilo conductor, pero no podemos estar seguros de ello hasta disponer de más pruebas. Pero es necesario tener en cuenta que solo el año pasado en España, de los ciento veinticinco muertos en incendios domésticos, veintisiete murieron en la cama mientras dormían, probablemente por fumar... —El inspector esperó su reacción.

—¿O sea que puede que lo de los cuatro haya sido una casualidad? ¿Eso es lo que trata de decirme? —Laura no se lo creía para nada. El inspector negó con la cabeza.

—No, no creo que haya sido una casualidad. Lo que intento decirle es que, si hay alguien detrás de todo esto, quizá no sean solo cuatro las víctimas... —De los hombros del inspector comenzó a surgir una decena de pequeñas arañas marrones con un característico estampado negro en el lomo. Eran arañas vagabundas, su picadura podía provocar una fea necrosis. Laura comenzó a retroceder lentamente.

No me gusta. Dile que se vaya.

No compartía la desconfianza de Víctor, pero Laura le hizo caso. Tenía mucho que procesar y cada vez más arañas caminaban por el cuerpo del inspector. Se inventó una excusa para despedirlo y el policía la aceptó. Una vez en el rellano de la puerta apuntó el número de ella, le dijo que la llamaría si tenía más novedades y luego añadió:

—Le aconsejo que aplace los viajes que tenga previstos y que se mantenga localizable. —Ella lo miró perpleja—. Es por su propia seguridad —añadió el inspector al ver su cara. Eso era algo que Laura también había oído en las películas una infinidad de veces. ¿Creía aquel hombre que

ella podía ser la culpable? Supuso que ese era su trabajo, no descartar ninguna posibilidad. Intentaba mirarlo a la cara, ignorar las criaturas que recorrían su cuerpo.

Cuando se fue, Laura se quedó mirando la puerta. Eduardo Espinel. El nombre del fallecido en aquel cobertizo le resonaba como un eco distante en su memoria velada por la niebla. Guardó la tarjeta en uno de los bolsillos internos del pequeño bolso de Desigual. Acarició la piel negra de este y los bordados de flores multicolores de forma inconsciente, mientras su mente valoraba la posibilidad de quedarse todo el fin de semana encerrada en casa.

La Casa de Convalecencia

El lunes siguiente Laura se despertó temprano. Ya estaba oficialmente de vacaciones de verano, aunque según el inspector Pregones no podía irse de viaje. De todas formas, no había hecho ningún plan, no tenía ningún vuelo previsto ni ninguna reserva. Las vacaciones para ella no tenían el mismo significado que para el resto de sus compañeros de trabajo, que contaban las semanas, los días y las horas para huir a cualquier sitio. El último día en la oficina todos se saludaban cordialmente y se explicaban adónde irían. Laura siempre se inventaba algo, solo para no tener que responder a las preguntas de por qué no se iba de viaje. A nadie le interesaba en realidad lo que ella explicaba, siempre y cuando se ciñera al ritual. Luego tenía que aguantar a su maestra reprendiéndola por mentir, eso también formaba parte de su ritual.

Después de pasar todo el fin de semana en su casa, le apetecía salir un poco, airearse. Un pensamiento le daba vueltas por la cabeza y quería asegurarse de que no era cierto. Necesitaba hablar con Alejandro y despejar cualquier duda sobre él. Por alguna razón no podía sacarse de la cabeza que podría ser el culpable, que sus alucinaciones con los sueños escondiesen algo más siniestro. ¿Y si era Alejando el niño traumatizado que se estaba vengando de las personas que habían matado a su padre? No, no podía ser él, Laura no quería que fuese él. Tenía que hablar con él, aclararlo. En realidad, se moría de ganas de volver a verlo, de volver a besarlo, y eso era lo que la estaba torturando. Le envió un mensaje para quedar y él le respondió que la una de la tarde era una hora perfecta, su pausa para comer. Podían quedar en la puerta principal de la Facultad de Medicina.

Laura se pasó dos horas ante al espejo probándose ropa como hacía mucho mucho tiempo que no hacía. Nada de lo que se ponía le gustaba. Todo lo que tenía era de manga larga, y le habría gustado ponerse un vestido corto, si lo hubiese tenido. Finalmente se decidió por cortarle las mangas a una camiseta color salmón y le agradó el resultado, aunque se sentía desnuda con los brazos al aire. «Un día es un día», pensó, y se enfundó unos vaqueros gastados que combinaban a la perfección con la remozada camiseta. Se recogió el pelo y estudió cómo le quedaba la nuca al descubierto, un perfil y otro, como había hecho en el cuarto de baño de la casa de Julián, y finalmente decidió dejárselo suelto. Unos calcetines cortos y unas Converse Chuck Taylor de bota blancas completaron el atuendo. Y, como siempre, el bolso negro de Desigual, no le importaba si conjuntaba o no con el resto. Ella sabía que no era muy buena combinando la ropa, o al menos eso era lo que le decía su madre. Y le daba bastante igual.

Alejandro trabajaba en el edificio de la Casa de Convalecencia. A Laura le fascinaba que

trabajara allí, en aquella obra de arte modernista. Se bajó del metro en Sagrada Familia y recorrió los quinientos metros de la avenida de Gaudí hasta la entrada principal del antiguo hospital de Sant Pau. Desde allí caminó por el lateral de la calle Sant Antoni Maria Claret hasta llegar a Sant Quintí, donde se encontraba la entrada de la Casa de Convalecencia. Alejandro la esperaba de pie junto a las enormes puertas de hierro negras abiertas de par en par. Llevaba un polo azul con las letras UAB bordadas en blanco, unos pantalones chinos color beige y unas deportivas azul oscuro. El polo era algo pequeño, demasiado ajustado para su espalda ancha y sus gruesos brazos. Laura pensó que estaba guapísimo con la ropa que llevaba (y también que podía aplastarle el cráneo fácilmente con aquellos brazos).

Tenía que saberlo cuanto antes.

Se saludaron con dos besos y él le pidió que lo acompañara a su mesa porque se había dejado el móvil. Atravesaron los muros rematados de rejas y cruzaron el pequeño jardín de la entrada. A cada paso que daban el ruido de los coches se alejaba. Subieron diez escalones anchos, atravesaron una entrada circular de tres puertas y entraron en el recinto. El lugar era señorial, luminoso y fresco. Se dirigieron a una enorme escalinata de mármol, con los peldaños horadados por miles de pisadas, y subieron poco a poco, en silencio.

Ella se dedicó a observarlo, apenas miraba por dónde caminaba ni con quién se cruzaba. Solo escudriñándolo trataba de buscar una respuesta a la pregunta que la torturaba. Él la miró un par de veces también y ella notó que las mejillas se le calentaban. «Qué mono es... —pensó Laura—. ¿Cómo podía hacerle daño a nadie?».

Continuaron subiendo hasta el último piso y giraron a la izquierda. Atravesaron un largo pasillo ya no tan señorial y entraron en un área de oficinas. No había ni un alma, en pleno agosto y a la hora de comer. A ella le pasó por la cabeza que la hubiese llevado allí para hacerle daño. ¿Quién se olvida el móvil hoy en día? Buscó cámaras de seguridad y no vio ninguna. Alejandro se adelantó para alcanzar su escritorio, cogió un móvil y se lo enseñó triunfal. Ella dejó escapar una risa de alivio, quizá demasiado fuerte. Al regresar junto a ella, él le preguntó qué le pasaba. Entonces Laura le soltó todo lo que tenía dentro de su cabeza. Si él hubiese sido el asesino esta habría sido una pésima idea, pero ella solo quería escuchar de su boca que él no había hecho nada. Sin embargo, la respuesta la decepcionó.

—Todo este asunto me pone muy nervioso, Laura. No puedo confiar en mi memoria, está contaminada con mis sueños. Mis padres murieron hace años. ¿Y si soñé una muerte diferente para mi padre? ¿Y si hice esas cosas horribles y luego soñé que nunca habían pasado? Esto me está volviendo loco. No puedo confiar en mis recuerdos, Laura, no puedo confiar en mí mismo. Me gustaría dejarte tranquila diciéndote que no soy el culpable. Me encantaría decírtelo, pero no puedo...

Alejandro se miraba sus enormes manos mientras hablaba. Ella se las cogió.

—No creo que hayas sido tú —le dijo.

Él la miró a los ojos y ella le sonrió.

—Eso no puedes saberlo, ni yo mismo puedo saberlo... —murmuró.

—Simplemente lo sé —le dijo ella soltándole las manos, rodeándole el cuello con los brazos y besándolo.

Un refugio

Laura se había olvidado de dónde estaba, súbitamente solo existían ella y él en el mundo. Sin voces, sin insectos, solo ellos. Alejandro la atrajo hacia sí, la abrazó y sus cuerpos se fundieron en uno. Se besaron y se acariciaron suavemente al principio y con más pasión después. En un momento dado, Laura apartó la cara y lo miró a los ojos. Ella estaba sorprendida y excitada, y quería saber si él también sentía lo mismo. Él la miró sonriente y volvieron a besarse. Sus bocas se abrían y las lenguas jugaban, se acariciaban. Él recorrió su cuerpo con sus grandes manos y ella dejó que lo hiciera, sin reparos, desarmada...

El ruido de una puerta al abrirse los trajo de vuelta a la oficina. En el otro extremo de la sala, dos hombres con traje salieron de otro despacho hablando entre ellos. Laura y Alejandro ya estaban a una casta distancia el uno del otro cuando los hombres repararon en ellos, aunque sus caras rojas y su respiración agitada los delataba. Los hombres apenas si les dirigieron una mirada y bajaron algo la voz para que no oyesen la conversación que mantenían. Atravesaron la estancia y se marcharon.

Laura y Alejandro se miraron y rieron como dos críos. Entonces él la cogió de la mano y la llevó a través de la oficina hasta una puerta con un pequeño cartel en el que había unas escaleras dibujadas. Cruzaron la puerta, pero no bajaron las escaleras, sino que se dirigieron a un estrecho pasillo que se abría a la izquierda. Mientras Alejandro la conducía por allí le explicaba que aquel era un edificio muy antiguo y que su interior era una amalgama de reformas sobre reformas, aunque aún había espacios que conservaban su estado original. Llegaron a una pequeña puerta de madera oscura y antiquísima. Incluso Laura tuvo que encorvarse para pasar. Entraron en una salita de ladrillo visto iluminada por pequeñas aberturas practicadas en el techo circular. No hacía calor. Laura cerró los ojos y disfrutó del olor. Olía a roble húmedo, como en las bodegas antiguas. A un lado había un sofá como único mobiliario y en el otro un pasillo que se perdía en la oscuridad.

—Allí no hay nada —dijo Alejandro adivinando los pensamientos de Laura—. Solo una puerta que da a la escalera de incendios. Nadie viene aquí, solo yo cuando necesito desconectar del mundo.

Ella misma se imaginó pasando horas leyendo en aquel sofá, hasta que la luz del sol desapareciera. Alejandro rebuscó en el bolsillo y sacó la lanceta azul oscura. La cargó como aquella vez en la terapia, se arremangó el hombro derecho y la descargó en él. Laura hizo una mueca de dolor al verlo. Luego le acarició con suavidad la áspera piel de su hombro.

—Perdona, debía asegurarme... —dijo ruborizándose.

—Esto es real... —le dijo ella en voz baja, casi ronroneando.

Él la cogió por la cintura y volvieron a besarse, arropados por la intimidad de aquel refugio. Se recostaron en el sofá y se dedicaron a recorrerse mutuamente, con las manos y con la boca. Él se quitó el polo y ella la camiseta. Así echados no había diferencias de altura, las bocas coincidían, las caderas también. Ella notó el miembro de Alejandro endurecido a través del pantalón. Se lo acarició por encima de la tela mientras él le desabrochaba el sujetador. Sudaban y gemían, y la electricidad recorría cada rincón de la piel de Laura. Una mano de él avanzaba por debajo de los tejanos de ella acariciando sus nalgas, ávida y caliente, mientras que con la otra la cogía de la nuca. Nada de voces, nada de bichos, nada en el espacio, solo dos cuerpos entrelazados. Laura no recordaba la última vez que se había sentido así, si es que lo había hecho alguna vez. Toda la tensión acumulada durante semanas estaba a punto de liberarse como un volcán, toda la lava comprimida bajo su superficie empujaba con fuerza. Se irguió sobre él para permitir que le acariciara los pechos, que se los besara, que los mordiera. Entreabrió los ojos entre jadeos... y entonces lo vio.

En el pasillo oscuro, agazapado entre las sombras, había alguien.

Al principio Laura no entendió lo que veía. Pero luego se movió y Laura distinguió claramente su silueta y sus ojos brillando en la oscuridad, observándola. No se veía nada más, su ropa negra se confundía con las sombras.

—¡¡Hay alguien ahí!! —chilló mientras saltaba como un muelle y se escondía detrás del sofá. Alejandro la miraba como recién despertado de un sueño—. ¡¡Allí, en el pasillo, hay alguien!! —gritó ella de nuevo señalando con el índice rígido la oscuridad. Laura oyó unos pasos que se alejaban. Alejandro se levantó y se dirigió al pasillo.

—¿Quién anda por aquí? —preguntó con un vozarrón que retumbó en la sala y la sobresaltó.

No hubo respuesta. Cogió el móvil, encendió la linterna y la oscuridad desapareció. El pasillo era un semicilindro estrecho, también de ladrillo visto, en cuyo extremo opuesto había una puerta entreabierta. Alejandro corrió hacia ella sin ser consciente de que iba semidesnudo y con una erección, y Laura se quedó detrás del sofá intentando alcanzar desde donde estaba el sujetador y la camiseta. De pronto tenía mucho calor, estaba asfixiada. Debía huir cuanto antes. Intentó calmarse, aliviar su ansiedad inhalando y exhalando profundamente. No lo conseguía, y Alejandro no volvía. Por fin, al cabo de unos momentos, lo vio regresar por el pasillo, nervioso. Ella volvió al sofá.

—No he visto a nadie..., quienquiera que haya sido es muy rápido, la escalera de incendios estaba desierta.

Ella lo miraba aferrando la camiseta salmón y el sujetador contra su pecho, cubriéndose ante él, ante el resto del mundo. De repente se sintió estúpida, imprudente, una mujer de treinta y dos

años enrollándose en una buhardilla como una adolescente, cuando había un peligro acechándola. La estancia comenzó a oscurecerse. En los orificios del techo empezaron a acumularse insectos. Laura no podía distinguir de qué tipo eran desde donde se encontraba. Se hizo un ovillo en el sofá.

—Vámonos de aquí, por favor... —le rogó con un hilillo de voz.

En la misma casilla

En la pequeña mesa del bar, sentada frente a Alejandro y a Julián, Laura sostenía la tarjeta del inspector Pregones. Hacía calor y olía a frito allí, pero al menos estaban los tres solos. La gente se agolpaba fuera, en las mesas de la terraza. A nadie se le ocurría permanecer dentro del local a esa hora. En silencio, el camarero les dejó un agua para Alejandro, una cerveza para Julián y una Coca-Cola para Laura, y volvió rápidamente a parapetarse detrás de la barra. Ella apretaba los dientes sin poder mirar a Alejandro a los ojos. Observaba concentrada una cucaracha que recorría perezosamente la superficie de una mesa unos metros más allá. Podía ser real o no, le daba igual.

En la entrada de la Casa de Convalecencia, antes de que buscaran un lugar donde sentarse a hablar de lo sucedido, Alejandro había puesto en duda lo que ella había visto. Había vuelto una y otra vez a preguntarle qué era realmente lo que había ocurrido, como si fuera un policía en busca de incongruencias entre distintas versiones en un interrogatorio. No había sido una alucinación. Laura estaba segura de ello. Había alguien allí, observándolos desde las sombras. Iba vestido de negro y sus ojos brillaban. Luego se giró y huyó, y ella oyó claramente sus pasos alejándose. Alejandro, en cambio no había visto ni oído nada, y afirmó que no era posible que alguien fuese tan rápido para desaparecer de esa manera. Laura notaba los esfuerzos de Alejandro por creerla, pero veía en sus ojos aquella mirada condescendiente que había visto un millón de veces.

También hablaron de Julián. Alejandro propuso llamarlo para discutir juntos las opciones, pero ella no quería, ya que eso implicaba que supiese lo que estaban haciendo. Laura sabía que ya no había nada entre ellos, pero igualmente no quería que se enterase. Le contó a Alejandro lo que había ocurrido en la cena de Navidad. Le explicó que ella no sentía nada por Julián salvo amistad, pero... ¿y si él sentía algo por ella? También le dijo lo de la medicación que estabilizaba a Julián en el cubo de basura. Finalmente, Alejandro la convenció y llamaron a Julián. Tres cabezas podían pensar más que dos, y necesitaban el club al completo. Media hora más tarde llegó Julián y Laura le contó lo que había sucedido, con el corazón latiéndole en la garganta y la cara caliente.

—¡Me alegro mucho por vosotros dos! —exclamó Julián. Su reacción la sorprendió gratamente y se reprendió a sí misma por sus paranoias mentales—. Y me alegro de que me hayáis llamado —añadió con una mano en un hombro de cada uno de ellos. Laura continuaba con la tarjeta del inspector Pregones en la mano—. Venga, pensemos qué podemos hacer —dijo, conciliador.

—Podríamos llamar al inspector de la tarjeta —dijo Alejandro tímidamente.

No me parece una buena idea, no confío en él.

—No... no me parece una buena idea, no confío en él —repitió ella textualmente las palabras de Víctor. Miró a Alejandro a los ojos. No estaba enfadada con él, no podía estarlo. Estaba rabiosa consigo misma, con su condición, con todo lo que estaba pasando, pero no con él. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Le gustaba, no quería que se estropeasen las cosas con él. Y no se sentía incómoda compartiendo todo aquello con Julián. Guardó la tarjeta en el bolso con cuidado, quería tenerla muy a mano.

—No creo que sea buena idea ocultarle información a la policía —dijo Julián—. Pueden ayudarnos a descubrir quién está detrás de esto. Es su trabajo.

Dile que no confías en el inspector, que te da mala espina.

—No es la policía en general, es ese inspector, me da mala espina —repitió ella.

—Vale, pasemos de él, pero si no involucramos al inspector, déjame al menos hablar con mi amigo de los Mossos. Quizá pueda sacarle algo de la investigación que están llevando a cabo. Mientras tanto cuidaos mucho —les aconsejó Julián. Apuró la cerveza y se levantó de la mesa—. Tengo que volver al trabajo, yo aún no estoy de vacaciones como tú —dijo sonriéndole a Laura —. ¡De verdad que me alegro mucho por vosotros! —gritó mientras salía del bar.

—Todo va a salir bien... —dijo Alejandro cuando volvieron a quedarse solos.

—¿Como en un cuento de hadas? ¿Comeremos perdices? —preguntó ella divertida.

—Es lo que siempre decía mi madre. «Todo va a salir bien». Era su frase preferida. Lo decía sin saber exactamente cuál era el problema ni cómo solucionarlo. Pero lo cierto es que cuando lo decía y me cogía de las manos así, yo me sentía mejor...

Y resultó, él la cogió de las manos y ella se sintió mejor.

El tacto de las grandes manos de Alejandro envolviendo las suyas era reconfortante. Su libido había huido despavorida de la escena, pero aún quedaba un rescoldo. Solo esperaba no retroceder a la casilla de amigos después de aquello, como había ocurrido con Julián. Se quedaron así unos momentos más hasta que él anunció que también debía volver al trabajo. Dubitativo, se puso de pie, se inclinó y la besó suavemente en los labios, y ella le acarició la mejilla mientras lo hacía. Luego se giró y se fue. Laura se quedó allí un rato más pensando en todo lo que estaba ocurriendo. Al menos había algo positivo. Al parecer seguían en la misma casilla.

Camuflaje

Le encantaba vestir de negro. Era su atuendo, su marca personal. Ropa barata, todo el conjunto por menos de cincuenta euros de la sección «Asesinos en serie» del Primark. Nunca tuvo necesidades caras. Además, los gastos elevados llamaban la atención, generaban curiosidad. Había mantenido un perfil bajo durante todos esos años y pretendía seguir manteniéndolo mucho tiempo más. Era la única manera de hacer lo que le gustaba sin que nadie se interpusiera en su camino. Por eso le encantaba la ropa negra, con ella pasaba desapercibido. Caminar de noche ataviado así era fundirse con la oscuridad, ser parte de las sombras, invisible.

Le fascinaban los camaleones, la rapidez con la que se adaptaban al entorno para desaparecer. Le emocionaban las composiciones accidentales y efímeras de elementos totalmente diferentes disimulados momentáneamente el uno sobre el otro. Una hoja de menta sobre el tapete de una mesa de billar, la nieve sobre el pelaje de un oso polar, una mancha de café en una corbata negra. Nunca había visto cómo acababan los cuerpos que quemaba, pero se los imaginaba de la misma forma. Negro sobre negro, carbón sobre carbón. Lo que antes fuera piel rosada, ropa de colores y muebles se fundía en una amalgama oscura y homogénea. Se convertía en una composición impecable y pura en la que no se podía precisar dónde acababa una cosa y comenzaba otra.

Adoraba ser invisible, pero de vez en cuando debía romper el camuflaje, emerger de las sombras. Solo un poco, lo suficiente para nutrirse de energía, para respirar, al igual que las ballenas necesitaban sacar el orificio nasal a la superficie para obtener el oxígeno que les hacía falta para seguir existiendo. Ahora su bocanada de aire se llamaba Laura García.

CAPÍTULO 6

SOBRE EL AMOR

Mivacurio

Laura no volvió a ver ni a Alejandro ni a Julián el resto de la semana. Hablaron por teléfono, se enviaron mensajes, pero no se vieron. Laura estaba harta de estar encerrada y decidió dar un paseo, incluso traicionando su norma de evitar los sitios turísticos de la ciudad. Buscaba lugares donde hubiera la mayor cantidad de gente posible. Quizá de ese modo, si alguien quería hacerle daño, se lo pensaría dos veces. Sabía que era un argumento débil, pero tenía que convencerse de ello para poder salir de casa. Aquella mañana pensó en pasear por el centro comercial de la Illa. Siempre estaba lleno a rebosar en esa época del año, y además había aire acondicionado. También le apetecía mirar algo de ropa. No seguía la moda, para ella suponía un esfuerzo que no era capaz de hacer. Había demasiados códigos que no entendía, reglas confusas que cambiaban de la mañana a la noche, y todo con un objetivo que para ella tenía escaso valor. Pero ese día quería encontrar algo que le gustase, que pudiera incorporar a su reducido armario. Le apetecía sentirse guapa. Quería salir a la calle y simular que era una mujer con cosas que hacer y sitios adonde ir. Una mujer normal. En todo esto pensaba antes de salir de su casa, cuando el inspector Pregones la llamó por teléfono. A regañadientes respondió.

—Buenos días, señorita García, al habla el inspector Pregones.

A Laura siempre le había resultado curiosa la formalidad con la que la policía se comunicaba con el resto del mundo. Nunca tuteando y utilizando siempre el estilo castrense para marcar las diferencias con la población civil. ¿Quién decía «al habla» en el siglo XXI?

—Llamaba para decirle que ya tenemos...

Deja de juzgar su forma de hablar, Laura. Juzgar está mal.

La voz de su madre no le dejó escuchar lo que el policía le estaba diciendo.

—Perdone, ¿podría repetir lo que ha dicho, por favor? Le he perdido por un momento.

—Sí, por supuesto. Decía que ya tenemos el informe del análisis forense del cadáver del señor David López. —Hizo una pausa. Ella esperó impaciente hasta que el inspector continuó—: El cadáver presentaba trazas de mivacurio, un potente bloqueante muscular que se usa en las anestesias quirúrgicas para inmovilizar a los pacientes. Es un medicamento de uso hospitalario. Posiblemente fue lo que utilizó el autor de los hechos para inmovilizar a la víctima en la cama. No había rastros de sedantes, por lo que creemos que, aunque inmovilizado, el señor David López pudo permanecer consciente mientras se quemaba vivo...

A Laura se le aflojaron las piernas y casi dejó caer el móvil. Era una manera horrible de morir. Quizá fue lo que le pasó a aquel pobre hombre en el cobertizo del descampado.

—¿Conoce usted a alguien que pueda tener acceso a ese tipo de medicación?

Julián trabaja con medicación de estudios, y varios de ellos son ensayos clínicos de anestesia, díselo.

—No... —respondió ella a la vez a su hermano y al inspector—. No conozco a nadie. —Necesitaba tiempo para pensar, y no quería darle al inspector el nombre de su amigo. No le cabía en la cabeza la posibilidad de que Julián fuese un sádico y desalmado asesino.

—¿Y usted? ¿Tiene acceso a bloqueantes musculares?

—No, yo no. ¿Por qué lo pregunta? ¿Soy sospechosa? ¿Eso es lo que está insinuando?

—Tengo que preguntárselo, compréndalo. Mi trabajo es asegurarme de que se contemplan todas las posibilidades. Muy bien, pues, de momento nada más. Avíseme, por favor, si se entera de algo que nos pudiera ser de utilidad. Buenos días. —Y colgó.

Podría ser Julián, deberías habérselo dicho.

—No creo que sea él. Además, me gustaría hablar con él como hice con Alejandro. Confía en mí en esto, Víctor. —Laura esperó una réplica, pero no la hubo.

Se descalzó y se tumbó en la cama, ya no le apetecía salir. Pensó en la sensación de estar consciente e inmovilizada mientras todo ardía a su alrededor, y le comenzó a faltar el aire y a dolerle el pecho. Respiró hondo, pero la opresión en el pecho crecía y crecía. Escudriñó la habitación a la espera de lo inevitable. Un puñado de inofensivas arañas Pholcus, de enormes y finas patas y cuerpecillos diminutos, avanzó hacia ella desde diferentes puntos de la cama. Le caían bien aquellas criaturas, eran una buena compañía en aquel momento. Comenzaron a trepar por sus brazos y piernas con despreocupación. Una de ellas remoloneó en la palma de su mano derecha y Laura se la acercó a los ojos para observarla de cerca. De pequeña había visto una foto muy ampliada de la cabeza de la Pholcus, en uno de los atlas de su padre. Era blanca y tenía sombras de color café alrededor de los ojos y una mancha más oscura en el centro que semejaba un pequeño hocico. Parecía el negativo de un panda, le pareció muy mona. A simple vista no podía ver esos detalles en la que tenía delante, pero se la imaginó así, como un diminuto peluche suspendido por ocho largas y finas patas. Un animalillo demencial salido de una película de Tim Burton. Volvió a tumbarse y dejó que recorrieran su cuerpo. No la molestaban. De hecho, se sentía mejor, la opresión en el pecho había desaparecido.

Tenía que hablar con Julián.

Hablándole a una lápida

Alejandro tenía la impresión de que hablaba más con sus padres ahora que estaban muertos que cuando vivían. No conversaba con muchas personas en general, salvo esporádicamente con sus compañeros de trabajo. Pero tras su fallecimiento los visitaba una vez al mes para contarles todo lo que le ocurría. Podía pasarse horas delante de la lápida que cubría el nicho de la calle Sant Jaume del cementerio de Montjuïc explicando lo que había hecho y lo que había soñado durante las últimas semanas. Sus pensamientos, sus miedos, sus planes. Hablaba más con ellos que con su terapeuta. Le había confesado más cosas a esa pieza de mármol que a Nuria. Era consciente de lo triste y patético que resultaba, pero no le importaba. La parte buena de la soledad absoluta era que no tenía que rendir cuentas a nadie. La sociedad y él apenas se tocaban, el resto del mundo seguía su comparsa por otra calle, no por la que él transitaba.

En la última visita les contó que tenía una gran noticia: había comenzado una terapia de grupo con Nuria y con otras dos personas especiales como él. Les habló a sus padres de Julián, de su excepcional memoria y de la factura que le pasaba a su cuerpo, y también de su personalidad y de lo bien que le había caído desde el principio. Les explicó asimismo que la otra compañera se llamaba Laura y que era un encanto. Les confesó que le había gustado mucho desde el primer día, pero que no esperaba que ella se fijase en alguien como él. Les contó el encuentro en la Casa de Convalecencia, les habló del tacto de su cuerpo, del olor de sus cabellos, de lo tremendamente atraído que se sentía por ella. Esa era la clase de conversaciones que Alejandro mantenía con sus padres, les explicaba todo lo que le venía a la cabeza sin ningún reparo.

Alejandro les contó que por primera vez en mucho tiempo se había sentido percibido, real. Aún era parte del mundo, aún había posibilidades de reconciliación con la sociedad.

Apañados

Julián reía sonoramente mientras Laura miraba a la gente de las mesas de al lado y pensaba por qué siempre se empecinaba en ponerla nerviosa. Ella se sentía muy incómoda con eso que él hacía: atraer la atención de los demás sin que nada le importase. Había ido a buscarlo para hablar a la hora de comer y se arrepentía de haberlo hecho. Acabaría con la mesa de la pizzería llena de arañas si no paraba de reír. Julián pareció adivinarle el pensamiento y bajó el tono, aunque aún continuaba riendo.

—No puedo creer que te cause tanta gracia... —murmuró ella.

—¡Es que la tiene! ¿De verdad pensabas ocultarme lo de Alejandro y tú? ¡Pero si se os nota a la legua!

—Te estás riendo de mí...

—Me estoy riendo de la situación. —Se enjugó las lágrimas y bajó la voz—. Somos amigos, Laura, soy muy feliz de tenerte. No me juzgas ni me compadeces y me haces sentir bien. No quiero nada más, tu amistad es suficiente para mí. Y me alegro mucho de que te guste Alejandro, parece un buen tipo. Aún no os habéis...

—No, aún no —lo interrumpió ella.

—Espero que os vaya mejor que nuestro «incidente» —dijo Julián haciendo el gesto de una araña con la mano.

—Espero que sí —contestó ella un poco más relajada—. Pero bueno, aún no has respondido a mi pregunta. El inspector Pregones me habló del mivacurio, un bloqueante muscular como los que gestionas en Unitas... ¿Tú tienes algo que ver en todo esto? Por favor, si sabes algo, dímelo, no me mientas.

Julián la miró fijamente. Laura notó un leve cambio en su mirada, una sombra que desapareció rápidamente. Luego sonrió.

—Es una pregunta curiosa para hacérsela a un sospechoso. Tanto si tuviese algo que ver como si no, te respondería de la misma manera: ¡por supuesto, no!

—No me has contestado, ¿tienes algo que ver o no?

Julián dejó de sonreír.

—¿De verdad me estás preguntando si he tenido algo que ver con esas muertes?

Laura notó que las mejillas se le calentaban y bajó la vista buscando refugio en sus manos. Asintió con la cabeza gacha. Julián suspiró.

—Si quieres que te diga la verdad, es esta: no sé con seguridad si he tenido algo que ver o no...

Laura levantó la mirada y escrutó los ojos de Julián.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es que últimamente he tenido pequeñas pérdidas de conocimiento, mi cerebro trabaja demasiado, supongo. Me he desmayado un par de veces, y una fue en la sala de medicación de Unitas. Nada grave, pero no recuerdo nada. Y es muy frustrante para mí tener momentos de mi vida en blanco... Tú también gestionas medicación de ese tipo, ¿tienes algo que ver?

Laura lo miró fijamente mientras rebuscaba entre la niebla que cubría sus recuerdos.

—¡Claro que no! —dijo sin convicción—. Creo que no... —añadió.

—Vaya, pues estamos apañados —dijo Julián mirando al techo—. No podemos descartarnos ni a nosotros mismos... —suspiró y volvió a mirar a Laura—. Pero estamos juntos en esto, no te voy a dejar sola —le dijo mientras le cogía las manos.

—Hay una cosa de la que también quería hablarte... —Laura bajó la vista hacia las manos de Julián—. La noche que fuimos a tu casa... vi varias cajas de Virazonel enteras en el cubo de basura del lavabo y... —Julián le soltó las manos.

—He dejado la medicación —dijo en voz baja y monocorde.

—Pero... ¿por qué la has dejado?

—No te lo puedo decir, lo siento... —En ese momento era él el que mantenía la cabeza gacha mientras ella lo miraba fijamente.

—Julián, ¿de verdad que no tienes nada que ver con lo que está ocurriendo?

—No, esto es otra cosa. Necesito volver a tener mi máquina de recuerdos a tope, eso es todo. —Solo la voz que le llegaba a Laura era convincente, todo lo demás no.

—No te creo.

—Pues es lo que hay, lo siento —zanjó él.

Ninguno de los dos habló durante un rato, él con la cabeza gacha, ella mirándolo con fijeza. Al fin Laura suspiró sonoramente.

—Pues sí que estamos apañados —dijo dejando caer los hombros.

Las relaciones amorosas

Era hora de comenzar y Alejandro, Nuria y Laura estaban esperando a Julián, que no había llegado. Nuria le había enviado un mensaje y miraba el móvil. Apareció diez minutos más tarde sin ofrecer más disculpas que un «Lo siento» sin mirar a nadie a los ojos. Arrojó su mochila de piel marrón oscuro en un rincón y se sentó rápidamente. Nuria comenzó a hablar.

—Bueno, ya estamos todos, podemos comenzar. Hoy vamos a hablar de las relaciones amorosas y de cómo se han visto afectadas por vuestra condición.

Laura miró a Nuria con incredulidad. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿De verdad? ¿El amor? ¿Por qué ese tema? Nuria le dedicó una sonrisa serena y Laura no notó ninguna intención en su expresión. ¿Sería una casualidad? Miró a Alejandro, que enarcó las cejas levemente y luego miró a Julián, que la observaba divertido. Alejandro comenzó a hablar y Laura rogó para sus adentros que no hablase de lo que les había pasado en la Casa de la Convalecencia o se moriría de vergüenza. No lo hizo.

Alejandro contó que todas sus relaciones amorosas se habían truncado por su alteración. En una ocasión una pareja le fue infiel y él se enteró. Rompió con ella y no quiso volver a verla, a pesar de que ella juraba y perjuraba que no había hecho nada malo. Cuando se dio cuenta que había sido un sueño, ella ya no quiso saber nada de él. Le habían pasado cosas similares con otras parejas: había soñado que discutían amargamente, había soñado que habían avanzado en la relación y que decidían ir a vivir juntos..., todas esas alucinaciones generaban confusión, recelos y desgaste. Al final siempre acababa quedándose solo.

Nuria agradeció las palabras de Alejandro y le dio el turno a Julián. Él comenzó a decir que sus relaciones amorosas siempre habían sido complicadas. Guardar recuerdos de absolutamente todo hacía que lo sintiera todo a flor de piel como el primer día, tanto la pasión inflamada como la rabia por una discusión. Todas sus parejas se sentían agobiadas por su intensidad, intimidadas por sus recuerdos exactos.

—Ni a mí mismo me gustaría tener una pareja como yo... —dijo lánguidamente.

Laura le dedicó una mirada tierna y se aclaró la voz. Era su turno.

—Bueno —comenzó—, yo tampoco he tenido nunca una relación duradera. Nunca he sido capaz de mantenerme en pareja el tiempo suficiente para que pudiese considerarse una relación. Mis alucinaciones siempre estaban allí presentes, y me generaba mucha tensión saber que podían aparecer en cualquier momento. Muchas veces simulaba que no pasaba nada, pero tarde o temprano ocurría algo que me obligaba a confesar mi condición. —Suspiró y continuó—: Una de

las cosas que más le desilusionó a mi madre fue la certeza de que jamás le daría un nieto. Ningún médico le había dicho que yo tendría problemas de fertilidad, pero ella dio siempre por sentado que nunca sería madre, que eso era algo que no me estaba permitido. Decía que mis genes debería guardarlos para mí, que no estaba bien traspasarlos a un inocente. A un inocente, como si yo fuera la culpable de algo... Me compraba juegos para construir o de ciencia, pero nunca muñecas. Yo los aceptaba, incluso los prefería. Supongo que ella no tenía idea de lo cruel que era conmigo. —Los ojos se le humedecieron. Volvió a sentirse pequeña, insignificante.

No hables mal de mí, Laura, eso no está bien. Debes respetar a tu madre, debes...

—¡CÁLLATE, CÁLLATE YA! ¡DEJA DE DECIRME LO QUE TENGO QUE HACER! —le gritó con todas sus fuerzas. Su madre no volvió a hablar. Laura miró a su alrededor esperando el castigo, pero no ocurrió nada. Lo que sí vio fue que todos la miraban con ojos como platos—. Lo siento..., es que mi madre... —murmuró. No pudo continuar, las lágrimas le ahogaron la voz.

—No tienes por qué sentirlo, Laura —dijo Nuria con voz suave—. ¿Alguna vez le habías respondido así a tu madre?

—No, nunca, ni cuando estaba viva —reconoció ella.

—Entonces estás avanzando, es un muy buen primer paso plantarle cara a tus límites —dijo sonriendo. Laura le devolvió la sonrisa mientras se enjugaba las lágrimas—. Muy bien, habéis estado todos muy bien. Sois un gran grupo, creo que llegaremos muy lejos juntos. Hoy lo dejaremos aquí, ¿sí? Vamos a hacer un descanso en vacaciones y nos volveremos a ver en unas semanas, retomaremos las sesiones el viernes ocho de septiembre, si os parece bien. Procurad descansar y relajaros. Espero que tengáis unas felices vacaciones.

—Igualmente —le contestó Laura.

Lo que Nuria no sabía era que no se movería de Barcelona y que tampoco podría relajarse y descansar.

Control sobre nada

Julián tenía que hacer un recado y se excusó por no ir a tomar algo con ellos. A Laura le pareció bien, tampoco tenía el ánimo para nada más que volver a su apartamento y encerrarse en él. Le pidió a Alejandro que la acompañase a su casa, no le apetecía ir sola por la calle.

Caminaron un rato en silencio, brevemente interrumpido por algún comentario sobre el tiempo y sobre lo ocurrido en la sesión de aquella tarde. De la multitud de temas que se le pasaban por la cabeza a Laura, ninguno acababa pareciéndole tan interesante como para sacarlo. Cuando llegaron a su edificio ella le agradeció que la hubiese acompañado. Él sonrió y se quedó en la acera mientras ella se giraba despacio y caminaba hacia la portería. Quizá sí habían retrocedido algunas casillas, después de todo. Durante todo el día no se habían besado, ni se habían cogido de la mano ni habían hablado de lo que había pasado en la Casa de Convalecencia. Pensó que quizá no estaba pasando nada porque ella no estaba dando espacio a que pasase. Pero ocurrían tantas cosas a su alrededor que a duras penas podía tener control sobre nada. Sacó las llaves del bolso.

—Laura, espera —dijo él. Ella se giró. Él se adelantó unos pasos y la besó, ella le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso. Corto, casto, pero suficiente. Ella abrió la puerta y lo cogió de la mano.

—Ven conmigo —le dijo.

Se besaron, se fundieron. Ella apretó su cuerpo contra el de él como si también cada centímetro de su piel lo estuviese besando. Aun con el aire acondicionado del apartamento a tope, su piel ardía.

Apenas separaron los cuerpos lo suficiente para desabotonarse, quitarse la ropa, y los volvieron a unir.

—Tenía muchas ganas de estar contigo otra vez... —le susurró él al oído con una voz profunda mientras envolvía con sus brazos el cuerpo casi desnudo de ella.

Laura coló una mano para acariciar la dureza que presionaba contra ella. Él gimió. La alzó entre sus brazos tan fácilmente que se asustó, pero cerró los ojos y se dejó llevar a su cama. Le quitó las braguitas con delicadeza y la penetró sin parar de besarla. La hipersensibilidad de la piel de Laura, que para algunas cosas le resultaba tan molesta, la estaba llevando más allá de la habitación, del apartamento, de la ciudad. Cada embestida de él era un peldaño más hacia otro mundo.

El orgasmo le llegó de repente, cada centímetro de su cuerpo estalló en electricidad. Laura era

incapaz de pensar en nada. La descarga subió aún más de voltaje y ella creía que se volvería loca. Entonces el orgasmo por fin la soltó, dejándola temblando y sudando. Supuso que Alejandro también se había corrido, porque ya no se movía. Se quedó un rato con los ojos cerrados, sintiendo aún los leves espasmos que recorrían su cuerpo. A su lado el calor y la pesada respiración de él hacían todo aquello más real.

Entonces Laura pensó en lo que no estaba pasando. No oía ninguna voz, no veía ningún insecto. Todo era perfecto, todo estaba en su lugar. Ese era el efecto que causaba Alejandro en ella, se dio cuenta en aquel preciso momento. Así tendida, desnuda con él a su lado, entendió que eso era todo lo que necesitaba para ser feliz.

Dormitó en sus brazos y cuando despertó comenzó a rozarse contra el cuerpo de él. Su miembro se endureció al instante e hicieron el amor otra vez. Luego comieron unos bocadillos de pan de molde con lo que encontraron en la nevera y se ducharon juntos. Parecían dos adolescentes, todo hormonas, todo piel. No se separaban ni un momento. Como dos imanes, alguna parte del cuerpo de ella debía estar siempre unida al de él. Por fin se quedaron dormidos, abrazados. A Laura nunca le había gustado dormir en contacto con nadie. El solo roce de su piel con la de otra persona no la dejaba pegar ojo. Hasta eso era diferente con Alejandro.

Polvo flotando en los rayos de sol

Laura estaba recostada en una tumbona en la playa, con los ojos cerrados. El entramado de plástico flexible era cómodo y fresco. Olía a salitre, a algas y a su propio sudor. La marea había llegado hasta ella, y con las piernas colgando a cada lado dejaba que el agua le lamiera los pies. Agua tibia del Caribe. El sol la acariciaba, hacía hormiguear su piel, pero no quemaba. Oía el murmullo de las pequeñas olas jugueteando en la orilla. Entreabrió los ojos. Una palmera a un lado amenazaba con taparle la luz, pero no le importó. Se sentía muy bien, relajada, feliz.

—Me encanta Cuba —dijo Víctor a su lado. Ella se giró hacia él. Estaba recostado en una tumbona junto a la suya, con un mojito en el pecho. Tenía el cabello negro, los ojos azules, la piel blanca y una hermosa sonrisa. Así era como ella siempre lo había imaginado. En sus sueños, su hermano crecía con ella. Ya tenía el cuerpo de un hombre de treinta y dos años. Un bonito cuerpo.

—A mí también me gusta. Fueron las últimas vacaciones antes de que...

—De que todo cambiase. Y también fueron las mejores.

—Echo de menos a papá y mamá... —confesó ella.

—Yo también... —dijo él. Le dio un largo trago a su mojito y lo dejó en la arena. Luego se puso de pie y avanzó hacia el agua—. Me cae bien Alejandro, parece un buen tío —dijo sin girarse, y se zambulló. Se convirtió en una sombra bajo el agua cristalina.

—Me alegro de que te guste... —murmuró ella, pero él ya no podía oírla. Su sombra bajo el agua, el mar y la playa comenzaron a desdibujarse, a hacerse jirones. Laura volvió a cerrar los ojos, ya con la certeza de que estaba a punto de despertarse.

Dejó poco a poco el sueño atrás, abrió los ojos y la luz que entraba por las rendijas de la persiana de su habitación la cegó brevemente. Cerró los ojos y volvió a abrirlos despacio, para acostumbrarse. Estaba sola en la cama, oía a Alejandro trajinar en la cocina, de donde le llegaba el aroma de tostadas y de café recién hecho. Sonrió y se envolvió con las sábanas. Miles de motas de polvo brillaban y se movían con languidez de un haz de luz solar a otro. Las observó volar, flotar a la deriva siguiendo las invisibles corrientes de aire del apartamento. Intentó seguir una con la mirada, como hacía de pequeña. El polvo flotando en los rayos de sol era una de las imágenes más relajantes que conocía. La remontaba a otras épocas, cuando era niña y se tumbaba en la cama sin hacer nada, mirando el polvo brillante y pensando. Buscaba conexiones imposibles, encontraba patrones que se combinaban y se recombinaban. Imaginaba un universo en su habitación, cada mota una estrella a la deriva.

Estiró la pierna derecha hasta alcanzar uno de los rayos sobre la cama y sintió la tibieza del sol bajo las sábanas. Una suave electricidad recorrió su cuerpo desnudo. Cerró los ojos y disfrutó de esa sensación. Todavía estaba hipersensible, con todas las terminales nerviosas a flor de piel. Era como si los orgasmos hubiesen anidado debajo de su dermis, como si continuasen allí en una versión tenue y sutil. Lentamente comenzó a acariciarse los muslos bajo las sábanas, sentía el impulso de darse placer en ese momento, de canalizar toda aquella electricidad. Fue subiendo las manos por los muslos poco a poco, sin prisa. Pensó en Alejandro, en cómo le había hecho sentir, en cómo había encajado dentro de ella como si fuese una pieza perdida y reencontrada de sí misma. Había despertado una llama que creía extinta, una parte de ella que había permanecido en letargo durante años. Sus dos dedos índices canalizaban esa sensación hacia su sexo, concentrando allí toda la energía. Separó aún más las piernas e imaginó el cuerpo de Alejandro otra vez encima del suyo, empujando...

Su codo izquierdo topó con algo blando. La electricidad desapareció súbitamente. Laura levantó las sábanas.

Una enorme tarántula Goliat intentaba subir a su brazo.

La respiración se le cortó con un gemido apenas perceptible. La araña trepó por el codo y avanzó en dirección a su mano. El áspero tacto de sus patas enganchándose a la piel le dio escalofríos. Echó de menos sus camisetas de manga larga. Nunca se le había aparecido una de esas tan cerca, nunca desde aquella vez debajo de su cama, cuando era pequeña. Era increíblemente real, grande como una mano abierta, y pesada. Se la acercó a la cara para observarla con detenimiento. Su pelaje rubio era impresionante. Tenía todo el cuerpo cubierto de pelo, salvo en las articulaciones de las patas, desnudas, de un blanco nacarino. Parecía suave. Quiso acariciarla, pero se detuvo.

No te preocupes, tranquila.

—No sé por qué está aquí, papá... —respondió ella—. ¿Por qué ahora? ¿Qué representa?

Sabes lo que debes hacer.

—Calmarme, racionalizar, justificar —asintió ella.

Pero estaba calmada. Bueno, no exactamente en ese momento, pero se encontraba bastante relajada. Aun así, respiró hondo varias veces, inspirando por la nariz y espirando por la boca. Cada respiración arremolinaba las motas de polvo flotantes. Luego racionalizó. Recordó todo lo que sabía de la araña *Theraphosa blondi* de los libros de su padre: el mapa coloreado en rojo del Amazonas, sus costumbres, su alimento. Aquella bestia no pertenecía a su apartamento, lo sabía, pero era tan real... No parecía adulta, era algo más pequeña que las que había visto en el museo. En el lomo se le dibujaba una figura de estrella, y sus ocho ojos negros centelleaban con el sol. Sus quelíceros, esos apéndices cargados de veneno a ambos lados de la boca, eran grandes, casi como dos dedos meñiques contraídos. Laura agradeció que no estuviese realmente allí. La

tarántula continuó camino hacia su mano. Trastabilló en el brazo, pero volvió a recuperar el equilibrio bamboleando el abdomen gigante e hinchado. Ella se sentó despacio en la cama con la araña en el dorso de la mano y la acercó a un haz de luz para verla mejor. El nivel de detalle la dejó atónita. El sol arrancaba una infinidad de tonalidades a su pelaje marrón claro, y las motas de polvo se decantaban con suavidad sobre él. Inició la justificación. ¿Qué quería decirle su mente con aquel animal? ¿De qué la estaba avisando? No tenía ni idea. A veces simplemente pasaba, aparecía la alucinación y más tarde encontraba la explicación. Siempre había una explicación. Al fin y al cabo era una proyección de su propio cerebro. ¿Había hecho algo mal? ¿No debería haberse acostado con Alejandro? No, no lo creía. Era feliz, estaba en el lugar exacto donde quería estar.

—¿Por qué estás aquí? —le susurró. La araña levantó las dos patas delanteras en señal de alerta.

Entonces Alejandro entró en la habitación, en calzoncillos y con el cabello enmarañado. Había encontrado una bandeja en la cocina y llevaba dos tazas de café y un plato con tostadas. Laura sonrió agradecida. «¿Cómo puede esto estar mal?», pensó. Decidió que le explicaría la alucinación para ver si juntos podían encontrar la razón de su aparición. Una conversación como esa en un desayuno en la cama hacía trizas todas las normas de la locura, pero eso era lo que ellos dos eran. Dos habitantes del país de la locura.

Entonces Alejandro dejó lentamente la bandeja en el suelo, justo donde estaba. Tenía la expresión desencajada, y sus ojos desorbitados observaban la araña que se movía perezosa por la mano de Laura.

—No te muevas... —murmuró.

Tarántula Goliat

Laura bajó lentamente la vista y vio por primera vez lo que tenía encima. Una tarántula Goliat, la tarántula más grande de la tierra caminando en el dorso de su mano izquierda.

No muevas ni un músculo.

El consejo de su padre fue del todo inútil, era incapaz de moverse, ni siquiera podía respirar. Entonces todos comenzaron a hablarle a la vez.

Niña idiota, ¿cómo pudiste fallar así? ¡Sacúdete la mano para que caiga!

No la escuches, ni se te ocurra moverte...

Eso es una estupidez, ¡espachúrrala contra el suelo!

Intenta que no note tu miedo, esos bichos huelen el miedo.

Te lo mereces, subnormal.

Cierra los ojos, no es más que un sueño.

¡Pégale un manotazo!

Deja que te pique, ese es tu castigo.

Las voces se superponían. Le gritaban, la insultaban, discutían, la aturdían. Se estaba mareando. Sentía el corazón golpeando con fuerza en la garganta y todo su cuerpo se bañó de sudor, incluso el dorso de la mano. La tarántula comenzó a resbalar hacia un lado y le clavó sus ocho uñas negras en la piel. Laura emitió un gemido de dolor que acalló todas las voces. «Vale, así está mejor. Concéntrate —se dijo—. Las arañas no huelen el miedo. Nuestro olor les resulta muy agresivo y reaccionan huyendo o atacando. Debo relajarme, debo tranquilizarme». Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces. El corazón comenzó a sosegarse y la araña aflojó la fuerza de sus garras. «Bien, muy bien», pensó mientras muy lentamente, de forma casi imperceptible, comenzó a descender la mano hacia la cama. Poco a poco, poco a poco.

En el otro extremo de la habitación Alejandro buscaba algo con desesperación. Ella lo miraba por el rabillo del ojo. Vio que echó mano de un tenedor de la bandeja. ¿Qué pretendía hacer con eso? ¿Intentaría clavárselo a la araña encima de su mano? Iba a decirle que no lo hiciera, que no era una buena idea, que ni siquiera se acercase, pero esa no era su intención. Comenzó a apuñalarse frenéticamente el hombro izquierdo con el tenedor. Lo hundía en la piel una y otra vez, clavándolo, retorciéndolo, buscando dolor.

—No... —gimió ella al verlo. En la mano, la tarántula pareció oírla y le clavó otra vez sus afiladas y negras garras en la piel. Un reflejo involuntario le sacudió la mano y la araña tensó su cuerpo.

«Está a punto de morderme», pensó con desesperación, pero no lo hizo. En lugar de eso usó otro mecanismo de defensa. Elevó amenazadoramente sus patas traseras y comenzó a rozarlas entre sí a gran velocidad produciendo un ruido, una especie de silbido cuya vibración Laura notó en su mano. De sus patas en movimiento comenzaron a salir disparados pequeños pelos urticantes que, flotando junto con las motas de polvo, llenaron el espacio a su alrededor. Ella cerró los ojos y la boca, y contuvo el aliento, no podía permitir que los pelos de la tarántula entraran en contacto con sus mucosas, o lo lamentaría. Pero el contacto con la piel también escocía y le irritó las mejillas. No podía rascarse, no podía moverse. Le ardía mucho, aun así se concentró en intentar desviar la atención del dolor, pero era imposible porque crecía, la cara, el cuello y los hombros le escocían. Era insoportable. No pudo evitarlo e inspiró involuntariamente el aire repleto de polvo y pelos. Un dolor intenso le inundó la nariz, como si las fosas nasales le ardiesen, y una salva de estornudos le sacudió el cuerpo entero.

Entonces la araña mordió. Hundió sus colmillos en la piel, en la carne.

El dolor le inmovilizó la mano al instante. Laura aulló y le dio un golpe con la mano derecha para quitársela de encima, pero la tarántula quedó colgada de lado enganchada en la piel por los colmillos y el dolor se hizo más agudo. Las lágrimas, producidas por el dolor y la irritación, le brotaban como un manantial. Golpeó un par de veces más hasta que el animal finalmente se desprendió y cayó sobre la cama. Entonces Alejandro corrió hacia ella y la cogió entre sus brazos, justo a tiempo, porque las piernas le fallaron. El dolor de la mano se irradiaba al antebrazo y de allí al brazo. Alejandro le cogía la mano, roja e hinchada, sin saber qué hacer. Ella apenas podía abrir los ojos, la reacción alérgica a los pelos de la tarántula la estaba inflando como un globo por fuera y por dentro. No podía respirar.

—Llama a una ambulancia... —murmuró. No supo si Alejandro la había oído. No pudo repetirlo. La garganta se le cerró y el mundo se hizo pequeño, muy pequeño. Se convirtió en un punto en la oscuridad y luego desapareció.

La cría

No era una tarántula adulta, era solo una cría. Quizá adolescente, pero no adulta. No les quedaban arañas adultas. «Así su hijo podrá alimentarla y hacerla crecer», le dijo la dependienta de la tienda de mascotas. Él asintió sonriente. La chica era joven, muy joven. Y guapa. Llevaba kilos de maquillaje y litros de perfume. No necesitaba nada de todo aquello, pero a esa edad lo que impera es la inseguridad, no el sentido común. Él se preguntó cómo percibirían su perfume los animales de la tienda. ¿Les resultaría agresivo, los volvería locos? Jugó con la idea de dejar libres todas las tarántulas del terrario para ver qué opinaban del aroma de aquella humana. En lugar de eso, miró con detenimiento la pequeña bestia que tenía delante. No era adulta, pero no era necesario que lo fuese. Las tarántulas desarrollaban veneno desde pequeñas, así que con esa le valía. No quería hacer mucho daño, no aún, solo quería divertirse un poco. Conocer mejor a Laura, ver hasta dónde era capaz de llegar, cuánto dolor podía soportar. Al fin y al cabo la iba a hacer pasar por un momento extremo, y quería que se mantuviese consciente el máximo tiempo posible. No le habría gustado que se desmayara al primer dolor. La estaba entrenando. Tenía que picarle a ella, no a él, debía entrar y dejarla en el momento justo. Debía ser rápido y silencioso. Solo tenía una oportunidad, solo podía realizar una sola compra sin arriesgarse. Setenta y cinco euros, con la caja de transporte de plástico de regalo. Esperaba que valiese la pena. Mientras la dependienta le explicaba cómo cuidarla, él observaba el animal, que exploraba el espacio de la caja. Era pequeña, pero ya tenía todos los atributos de un adulto. Era una hembra. Todas las que tenían en la tienda lo eran, le había dicho la dependienta. Viven entre quince y veinte años, como los perros. Salen más a cuenta que los machos, que solo viven cinco años. Él sabía que los machos vivían menos porque las hembras los devoraban después del coito. Aquella pequeñita que tenía delante ya podría engullir a un macho adulto sin demasiados problemas. Mientras observaba a través del plástico le llegó otra vez el perfume de la joven. Se había acercado a él y lo miraba. Él conocía perfectamente esa mirada. Entendió que no era inseguridad sino un ritual de apareamiento lo que esa chica estaba desplegando en torno a él. Pensó que la joven tenía mucho en común con el animal que tenía delante: era joven y peligrosa. Se imaginó a la dependienta desnuda en la cama, aún empapada por el sudor de su pareja sexual e impregnada de su semen por dentro, engulléndolo bocado a bocado, trozo a trozo. Devorándolo hasta que no quedara del pobre infeliz más que un montón de huesos amontonados en un rincón de la habitación y ella, con una barriga descomunal, digiriendo aquellos valiosos nutrientes que ayudarían a sus crías a crecer fuertes y

sanas. Esa idea lo excitó muchísimo, pero se obligó a ignorar a la joven y salir de allí. Dejaría ese encuentro para otra ocasión.

CAPÍTULO 7

SOBRE EL DOLOR

En el País de las Maravillas

Nada.

No había nada.

Ni siquiera oscuridad. La oscuridad habría sido algo, pero no había nada. Podía pensar, pero no era exactamente pensar. Era ser vagamente consciente de existir, nada más. Sabía que era algo, que estaba allí.

Poco a poco comenzó a percibir algo más. Una sensación corporal, como un roce, como un suave bamboleo. Se movía. Ella era algo que se movía. Con lentitud, como avanzando en una gelatina viscosa y tibia. Como una pequeña célula reptando por instinto, a ciegas, en una placa de Petri. Leve, insignificante, apenas corpórea.

En un momento dado hubo un destello de luz. Demasiado rápido, demasiado fugaz para saber dónde estaba. Pero si sabía que había luz era porque había un órgano que la percibía. Y sin luz había oscuridad, y eso ya era algo también. No sabía dónde estaba ni quién era, solo sabía que flotaba en un líquido espeso, que la llenaba por dentro pero aun así respiraba. Flotaba dentro de algo que se movía y también ella se movía por inercia. Algo mucho más grande que ella.

Un sonido, una sirena aguda y repetitiva que se hacía más clara si se movía hacia ella. Una voz se filtró a través del líquido. «¿Me oyes, Laura?». Sí, la oía. Podía oír. Ella era Laura, pero una Laura muy pequeña, solo una célula perdida en un mar oscuro.

Un tenue malestar comenzó a crecer en algún sitio. Un latido sordo que era dolor, pero no su dolor, sino el dolor del espacio que la contenía. Allí fuera dolía, pero no ahí dentro. Se estaba bien ahí dentro.

Entonces Laura comenzó a crecer. Como Alicia en el País de las Maravillas tras comer el pastelillo de crema. A crecer, a expandirse, a llenar el espacio oscuro y gelatinoso. Hasta ocuparlo por completo, hasta ser ella entera.

Abrió los ojos, pero la luz la lastimó y los cerró. Intentó respirar, pero algo duro ocupaba toda su garganta. Trató de quitárselo y el desgarrador dolor que se disparó desde su brazo izquierdo la hizo gemir. «Está consciente», dijo una voz a su lado. «Vuélvela a sedar, están preparando el quirófano», dijo otra. «¿Dónde estoy?», pensó ella, pero no podía hablar. Tenía miedo, mucho miedo. La tarántula era real, le había picado, se iba a morir, se estaba muriendo, ya estaba muerta, ya estaba muerta, ya...

Duerme, hermanita.

El susurro de su hermano tuvo el efecto de la botellita de Alicia. Laura comenzó a hacerse

pequeña otra vez, a reducirse dentro de su cuerpo, a flotar sin sentir dolor ni ver ni oír ni pensar.

Otra vez en la nada.

El veneno de una tarántula

Había estado soñando. Laura tenía la certeza de haber soñado con algo que había huido de su memoria. Quedaba algún retazo, algo relacionado con arañas, quizá. Y aquello en su mano izquierda. Una sensación vaga, un picor, un hormigueo. Pero el sueño se estaba desvaneciendo y aquella sensación seguía allí, en su mano. Lentamente comenzó a crecer, a expandirse, a ramificarse, y ya no era un picor sino dolor, sordo y latente primero, agudo y lacerante después. Comenzó a irradiarse al resto del brazo, de allí al cuello y la mandíbula. Despertó gritando de dolor y pánico.

Estaba en una habitación de paredes gris claro y techo blanco. Un intenso olor a desinfectante se hizo presente en sus fosas nasales, aunque ya estaba allí, solo que aún no lo había percibido. Estaba tumbada en una cama con una sábana muy fina encima, curiosamente áspera para lo delicada que parecía. Tenía una vía de suero en el dorso de la mano derecha y la notaba dentro de su vena, no como un dolor, pero sí como una rígida intrusión. El epicentro de todo el sufrimiento, la mano izquierda, estaba vendada hasta medio antebrazo. Alejandro y Julián entraron a paso rápido en la habitación. Alejandro llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo y el hombro vendado. Detrás de ellos entró una mujer con bata blanca. «Estoy en un hospital», pensó Laura, y con ese pensamiento llegó todo lo que había ocurrido en su dormitorio. ¿Cómo había pasado? ¿Qué había sido de la tarántula? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Qué hora era?

—¿Qué hora es? —atinó a preguntar. El aire pasó por su garganta, pero salió apenas un murmullo. El cuello le escocía muchísimo y sentía la boca llena de saliva reseca.

—¡Por fin estás despierta! Son las tres de la tarde. Seguramente ya te está volviendo a doler... —comenzó a decir Alejandro.

—¡Madre mía, no os puedo dejar solos ni un momento! —intentó bromear Julián, pero a Laura le sonó más a reproche.

—Señorita García, soy la doctora Peralta, ¿cómo se encuentra? —intervino la mujer, acercándose a Laura.

—Me duele mucho... —intentó decir mientras levantaba la mano vendada. De su boca salió un sonido como el de un fuelle roto. Un latigazo de dolor hizo que bajara la mano rápidamente.

—Tranquila, no se esfuerce. Se le estará pasando el efecto de la anestesia. Cuando su novio nos llamó sufría un shock anafiláctico. Por suerte, no era grave, si lo hubiera sido, no habríamos llegado a tiempo. Una vez aquí la llevamos directamente a quirófano para intentar eliminar la mayor parte de tejido envenenado. Le hemos tenido que extirpar los músculos interóseos

dorsales centrales de la mano. Le costará separar los dedos y cerrar el puño, pero probablemente podrá recuperar una parte de la función con rehabilitación. Ha ido mejor de lo que creíamos, dada la reacción local de la herida.

La doctora cogió con suavidad su mano mientras hablaba.

—El veneno de una tarántula no es mortal, pero es localmente muy agresivo. También puede dar algunos efectos sistémicos, como fiebre, que por fortuna no tiene, o dolor de cabeza. ¿Le duele la cabeza, señorita García?

Laura asintió con lentitud. Le costaba discriminar ese dolor de todo lo demás, pero estaba allí, latiendo en su frente.

—Bien, esperemos que vaya desapareciendo. Ahora le pondremos más analgesia —dijo señalando el vial de suero colgado de un hierro a su derecha. Se acercó más a la cama.

Ver a Alejando a su derecha y a la doctora Peralta y a Julián a su izquierda le resultaba incómodo, se sentía pequeña e impotente. ¿Lo había llamado «su novio»?

—¿Es suya la tarántula, señorita García?

Eso pilló a Laura por sorpresa. No entendía la pregunta. ¿Por qué iba a ser suya la tarántula? Además, la había mordido. La doctora le leyó la expresión.

—Mira, Laura... ¿Puedo llamarte Laura? —No esperó su respuesta—. Sufres de psicosis alucinatoria en tratamiento con quetiapina, ¿no es así? —dijo buscando la información en los papeles que llevaba en la mano—. Tengo que hacerte esta pregunta para poder descartar que las lesiones que tienes sean autoinfligidas. Hay personas que se hacen daño directamente, otras que buscan lesionarse de forma más... creativa.

—No tengo psicosis... —se las arregló para decir en voz alta.

—La quetiapina es un antipsicótico atípico. Así que, a falta de más información, tienes psicosis. No hay nada más en tu historial. Asumo que te están haciendo seguimiento en la privada, de modo que cuando puedas tendrás que ayudarme a completar tu historia clínica para la Seguridad Social. Aún no me has contestado.

La doctora Peralta no le caía bien.

—No es mía. La tarántula no es mía —dijo de la forma más clara que pudo.

—Tienes alergia a las tarántulas, ¿lo sabías? —Laura negó con la cabeza. Realmente no lo sabía. Había tenido contacto con esas criaturas, pero nunca en este lado de la realidad—. ¿Tienes alguna alergia más? ¿A algún medicamento? —Sacó un boli naranja con un anuncio de antiinflamatorio y comenzó a tomar nota sobre los papeles que llevaba.

—No, no que yo sepa.

—Vale, te dejaré descansar. Esta tarde veremos cómo va esa herida. —Se giró y salió de la habitación con el mismo ímpetu con el que había entrado. A través de la puerta de cristal, Laura la vio hablando con el inspector Pregones. Ambos se giraban hacia ellos de vez en cuando.

—¿Cómo estás? —dijo Alejandro, que estaba a su lado y le cogía la mano sana. Ella se volvió hacia él y una punzada de dolor le atravesó la frente, aunque no tan fuerte como antes.

—Tengo miedo... —susurró.

Aquello era demencial. Alguien se había colado en su casa y había dejado una araña peligrosa en su cama... ¿Cómo podía ser posible? ¿Y si había sido Alejandro? No lo creía. Además, la venda en su hombro lo desmentía. Laura recordaba que se había clavado el tenedor en la carne, una y otra vez, con desesperación. No, no había sido él, estaba segura, Alejandro no podía ser el hijo de Eduardo Espinel. Pero no había nadie más allí con ellos.

Miró a Julián.

—¿Por qué me está pasando esto? —le dijo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Julián se acercó y le acarició el cabello con ternura.

—No te preocupes, vamos a salir de esta... —comenzó a decir. En ese momento entró en la habitación el inspector Pregones y los tres se quedaron mudos, como niños pequeños.

Los disminuidos siempre la lían

—Buenas tardes —saludó el inspector Pregones—. Señorita García, ¿me permite que le haga unas preguntas? —dijo mientras se acercaba a la cama—. A solas, si no les importa.

Alejandro y Julián la miraron, y Laura asintió con la cabeza.

—No pasa nada, estaré bien —les dijo, y los dos abandonaron la habitación.

Mientras salían, el policía dijo:

—Señor Navarro, no se vaya muy lejos, después le tomaré declaración a usted.

—Vale —murmuró Alejandro sin mirarlo, y cerró la puerta tras de sí.

El inspector cogió una silla y se sentó junto a la cama con su pequeña libreta negra ya dispuesta. Él le sonrió y a Laura no le gustó nada aquella sonrisa de ojos gélidos. La había notado en la visita de Pregones en su apartamento y la había vuelto a notar otra vez. También había algo en su voz, un acento que le chirriaba por dentro, que le arañaba los tímpanos como un pequeño roedor atrapado, y Laura no sabía por qué.

—Permítame que le tome declaración de lo ocurrido esta mañana. ¿Tiene idea de dónde ha podido salir la araña? —El inspector la miraba fijamente. La estaba poniendo nerviosa.

—No, no lo sé. No es mía —dijo por segunda vez.

—Tenemos la tarántula y vamos a averiguar si la han adquirido recientemente. Encontramos una caja de transporte debajo de su cama... —Entornó los ojos—. ¿Está segura de que no es suya?

—Sí, totalmente segura. Mire, creo que alguien quiere hacerme daño... —comenzó a decir.

El inspector la interrumpió.

—¿Desde cuándo tiene alucinaciones?

—Desde hace veintidós años.

—¿Qué clase de cosas ve?

—Arañas e insectos generalmente, y oigo voces. Estoy en tratamiento. —Sintió un rubor en su cara, aunque no sabía de qué se avergonzaba—. ¿Por qué me pregunta todo esto?

—Porque la gente con problemas psiquiátricos marea la perdiz. Me hace perder el tiempo, y no me gusta perder el tiempo —dijo con una brusquedad que la sorprendió.

Laura no podía creer que fuese la misma persona que había conocido días atrás.

—Pero esto es real, hay una persona que quiere hacerme daño, como a los niños de Aiguaoliva...

El inspector la miraba fijamente, como procesando la información.

—Eso es lo que quiero saber, si de verdad hay alguien que quiere hacerle daño o si todo esto solo existe en su cabeza. No me gustan los casos con gente disminuida; los disminuidos siempre la lían —soltó.

—No soy..., no somos disminuidos... —dijo Laura en voz baja.

—Perdone, no sé cómo prefieren que los llamen... ¿Personas con problemas? ¿Discapacitados? ¿Impedidos? No estoy muy puesto en terminología inclusiva.

—Preferimos que se nos llame por nuestro nombre —respondió Laura, ahora con algo más de seguridad en la voz.

—Por mí, perfecto —dijo Pregones levantando las manos—. Como quiera. No quiero que crea que los Mossos somos personas insensibles... —Respiró hondo y continuó—: Señorita García, ¿vale? Me estaba usted diciendo que alguien puede estar detrás de todo esto... ¿Ha visto a alguien más en la habitación? ¿Algún signo de otra persona?

—No, a nadie. Solo estábamos Alejandro y yo —murmuró.

El inspector garabateó unas líneas más en la libreta.

—Vale, eso es todo por ahora. Le agradeceré que aplace los viajes que tenga planeados y que se mantenga localizable, ¿de acuerdo?

Laura ya había oído eso antes y no tenía intención de irse a ningún lado. Asintió con la cabeza.

Ninguna estupidez

Alejandro siguió al inspector Pregones hasta un pequeño despacho del hospital repleto de archivadores y libros. Las paredes estaban decoradas con los pósters presentados por el servicio médico en los últimos congresos. Estaban llenos de tablas y gráficos con largos títulos en inglés, que a Alejandro le parecieron indescifrables. Se acomodaron en torno a una mesa atestada de papeles, con un antiguo ordenador en el centro.

—¿Está cómodo? —preguntó el inspector—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Estoy bien, gracias —murmuró Alejandro con la vista clavada en sus manos.

—Bien, puede comenzar contándome más sobre su enfermedad —sugirió el policía—. Usted también sufre alucinaciones, ¿verdad?

—Sí, aunque no es una enfermedad...

—Bueno, lo que le ocurre, háble me de lo que le ocurre —dijo Pregones con impaciencia.

—Tengo problemas para diferenciar los sueños de la realidad, lo que sueño se integra en mis recuerdos como si realmente hubiese ocurrido. —Alejandro hablaba con tono monocorde—. La única forma que tengo para reconocer la diferencia es clavándome una lanceta aquí, en el hombro —dijo, señalándose la venda.

—¿Eso se lo hizo con una lanceta? —El inspector Pregones arqueó las cejas.

—No, me lo hice con un tenedor, no tenía la lanceta a mano.

—Ya veo —dijo el policía sin dejar de arquear las cejas—. ¿Puso usted la tarántula en la cama de la señorita García?

Alejandro alzó los ojos y se encontró con la penetrante mirada del policía. Volvió a bajarlos.

—Por supuesto que no, jamás le haría daño.

—¿Había alguien más con ustedes en el piso?

—No, solo nosotros dos.

—Y fue usted el que llamó a urgencias, ¿no es así?

Alejandro asintió en silencio.

—¿Mantiene relaciones sexuales con la señorita García?

—Bueno, yo..., solo hemos estado... —Alejandro sintió que sus mejillas ardían.

—Mire, a mí me da igual. Solo quiero saber si, llegado el momento, no haría usted ninguna estupidez.

Alejandro volvió a levantar la vista.

—¿A qué se refiere? ¿Una estupidez como qué?

—Una estupidez como permitir que la señorita García hiciera algo que no fuese correcto y usted la defendiese o la encubriese. Este tipo de estupideces.

—Pero Laura no es culpable de nada, es inocente —murmuró Alejandro.

—Eso usted no lo sabe.

Alejandro levantó la mirada buscando en los ojos del policía algún indicio de humanidad. No lo encontró. Se quedó en silencio unos segundos.

—Nunca haré nada que la perjudique —dijo por fin.

—Como quiera. Pero yo que usted me andaría con cuidado, las cosas podrían acabar muy mal para usted.

—¿Mal para mí? —dijo Alejandro entornando los ojos—. ¿Me está usted amenazando?

—No, no lo estoy amenazando —dijo el inspector enseñando las palmas de sus manos—. Más bien lo estoy previniendo. No quiero que en su afán de proteger a su amiguita tenga que pagar el pato.

—No haré nada que la perjudique —repitió Alejandro en voz baja.

—Me parece bien, pero insisto: no cometa usted ninguna estupidez —dijo el policía poniéndose de pie y dando por acabada la conversación.

Tres nombres en una libreta

Jordi Pregones organizaba sus pensamientos mientras leía sin leer los tres nombres de su pequeña libreta negra. Con un boli de propaganda de seguros de tinta negra subrayó el primero: Laura García.

Repasó mentalmente los hechos. El episodio de la tarántula lo había pillado por sorpresa y había cambiado las cosas. La señorita Laura García, su principal sospechosa, había sido atacada en su propia casa. Quizá sí había alguien más, alguien que quería hacerle daño. Lo que había ocurrido se podría haber evitado si hubiese tenido más gente asignada al caso, un agente vigilando su piso, por ejemplo. Pero había elegido la vía solitaria y alguien había llegado hasta ella. Aunque había sido solo un aviso, una demostración de poder. Si el agresor podía entrar en su apartamento y dejarle en la cama una tarántula, podía hacer cualquier cosa. Además, estaba la misma señorita García. La charla que había mantenido en su apartamento lo había decepcionado. Había sido un encuentro corto, pero suficiente para convencerse de que ella no era la culpable. La señorita García era una mujer asustadiza, el tipo de persona que necesita rodearse de gente que la ayude y la proteja. Podía estar desequilibrada, oír voces y ver arañas por todos lados, pero no encajaba en el perfil de un asesino. Jordi Pregones lo sabía. Tenía un sexto sentido para esas cosas, era muy bueno calando a la gente. Era su don: cuando tenía una persona delante sabía automáticamente si era culpable o no. La verdad se le aparecía ante sus ojos de una forma tan obvia que le llamaba la atención que nadie más pudiese verlo. Aunque con muchas reticencias, acabó por tacharla de su pequeña libreta negra.

El siguiente de la lista era el señor Julián Pardo, y no le costó mucho descartarlo como sospechoso. No, el chico no era el culpable de aquellas muertes. El señor Pardo era algo petulante, pagado de sí mismo y hablador, pero no representaba una amenaza. Al menos había logrado que fuese su informante, y la verdad era que un par de ojos y oídos (y una memoria prodigiosa) le venían muy bien. Sobre todo, para estar al corriente de lo que hacía aquel grupito de chalados. Tachó su nombre de la lista de su libreta.

Finalmente estaba el señor Alejandro Navarro, y tras su charla en el hospital se había convencido de que él tampoco lo había hecho. Era el tipo de personas que van detrás, que siguen al líder, pero que rara vez toman la iniciativa. «Personalidad de guardaespaldas» lo llamaba él. También lo tachó de la lista.

Vale, ninguno de los tres tenía pinta de ser el culpable, y eso lo fastidiaba enormemente.

Porque si no lo era ninguno de ellos, se abría un mundo de probabilidades. Un mundo que no podía gestionar solo.

Miró otra vez los nombres tachados como esperando que surgiera una respuesta de las letras y los garabatos. «¡Venga, Jordi, concéntrate, coño!», gritó mentalmente golpeándose la sien con el talón de la mano derecha. No podía pedir ayuda, no podía buscar refuerzos. Si lo hacía, perdería el caso irremediablemente, y con él su oportunidad de ascender.

«¡Venga! —volvió a gritarse—. ¡Está aquí, delante de ti!». Con el boli dibujó un gran círculo de trazo fuerte englobando los nombres tachados. Una y otra vez, el círculo cogía cada vez más color, el boli horadaba la página hasta traspasar a la siguiente.

Entonces se detuvo, la idea le llegó clara y diáfana. Abrió los ojos y sonrió. Rebuscó entre las notas de las páginas anteriores con rapidez y encontró las que había tomado en la charla que había tenido con el señor Pardo. Allí encontró el nombre que buscaba: Nuria Ferreira, la terapeuta.

Quizá no necesitaba abrir el caso a más policías, sino a alguien que le ayudase a ver las cosas desde un punto de vista diferente.

Araña seda de oro

Laura permaneció un día más en el hospital antes de que le dieran de alta. Por un lado, había que ver cómo evolucionaba la herida, y por otro, que no tuviese reacciones sistémicas tardías al veneno. Todo fue bien. Cuando la enfermera le cambió las vendas por primera vez ante la atenta mirada de la doctora Peralta, Laura pudo ver cómo le había quedado la mano. Aún estaba hinchada, pero no más que cuando la había visto por última vez. Al quitarle la gasa en contacto con la piel, la sangre adherida hizo un efecto velcro que, sumado a la brusquedad de la enfermera, le hizo ver las estrellas. La herida tenía los bordes rojos, pero no dolía especialmente al tacto de la doctora. No tenía más de cuatro centímetros, pero la sentía como si le ocupara toda la mano. No parecía que hubiesen hurgado allí dentro, seccionando músculos y tendones, cauterizando arterias y venas por el camino. No se veía tan mal, considerando que una joven tarántula Goliat había clavado sus colmillos y descargado toda su ponzoña allí mismo.

Durante el día Laura estaba cómoda en el hospital. Podía ver quién entraba y salía, y se sentía cuidada. Estaban pendientes de ella, le preguntaban cómo se encontraba. Todos eran amables, hasta la doctora Peralta se fue volviendo más simpática. El personal entraba en la habitación para tomarle la temperatura, la presión, para cambiarle el suero fisiológico, para darle analgésicos o para llevarle la comida. La comida estaba bien, no entendía por qué todo el mundo se quejaba de la comida de los hospitales. A ella le parecía adecuada, era alimento. Además, le había preguntado a Ana, la chica que le llevaba las bandejas, si podían ponerle alguna rebanada de pan de molde o un refresco. Y desde ese momento cada bandeja estaba provista de ambos deseos. Alejandro y Julián iban a visitarla cuando acababan de trabajar. Aquella era la última semana de trabajo para ambos antes de empezar las vacaciones, como ella.

Durante el día se estaba bien, pero por la noche era diferente. El ritmo del hospital bajaba, todo quedaba entre sombras y en silencio. Laura ya no podía ver quién se acercaba a la puerta, y daba un respingo cada vez que entraba alguien. Solo se tranquilizaba cuando veía una cara conocida. Le había pedido a Alejandro que fuera a su casa y le llevara ropa interior, un pijama, su cepillo de dientes, crema dental y un cepillo para el pelo. Él lo había apuntado todo en una hoja de papel y había hecho exactamente lo que le había pedido, hasta le había llevado el libro que tenía sobre la mesilla de noche. Pero a ella no le apetecía leer. Necesitaba pensar.

Sobre la pared a oscuras de la habitación intentó proyectar los pocos recuerdos que a duras penas podía rescatar de su mente. Hubiese dado todo lo que tenía por tener al menos una mínima

parte de la memoria de Julián. Intentó rememorar lo ocurrido cuando tenía diez años, sus amigos de verano, el fuego, las tarántulas persiguiéndola, pero solo obtenía algunas imágenes dispersas.

Deja de torturarte, no hallarás nada allí.

—Tengo que intentarlo, Víctor. —Su voz resonó en el cuarto—. Tengo que encontrar alguna pista que me diga algo más sobre la persona que me persigue..., tengo miedo.

Su hermano no respondió.

Tenía que hacer algo, encontrar respuestas. No confiaba en que el inspector Pregones hiciese demasiado por ella, la verdad. Y la forma en que la había tratado... la había desconcertado por completo.

¿De qué te sorprendes? Ese policía es un capullo. No confío en él. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Su hermano tenía razón. Pero estaba en peligro, si ella no tomaba cartas en el asunto, estaría totalmente a merced del psicópata que la perseguía. Le había demostrado que era capaz de entrar en su casa, que podía llegar a ella cuando quisiera. Estaba jugando con ella. Tenía que encontrar la manera de desenmascararlo, pero ¿cómo?

Al día siguiente la enfermera fue a cambiarle el suero y a administrarle antibióticos y más analgésicos. La mano apenas le latía de dolor, los fármacos eran efectivos. Laura quiso pedir más calmantes, solo para relajarse y silenciar su cabeza, pero en ese momento una araña seda de oro comenzó a tejer su hermosa telaraña en torno al vial de suero. Arriba y abajo, el pequeño animal lo llenaba todo de finas hebras doradas. Laura se paralizó. La enfermera le dijo algo, pero ella no le respondió. Tenía los ojos fijos en aquella criatura, intentaba descifrar si era real o no. No podía saberlo. Entonces comprendió que su acechador le había hecho mucho más daño que el dolor físico: había provocado que comenzase a dudar de sí misma. Se quedó inmóvil y sudando hasta que la enfermera empezó a trajinar con el vial de suero ignorando el insecto que construía su telaraña su alrededor. Laura respiró aliviada al comprobar que solo estaba en su mente, pero una ola de miedo le recorrió el cuerpo y se echó a llorar. Lloró como cuando era pequeña y no alcanzaba aún a discernir si lo que veía u oía era real o no. Lloró de miedo, de rabia y de impotencia.

Al mediodía fue Julián y la acompañó mientras ella comía. Más tarde llegó Alejandro y detrás de él entró la doctora Peralta, que la revisó y le dijo que la herida no estaba infectada. Que no se observaban secuelas del veneno y que aquella misma tarde podría volver a casa. Se giró y salió tan rápidamente como había entrado.

Cuando se quedaron solos, Laura suspiró y les hizo un ademán para que se acercaran. Los dos se inclinaron sobre la cama, verlos allí a su lado la reconfortó. Les explicó lo que había estado pensando y lo impotente y muerta de miedo que se sentía. También les dijo que el inspector Pregones no le inspiraba ninguna confianza. Alejandro y Julián asintieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alejandro.

—Deberíamos hacer exactamente lo que te ha dicho que no hagas —propuso Julián—. Deberíamos desobedecer al inspector Pregones y hacer un pequeño viaje.

Una bola de nieve

El peor daño es el que se mantiene a largo plazo. El daño que se enquista afecta a la personalidad y acaba traspasándose a otros. Él siempre había preferido el daño psicológico por encima del físico. Porque las heridas se cierran, el cuerpo cicatriza y el dolor desaparece, pero el daño psicológico perdura para siempre. Estaba convencido de que, si realmente quería hacer sufrir a alguien, el daño físico no era el camino más eficaz. Quizá el más rápido, pero el menos duradero y desde luego el menos creativo.

Si un niño que no destaca en nada más que en el dibujo y la pintura —dos pasiones que para él son todo su mundo, hasta el punto de abandonar la escuela para perseguirlas—, se prepara durante meses para presentarse a una prueba de acceso en la Academia de Bellas Artes, mientras el resto de los niños hacen cosas de niños, y finalmente resulta rechazado, ese niño odiará a su evaluador. Pero si ese mismo niño convencido de su talento continúa perfeccionando su técnica porque sabe que es especial y que a fin de cuentas aquello es lo único que es capaz de hacer, vuelve a presentarse los años siguientes y es rechazado sistemáticamente porque los nuevos resultados son aún peores que los anteriores, e incluso llegan a prohibirle entre burlas que vuelva a presentarse a las pruebas, entonces ese niño se odiará a sí mismo. Ese daño es irreparable, porque odiarse a sí mismo es odiar a todo el mundo. Le pasó a Adolf Hitler, pero pudo haberle pasado a cualquiera. Hitler fue víctima de la dureza de estrictos profesores que con toda probabilidad habían sido también criados en el rigor y la burla. El daño psicológico administrado en los momentos justos es infinitamente más potente que cualquier otro daño, porque se transmite como una onda expansiva.

Si un padre muere quemado es un daño físico. Pero si el hijo de ese hombre presencia lo sucedido con frustración, rabia y desesperación, ese daño es infinito, porque perdurará durante generaciones. Él era consciente de que con cada uno de sus actos no estaba haciendo más que irradiar el odio primigenio que llevaba dentro. Que víctima y victimario eran una sola cosa, una bola de nieve que con cada movimiento se volvía más y más grande. Eso le hacía sentir parte de una cadena, un eslabón transmisor de un daño inicial que se magnifica con cada acto, que incluía cada vez más piezas en su engranaje infinito.

Y estaba en paz con ello.

CAPÍTULO 8

SOBRE LA AMISTAD

En el mundo de Disney

Laura estaba recostada en el césped del parque Joan Miró contemplando la enorme escultura *Dona i ocell*, que se recortaba en el cielo, delante del parque de bomberos de Barcelona. El tren a Vinaroz salía de la estación de Sants a las doce y veinte, aún quedaba un rato y aquel era un buen lugar para matar el tiempo, se estaba a gusto allí. El césped estaba verde y crujiente, Laura tenía la cabeza en el regazo de Alejandro y los pies en el de Julián. Encima de sus cabezas flotaban lánguidas unas nubes oscuras sobre un fondo gris, hinchadas como ubres a punto de estallar. Seguía sin llover, bueno, sin llover de verdad. Habían anunciado lluvia unos días atrás, pero solo habían caído unas escasas gotas que habían vuelto más pesado el bochorno de la ciudad. Las nubes parecían velas de un barco fantasma, y Laura imaginaba que podía desagarrarlas con un cuchillo gigante para que por fin descargasen su contenido sobre ellos. Si hubiese salido el sol, la gente se habría guarecido debajo de los escasos árboles de aquel lado del parque. Pero como el día había amanecido nublado, la gente se desperdigaba por todos lados. Nadie hacía caso de la señal de no pisar el césped (y mucho menos tumbarse sobre él).

La enorme escultura de Miró se alzaba sobre sus cabezas, guarecida del ataque de los vándalos por el pequeño lago artificial que la rodeaba. Aquella fue la última obra de Miró, había muerto meses después de acabarla. A Laura le parecía preciosa. Representaba una mujer, lo indicaba tanto su nombre (*Mujer y pájaro*) como la enorme hendidura negra que la atravesaba de arriba abajo los veintidós metros que medía y que simbolizaba la vagina. Por lo demás parecía un enorme falo erecto hacia el cielo, decorado con miles de fragmentos de cerámica de colores con un pequeño cilindro abierto en la punta a modo de sombrero y, sobre él, una media luna amarilla que era el pájaro. Un falo de veintidós metros de altura con una vagina atravesándolo. A Laura le encantaba aquella escultura.

Cuando le dieron el alta, Julián fue a por sus cosas y Alejandro la acompañó a su apartamento para preparar el equipaje. Ella entró con cautela, tenía pánico de volver a encontrarse con una araña de verdad. Metió todo lo que necesitaba en una pequeña maleta de avión. En su habitación se besaron y se desnudaron el uno al otro lentamente, intentando no hacerse daño. Ella quitó las sábanas e hicieron el amor sobre el colchón, solo así consiguió volver a tumbarse allí. Alejandro fue tierno, suave y cauteloso, como si caminase por el hielo fino de un lago medio congelado. Ella se dejó llevar por el orgasmo y se dio un golpe en la mano vendada con la cabecera de la cama. No le dolió en ese momento, su cuerpo estaba en otra dimensión.

Luego remolonearon un rato acariciándose, se ducharon juntos con bolsas de plástico

cubriendo los vendajes, y ella acabó de preparar su equipaje. En la malla de la maleta guardó una bolsa de pan de molde y dos Coca-Colas.

—Para el camino —murmuró notando el calor en las mejillas.

Una vez en la estación de Sants, subieron al vagón veintiuno categoría turista de un largo tren blanco con dos líneas paralelas de color rosa en su lateral. Dentro, en el vagón, todo era de diferentes tonos de azul. Azul marino para el suelo, azul cian para el techo y azul acero para los asientos. Olía a ambientador en la superficie y a grasa de motor por debajo, como a taller mecánico. Olor a maquinaria, como las antiguas fábricas adonde el padrastro de Laura los llevaba de visita. A él le gustaban esas cosas, y quizá por eso a Laura ese olor le erizaba el vello de la nuca. Poco a poco se fue acostumbrando a él, hasta que dejó de notarlo.

El trayecto duraba una hora y media hasta Vinaroz y luego unos minutos más en autobús hasta Aiguaoliva. Ocuparon asientos enfrentados, Laura y Alejandro en el sentido de la marcha y Julián de espaldas, en el lado del mar. Julián, que había pensado en todo, había hecho la reserva de los billetes de tren y del hotel. Echaban la película *Identidad borrada*, con Russell Crowe y Nicole Kidman, y la comenzaron a ver, pero les aburrió enseguida. Laura les preguntó si habían visto una película de Russell Crowe, de hacía años, titulada *Una mente maravillosa*, y ellos negaron con la cabeza. Ella les contó que se trataba de la vida de John Forbes Nash, un genio de las matemáticas que sufría esquizofrenia.

—En realidad, lo de la esquizofrenia se descubre hacia el final de la peli, pero vale la pena verla entera —se disculpó por el *spoiler*.

—La veré igualmente. ¿A ti te gustó? —preguntó Julián.

—No sé, era demasiado cercana para que me acabase de gustar —confesó ella—. Además, hay algo en esa película que no me acabó de encajar. Primero cuenta lo genial que era el protagonista y luego muestra su esquizofrenia como una enfermedad que interfiere en su brillante carrera. En realidad, todo formaba parte de lo mismo, era brillante porque tenía esquizofrenia. Son dos caras de la misma moneda, no se puede extirpar una sin destruir la otra. No se puede curar al loco sin matar al genio. Creo que cuando vi esa peli entendí más sobre cómo me veía la gente...

Julián la miraba fijamente.

—¿Y cómo crees que te ve la gente? —le preguntó acercándose a ella.

—La gente tiene miedo de lo que no entiende. Aunque estén delante de genios necesitan corregir las partes que les asustan, los atiborran de fármacos para intentar traerlos al cauce de lo que ellos consideran «la normalidad», y así destruyen al genio. Todo el mundo confluyendo hacia la sociedad del perfecto equilibrio mental...

—Yo lo llamo el «mundo de Disney» —intervino Alejandro—. Un mundo en el que todo es agradable, poco estridente. Una sociedad moralmente edificante que no ofende a las minorías y

que abraza todas las causas nobles. El mal y el bien están bien diferenciados y son hasta físicamente reconocibles. En el mundo de Disney todos piensan igual, caminan por la misma senda, aman y odian cosas similares. Puedes apartarte unos milímetros de lo preestablecido, eso aún es bien recibido, incluso se celebra como arte, innovación y vanguardismo, pero si te apartas demasiado, no mola. Es feo, ofende, es estridente, incómodo. Ahí estamos nosotros, bastante apartados de la senda. Rompiendo las normas de la locura, como tú dices... —Alejandro dejó de hablar y durante un momento solo se oyó el grave y monótono ruido del tren.

—El mundo de Disney —murmuró Julián—. He sido su víctima toda mi puta vida.

—¿Sabéis?, fuera del mundo de Disney se está mucho mejor en compañía —dijo Laura sonriendo.

Se arrellanó en el cuerpo de Alejando y se quedó así un rato, mirando cómo el paisaje pasaba a toda velocidad por la ventanilla del tren. Era una sensación muy agradable, como una burbuja de paz flotando por la costa mediterránea. Al interactuar con la quetiapina, los analgésicos también contribuían al efecto.

Cerró los ojos y se quedó dormida.

¿En qué piensas cuando chafas el pan?

Más tarde sonó el móvil de Julián, él se levantó de un salto y se fue a hablar en el espacio entre los dos vagones. Laura cogió la maleta del portaequipajes superior y sacó la bolsa de pan Bimbo y una lata de refresco. Alejandro la miraba maravillado, ella supuso que no entendía su extraña relación con esos productos. Abrió la bolsa con un lento ritual, cogió una rebanada y la chafó dentro del puño con fuerza, hasta que no quedó más que un churro de pan. Se podía hacer con cualquier tipo de pan, pero el pan de molde sin corteza era perfecto para eso. Luego se comió el pan chafado, intercalando los bocados con sorbos de refresco. Lo había hecho miles de veces, pero por primera vez delante de Alejandro. Acabó la primera rebanada y siguió con la segunda y luego una tercera, hasta beberse todo el contenido de la lata. Luego cerró la bolsa y comenzó a guardarlo todo. En mitad del proceso le ofreció a Alejandro que lo probara, pero él lo rechazó con una sonrisa. Y eso era todo. La pequeña merienda que tantas veces había compartido con su padre y que poco a poco fue invadiendo también los desayunos, las comidas y las cenas de su Yo adulto. No era que Laura no comiera nada más. Comía de todo, pero el resto eran solo alimentos, nutrientes. El pan de molde y el refresco era lo que en verdad le gustaba.

—¿En qué piensas cuando chafas el pan? —le preguntó Alejandro.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque pones cara de rabia cuando cierras el puño, enseñas los dientes..., me preguntaba si pensabas en algo... o en alguien.

Ella nunca se había parado a pensarlo. Ni siquiera sabía que ponía alguna cara en particular. Quiso reflexionar. Cogió la bolsa y sacó otra rebanada para repetir el gesto y para ver qué le evocaba. De entre la niebla apareció el recuerdo de su maestra.

—En mi maestra de sexto curso... —dijo en voz baja.

Alejandro rio.

—¿Qué? ¿En una profesora? —Ella permaneció seria y él dejó de reírse—. ¿Qué te hizo? —preguntó en voz baja.

—A los once años tuve una maestra que se llama Maite.

Se llamaba.

—Se llamaba —corrigió. Su hermano siempre tenía razón—. Era muy dura conmigo. Me ridiculizaba delante de la clase, me tomaba como mal ejemplo y no impedía que los demás se metiesen conmigo. Había una niña, Loren, que era la popular de la clase. Estaba muy

desarrollada para su edad, era la favorita de la maestra y siempre buscaba la manera de humillarme...

—Vaya, lo siento —dijo Alejandro—, suena a la historia de mi vida.

—El caso es que la maestra lo sabía, sabía cómo me trataba, y siempre hacía la vista gorda. Un día Loren tuvo un accidente en el lavabo de las chicas y la maestra dijo que yo había sido la culpable. Lo negué, no había tenido nada que ver, era incapaz de hacerle daño a nadie. Pero ella me insultó, me llamó mentirosa, me trató de subnormal, me hizo llorar..., dijo que la tenía harta y que haría lo imposible para expulsarme de la escuela.

—¿Y no habías tenido nada que ver?

—¡Por supuesto que no! —Laura rebuscó en sus recuerdos cubiertos de niebla hasta que encontró el que buscaba—. Yo me había quedado en cama con fiebre aquel día. No tuve nada que ver. Finalmente, mi madre y mi padrastro me cambiaron de escuela antes de que me echaran. —Hizo una pausa, tomó aire y continuó—. Mi maestra de sexto curso es una de las voces que oigo. Cada vez que cometo un error o digo una mentira aparece ella para machacarme. Y lo hace de una manera muy desagradable, como cuando el accidente de Loren. En ella pienso cuando chafo el pan, pero no siempre. Solo algunas veces...

Laura nunca le había contado eso a nadie. De alguna manera se había creado entre ella y Alejandro un espacio de seguridad que hacía que el peso que llevaba encima se hiciese un poco más liviano. La vida de Laura era una locura, un huracán girando a su alrededor y sobre el que ella no tenía ningún control, que acabaría despedazándola hiciera lo que hiciese. Y, sin embargo, allí estaba Alejandro, una estaca clavada en la tierra en el centro de la tempestad a la cual podía aferrarse mientras todo se agitaba a su alrededor. Se cogió a él con fuerza y él la abrazó.

Se quedaron así un rato, viendo pasar el mar a través del cristal. El cielo estaba despejado, allí no había ni rastro de las nubes de Barcelona.

Pedir lo imposible

Julián se iba sintiendo cada vez peor a medida que la relación con sus amigos se afianzaba. Sentía que los traicionaba, que los engañaba. Regularmente le explicaba al inspector Pregones lo que hacían, incluso aquello que había prometido no decirle, como el episodio en la Casa de la Convalecencia. Él no lo había presenciado, no lo guardaba en su memoria, así que se había limitado a repetir lo que sus amigos le habían contado. Él sabía lo impreciso y carente de detalles que era aquello. Menos falible que la memoria de la gente normal, era la manera en que interpretaban y transmitían sus recuerdos. Aun así, se esforzaba en trasladarle al inspector lo ocurrido, pero no encontraba gran entusiasmo por su parte. El policía recibía la información sin disimular su tedio.

Hasta el episodio de la tarántula. La forma en que el policía había tratado a Laura y a Alejandro en el hospital le confirmó que su intuición estaba en lo cierto: el inspector no era la persona que simulaba ser. Los había tratado con desprecio y dureza, y más tarde le había insistido por teléfono en que debía encontrar entre sus recuerdos algo que le fuese útil.

Julián estaba en ello. Repasaba sus recuerdos con detalle, cada momento que había compartido con Laura. El problema era que eso suponía descomponer una película en miles de imágenes, cada cual con una riqueza de información que le exigía tiempo. Rememorar dos horas en El Senglar podía llevarle un día entero, y más aún si los recuerdos se localizaban en una acera concurrida. Las posibilidades eran casi infinitas. Aun así, se volcó a ello a fondo. No porque se lo hubiese pedido (ordenado) el inspector Pregones, sino porque era la manera de ayudar a su amiga. En ese sentido (y solo en ese) Pregones tenía razón: si encontraba en su memoria un indicio que condujese al psicópata que la perseguía, quizá podría salvarla.

La llamada que recibió cuando estaban en el tren era de Pregones. Julián saltó de su asiento porque no podía permitir que sus amigos descubriesen que era confidente del policía. Este le dijo que debía continuar con su ejercicio de memoria y cuando él le contestó que ya había repasado todos los recuerdos con Laura, entonces el inspector le dijo que debía comenzar a repasar los recuerdos en los que ella no estaba.

No sabía que le estaba pidiendo algo imposible, esa tarea podría llevarle meses o incluso años.

Playa de Aiguaoliva

Laura era consciente de que el plan que tenían no era muy elaborado. Irían al lugar del incendio de Aiguaoliva para ver si encontraban algo que les pudiera ayudar a saber más acerca de Eduardo Espinel y de su familia, y, sobre todo, de su descendencia. Julián había reservado una noche en un hotel cerca de la playa, así que, aunque no descubriesen nada, al menos podrían relajarse un poco.

Llegaron al hotel cerca de las tres de la tarde. Era sencillo, no pudo encontrar nada más en plena temporada de verano, pero para ellos era mucho más que suficiente. Dos habitaciones dobles con vistas al mar. Cada una de las paredes de la de Laura y Alejandro estaban pintadas de un tono de verde diferente y decoradas con pinturas de paisajes marinos; uno de ellos se parecía al cuadro que Nuria tenía en su consulta. En el centro de la habitación había dos camas separadas que enseguida juntaron. El cuarto de baño era pequeño, pero lo compensaba una enorme bañera, Laura calculó que sería perfecta para dos personas. Dejaron las maletas, se reunieron con Julián en el *hall* y salieron para buscar el descampado que ella recordaba de pequeña.

Todo era parecido y totalmente diferente a la vez. Hacía veinte años que Laura no visitaba aquel lugar. La explanada donde se aparcaban los coches para bajar a la playa de Aiguaoliva se había convertido en un aseado paseo peatonal repleto de palmeras por el que la gente andaba, corría, iba en bicicleta o en patinete eléctrico. Las playas estaban limpias de médanos y arbustos, todo era arena brillante y gente tomando el sol. Laura sintió una punzada de pérdida, aunque no entendía muy bien por qué. No le había importado el destino de aquel lugar hasta ese preciso momento, y, sin embargo, la abordó una profunda nostalgia. En el otro lado del paseo, el paisaje le resultó más familiar. Aunque estaba lleno de tiendas de suvenires y de artículos de playa, intercaladas con restaurantes, bares y heladerías, los edificios eran prácticamente los mismos, así que a Laura no le costó demasiado encontrar el descampado. O al menos el lugar donde estuvo. Se había convertido en una enorme explanada de cemento llana y limpia, un parking al aire libre. Ella se plantó en el mismo lugar en el que lo había visto arder todo. Aunque a ras del suelo todo era diferente, el marco de los edificios y de los árboles era el mismo.

Aquel era el lugar.

Laura pasó por debajo de la barrera y avanzó unos metros. Allí no había nadie que le impidiese el paso. Alejandro y Julián la siguieron de cerca.

—No creo que podamos encontrar algo aquí. Ya no queda nada de lo que recuerdo, no hay descampado, ni cobertizo quemado ni nada... —dijo ella entornando los ojos para limitar el paso

de la luz radiante del sol reflejada en el cemento. El aire caliente que emergía del suelo hacía ondular la silueta de los coches más alejados.

Se detuvo en seco. Ahí delante veía algo.

Un punto negro que se movía en el suelo. Avanzó despacio, paso a paso. La certeza de tener a sus dos amigos detrás le infundió tranquilidad. A medida que se acercaba al punto negro vio que estaba vivo, que borboteaba desde el suelo. Se acercó un poco más. Eran miles de hormigas legionario, las mismas que había visto en el cuadro de la consulta de Nuria. Salían de un punto del suelo, emergían unas sobre otras, trepaban sobre sí mismas formando un montículo vivo. Se arremolinaban, caían y volvían a subir. Julián le preguntó qué le pasaba. Ella se lo contó.

—Dime dónde están exactamente —le pidió él.

Ella le señaló el punto más alto del montículo y él se puso de pie justo allí. Las hormigas continuaban saliendo, atravesando su cuerpo, entrando y saliendo de él.

—Creo que es el lugar donde estaba el cobertizo —aventuró ella.

Podía ser. No había otra razón para que las hormigas apareciesen justo en aquel lugar. Observó con detenimiento su comportamiento y vio cómo una fina hilera se alejaba del lugar donde el resto se apelotonaba. Se giró hacia Alejandro y Julián.

—Las hormigas forman un camino..., van hacia allí... —sonrió ante la cara de perplejidad de ellos—. Seguidme —añadió.

Comenzó a seguir la delgada fila de hormigas, que se apartaba del montón y atravesaba el parking en una perfecta línea recta. Laura caminó hasta el borde mismo de la explanada, donde la hilera de hormigas trepaba a la pared y continuaba su disciplinado camino vertical por el edificio adyacente.

Era una construcción de los sesenta, como todos los edificios de por allí. Un cartel gigante bajaba por su lateral. APARTAMENTS SOLÍS, rezaba. Las hormigas subían y subían, y a Laura le costaba ver dónde acababa la hilera. Con dificultad entrevió que enfilaban el primer piso y las perdió de vista. Eran demasiado pequeñas. Subió la mirada aún más, y vio que se acumulaban en una ventana del tercer piso, que se oscurecía en una mancha en movimiento.

Extendió el índice.

—Allí, en esa ventana. Ese es lugar adonde se dirigen. Seguro que es donde vivía Eduardo Espinel y su familia —dijo nerviosa.

—No lo entiendo... ¿Cómo es que sabes todo eso? —preguntó Julián.

—No soy yo, son las hormigas que... —comenzó a decir Laura.

—Es que no vemos nada, está todo dentro de tu cabeza. Las hormigas que te están marcando un camino son producto de tu imaginación. ¿Cómo sabes que tenemos que ir allí?

—No lo sé..., simplemente he seguido a las hormigas —murmuró ella.

—En todo caso, tenemos que subir a averiguar que hay allí —sugirió Alejandro.

—No me gusta la idea..., ¿y si el hijo de Eduardo Espinel sigue viviendo en ese apartamento? —preguntó Laura.

La idea de llamar a la puerta y que les abriese un asesino en serie le atenazó la garganta.

—Nosotros entramos primero, si te quedas más tranquila —propuso Julián—. Bueno, él entra primero, que es más fuerte —dijo señalando a Alejandro y sonriendo.

—Vale —accedió finalmente Laura.

Seres humanos muertos de miedo

Sentada en la enorme y flamante toalla de playa multicolor que aún conservaba la etiqueta, Laura miraba cómo Julián entraba en el mar con solo unos calzoncillos azules. Ella, en cambio, llevaba su atuendo antiarañas, camiseta azul de manga larga y pantalón marrón largo de lona. No era la ropa ideal para bajar a una playa de la costa del Azahar en pleno agosto, pero era lo que había. A su lado, Alejandro tomaba el sol sin camiseta, aunque en una postura que a Laura se le antojaba bastante incómoda, cuidando de que la venda del hombro no tocase nada.

Un rato antes habían salido del parking y se habían dirigido al edificio de al lado. La puerta de la entrada principal estaba abierta, el muelle del cierre automático parecía estar perdiendo fuerza y alguien la había cerrado sin suficiente ímpetu. Habían subido hasta el tercer piso y caminado hasta el final del pasillo. Era la puerta F. Nadie había atendido a su llamada, pero el suelo de la entrada tenía arena y había unas chanclas blancas a un lado de la puerta. Seguramente sus habitantes estarían en la playa, así que ellos también habían decidido bajar a la arena para matar el tiempo. Ya volverían más tarde.

Al llegar, Laura ayudó a Alejandro a quitarse la camiseta con el hombro vendado, mientras Julián corría al agua en calzoncillos.

El sol le acariciaba la cara como en el último sueño que recordaba, en el que había hablado con Víctor. Salvo que en Aiguaoliva había mucha más gente y ella llevaba mucha más ropa. Julián volvió del agua y se tendió en la toalla junto a ellos. Laura en el centro, Alejandro a la derecha y Julián a la izquierda. Esas parecían ser sus posiciones favoritas.

—¡Al menos podemos disfrutar de un día de vacaciones! —dijo Julián sacudiendo el pelo y rociando al resto. Los demás protestaron, y una risita apagada sonó detrás de ellos. Los tres se giraron. Una niña de unos seis años los miraba con curiosidad.

—Hola, guapa, ¿cómo te llamas? —le preguntó Laura.

—¡Noa, ven aquí! —gritó una mujer unos metros más allá. La niña se giró, pero luego volvió a mirarlos.

—¡Noa, ven aquí ahora mismo! —gritó su madre más alto.

La niña corrió hasta donde estaba ella. Una mujer de unos cuarenta años, de cabello rubio platinado y piel de un tono marrón muy poco saludable la cogió por el brazo y comenzó a reñirla. A Laura le recordó a su madre. Mucho. Tanto que estuvo esperando que le pegase un bofetón corto y seco como los que su madre le propinaba de pequeña, pero no lo hizo. En lugar de eso le dijo que jugase allí cerca de ella y se dirigió a su marido. «Con la pinta que tienen esos, no

quiero ni que se acerque», dijo claramente para que la oyesen. ¿Tanto se les notaba que no eran normales? Laura se puso de mal humor.

En ese momento, de la arena, cerca de sus pies, comenzaron a emerger decenas de arañas areneras. Pequeñas criaturas que se esconden en la arena para tenderles emboscadas a sus víctimas, y cuyo veneno es más potente que el de la viuda negra. Laura sabía que solo vivían en el desierto de África, pero ya no podía confiar siquiera en sus alucinaciones. Se puso en pie de un salto y, llorando, corrió al muro de piedra que bordeaba la playa.

Los otros dos fueron en su busca. Laura les explicó lo que había visto y los tres se quedaron sentados en el muro de piedra mirando el mar.

—Me gustaría ser normal... —murmuró ella enjugándose los ojos con el dorso de la mano.

—La normalidad es un concepto muy amplio. ¿Te gustaría no tener alucinaciones? —preguntó Julián.

—Eso, o al menos vivir en un mundo más tolerante. En la antigua Grecia las sacerdotisas de los oráculos eran veneradas como semidiosas y sus visiones guiaban el destino de los reyes...

—Y en la época medieval a las mujeres que tenían alucinaciones las quemaban en la hoguera por brujería... —dijo Julián arqueando las cejas.

—Yo solo quiero que no me vean como una anormal.

—La normalidad existe solo en la estadística, Laura —dijo Alejandro con tono resignado—. Lo normal es un invento, son solo reglas que impone la mayoría. Lo que debes vestir, lo que debes comer, cómo tienes que hablar, comportarte, pensar... cambia con las épocas y las modas.

—Es verdad —añadió Julián—. Por ejemplo, hoy es normal ser homosexual, pero en este mismo país hace cincuenta años la homosexualidad estaba prohibida por ley y penada con la cárcel. Aún hoy hay mucha gente que siente incomodidad con la homosexualidad, simplemente porque durante muchos años se les insistió en que no era algo normal...

—La normalidad es un corsé que todo el mundo quiere llevar, pero en el que nadie acaba de encajar del todo —dijo Alejandro casi para sí.

Laura apartó los ojos del mar y observó a Alejandro. La forma en que hilvanaba sus pensamientos y cómo construía sus ideas era algo nuevo para ella. Pensó cuánto le faltaba aún por conocer de él.

—¡Vaya, eres todo un filósofo! —exclamó Julián.

Alejandro sonrió y miró a Laura. Ella observó cómo el mar se le reflejaba en sus ojos de chocolate.

—¿Sabes? —continuó él, cogiéndole las manos—. No debes angustiarte por no ser normal. Todas las personas sufren por algo que no las deja ser totalmente normales, porque nadie lo es, en realidad.

—Según Foucault, detrás de toda normalidad hay siempre un ejercicio de poder —añadió

Julián. Laura y Alejandro lo miraron—. ¿Qué pasa? Es una cita que leí en Twitter —dijo sonriendo.

—Tienes razón —continuó Alejandro—. La sociedad impone el modelo que hay que seguir, y quien no está de acuerdo queda automáticamente fuera. Y nosotros somos los chivos expiatorios para aliviar las pequeñas anormalidades del resto de la gente. Pero no se dan cuenta de que son ellos los que viven en una cárcel. Y, si se dan cuenta, no quieren admitirlo porque les aterra quedarse fuera, ser los señalados. Debajo de todo lo que tienen y de lo que creen ser, solo son seres humanos muertos de miedo.

Las palabras de Alejandro quedaron suspendidas en el aire. Los tres permanecieron mirando al horizonte en silencio.

De prodigios y discapacitados

A Jordi Pregones no le gustó la consulta de la doctora Nuria Ferreira. Le abrió la puerta y el olor a rosas le invadió las fosas nasales, y ya desde ese momento se sintió incómodo. La decoración pija y pretenciosa tampoco ayudó, y la música que brotaba de algún sitio no le dejaba pensar. Hasta los modos calmados y medidos de la doctora se le antojaron fingidos. Quizá era por el calor; cuando hacía mucho calor todo le molestaba, no podía soportarse ni siquiera a sí mismo. Al menos allí se estaba fresco, eso era lo único que lo hizo sentirse bien.

La terapeuta lo condujo a una sala en la que solo había dos sillas de madera y cojines, muchos cojines desperdigados por doquier.

—Hablaremos aquí —dijo ella.

Jordi hubiese preferido conversar en un despacho con escritorio, luz directa, butaca cómoda y esas cosas, pero en la consulta de la terapeuta no había nada de todo eso. Jordi se sentó y ella tomó asiento frente a él. Esto le hizo sentirse invadido, como si él mismo estuviese en terapia. A Jordi no le gustaban nada las terapias.

—Bueno, Jordi, espero que estés cómodo —comenzó ella leyendo la tarjeta que le había dado —. ¿Puedo llamarte Jordi?

Él la miró a los ojos.

—No, no puede, perdone, y prefiero que no nos tuteemos, si le parece bien.

—Por mí, ningún problema, no se preocupe. Yo siempre me adapto a las necesidades de mis interlocutores —respondió con una suave sonrisa.

—No es una «necesidad», es solo que lo prefiero así —dijo Jordi con el cuerpo rígido sobre la silla de madera.

—Yo creo que sí es una necesidad, pero si continuamos hablando de eso ya se consideraría terapia y entonces debería cobrarle. —Cruzó con elegancia las manos sobre su regazo—. Así que mejor vayamos a lo que lo ha traído aquí. He leído la orden que me ha enviado por mail y allí no decía nada sobre el motivo por el cual debería revisar las notas de las sesiones de grupo de mis pacientes.

—No, no se suele especificar el motivo en las órdenes policiales —respondió Jordi con voz monocorde.

—Bien, pero sepa usted que, si bien esas notas no son historias clínicas al uso, están igualmente protegidas por las leyes de confidencialidad. Y sin una explicación razonable, yo

puedo negarme a dárselas. No se preocupe, no busco entorpecer su trabajo, simplemente digo que, si me explica qué está buscando, tal vez pueda ayudarlo a encontrarlo.

A Jordi las palabras de la doctora le parecieron razonables. Había ido hasta allí buscando ayuda, al fin y al cabo. Todavía estaba a tiempo de dejar el papel de poli duro de lado y ser un poco más amable, así que se relajó en la silla y le explicó a la mujer todo lo que había ocurrido. La puso al día de los asesinatos de los niños de Aiguaoliva, del acoso que había sufrido Laura García, de la lista de sospechosos con todos los nombres tachados y del camino sin salida en el que se encontraba. Hablar lo hizo sentir más relajado, explicarle a aquella mujer lo que pensaba lo calmó un poco. No le habló del acuerdo al que había llegado con el señor Pardo. Eso se lo guardó para sí.

—¿Qué le parece? —le preguntó Jordi al acabar de relatarle los hechos.

—Me parece que ha tardado mucho en venir a verme —le respondió la doctora Ferreira con un suspiro. Entonces se puso de pie, salió de la habitación y volvió con unas carpetas grises.

—Estas son las notas que he recogido de las sesiones con Laura García, Julián Pardo y Alejandro Navarro. Si lo necesita puedo aclararle algún término o concepto que no le sea familiar.

—No lo entiendo..., ¿quiere que las lea aquí mismo?

—Por supuesto. No puede usted llevarse estas notas. He estudiado su orden, habla de revisarlas, no de requisarlas. Y yo lo prefiero así.

Jordi abrió la boca para replicar, pero decidió mantenerla cerrada, ser amable y ponerse a leer. Lentamente se había ido sintiendo más cómodo; al final, la música y el aroma a rosas no resultaban tan desagradables como le habían parecido, o igual era que se había acostumbrado a ellos.

Leyó en silencio las notas de cada una de las sesiones deteniéndose en algunas frases que le llamaron la atención y que fue apuntando en su libreta negra. Y lo que leyó le fascinó. Nunca había conocido a personas con esas condiciones, eran curiosas mezclas de prodigios y discapacitados. Incluso la señorita Laura García, que por un lado padecía alucinaciones visuales y auditivas, por otro parecía tener una inteligencia inmensa. Cuando acabó, cerró las carpetas y miró a los ojos a la doctora Nuria Ferreira.

—Tiene usted razón, he tardado demasiado en venir a verla.

El tesoro de un niño

Volvieron por la tarde al apartamento del segundo piso y tampoco encontraron a nadie. Aprovecharon para visitar el pueblo, tomar un helado, charlar y pasear. Laura se sentía segura con sus amigos a su lado. Esa unión era como un escudo, como cuando Laura era pequeña y caminaba por la calle con su padre. Siempre iban de la mano, le encantaba. Sentía que nada podía pasarle si aquella mano aferraba la suya. Así se sentía con Alejandro y Julián. Cenaron marisco en el puerto y volvieron al hotel riendo, como si todo lo malo que ocurría hubiese quedado lejos, en Barcelona.

Laura se despertó por la mañana apoyada otra vez sobre su brazo derecho. Le dolió durante un rato, el tiempo que tardó en explicarle a Alejandro lo que le pasaba. Él le pidió que se recostara boca abajo y comenzó a realizarle un masaje desde la mano hasta el hombro, luego continuó masajeándole los hombros, la espalda y después bajó a los glúteos y los muslos. Ella los separó con un gemido apagado. A las manos de él se le sumó la lengua, y cuando la penetró, Laura ya se había olvidado del dolor del brazo y de todo lo demás.

Más tarde los tres desayunaron e hicieron un último intento en el apartamento. La puerta de la escalera continuaba entreabierta. Subieron al tercer piso y ya desde el pasillo vieron la puerta del apartamento F abierta y un carro de limpieza fuera. Julián los miró sonriendo como un niño y fue corriendo hasta allí, ignorando las protestas de Laura. «Para él todo es un juego», pensó indignada. Cuando llegaron, Julián ya estaba hablando con una mujer que barría la cocina. Le estaba explicando que aquella era su casa de niño y le preguntó si le importaba que entraran a echar un vistazo. La adusta mirada de la mujer se relajó con el billete de cincuenta euros que Julián le ofreció por las molestias.

—Tenéis unos minutos, me tomo un descanso —dijo con voz ronca de fumadora, y desapareció.

Los tres se adentraron juntos en el apartamento. Estaba completamente reformado, no había ni rastro de las típicas construcciones originales de los sesenta. Todo blanco, de madera y aluminio, con muebles de Ikea y decoración minimalista. Olía a humedad y salitre, a Laura le escoció la nariz en cuanto entró. Pero era una sensación agradable, familiar. Recorrieron el piso despacio. La luz entraba por la persiana medio bajada y ella recordó a su padre a contraluz. Fue una evocación tan vívida que le llenó los ojos de lágrimas. No entendía por qué su padre y por qué allí, supuso que era por todos los veranos que habían pasado en Aiguaoliva. Quiso rescatar más recuerdos de su padre, pero la niebla de su cabeza se cerró implacable.

Llegaron a una habitación pequeña, al fondo, cuya ventana daba al parking de abajo. La habitación que buscaban. Laura se acercó al cristal, lo tocó y se asomó a la explanada.

—Es aquí. Las hormigas vuelven al parking, pero aún hay algunas sobre los cristales.

Alejandro y Julián la contemplaban en silencio. Se acercaron a ella y también se asomaron a la ventana. Desde allí no se veía más que cemento y coches calentándose al sol, algunos con parasoles reflectantes.

Luego los tres se giraron para contemplar la habitación. Solo había una cama, una mesilla de noche, un pequeño escritorio y algunos cuadros de motivos marinos. Nada más.

—¿Y ahora qué? Esto es una habitación de un apartamento de alquiler. ¿Qué buscamos aquí? —dijo Julián.

—No sé..., algo... —dijo Laura mientras miraba debajo de la cama. Alejandro y Julián la siguieron y comenzaron a registrar el mobiliario.

No encontraron nada.

Se sentaron los tres en la cama en silencio, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Laura se desinflaba. Todo lo que habían hecho para llegar hasta allí no había servido para nada... No podía creer que volvería con las manos vacías.

Julián, sentado en un extremo de la cama, daba golpecitos nerviosos con el pie en el zócalo. Entonces se puso de pie y comenzó a golpear el zócalo con los nudillos.

—¿Qué haces? —le preguntó Laura intrigada.

—No estoy muy seguro, busco algo. Una trampilla, un doble fondo en algún lugar... Puede que aquí escondido haya algo que haya sobrevivido a las reformas.

—¡Venga, vamos a buscar! —exclamó Laura. Los tres comenzaron a examinar palmo a palmo la habitación.

Laura daba pisotones sobre el parquet, Alejandro buscaba rugosidades en las paredes y Julián continuaba dando golpecitos a los zócalos. Fue avanzando por un lateral y los tres percibieron que uno de los golpes sobre un zócalo sonaba diferente.

Laura y Alejandro se detuvieron en el acto y miraron a Julián. Este volvió a comparar los sonidos golpeando en otro lado. Sí, allí sonaba a hueco. Los tres se miraron en silencio. Luego tanteó con los dedos en la madera, tiró hacia afuera y se quedó con un trozo de zócalo en la mano. Un hueco quedó al descubierto. Metió lentamente la mano en su interior y extrajo una caja de metal redonda y azul de galletas danesas. Palpó dentro del agujero en busca de algo más, pero solo sacó la mano llena de polvo.

A Laura el corazón le latía en la garganta. Habían encontrado algo que podía pertenecer al hijo de Eduardo Espinel. La razón de todas sus preocupaciones, el posible causante de todas aquellas muertes y de la herida en su mano. Laura miraba la caja hipnotizada. Los tres se sentaron en la cama sin quitarle los ojos de encima.

—¿Estoy soñando? —preguntó Alejandro. Los otros dos lo miraron.

—¿Por qué no te pinchas? —sugirió Julián.

—No puedo... —dijo Alejandro señalando la venda que asomaba por debajo de la camiseta.

—No, no estás soñando. —Laura le acarició el pelo.

Julián intentó abrir la caja, pero no pudo. Se la pasó a Alejandro, que lo consiguió al segundo intento. Contuvieron el aliento.

Fue decepcionante, la caja estaba casi vacía. Parecía el tesoro de un niño. Contenía algunas pesetas en monedas, un par de dientes, un encendedor Zippo... y una nota. Alejandro la cogió. Solo tenía una línea escrita en lápiz. «Vengaré tu muerte, papá, te lo juro», leyó en voz alta.

Nada más y nada menos. Era la nota del hijo de Eduardo Espinel.

Laura se puso a temblar. De repente hacía mucho frío en aquella habitación. Alejandro le pasó la caja a Julián y la abrazó, pero ella seguía temblando. Sentía el pecho pequeño, apenas si podía hacer entrar aire en sus pulmones.

—Bueno, yo me voy en cinco minutos —anunció la mujer en el marco de la puerta. Los tres se sobresaltaron.

—Venga, tenemos que irnos ya... —dijo Julián.

—Id bajando, ahora os alcanzo —respondió Laura. Quería quedarse allí un momento más. Julián acompañó a la mujer fuera del apartamento llevando el recién descubierto tesoro con él y Alejandro los alcanzó tras volver a poner el zócalo en su sitio.

Laura se quedó un rato allí sentada, pensando en el daño que le había causado a aquel pobre niño. Sabía lo que era perder a un padre, y no se imaginaba el sufrimiento por el que el pequeño debió de pasar. Quizá lo había visto todo desde allí arriba, a través de aquel mismo cristal. Se puso de pie, caminó hacia la ventana y miró el parking una vez más antes de irse.

Se quedó paralizada.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y la boca se le secó. Las hormigas aún estaban allí abajo, las veía perfectamente emergiendo sin cesar de algún punto en el suelo. Y allí mismo, de pie, había un hombre vestido de negro. En realidad, no sabía si estaba realmente vestido de negro o eran las hormigas que lo cubrían de la cabeza a los pies las que le daban ese color. Tenía los brazos extendidos en forma de cruz con las palmas de las manos hacia arriba. Las hormigas transitaban por todo su cuerpo, recorrían sus brazos y se acumulaban en las palmas de sus manos. Caían entre sus dedos como gruesos granos de arena negra, y él jugaba con ellas. Por momentos no parecía del todo humano, era como si no estuviese realmente cubierto de hormigas, sino más bien como si estuviese formado por ellas. Laura no podía saber si era una persona o una figura hecha de miles de pequeños seres vivos. No, era una persona, ella pudo adivinar su sonrisa a través de la masa de hormigas que inundaba su cara.

Una nueva vida I

No encontrarían nada. Nadie encontraría nada nunca. Se había encargado de ello durante años borrando huellas, destruyendo documentos. Les llevaba décadas de ventaja. El mejor momento para borrar la existencia de alguien, más bien el único momento, es cuando esa persona no le importa a nadie. El mejor momento para hacer desaparecer a alguien es cuando ya está desaparecido en vida. Quien no tiene lazos familiares, no tiene amigos ni ningún logro relevante salvo el de estar vivo, es la persona perfecta para desaparecer. Quedan imágenes, pero como nadie recuerda su nombre es como un extra en una enorme superproducción. «¿Cómo se llamaba el tío que está al lado de fulanito en la foto de la escuela? Lo tengo en la punta de la lengua... Bah, es igual». Él era aquel tío. Había labrado su libertad con minuciosidad. Su concepto de libertad era precisamente que nadie supiese quién era en realidad. Era libre de ser quien quisiese ser, de reescribir su vida. Curiosamente la parte menos compleja era conseguir una identidad falsa. Una vez borrada la existencia anterior, la parte más fácil era la documental. Con tres mil euros y sabiendo dónde pagarlos se podía conseguir el pack completo de una nueva vida: DNI, pasaporte y carnet de conducir. La parte que había sido más laboriosa para él había sido reescribir su vida. La había reescrito literalmente, como si de una autobiografía se tratase. Una anodina y aburrida autobiografía. Y después la había traspasado a las redes sociales. Se había creado una nueva vida digital. Cuentas en Facebook, en Instagram, en LinkedIn, en Twitter, los documentos de la red eran tanto o más importantes que los otros. Cientos de fotos falsas, retocadas, montajes en baja resolución para móviles y tablets. Así había llegado a construirse su nueva vida, a base de horas y horas de minucioso trabajo creativo. Había ido poblando sus perfiles de recuerdos como si de un complejo diorama se tratase, año a año, década a década. Parientes, amigos, parejas, viajes, cumpleaños, incluso modestas barbacoas. Todos los días le fue dedicando un tiempo a la reconstrucción de su nueva vida. Y estaba muy orgulloso del resultado.

No encontrarían nada, desde ese punto de vista no tenía ninguna preocupación. Pero la sola presencia física de esas tres personas en el que había sido su espacio íntimo, el inicio de todo lo que era, lo incomodaba. Eligió no ser consumido por la ira. Prefirió dedicar esa energía a trazar un plan que abarcase a los tres, no solo a ella.

CAPÍTULO 9

SOBRE LA ESPERANZA

El otro lado del espejo

El viaje de vuelta fue largo y tenso. Apenas intercambiaron dos palabras en todo el trayecto. En realidad, Alejandro y Julián hablaban y Laura respondía con monosílabos. Se mantuvo todo el tiempo que pudo con la mirada fija en el paisaje, observando cómo el mundo pasaba a toda velocidad ante sus ojos, aunque ella era incapaz de retener nada. Estaba como desactivada, como un atleta que lo ha dado todo de sí hasta el límite de sus fuerzas. Se sentía vacía. En un momento determinado, Alejandro le tocó el hombro y ella reaccionó dando un respingo y apartándose un poco más de él. Finalmente, él se puso de pie y anunció que iría al vagón cafetería, si lo encontraba. Le dio una palmada en el hombro a Julián y este también se puso en pie y se marcharon juntos. Se fueron y a ella no le importó. La naturaleza pasaba vertiginosa ante sus ojos: médanos, playas, rocas, árboles, más médanos. Todo aquello la mareaba, le saturaba la vista y le resultaba muy desagradable, pero prefería eso a la nada, a la cáscara vacía que era su cerebro en aquel momento.

La habían encontrado desmayada en el suelo de la habitación. Al parecer no había tardado en volver en sí, lo hizo antes de que se decidieran a llamar a urgencias. Según le explicaron más tarde, ella se había apartado de ellos como si hubiese visto un fantasma, y había huido a un rincón de la habitación y desde allí los había observado con la cara desencajada y jadeando. Le contaron que los había insultado y que les había dicho que no eran reales, que nada de todo aquello lo era. Luego había vuelto a perder el sentido y entre los dos la habían subido a la cama de la habitación. Estaba caliente y sudando como si tuviese fiebre. Esta vez sí habían llamado a urgencias, pero durante la espera, Laura había vuelto en sí (otra vez). De aquello sí que se acordaba.

Cuando Laura despertó en la cama de la habitación, Alejandro y Julián estaban sentados a su lado, y la mujer de la limpieza, apoyada contra el marco de la puerta. Recordaba haber saltado como un resorte de la cama y haber arrastrado a sus amigos consigo fuera de la habitación y del apartamento, hasta el pasillo. Estaba desesperada por salir de allí y a la vez aterrada por encontrarse con la demencial figura del parking. Ya en la calle tironeaba de ellos mirando a un lado y otro constantemente. Intentaba no acercarse demasiado a la gente que había en el paseo marítimo ni demasiado a las paredes plagadas de arañas. Se sobresaltaba con cada movimiento, con cada persona y con cada sombra, se imaginaba que cada una de ellas era aquel espectro y que se le iba a abalanzar encima en cualquier momento.

Así habían recorrido el trayecto hasta el hotel. Julián y Alejandro no paraban de preguntarle

qué le pasaba y Laura no podía articular una palabra siquiera. Solo quería irse lo más lejos posible de aquel lugar. Hicieron las maletas a toda prisa y fueron a la estación de autobuses. Una vez allí, mientras esperaban en un bar de paredes grasientas pero fresco y sin apenas gente, ella pudo comenzar a hablar.

Les explicó lo que había visto de la forma más objetiva posible, intentando no añadir a su relato ninguna valoración u opinión. Les contó que había visto a un hombre cubierto de hormigas legionario de la cabeza a los pies que jugaba con ellas y le sonreía. Volver a recordar aquella sonrisa hizo un cortocircuito en su cabeza, se mareó y la vista se le llenó de puntos brillantes, pero no se desmayó. Continuó diciéndoles que antes, cuando Julián se había puesto de pie justo en el centro del lugar de donde salían las hormigas, estas lo habían atravesado, como si no fuera sólido, y eso tenía sentido. Lo otro no.

Laura intentó explicarles cómo le había hecho sentir esa visión. Sus alucinaciones siempre la habían limitado, paralizado y aterrado. Pero siempre habían sido suyas, una íntima parte de sí misma. Siempre habían seguido una simple regla, ella podía verlas y el resto del mundo no. Esa era precisamente la definición de una alucinación. Ambos mundos a un lado y al otro de la frontera de la normalidad que no se cruzaban ni interaccionaban entre sí. Pero las normas habían cambiado, se habían pulverizado en un segundo. Lo que Laura había visto en el parking era totalmente nuevo, aquella persona que permitía que las hormigas subiesen a su cuerpo, que jugaba con ellas, que las veía y que las sentía. Aquel hombre interaccionando con las hormigas le había demostrado a Laura que sus visiones no le pertenecían solo a ella. Era algo que no podía asimilar, aunque lo intentara. No tenía ningún sentido. Era como si su reflejo al otro lado del espejo se hubiese quedado mirándola fijamente y hubiese extendido una mano a través del cristal para tocarla. Se sentía ultrajada, invadida en lo más íntimo de su ser.

Intentó explicarles todo aquello, pero le pareció que no llegaban a entenderlo, ponían aquella cara que Laura odiaba, aquella expresión de comprensión condescendiente que había visto infinidad de veces en muchos terapeutas que sin hablar le decían «Intento acompañarte en tu viaje, aunque es difícil porque creo que estás como una puta cabra». Y cuanto más veía esa expresión en sus rostros más se esforzaba ella en explicarles su visión y en racionalizarla, y el resultado era aún más desastroso. Las miradas de sus amigos la sacaban de quicio. Al final se enfadó tanto con ellos que prefirió esperar el autobús sola. Viajaron en silencio durante el trayecto hasta Vinaroz y también permanecieron callados en la estación de trenes.

Finalmente, Alejandro y Julián volvieron, y ella no sabía cuánto tiempo había pasado. Dejó de mirar por la ventanilla y se giró hacia ellos. Ambos sonreían, Alejandro llevaba unas rebanadas de pan de molde y Julián una Fanta.

—No tenían Coca-Cola —se disculpó.

—Está bien —dijo ella sin añadir nada más, infinitamente agradecida de tenerlos cerca.

Un hilo del que tirar

Laura cedió un poco mientras comía lo que sus amigos le habían llevado, pero no demasiado. Continuaba enfadada con ellos. Esperaba un poco más de comprensión, necesitaba un poco de comprensión. Fuera, las playas se sucedían a toda velocidad, una tras otra semiocultas tras los médanos. Dentro del tren, ella intentaba pensar en el siguiente paso, pero era incapaz. En el momento que una idea comenzaba a tomar forma en su cabeza volvía a desaparecer, no acababa de solidificarse del todo. Odiaba cuando eso le ocurría. El recuerdo del parking la acosaba y no la dejaba razonar, le impedía atar cabos.

Julián se puso de pie y cogió la caja de metal de su mochila de piel marrón oscuro. La abrió y los tres se quedaron mirando su contenido en silencio. Laura cayó en la cuenta de que la policía podría haber cogido huellas de allí. Pero ya era tarde, la habían limpiado de polvo y habían cogido lo que había en ella para inspeccionarlo. Habían dejado sus huellas desperdigadas por todos lados y probablemente borrado las de antes. Definitivamente no pensaban como un policía.

—Nos hemos cargado las huellas... —dijo ella con voz apagada.

—Ya, estaba pensando lo mismo —respondió Julián.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

Alejandro cogió la nota manuscrita y se la quedó mirando.

—Conozco a una persona, el doctor Vinuesa. Es catedrático de Medicina Forense de la Autónoma. Hemos hablado muchas veces en el trabajo, está muy interesado en mi condición. El caso es que es el titular de un máster de Grafoanálisis Forense... —A Laura todo aquello le sonaba a chino. Él pareció notarlo porque le ofreció una explicación—. El grafoanálisis es una técnica que se utiliza para analizar la personalidad de alguien por medio de un texto escrito de su puño y letra. Pero años atrás también se usaba para saber si un escrito pertenecía a una persona, por ejemplo, para las notas de suicidio. Podríamos comparar esta nota con la de la persona que creamos sospechosa. Aunque me parece que no se puede decir gran cosa de una nota de dos líneas escrita por un niño, y tampoco sé con qué compararla... —el desánimo parecía ir impregnando sus palabras a medida que llegaba al callejón sin salida de su idea.

—¡Me parece una muy buena idea! —convino Julián—. Podemos comenzar por nosotros tres. Al menos nos quedaríamos tranquilos sabiendo que el culpable no es ninguno de nosotros.

Laura y Alejandro lo miraron fijamente. Laura abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró. Tenía sentido.

Podéis comparar la nota con la tarjeta del inspector Pregones. Ha escrito en ella.

—También podemos comparar la nota con lo que el inspector Pregones escribió en su tarjeta... —repitió obediente Laura, mientras tocaba con suavidad su bolso de Desigual.

Alejandro y Julián la miraron fijamente.

—¿El policía? —dijo Julián—. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

No has confiado en él desde el principio, te da mala espina.

—No he confiado en él desde el principio, me da mala espina —repitió mecánicamente Laura. A veces sucedía, su hermano dictaba y ella tan solo se dejaba llevar.

—A mí me parece bien —convino Alejandro encogiéndose de hombros. Laura le sonrió—. Voy a llamar al doctor Vinuesa. Ya estará de vacaciones, espero que aún no haya salido de Barcelona —murmuró para sí.

Laura suspiró aliviada mientras miraba por la ventana. Por fin tenían un hilo del que tirar. De su bolso cogió una libreta y un boli, y se los mostró al resto.

—Tenemos que escribir una nota cada uno.

Los tres observaron la libreta en silencio.

A la otra punta del mundo

No puedes quedarte aquí.

Su hermano ponía en palabras exactamente lo que Laura había sentido no bien había cruzado la puerta de su apartamento.

—No puedo quedarme aquí —les dijo a sus amigos transmitiéndoles el mensaje de Víctor.

Pero no tienes a donde ir.

—Pero no tengo a donde ir —repitió Laura.

Necesitas que te ayuden.

—Ayudadme, por favor —les rogó.

Permanecieron en silencio unos momentos. De pronto, a Alejandro se le iluminó el rostro.

—Sé qué podemos hacer. Podéis venir conmigo a la casa de mis padres. Todavía la tengo, no sé exactamente qué hacer con ella. Allí hay espacio para todos. Está fuera de Barcelona, en un barrio tranquilo de Sant Cugat, pero lo suficientemente cerca por si necesitamos volver. Si tenemos cuidado y damos un rodeo, nadie sabrá que estaremos allí... —Enseguida se sonrojó—. Bueno, si os parece bien, claro... —añadió mirándose los pies.

—Me parece bien —dijo Julián enseñando el pulgar derecho—. Es una buena idea que permanezcamos juntos. ¡Bien pensado, pibe!

—¡A mí me suena perfecto! ¿Seguro que no te importa? —dijo Laura con una enorme sonrisa. Alejandro negó con la cabeza—. No quiero quedarme aquí, la sola idea de pasar una noche en este apartamento me hiela la sangre. Voy a por mis cosas —dijo, y desapareció en la habitación. Julián le dio un suave codazo a Alejandro y le guiñó un ojo. Él lo miró y volvió a sonrojarse.

Fueron juntos a la habitación. Laura apilaba sobre la cama lo que necesitaría, y enseguida decidió que debía utilizar una maleta más grande. No quería olvidar nada que pudiese necesitar más tarde, no quería volver por allí en un tiempo. Luego cogió una mochila y recorrió el apartamento en busca de los últimos enseres. El cargador del móvil, la medicación, su bolso preferido y algunos libros. Ya tenía todo lo que precisaba para irse a la otra punta del mundo, si hacía falta.

Los tres iniciaron la larga ruta que habían trazado para no ir directamente a Sant Cugat. Cogieron el metro, dos autobuses y el tren, siempre atentos a cada persona con la que se cruzaban y vigilando sus espaldas para asegurarse de que nadie los seguía.

Un lugar seguro

La casa de los padres de Alejandro, vacía desde el accidente que les había costado la vida, era un chalet adosado al fondo de un paseo no muy alejado de la estación de trenes de Sant Cugat. Estaba ubicada al final de una larga rambla con pinos. De ladrillo visto de color rojo, tenía dos plantas y buhardilla, un enorme garaje blanco junto a la entrada enmarcada en hierro gris y la puerta también blanca; nada la diferenciaba del resto de las casas adosadas. Todas exactamente iguales, una al lado de otra, formaban una hilera de clones idénticos que se perdían calle abajo. Afortunadamente la casa de los padres de Alejandro era reconocible porque era el último eslabón de una cadena interrumpida por un gimnasio algo más bajo que el resto de las construcciones. Entre el gimnasio y la casa había un estrecho pasaje que bajaba hacia la ciudad. Desde allí se veían los tejados del resto de la urbanización recortados sobre un cielo cargado de nubes de diferentes tonos de gris. La calle estaba vacía y nadie caminaba tampoco entre los ralos pinos del paseo. Se aseguraron de ello antes de entrar.

La casa estaba a oscuras, olía a humedad, a polvo y a flores muertas. Laura imaginó que ese sería el olor de los panteones. Mientras recorrían la casa, Alejandro iba subiendo persianas, descorriendo cortinas y abriendo ventanas para renovar el aire viejo atrapado en ella y para que la brisa de la tarde desinfectase cada rincón. Un rato después la casa parecía otra, luminosa y fresca. Alejandro y Julián subieron a preparar la habitación principal, y Laura se dedicó a recorrer el comedor. No le desagradaba la decoración recargada que no dejaba rincón por ocupar ni trozo de pared por tapar. Le recordaba a la casa de sus abuelos, llena de muebles con un montón de cajones y un pequeño tesoro que explorar en cada uno de ellos. En una larga repisa había una hilera de fotos que relataban en orden cronológico la vida en aquella casa, hasta que ya no la hubo. Comenzaba con una pareja joven y un niño preadolescente ojeroso y de expresión triste delante del lagarto de mosaico del parque Güell, y acababa con la misma pareja ya mayor sonriendo delante de la catedral de San Basilio en la plaza Roja de Moscú.

—Yo he estado ahí. Es un lugar impresionante... —dijo Julián a su espalda. Laura se giró y lo vio cargado con sábanas y una almohada—. Me toca dormir en el sofá, la habitación de matrimonio es para vosotros, tortolitos —añadió con una sonrisa.

Laura le acarició el cabello con ternura, luego fue a la cocina en busca de algo de comer, pero la nevera y las alacenas estaban vacías. Cogió un boli y una libreta que encontró en un cajón y comenzó a hacer la lista de la compra. La mano izquierda le escocia, lo que le recordó que debía

añadir vendas y analgésicos a la lista. Subió con ella a la habitación principal, donde Alejandro revisaba la ropa del armario.

—Esta casa es preciosa..., ¿por qué no vives aquí? —le preguntó ella mientras le acariciaba la espalda.

Él se giró y la observó. Tenía la mirada acuosa y ausente.

—Esta casa me trae recuerdos muy dolorosos, está detenida en el tiempo desde que ellos murieron, y cada vez que vengo el corazón se me encoge. No puedo venderla ni tampoco vivir aquí. Mis padres eran todo lo que tenía. Eran mi cable a tierra y ahora ya no están. Todo lo que me queda de ellos son estas paredes y lo que hay entre ellas...

Alejandro se sentó en la cama y Laura a su lado. Le cogió la mano y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí; este es un lugar seguro —murmuró ella, mientras observaba cómo el sol pálido detrás de un velo de nubes se iba ocultando entre los tejados.

Síndrome de sobreexcitabilidad

La doctora Nuria Ferreira hablaba y Jordi Pregones la escuchaba con atención. Iba tomando algún apunte en su libreta negra intentando no perder ningún detalle de lo que la doctora tenía que decirle.

—... y no he notado en ellos ningún rasgo que encaje en el perfil criminal que me ha descrito. Usted está buscando a una persona sin ningún tipo de empatía, una persona que actúa movida por una venganza ciega que no le permite mirar más allá de su objeto de castigo, que a la vez es su objeto de deseo, dado el cuidado que pone en organizar la escena del crimen. No he visto nada de todo esto en mis pacientes. Ninguno de sus tres sospechosos encaja en ese perfil.

—Lo que busco es a un asesino.

—Por supuesto, pero necesita ir más allá de la etiqueta legal o moral e intentar entender las motivaciones de la persona que busca, para poder encontrarla.

Jordi la miró fijamente y la doctora le sostuvo la mirada. Luego asintió en silencio y volvió a sus notas.

—Háble me del síndrome de sobreexcitabilidad. La enfermedad de la señorita García. ¿De qué se trata?

La terapeuta se aclaró la garganta.

—Es un trastorno frecuente entre las personas con muy alto coeficiente intelectual. La mente trabaja a un ritmo que la persona no puede abarcar, tiene una capacidad de procesamiento tan alto que va más allá de lo que se puede asimilar de forma consciente, y eso, por desgracia, tiene un impacto a nivel psicológico y emocional. Las personas con esos trastornos son más propensas a sufrir problemas psiquiátricos como alucinaciones, ansiedad, depresión, incluso enfermedades corporales, como alergias, asma y enfermedades autoinmunes.

—Es el precio que tienen que pagar los superdotados por ser como son, ¿no?

—Exacto. En el caso de Laura, el síndrome de sobreexcitabilidad se expresa en forma de alucinaciones visuales y auditivas, probablemente a causa de un trauma infantil. Suele ser un trastorno hereditario, quizá su hermano Víctor también lo padezca...

Jordi parpadeó un par de veces ante el último comentario de la doctora.

—Perdone, pero tengo entendido que la señorita Laura García no tiene hermanos, que Víctor es una creación mental, que no es real...

La doctora Ferreira arqueó las cejas.

—¿Y eso usted cómo lo sabe? —preguntó Nuria reclinándose hacia delante.

—Bueno... —comenzó Jordi. No podía revelarle que su fuente era Julián Pardo. Ni a la doctora ni a nadie—. Lo he investigado. Ella tuvo un hermano gemelo, pero murió intraútero y solo sigue existiendo dentro de su cabeza —concluyó.

—Vaya..., no lo sabía, ella no mencionó en terapia que su hermano no fuese real...

—¿Y que le haya ocultado información no la convierte en sospechosa? —dijo Jordi también reclinándose hacia delante.

—Ocultarle intencionadamente información al terapeuta es algo muy frecuente, no tiene el mismo significado que para la policía. Esto es una terapia, no un interrogatorio. Muchas veces esas omisiones evidencian un área de trauma, una inhibición o un bloqueo, no tiene por qué ser un signo de un delito. Aunque... —la doctora Ferreira mantuvo en suspenso sus palabras y alzó la vista al techo.

—¿Aunque qué? —preguntó Jordi impaciente. La mujer levantó un índice para pedirle un poco de tiempo. Jordi esperó. Por fin ella bajó la vista y clavó la mirada en él—. Esto que acaba de decirme es muy interesante. Las personas que sufren de síndrome de sobreexcitabilidad pueden desarrollar otras patologías, aunque de forma menos frecuente. Una de ellas es el trastorno disociativo de la personalidad.

Jordi apuntó «trastorno disociativo de la personalidad» en su libreta.

—Aunque, no se emocione —dijo la doctora señalando lo que Jordi había escrito—, los trastornos disociativos de la personalidad rara vez acababan en actos criminales. El cine ha dado muy mala fama a esa patología. En las películas siempre se presenta a las personas que sufren de personalidad múltiple como un peligro para ellos mismos y para la sociedad. Pero la realidad es bien distinta, aunque yo no descartaría nada...

—¿A qué se refiere exactamente?

—A que su lista de sospechosos no debería tener tres miembros, sino cuatro —respondió la doctora Ferreira con gravedad.

Una ocasión especial

Julián preparó espaguetis carbonara para cenar y Laura no tenía ni idea de lo famélica que estaba hasta que se encontró rebañando el plato con pan de molde. Se sentía bien, protegida y relajada. El vino también ayudaba.

Un rato antes, ella había descubierto un pequeño botellero en el lavadero, y Alejandro les había dicho que sus padres acostumbraban a comprar vinos caros. Laura cogió las botellas que todavía quedaban allí y las llevó a la mesa. Julián, que se declaró conocedor del tema, las ordenó por precio: un Regina Vides de ciento veinte euros, un Grans Muralles de ciento cincuenta euros, un Vega Sicilia de trescientos ochenta euros y dos Pingus de dos mil cuatrocientos euros.

—¿De verdad cuestan tanto dinero? —dijo Laura cogiendo una de las últimas. Una botella normal, con una etiqueta blanca con las letras PINGUS 2014 impresas en azul, no le llamaba la atención en absoluto. De hecho, casi se le había caído una de ellas cuando la había sacado del botellero. Ahora la trataba con delicadeza, como si sostuviese un recién nacido.

—Bueno, ellos siempre decían que guardaban las botellas más caras para una ocasión especial. —Alejandro dirigió la mirada hacia las fotos de la repisa—. Aunque ya no tendrán más ocasiones especiales... —murmuró.

—¡Pues esta es una buena ocasión para abrirlas! —sugirió Julián.

Alejandro lo miró unos segundos y finalmente asintió.

—¡Vale, abrámoslas! —dijo animándose.

Las abrieron también en orden ascendente de precio, mientras engullían la pasta. Las tres primeras botellas estaban picadas, y los ánimos se enfriaron. «Suele pasar», informó Julián, abriendo las botellas de Pingus sin mucha esperanza. Afortunadamente estaban en buenas condiciones, y él enseñó a sus amigos cómo disfrutar del aroma, observar la lágrima en la copa y degustar el vino. No ocultó el éxtasis que le producía beberlo, lo expresó con palabras y gestos. Laura pensó avergonzada que le sabía igual que el resto de los vinos tintos que había probado, que los mil seiscientos euros que le tocaba beber estaban totalmente desaprovechados con ella, pero no dijo nada. Era vino, sabía bien y estaba pasando un buen rato, eso era lo importante.

Rebañando el plato con pan de molde, Laura no pudo evitar pensar en los padres de Alejandro, en los vinos picados y en las oportunidades perdidas de disfrutar de la vida. Sintió mucha pena por ellos y, súbitamente, mucha pena por sí misma. En el momento en que las lágrimas estaban a punto de asomarle, comenzó a sonar música. Julián había dado con la manera de conectar su móvil con el equipo de música y empezaba a oírse la *playlist* de Spotify del Súper Freak Club.

La cogió de la mano y se puso a bailar con ella, y Laura se dejó llevar, aún con los ojos acuosos pero con una media sonrisa.

Los tres cantaron y bailaron, y Laura sintió que todo estaba bien entre aquellas cuatro paredes, que el mundo enfermo y demente de fuera no podía entrar allí, que estaban protegidos. En un momento dado, los tres se sentaron en el sofá y Laura les pasó los brazos por los hombros. Eran su grupo, su familia.

Cuando la música acabó, Julián los echó del sofá, donde le tocaba dormir. Alejandro y Laura subieron flotando por el alcohol a la habitación de matrimonio.

Fotograma a fotograma

Sin la medicación, Julián apenas dormía. Esa era también una de las causas de su envejecimiento acelerado, apenas si podía conciliar el dueño durante una media hora al día. No necesitaba (ni podía) dormir más. Aprovechaba esas horas para bucear en sus recuerdos intentando encontrar algo que le pudiese parecer aunque fuera remotamente sospechoso. Sabía que era una tarea casi imposible, como revisar página por página los libros de la Biblioteca Británica de Londres en busca de una sola palabra. Optó por comenzar a repasar los recuerdos recientes sin Laura ni Alejandro. Y entonces, tumbado en el sofá mirando sin ver el techo en semipenumbra, Julián encontró lo que buscaba.

Revisaba el recuerdo de su primer encuentro con el inspector Pregones. Estaban tomando una cerveza en la segunda mesa comenzando por la derecha de la terraza del bar Los Amigos. Repasó cada minuto, cada segundo, fotograma a fotograma. Comenzó por lo obvio buscando caras sospechosas en la gente que se sentaba a su alrededor, que caminaba por la calle o que conducía los coches que pasaban a su lado. Cotejaba esas caras con otros recuerdos de esas mismas caras y las iba clasificando mentalmente. Luego se dedicó a las sombras, a los destellos. Habían pasado más de una hora sentados en la terraza de un bar, y allí, al aire libre en una calle transitada las posibilidades eran inmensas. Tuvo que coger cada uno de esos momentos, congelarlos y estudiarlos a fondo. Se ponía de pie y caminaba por la escena, por el interior del local, por la acera, por la calle. Iba hasta los mismos confines del recuerdo, allí donde todo comenzaba a difuminarse, a deshacerse en una niebla negra.

Así fue avanzando minuto a minuto, escena a escena dentro del recuerdo. Cuando en su memoria comenzaba a caer la tarde, al recorrer el recuerdo, escrutar cara tras cara y expresión tras expresión, vio algo diferente. Unos treinta metros más allá de donde ellos estaban sentados en la terraza del bar Los Amigos, había una persona de espaldas vestida con un pantalón y una camiseta negros. Julián fue hasta ella y la rodeó para observarle la cara, pero era inútil, el recuerdo no abarcaba todo su contorno, solo su espalda. La parte delantera de esa persona estaba hecha solo de bruma negra. Avanzó en el recuerdo unos momentos más. La persona se alejaba de ellos, cruzando la calle y saliendo del recuerdo. Pero un momento antes de escapar de la escena y entrar en la niebla, la persona de negro se detuvo en un escaparate. Desde allí los observó a través del reflejo de la vidriera. Julián pudo verle por fin la cara, había captado esa imagen con el último milímetro del rabillo del ojo mientras bebía un trago de cerveza. Había sido suficiente.

Era una cara conocida, aunque apretaba los dientes y los ojos brillaban de furia. No le hizo

falta más para saber que esa era la persona que estaba buscando. No podía creer lo que veía, pero si lo guardaba en sus recuerdos, significaba que era cierto. La verdad de su memoria era incuestionable. Era su religión, lo único en lo que podía confiar.

Llamó al inspector Pregones de madrugada desde el mismo sofá. Le dijo que había encontrado al sospechoso entre sus recuerdos, pero que no podía darle su nombre. No allí, no por teléfono. Prefería hablar con él en persona.

Quedó con él al día siguiente por la mañana en la entrada de las oficinas de Unitas, así nadie sospecharía si decía que debía ir a su trabajo a hacer un recado.

Debía actuar con mucho cuidado.

La línea roja

Una de las cosas que más le gustaban era seguir a su víctima e imaginarse las múltiples formas en las que podía morir. La muerte acecha en todos los rincones. Un paso mal dado, una cuerda mal anudada, unos frenos poco precisos, una maceta al borde del balcón, una rama mal podada... Solo era cuestión de encontrar el lugar y el momento adecuados. Y cuando eso sucedía, el corazón se le aceleraba y no podía contener su euforia. Eso era lo que le había pasado siguiendo a su presa hasta la estación de Rocafort de la línea roja del metro.

La gente que acostumbra a viajar en metro suele esperarlo siempre en el mismo lugar. Suele subirse al mismo vagón, entrar incluso por la misma puerta y sentarse en el mismo asiento. Las delicias de la rutina cotidiana. Las cámaras de vigilancia del metro son todo menos discretas, es muy fácil detectarlas e intuir sus puntos ciegos. Y el lugar más peligroso del andén es por donde el metro entra en la estación, porque llega a toda velocidad y el conductor no tiene ningún margen de maniobra. Cuando descubrió que el lugar preferente de espera de su víctima cumplía todos esos requisitos, entró en éxtasis.

Se descubrió sintiendo pena por el conductor del metro. Cada año cerca de un centenar de personas se arrojan a las vías, y todos los conductores acaban con problemas psicológicos al acarrear varias muertes en sus hombros.

El único inconveniente era que en realidad no es un método muy eficaz para morir. En la mayoría de los casos, los suicidas en el metro acaban en el hospital y mueren después de una larga agonía, o sobreviven con amputaciones o lesiones de gravedad. En contra de la creencia popular, menos del sesenta por ciento de los que lo intentan mueren en el acto en las vías del metro.

Era un método que estaba muy lejos de ser rápido y eficaz, pero debía correr ese riesgo. En realidad, quería correrlo. Aquella era una manera demasiado atractiva de acabar con uno de sus problemas para dejarla escapar.

El aire caliente en movimiento proveniente del túnel anunciaba la inminente llegada del tren, antes incluso que el sonido. Ese era el momento preciso. Solo se necesitaba un empujón. Hasta la persona más grande puede perder el equilibrio si se la pilla desprevenida, y el hombre de cabello blanco que tenía delante no parecía muy voluminoso. Apuntó a la mochila de piel marrón oscura que colgaba de la espalda de su víctima y embistió con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 10

SOBRE LA INCERTIDUMBRE

La cuna de la vía

Julián salió volando hacia las vías del metro. Por el rabillo del ojo, en el interior del túnel, a su derecha, pudo ver las luces que se acercaban, sentir el aliento tibio del tren en su cara y distinguir la sombra vestida de negro que se alejaba por el andén. Gritaba e intentaba asir el vacío, no entendía qué ocurría, aún seguía agarrado a su hilo de pensamientos.

En ese instante su cerebro se incendió con una multitud de destellos y, antes de caer a las vías, ya era consciente de lo que sucedía y de lo que debía hacer.

Así de simple.

Su mente funcionaba de esa forma a veces. La información de sus recuerdos inundaba su cabeza y las ideas tomaban forma rápidamente y sin esfuerzo. Para la gente normal, los reflejos y las reacciones automáticas forman parte del instinto de supervivencia transmitido en los genes y conservado en la parte reptiliana del cerebro. Para Julián, en caso de necesidad, sus recuerdos se convertían en instinto, en pura acción inconsciente.

Él no había visto el documental en realidad, sino que había dormido una siesta con la tele encendida y su cerebro había recogido y memorizado el sonido del programa mientras él soñaba con otra cosa. Era un documental sobre qué hacer en caso de caer en las vías del metro, que su cerebro ya había localizado y había puesto en marcha antes de que él fuera siquiera consciente de ello.

«No debes intentar salir por tu cuenta —decía la voz del locutor—. Si el tren está muy cerca, debes recostarte boca abajo en el hueco entre los dos rieles, la cuna de la vía».

La voz del locutor y el movimiento del cuerpo de Julián actuaban simultáneamente, él era solo un espectador.

«No toques el metal de las vías, la descarga eléctrica podría matarte».

El tren estaba ya a unos metros. Julián boca abajo en la cuna de la vía en el sentido de la marcha, con los pies hacia el tren, estaba preparado. Aplastó su cara contra las piedras negras. La nariz se le llenó de un acre olor a grasa.

«El espacio que queda entre el tren y el suelo es de aproximadamente cincuenta centímetros, así que no levantes la cabeza ni los brazos hasta que se haya detenido el tren».

El primer vagón ya estaba casi encima de Julián. El sudor le corría por la frente. Saldría de aquello con vida.

«La fuerza del tren es grande y por eso deberás liberarte de mochilas, bolsos o cualquier otro

paquete antes de tumbarte. Estos objetos pueden engancharse bajo el tren, y este podría arrastrarte».

Julián notó el peso de su mochila de piel marrón oscuro. «MIERDA, MIERDA, MIERDA», pensó. Su cuerpo se tensó, ya no podía moverse.

El tren le pasó por encima con un viento caliente y el chirrido de los frenos de las ruedas le lastimó los tímpanos. Algo se enganchó a la mochila y Julián salió volando sin control debajo del vagón. Su cuerpo golpeaba violentamente el suelo y la base del tren, y aulló cuando un dolor lacerante le atravesó la cadera y la pierna derechas con el primer rebote, y luego cuando notó el chasquido del hueso del brazo izquierdo con el segundo rebote.

Al tercer rebote dio con la cabeza contra las piedras y ya no sintió nada más.

Bella Durmiente

Laura se despertó desorientada, con las sábanas pegadas a la piel. La mano izquierda le latía, tenía dolor de cabeza y el cuerpo entumecido. Miró el móvil: las doce y media del mediodía. ¿Cuántas horas había dormido? El efecto de la quetiapina iba a peor; se recordó a sí misma que debía pedir que le redujesen la dosis. Se sentó en la cama y el dolor de cabeza la hizo gemir. Se puso de pie tambaleando y bajó las escaleras. Encontró a Alejandro cocinando.

—¡Buenos días, Bella Durmiente! ¡Por fin despierta! —la saludó, sonriente.

—Buenos días, Ale... —le correspondió ella con lentitud.

Ale. La noche anterior lo había llamado así cuando se acostaron abrazados. «Buenas noches, Ale», le había susurrado ella al oído apretando su cuerpo contra el de él. Le pareció que a él le gustaba, pues había respondido con una gran sonrisa y una erección.

—Salí esta mañana temprano para encontrarme con el doctor Vinuesa, acabo de volver y te encuentro durmiendo... ¿Estás bien?

—Sí, supongo que sí... ¿Has tenido suerte?

—¡Sí! El doctor Vinuesa aún no se ha ido de vacaciones, lo he encontrado trabajando en la oficina de la Cátedra de Medicina Forense. Ha aceptado analizar la nota que le he dejado y compararla con nuestros textos y con la tarjeta del inspector Pregones. Me ha dicho que me avisaría si obtenía algo concluyente. No me ha preguntado por qué se lo pedía y yo no le he dado más detalles. —Alejandro mostraba una gran sonrisa de satisfacción.

—¿Y Julián? —preguntó Laura. ¿Había soñado con él? El vago recuerdo de un flash entre sueños le vino a la mente y desapareció igual de rápido.

—No ha vuelto aún. Esta mañana lo he dejado desayunando. Me ha comentado que tenía que ir a la oficina a hacer un recado. Me ha parecido raro porque ya estáis de vacaciones, pero no le he dicho nada. Ya sabes cómo es.

Laura tuvo otra vez el mismo flash. Julián delante de ella de espaldas. Se sintió incómoda.

—Voy a llamarlo a ver por dónde anda... —murmuró.

Julián no contestó. Le envió mensajes, pero no se marcaron como recibidos. Estaba a punto de dejar el móvil cuando le vibró en la mano. Miró la pantalla.

Era el inspector Pregones.

Laura se quedó mirando la pantalla sin responder hasta que dejó de llamar. El inspector Pregones volvió a insistir y entonces sí le contestó.

—Tienen que venir de inmediato a la comisaría de los Mossos d’Esquadra —dijo secamente el

policía.

—¿Cuál es el problema? —La garganta se le cerró y apenas pudo hacer su voz audible. La línea se quedó en silencio unos segundos.

—El señor Julián Pardo ha tenido un accidente en el metro de Barcelona. Debemos tomarles declaración —dijo finalmente.

En piloto automático

Laura aguardaba en la hilera de sillas en un pasillo del segundo piso de la comisaría de los Mossos d'Esquadra. El inspector Pregones le había pedido que la esperase allí, mientras conducía a Alejandro a una puerta unos metros más allá.

Lo estarán interrogando.

Laura no respondió a su hermano, atenta a que apareciesen las arañas en algún rincón.

Tranquila, si Alejandro dice lo que ensayamos, todo irá bien. Solo tienes que seguir el plan tú también.

Ella no quería mentir, no quería que Maite, su maestra de sexto curso, la machacase sin piedad. Sabía que no podría soportarlo. Se lo confesó a Víctor.

No te preocupes, yo me encargaré de ella. Tú cíñete al plan.

El plan de Víctor.

«El señor Julián Pardo ha tenido un accidente en el metro de Barcelona. Necesitamos tomarles declaración», le había dicho el inspector Pregones por teléfono. Solo eso. No le había dicho qué le había pasado, si estaba bien... o si no lo estaba. Y ella no sabía qué hacer. Sentados en el mismo sofá en el que Julián había dormido, Laura y Alejandro se miraban a los ojos en silencio.

No les podéis decir que estáis viviendo aquí, que estabais aquí con él. Este es vuestro refugio.

—No les podemos decir que estamos viviendo aquí, que estábamos aquí con Julián. Este es nuestro refugio. —Laura puso piloto automático y repitió las palabras de su hermano. Estaba demasiado en shock para pensar por sí misma.

—Pero ¿por qué? Seguramente podrán ayudarnos, si Julián ha tenido un accidente grave. ¿Qué vamos a hacer? Ya teníamos pocas oportunidades con él. ¡Sin él estamos perdidos! —Alejandro apretó las manos de Laura mientras hablaba. Ella se zafó.

El inspector Pregones no es de fiar, creo que esconde algo. Estaréis más seguros aquí sin que nadie lo sepa.

—El inspector Pregones no es de fiar, creo que esconde algo. Estaremos más seguros aquí sin que nadie lo sepa —repitió ella—. Confía en mí, Ale, por favor... —En esta ocasión fue ella la que le cogió las manos suavemente y notó cómo él relajaba las suyas.

Él asintió en silencio. Entonces Víctor les explicó lo que debían hacer.

El valenciano

Laura se enjugó la frente, hacía calor en aquella pequeña habitación, y la camiseta de manga larga y el pantalón largo no ayudaban. Alejandro ya había estado allí un rato antes, y en ese momento le tocaba el turno a ella. El inspector Pregones la observó brevemente y soltó aire por la nariz.

—Venga, que acabamos en unos minutos. Vamos a hacer un repaso de lo que hemos conversado. —Cogió las notas de la mesa de metal verde que los separaba—. Vamos a ver..., el señor Julián Pardo, el señor Alejandro Navarro y usted fueron a Aiguaoliva en tren para... —buscó la línea en sus notas— ir a ver el lugar donde había muerto aquel hombre. Perdone, pero tengo que volver a decírselo. ¿Sabe usted lo insensato que ha sido eso? Por no mencionar que han desobedecido mi recomendación de no salir de Barcelona...

—Bueno, al ser una recomendación, pensamos que... —comenzó a decir Laura.

El inspector la interrumpió subiendo algo la voz.

—Ya hemos hablado suficiente de eso. De ahora en adelante no lo tome como una recomendación, considérelo una obligación —dijo levantando los ojos del papel y mirándola fijamente. Laura se revolvió en su silla—. Conozco el lugar. Es muy fácil tender una emboscada en Aiguaoliva, es un pueblo muy bonito, con un millón de ángulos muertos. Deberían al menos haberme avisado de que tenían intención de ir, podría haber hablado con mis colegas de la policía valenciana.

—¿Conoce el pueblo? ¿Ha estado investigando allí? —preguntó Laura. ¿Habían localizado el apartamento del hijo de Eduardo Espinel? No lo creía. Se lo hubiera dicho.

—No, lo conozco porque de pequeño pasé algunos veranos allí. Nací y me crie en Valencia.

¡Lo sabía, es de allí, es de Valencia! ¡Es el hijo de Eduardo Espinel!

El grito de Víctor dentro de su cabeza la sobresaltó. La niebla de su memoria se abrió y un recuerdo emergió a la superficie. Ese policía hablaba con un suave acento valenciano. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ese momento? Laura no pudo respirar. De pronto era como si todo el aire de la habitación hubiese sido extraído al vacío. Un puñado de arañas vagabundas comenzaron a ascender por la pared, detrás del inspector Pregones.

—¿Está usted bien? —le preguntó el policía.

—Sí... —murmuró Laura—. Es que tengo alucinaciones... —atinó a decir, y se arrepintió en el acto de haberlo dicho.

—¿Está viendo arañas ahora mismo? —dijo el inspector con impaciencia, girándose hacia la

pared a su espalda, donde Laura tenía los ojos clavados. Ella asintió despacio—. Sabe que no están ahí, ¿verdad?

Ella volvió a asentir. Aunque de esto último no estaba tan segura. Desde la picadura de la tarántula y lo ocurrido en el parking de Aiguaoliva, no podía afirmar si sus visiones eran reales o no.

No digas nada más. Intenta calmarte. Ya pensaré algo. Que no se dé cuenta de que sospechas de él. ¡No te preocupes, yo te protegeré, hermanita!

Laura asintió en silencio. Continuaba sin poder respirar, sudando a mares y observando cómo las arañas vagabundas continuaban llenando la pared. Rogó que el inspector Pregones interpretase todo aquello como el comportamiento de una pobre mujer con problemas mentales. Pareció funcionar, porque el policía volvió a sus notas.

—Al volver del viaje, usted y el señor Alejandro Navarro fueron a su apartamento y el señor Julián Pardo se dirigió al suyo, ¿no es así? —Laura asintió otra vez—. Y ustedes dos pasaron juntos toda la noche de ayer y la mañana de hoy en su apartamento. ¿Es correcto?

—Lo es —dijo Laura con un hilillo de voz.

Lo estás haciendo muy bien, hermanita.

El inspector Pregones volvió a clavar los ojos en ella y Laura hizo un esfuerzo para sostenerle la mirada, por no bajarla ni desviarla hacia las criaturas de la pared. Así estuvieron varios segundos.

—Vale —dijo él por fin, y Laura dio un pequeño respingo. Él le extendió la hoja—. Firme aquí, por favor —dijo sin mirarla.

Ella obedeció.

El inspector se puso de pie y acarició la pared que tenía detrás, repleta de pequeñas arañas vagabundas.

—Venga, vamos.

—¿Adónde? —murmuró Laura con el cuello rígido.

—Los llevaré a ver a su amigo. No harán nada sin que lo sepamos. Desde ahora tendrán escolta las veinticuatro horas —dijo secamente.

Cualquier cosa que le pidas

—¿Estoy soñando? —le preguntó Alejandro al oído.

Laura negó con la cabeza.

—Ojalá lo estuvieses. Ojalá lo estuviese yo también —murmuró. Le cogió la mano.

Los dos estaban a los pies de la cama de Julián, en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital Clínic. La habitación olía a desinfectante y a orina. Ver a su amigo debatiéndose entre la vida y la muerte le apenaba muchísimo, pero Laura se sentía aliviada. Al menos estaba vivo.

El inspector Pregones les dijo que Julián había sobrevivido de milagro a un accidente en la estación de metro de Rocafort. Les había detallado todo cuanto le había ocurrido, lo llevaba apuntado en su pequeña libreta negra. El tren lo había arrastrado por toda la estación y había sufrido múltiples contusiones. Tenía la cadera derecha destrozada, una fractura expuesta del húmero derecho, cuatro costillas rotas —dos de ellas le habían perforado el pulmón izquierdo y le habían provocado hemineumotórax— y un traumatismo craneoencefálico que le había provocado un edema cerebral. En aquel momento se encontraba estable, pero su pronóstico no era muy alentador. Tenía la complexión física de un hombre de más de sesenta y cinco años, y no estaban seguros del daño que podía tener en otros órganos. Se encontraba en coma, un respirador lo mantenía con vida.

Laura se obligó a mirar a Julián. Llevaba la cabeza vendada y un tubo que le asomaba por la sien izquierda. Tenía la cara hinchada y amoratada como la de un boxeador, y el resto del cuerpo estaba oculto debajo de la sábana, de donde entraban y salían vías y drenajes. Tenía la boca abierta y un tubo de respirador dentro de ella, atado con una venda. El movimiento mecánico de inflarse y desinflarse, una y otra vez, la desesperaba.

Pensó en su sonrisa, en sus bromas, en su infinita memoria, en que todo aquello podría acabarse en un abrir y cerrar de ojos. Se acercó a su cara. Un policía, que permanecía sentado en una silla cerca de la puerta y que no le quitaba los ojos de encima, tensó el cuerpo. A ella no le importó, solo quería acariciarlo, pero al acercar la mano a su cara se detuvo. Una araña luchaba por emerger por el hueco que el tubo del respirador le dejaba en la boca. Laura retrocedió y volvió junto a Alejandro.

Pregones los dejó en la habitación con un agente vigilándolos. Les dijo que le avisaran cuando quisiesen marcharse y un policía los acompañaría. Laura suspiró aliviada cuando el inspector se fue. Pensaba en la posibilidad de que él fuese el asesino. Era una locura, no creía que fuese posible, que hubiese estado en Aiguaoliva de pequeño era solo una casualidad.

No es una casualidad, Laura. Que sea valenciano es una casualidad. Hay más de cinco millones de valencianos, no puedes desconfiar de todos y cada uno de ellos. Pero que además haya estado en Aiguaoliva de niño y que ahora esté a cargo del caso... es una posibilidad entre un millón.

Los músculos de la nuca de Laura se agarrotaron.

Tienes que salir de aquí, Laura. Tenéis que escaparos, volver a Sant Cugat.

Laura asintió en silencio. Miró al policía que estaba sentado cerca de la puerta.

Vale, esto es lo que harás: le dirás al policía que tienes que ir al lavabo. El hospital Clínic es antiguo, con suerte encontrarás alguna forma de burlarlo. Dile a Alejandro al oído que en cuanto se quede solo se dirija al parking y te espere allí.

Laura asintió. Se giró hacia Alejandro y lo abrazó. Él le devolvió el abrazo. Ella acercó sus labios a su oído derecho.

—Cuando te quedes solo, baja discretamente al parking y espérame. Te lo explicaré todo allí. —Sintió el cuerpo de Alejandro tensarse levemente mientras le hablaba. Luego se giró y le dijo al policía que necesitaba ir al servicio. Él la miró con fijeza y, resoplando, se puso de pie y le abrió la puerta.

—¡Tú no te muevas de aquí! —le soltó secamente a Alejandro, que asintió con la cabeza.

Mientras caminaban por el pasillo, Laura delante y el policía detrás, ella murmuró:

—Espero que cumpla su parte.

Lo hará. Hará cualquier cosa que le pidas.

El policía la esperó a la puerta del servicio. Laura comenzó a dar vueltas por la mal iluminada habitación. Abrió una tras otra las puertas de los retretes, hasta que en la tercera encontró lo que buscaba. Una pequeña ventana de mugriento vidrio esmerilado cerrada con un pestillo. Se subió a la taza del váter y con un poco de esfuerzo logró moverlo. Abrió la ventana hacia arriba y se asomó. A poca altura había un pequeño patio interior lleno de telarañas. Podría sujetarse en la cañería que bajaba por el lateral de la ventana y descender los dos metros que la separaban del suelo. Apenas pudo pasar por la abertura y agradeció cómo iba vestida, el polvo y las telarañas se pegaban a la ropa. Se asió a la cañería con la mano derecha y descendió con cautela hasta el patio. Una vez allí buscó una salida. Encontró una herrumbrada puerta de metal, cerrada con un alambre enrollado. Tardó unos minutos en desenredarlo, ayudándose como pudo con la mano herida. La puerta daba a un pequeño cuarto de limpieza. Una vez dentro Laura respiró hondo.

Ánimo, hermanita, lo estás haciendo muy bien.

Laura sonrió y abrió lentamente la puerta opuesta. En el otro lado había camas con monitores. Abrió los ojos alarmada: no había salido de la UCI del hospital. ¡En cualquier momento la policía caería sobre ella! Sin embargo, en una segunda mirada vio que las camas estaban ocupadas por niños. Estaba en la UCI pediátrica. Suspiró y comenzó a avanzar entre las camas.

—¡Perdone! —la llamó una voz por detrás, y Laura dio un respingo. Se giró y vio a un hombre joven con un uniforme sanitario azul claro—. No puede estar aquí, las visitas deben esperar fuera.

—Sí, lo siento, ya me voy... —dijo ella, y se dirigió hacia donde apuntaba el índice del joven. Se obligó a caminar despacio. Al salir buscó la escalera de servicio y bajó corriendo hasta el parking. Probó suerte con el primer piso, quizá Alejandro la esperaba allí, y allí estaba. Lo vio de pie junto a la máquina de tíquets.

Lo abrazó con fuerza y lo besó, y él le devolvió el beso.

—No tiene ningún sentido —dijo él después de que Laura le explicase lo ocurrido—. Si el inspector Pregones es el culpable habría podido acabar contigo en cualquier lugar y de cualquier manera... ¡Es un policía, por el amor de Dios!

—Si es el culpable, entonces es un ser retorcido capaz de todo. ¡Quién sabe cuáles son sus planes! Desde luego, no me ocultó que era valenciano. Creo que sabe que nos tiene en su poder. Tenemos que huir de aquí, tenemos que...

Laura no acabó la frase. El móvil vibrando en el bolsillo la sobresaltó. La llamaba el inspector Pregones. Ella corrió hasta una papelera y arrojó el móvil. Le pidió a Alejandro que hiciese lo mismo.

—Debes tirar el tuyo también. Podrían rastrearnos. —Observó la mirada de incredulidad que le devolvía el chico—. Por favor —añadió.

Él se quedó mirándola unos segundos y finalmente también arrojó su móvil a la papelera.

Salieron a la calle por la rampa de acceso al parking y desde allí emprendieron un largo e intrincado camino hasta Sant Cugat. El último tramo lo hicieron en tren. Las estaciones se sucedían y la gente entraba y salía del vagón en el que viajaban. Laura escrutaba cada pasajero en busca de una señal de peligro, una mirada de soslayo, de hostilidad, o que simplemente durase demasiado. No se podía quitar de encima esa insidiosa y pegajosa sensación de ser perseguida.

—Tranquila, estamos juntos en esto —le susurró Alejandro al oído.

—Ahora solo estamos tú y yo... —murmuró ella apretándose al cuerpo de él.

Las bodas en Beirut

Laura sopesaba el arma en la mano. Era como sostener un cartón de leche, no se había imaginado que una pistola pesase tanto. Una Beretta 92, dijo Alejandro que se llamaba. «Tranquila, no está cargada», le explicó para que la cogiese, como si eso fuera realmente lo que le impedía a Laura acercarse a aquel trasto. Los dos tenían alucinaciones, los dos estaban bajo medicación, la única forma sensata de ver un arma de cerca era en una serie de Netflix. Alejandro insistió en que la cogiera, finalmente Laura lo hizo. La sacó del estuche, un embalaje de plástico azul oscuro donde el arma descansaba, en un espacio acolchado con su forma. También había un cargador y un alambre enroscado con finas cerdas, que Laura interpretó como un limpiador. La caja cerrada parecía el estuche de una taladradora como la que tenía su padre, aunque algo más pequeño, y con un contenido mucho más letal.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó mientras apuntaba a la ventana. No creía que pudiese sostenerla con el brazo estirado mucho tiempo.

—Cógela con las dos manos —le dijo Alejandro poniéndose detrás de ella. Laura sintió el calor de él en la espalda, y se arrellanó en el hueco que le ofrecía su cuerpo. Verse así, sosteniendo un arma de fuego con Alejandro cogiéndola por la espalda, le pareció sorprendentemente excitante. Enseguida pensó en el arma y en el peligro que representaba, y se apartó. Volvió a dejarla en el estuche.

Alejandro la cogió y la examinó.

—Hace años conocí a un enfermero libanés que trabajaba en el hospital de Sant Pau. Coincidíamos en la cafetería del hospital, cuando quería alejarme de mis compañeros de trabajo. Se llamaba Mazen y, como yo, también solía escaparse de sus colegas. En aquella época la xenofobia era algo habitual, bueno, más habitual que ahora, y a Mazen no le daban tregua. «Tú tienes suerte porque si no abres la boca pareces de aquí», me decía. —Alejandro cogió el cargador vacío y lo colocó dentro del arma. Accionó un botón y el cargador cayó otra vez en su mano. Repitió la operación varias veces mientras continuaba hablando—. Conversábamos un poco de todo, de literatura principalmente, tanto argentina como libanesa. A él le encantaba Cortázar y a mí Maalouf. Nos hicimos amigos.

»Un día me llevó a la trastienda del negocio de suvenires que sus padres tenían en las Ramblas. Detrás de unas cajas y unas estanterías había un enorme baúl, cuyo interior contenía varias cajas como estas —dijo, señalando el estuche azul—. “Mi padre me ha dejado que te regale una”, me soltó. Supongo que vio mi cara al abrir la caja azul y mirar luego las otras que

había en el baúl, porque se apresuró a decir: “Tener un arma es una costumbre en mi país. Es sinónimo de protección. Aquí están prohibidas, pero cada casa libanesa que se precie debe tener una. Mi padre las trae para regalarlas a sus seres queridos, como hago yo contigo”. La acepté. Me enseñó cómo funcionaba y me dijo que la guardase y que no la mostrase. “En mi país disparamos al aire en todas las celebraciones, las bodas en Beirut siempre se acompañan de tiros al cielo. Así expresamos nuestra felicidad. Allí las enseñamos, pero aquí las escondemos. Te aconsejo que hagas lo mismo”.

»Desde entonces la guardo aquí —dijo abriendo el primer cajón del mueble de debajo de la repisa, con las fotos familiares. Allí había una caja verde con una franja roja que rezaba 9MM LUGER, con unas balas impresas en un lado, y SELLIER&BELLOT en bonitas letras cursivas en el otro. Alejandro volvió a acomodar la pistola en su sitio del estuche, lo cerró y lo guardó con las balas.

—¿Alguna vez la has usado? —le preguntó Laura.

—Nunca. Se necesita una licencia para hacer prácticas. Yo no la tengo, y es poco probable que la consiga nunca.

—¿Y cómo sabes si funciona?

—No lo sé. Espero no tener que comprobarlo.

—¿Y por qué me la enseñas?

—Pensé que te tranquilizaría saber que está ahí.

Laura pensó que sí, que en cierta manera la tranquilizaba. Aunque le horrorizaba la idea de tener que usarla.

—¿Y qué fue de Mazen?

La cara de Alejandro se ensombreció.

—Bueno... —Tragó saliva y luego continuó—: Hace un par de años, paseando por las Ramblas, decidí pasar a saludar a su familia. Recorrí la calle arriba y abajo y no fui capaz de dar con el negocio de suvenires. Había muchos, pero ninguno como el que yo recordaba. Pregunté por Mazen y su familia, pero nadie los conocía... —Alejandro se miraba las manos mientras hablaba.

Laura le cogió la cara con las manos y lo obligó a mirarla.

—¿Me estás diciendo que lo habías soñado todo? —Los ojos de Alejandro se humedecieron.

—No lo sé..., quizá..., no lo sé... —balbuceó.

—Ale, ¿de dónde has sacado la pistola? —Laura marcaba cada palabra al pronunciarla.

—No lo sé... —dijo él, y dos lágrimas le corrieron por las mejillas.

Ella lo abrazó y se quedaron así un rato.

Dentro de la casa de la bruja

De todos los cuentos para niños, el que más le había fascinado desde siempre fue Hansel y Gretel. La primera vez que lo leyó fue en un antiguo libro de su abuelo bajo el título de Pequeño hermano y pequeña hermana*. Quizá porque se trataba de una versión más directa y menos edulcorada de la historia, la cuestión es que lo maravilló. Dos hermanitos abandonados a su suerte en el bosque porque sus padres no podían alimentarlos y que, vagando famélicos, caían en la trampa de una anciana caníbal. En aquella versión, la casa de la bruja no estaba hecha de dulces ni de gominolas ni de chocolate, sino de pan. Solo de pan.*

Dentro de la casa de la bruja todo era oscuro, húmedo y aterrador. La vieja cebaba al niño con los alimentos que obligaba a preparar a su propia hermana. En el momento culmen del relato, la niña, desesperada, encerraba a la anciana en su propio horno y la quemaba viva, entre aullidos demenciales que hacían que temblara la casa entera. El cuento acababa con los niños volviendo triunfantes a la casa de sus padres con un tesoro que le habían robado a la vieja bruja.

Aquella historia lo había capturado desde siempre. Pero la verdadera revelación le llegó más tarde, cuando descubrió que el cuento era un reflejo directo de los acontecimientos de la gran hambruna de Europa de 1315. Durante tres largos años una asoladora carestía desencadenó oleadas de crímenes, canibalismo e infanticidio, y dejó en el imaginario popular múltiples historias como aquella. Una época de desesperación y de locura, tiempos oscuros y despiadados en los que la estructura social se derrumbó y solo existía el instinto de sobrevivir.

Aquello había ocurrido y podía volver a ocurrir. Solo se necesitaba una catástrofe de suficiente dimensión para que los alimentos escasearan durante años. Entonces el recurso más abundante sería la carne humana. Le encantaba imaginarse viviendo en un mundo donde pudiese cazar personas para alimentarse, en la cima de la pirámide alimentaria, por encima incluso del hombre. Un mundo sumido en la desesperación, sin leyes ni reglas. Un mundo en el que saliera a relucir lo más abyecto y lo más primario, donde el ser humano demostrase la clase de ser repugnante que realmente era sin la máscara de la civilización. Todos atrapados en la casa de la bruja.

De haber podido elegir un momento de la historia para vivir, hubiese escogido sin dudarlo la Europa de 1315.

CAPÍTULO 11

SOBRE LA LEALTAD

Dos hermanos

Laura y Víctor avanzaban de puntillas por el pasillo. Las pisadas de sus pies adolescentes apenas eran perceptibles. La radio de su padrastro sonaba lo suficientemente alto para ahogar cualquier cosa. Laura odiaba la música que escuchaba, lo odiaba todo de él, pero Víctor lo odiaba aún más. Llegaron a la puerta del cuarto de baño y allí la música se mezclaba con el olor a Ducados sin filtro. Su padrastro fumaba hasta dentro de la bañera. Víctor se llevó el índice a los labios y Laura asintió. El muchacho abrió la puerta con mano trémula. La música le llegó con más fuerza, sonaba «Vete», de Los Amaya, y el padrastro cantaba el estribillo con voz áspera. De repente el suelo atrapó a Laura. Víctor le hizo una seña para que la acompañase, pero ella no podía moverse. No quería hacerle daño a su padrastro. Todo en él le causaba repulsión: su olor, su brusquedad, sus juegos de caricias en la casa de los abuelos. Pero, aun así, no podía hacerlo. Su hermano avanzó con decisión y desapareció dentro del cuarto.

Durante unos segundos no pasó nada. Luego la música se detuvo de repente y su hermano pasó corriendo por su lado tirándola de la mano.

—¡No te pares! —le gritó mientras los dos hermanos corrían por el pasillo. Tenían que calzarse y bajar al parque, donde se reunían sus compañeros de instituto, antes de que alguien se diera cuenta de lo ocurrido.

A su espalda, la voz ajada del padrastro comenzó a aullar como Laura nunca había creído que una persona pudiera hacer. El sonido era espasmódico, convulsivo, como si un gigante estuviera sacudiendo su cuerpo con una mano. El sonido se coló por sus oídos e invadió su mente, todo su cuerpo.

Laura despertó asfixiada y empapada en sudor. Poco a poco el grito en su cabeza se fue hundiendo en la niebla densa de sus recuerdos. Se arrastró hasta el borde de la cama y se sentó intentando asirse a los últimos jirones de sueño, antes de que desapareciese por completo.

Respira, respira.

La voz de su hermano la reconfortó a medias. Se le escapó una lágrima.

—¿Qué le hicimos a nuestro padrastro?

Ha sido un sueño, murió en un accidente.

—¿Murió por nuestra culpa?

Nosotros no estábamos allí. Estábamos en la casa de los abuelos cuando ocurrió... ¿No lo recuerdas?

Laura no lo recordaba. El sueño ya había desaparecido en la hermética espesura de su mente.

Continuaba sin poder respirar.

—Tengo miedo, Víctor...

No te preocupes, hermanita, yo te protegeré.

Laura se sentó en el borde de la cama y suspiró sonoramente pensando cómo una voz en su cabeza perteneciente a un hermano que nunca había existido podía ayudarla con todo lo que estaba ocurriendo. Si el culpable era el inspector Pregones, no tenía ninguna posibilidad de escapar. Ella era un títere, un ratoncillo asustado que corría directamente hacia la trampa que seguramente Pregones le tenía preparada desde hacía mucho tiempo. ¿Por qué no la había matado sin más? Pudo haber acabado con su vida en cualquier momento y nadie se hubiese dado cuenta, nadie la hubiese echado en falta y a nadie le hubiese importado. No era nada. No tenía nada.

No. Aún tenía a Alejandro. Miró cómo respiraba lenta y acompasadamente a su lado, y acarició la venda de su hombro. Gracias a él había recuperado la seguridad en sí misma, y también había vuelto a sentirse deseada. Se tumbó a su lado mirando el techo de la habitación, y poco a poco el aire comenzó a abrirse paso con más libertad hacia los pulmones.

Se sintió más ligera y relajada, los párpados le comenzaron a pesar y los músculos se destensaron uno a uno. Volvió a entrar en el sueño de forma suave y tranquila, como una barca meciéndose en el mar en calma.

Un móvil rojo

Alejandro había ido a comprar sin ella y Laura lo agradeció. La sola idea de salir a la calle la aterraba. El asesino que la acosaba ya había llegado hasta Julián, y si había podido llegar hasta él y hacerle daño, ella sabía que no tenía ninguna posibilidad de escapar. Solo le quedaba pensar que estaban a salvo allí, lejos de todo. Alejandro volvió con dos bolsas y un gran ramo de flores rojas. Eran dalias.

—Mira lo que he comprado —dijo sacando dos móviles rojos empaquetados en plástico.

—No creo que sea una buena idea tener móviles aquí... —dijo Laura en voz baja.

—Son de prepago. Los compré en un locutorio y no me han pedido ni el DNI. Nos servirán para comunicarnos cuando no estemos juntos.

—No sé... —dijo Laura cogiendo uno de ellos e inspeccionándolo. Aunque era nuevo, el modelo con teclado y pantalla pequeña le recordaba a los viejos Nokia. Era un móvil que solo podía hacer llamadas y poco más, sin aplicaciones ni conexión a internet. Una herramienta desfasada y de poco valor. Pensó que ella misma tenía mucho en común con ese móvil rojo.

—Me quedaría más tranquilo si lo llevases encima —insistió él.

Laura lo miró a los ojos y asintió con la cabeza.

Alejandro sonrió y fue a la cocina. Volvió con un jarrón de agua y puso las flores dentro.

—¿Te gustan? —le preguntó con las mejillas casi tan rojas como las dalias.

—Son muy bonitas. ¿Por qué has comprado dalias?

Laura conocía el significado de las flores. Las dalias representaban la pasión, pero también el desorden y la inestabilidad. ¿Las había comprado por lo primero o por lo segundo? ¿O por ambas cosas?

—Porque son tus preferidas, ¿verdad? —titubeó él.

Laura negó con la cabeza.

—No, no lo son... ¡pero me gustan mucho! —dijo oliéndolas.

—Vaya..., hubiese jurado que..., lo habré soñado. Ahora con la venda no puedo saberlo... —dijo acariciándose el hombro derecho.

—Me gustan mucho... —repitió ella mirándolo a los ojos y cogiéndole la mano.

A él se le ensombreció el rostro.

—No lo conseguiremos sin Julián... —murmuró.

Más tarde, al acabar de comer, hablaron de lo que había sucedido en el hospital. Ella aún tenía el plato casi lleno, no tenía hambre.

—Yo no le he notado el acento valenciano —comentó él.

Laura no quiso admitir que había sido Víctor, y no ella, quien se había dado cuenta. Alejandro aún no estaba preparado para conocer todos los detalles de la relación especial que ella tenía con su hermano.

—Pues sí, él es de allí. Y estuvo en Aiguaoliva de pequeño. Puede ser casualidad, pero es mucha casualidad...

—Entonces ¿estás diciendo que el inspector Pregones es el culpable? ¿Que es el hijo de Eduardo Espinel? ¿Que ha quemado a todos esos chicos y ha empujado a Julián a las vías del metro? —Las palabras de Alejandro quedaron suspendidas en el aire, en la cocina.

—No lo sé... quizá... —dijo por fin ella.

—No es posible. Si de verdad es él, habría podido acabar con todos nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Es un policía, lleva pistola, debe de saber cómo hacer desaparecer gente sin que nadie se entere.

Era el mismo razonamiento que ella le había hecho a Víctor y le respondió como lo había hecho él.

—Si es el culpable, entonces es un psicópata. No sabemos qué planes tiene para nosotros. No tiene que enterarse de que estamos aquí.

—Estamos jodidos —murmuró Alejandro.

Laura lo miró a los ojos. Tenía razón. Estaban muy jodidos.

La delgada membrana

Por la noche hablaron de los próximos pasos. Alejandro volvería a hablar con el doctor Vinuesa al día siguiente por si había sacado ya alguna conclusión del análisis grafológico. Sobre todo si había alguna coincidencia con la letra del inspector Pregones. Le preguntó a Laura si iría con él, pero ella negó con la cabeza. No tenía ninguna intención de pisar la calle.

Se fueron a la cama, pero Laura no pudo dormir. Todo aquello la estaba volviendo loca. Daba vueltas entre las sábanas sin poder conciliar el sueño. Escuchaba la pesada respiración de Alejandro a su lado e intentaba seguirla con su propia respiración, pero no conseguía dormir. Se levantó y miró la hora en el nuevo móvil rojo: las cuatro y cuarto. Bajó a la cocina y se preparó una tila. Evitó mirar la negrura de la calle por la ventana, tenía miedo de encontrarse con una silueta de pie al otro lado de los cristales. Al inspector Pregones mirándola fijamente.

Se sentó en el sofá y se rascó inconscientemente la herida. Se miró la mano izquierda y comenzó a quitarse la venda. Una vuelta, otra vuelta, el blanco se hacía cada vez más tenue con cada capa de venda que quitaba. Por fin quedaron las dos gasas, de color ocre por el Topionic. Levantó con delicadeza una y después la otra. Se estuvo observando la cicatriz a medio curar. La piel de alrededor amarillenta a causa del yodo, y en el centro una línea oscura con dos finos labios rojos a cada lado. Los bordes no le dolían, eso era buena señal. Entre ellos se formaba una delgada membrana violácea, aunque al tocarla notó que era traslúcida, en realidad los grumos violetas estaban debajo.

Aquella membrana, aquella piel primitiva e incipiente separaba el exterior de las entrañas de su mano. Intentó cogerla, tenía la fina textura de las bolsas compostables. Pellizcó la piel y tiró de ella. No le dolía, no tenía sensibilidad. Tiró un poco más. Algo se desprendió por dentro, los grumos violetas se removieron y por fin llegó el dolor. Lo echaba de menos, y cuando volvió a sentirlo se dio cuenta de que lo necesitaba. Tiró un poco más y el dolor se hizo vivo y brillante, ocupó un espacio en su cabeza y comenzó poco a poco a desplazar sus preocupaciones. Tiró más fuerte y el dolor la hizo gemir, los ojos se le llenaron de lágrimas. Otro tirón y la membrana cedió, se desgarró en un pequeño poro por el que empezó a rezumar sangre oscura y gelatinosa. Entonces dejó de tirar, se tapó la herida con las gasas sucias y fue al baño a curarse.

El escudero fiel

Alejandro estaba de nuevo en el cementerio de Montjuïc, delante del nicho de sus padres, pensando en todo lo que había ocurrido durante las últimas semanas, sin saber bien por dónde comenzar. Su vida se había acelerado de tal manera que sentía vértigo al explicársela a sus padres. De repente se había encontrado en medio de un grupo de amigos que compartían sus preocupaciones y sus miedos en terapia, y luego el resto de sus vidas, entre cervezas, los viernes por la tarde. Había descubierto que no estaba solo, que había más gente viviendo la misma implacable soledad que él, y que a veces la suerte los unía y entonces dejaban de estar solos.

Con Julián había comenzado a entender que ser un paria social o ser guay era solo una cuestión de actitud, y estaba descubriendo que en muchos aspectos él mismo había sido el causante de su propio sufrimiento durante los últimos años. Al fin y al cabo, ese era uno de los objetivos de las terapias de grupo, ayudarse los unos a los otros a ver sus propios errores y a valorar sus propias fortalezas.

Con Laura había descubierto el amor. Simple y llanamente. No tenía por qué maquillar o matizar lo que sentía, no delante de sus padres. Era un sentimiento que encontró en su interior un día, al acariciarle el pelo mientras ella dormitaba a su lado en el tren de camino a Aiguaoliva. La habría acompañado hasta la cima del Himalaya si se lo hubiese pedido.

Laura lo había traído de vuelta al mundo de los vivos, lo había convertido en un ser real. Y él la amaría eternamente por ello. No entendía qué había visto en él, pero no le daba muchas vueltas. Su tarea era clara: tenía que protegerla de quienquiera que quisiese hacerle daño. Debía ser su escudero fiel. Todo lo que estaba pasando era irreal, pero no mucho más que su propia vida y que sus alucinaciones. Cuando todo pasase, si tenían éxito y finalmente aquello quedaba atrás, le pediría que se fuesen a vivir juntos. Para ello, primero tenían que escapar de la locura que los perseguía.

Todo eso les explicó a sus padres aquella mañana en que iba a hablar con el doctor Vinuesa. Había quedado con él a mediodía, y había decidido acercarse antes al cementerio de Montjuïc para charlar con ellos y así aprovechar el día. Se sentía eufórico, exultante. De alguna manera, al contarles todo aquello les estaba pidiendo permiso para ser feliz, para iniciar una nueva vida. Y probablemente para pedirles perdón por no ir tan a menudo a verlos en el futuro.

Siguió pensando en Laura toda la mañana, mientras se entrevistaba con el doctor Vinuesa para conocer el resultado del examen grafológico.

Pensó en ella incluso al caer desde lo alto del tejado de la Casa de Convalecencia.

Sus últimos pensamientos, mientras intentaba meter aire dentro de sus pulmones destrozados, cuando no sentía nada más que la tenue luz del sol en la cara, también fueron para ella.

Un río de arañas

Laura emergió del sueño con una gran bocanada de aire, como si hubiese estado mucho tiempo sin respirar. Abrió lentamente los ojos a la semipenumbra. Tenía un gusto bilioso en la boca, y el brazo derecho, atrapado bajo el peso de su cuerpo, le enviaba dolor en ráfagas. Giró sobre sí misma y se quedó boca arriba.

Ya había amanecido cuando por fin había conciliado el sueño, pero en aquel momento no entraba luz por la ventana. ¿Cuánto tiempo había dormido? Quizá era porque la noche anterior no había podido pegar ojo. Su cuerpo hacía eso a veces, tendía a sobrecompensar los excesos. Se sentó en la cama, y al del brazo se le sumó un latigazo de dolor en la base del cráneo. Se movía lentamente, tenía los músculos rígidos y la cabeza embotada, como uno de aquellos antiguos submarinistas de traje gigante y un tubo de aire entrando por la escafandra. Buscó en la mesilla de noche el móvil rojo que le había comprado Alejandro, lo cogió, pero no respondió al tacto ni a los botones. Se había quedado sin batería.

Se levantó de la cama con dificultad y fue tambaleándose hasta la repisa, donde había dejado el cargador. En el camino encendió la luz y el brillo le lastimó los ojos. Se imaginó a sí misma con las pupilas dilatadas como las de un gato en la noche. Con los ojos entornados puso el móvil a cargar y llamó a Alejandro en voz alta. La casa le devolvió silencio. Volvió a llamarlo, otra vez con el mismo resultado. Aguzó el oído. Lo único que se oía era el murmullo constante de la brisa en la calle, además de su propia respiración.

Bajó las escaleras trastabillando y cogiéndose de la barandilla. El resto de la casa también estaba a oscuras. Fue a la cocina en busca de algo de beber, se moría de sed. Junto a los vasos descansaba un cilindro azul oscuro, un poco más grueso que un bolígrafo: la lanceta de Alejandro. Laura la cogió. Con la venda él no podía usarla. Se la acercó al dedo índice y la disparó. El dolor hizo que se le cayese. La recogió, se la guardó en el bolsillo y volvió a subir por el móvil mientras lamía inconscientemente la sangre del dedo.

Esta vez el móvil se encendió, con poca carga, pero suficiente. La hora le saltó a la cara. Eran las once y media de la noche, había dormido dieciséis horas seguidas.

Y Alejandro no estaba.

Miró los mensajes, había uno de Alejandro. «He descubierto algo. Es muy importante. Necesito hablar contigo», decía. El mensaje había sido leído. Quizá en algún momento ella había cogido el móvil y lo había leído en sueños antes de que se acabara la batería. Era posible. A veces le pasaba con la quetiapina, uno de los tantos efectos adversos.

Llamó por teléfono a Alejandro, no le contestó. Insistió un par de veces más, y nada. Le dejó un mensaje de voz y no pudo hacer nada más, aquellos teléfonos no tenían otros medios de comunicación. Guardó el móvil rojo junto con la lanceta en el bolsillo y volvió a bajar. No sabía qué hacer. Deambuló por la casa, se sentó en el sofá, volvió a revisar el móvil, la conexión, la red, todo estaba bien. Finalmente se dirigió a la puerta, lo esperaría fuera, se estaba agobiando allí dentro. A medida que se acercaba a ella, el ruido de la brisa en la calle se oía con más fuerza. La abrió despacio para evitar que el aire le diera un empujón, pero no había nada de viento.

El murmullo lo producían cientos de miles de patas de tarántulas repiqueteando en el asfalto. Un río de arañas descendía por la calle desde detrás de la casa y se acumulaban en la acera, a centímetros de ella. Una masa viva que lo cubría todo, y lo teñía de diferentes tonos de pardo y negro bajo las farolas de la calle, continuaba su camino hacia la ciudad. Laura cerró la puerta con fuerza y corrió a escudarse en el sofá. Cada milímetro de su cuerpo sudaba con profusión, sentía la camiseta adherida a la piel. Sabía qué significaba. Una persona cercana había muerto.

Alejandro ha muerto.

—¡Nooo! ¡Eso no lo sabes, Víctor, eso no es verdad! ¡Nadie ha muerto!

Alejandro ha muerto y tú ya lo sabes. Antes de que nadie te lo diga tú ya lo sabes. Ese es tu superpoder, ¿recuerdas?

—¡ES MENTIRA! ¡CALLA! —Cogió dos cojines y se tapó los oídos con ellos, esperando inútilmente ahogar la voz de su hermano—. ¡Calla! —gritaba una y otra vez.

Algo le tocó la ingle y saltó disparada del sofá hacia el suelo. Se miró. No tenía nada. Otra vez sintió ese toque. Más bien una vibración. Era el móvil.

Lo cogió con desesperación deseando que fuese Alejandro que la llamaba para decirle que estaba de camino, que no se preocupase.

Era un mensaje promocional de la compañía de teléfono.

Arrojó el móvil a la otra punta del sofá y se dejó caer a su lado.

Pon la tele. Las noticias del canal 3/24.

Laura agarró el mando de la tele con una mano temblorosa y lo buscó. A esa hora solo había noticias en bucle. Estaban hablando de un incendio en la zona del Bages. Luego hablaron del tiempo, después de la huelga de controladores aéreos, y a continuación mostraron una imagen frontal de la Casa de la Convalecencia, donde un hombre se había suicidado arrojándose desde el tejado al jardín que había en la entrada, murió en el acto y lesionó a una pareja de turistas.

Delante del edificio y entre las ambulancias se arremolinaban miles de tarántulas.

Laura se quedó un rato así, con el mando en la mano, mirando el bucle de noticias con la cara desencajada, esperando cada vez que la noticia de la Casa de la Convalecencia fuese diferente.

Una investigación expeditiva

Lo primero que llamaría la atención de un cuerpo de noventa kilos que impactase sobre el hormigón tras una caída de veinte metros sería el estruendo que produciría. Sería como la colisión de un coche a ochenta kilómetros por hora contra una pared, solo que en vertical. Todo el mundo se giraría al oír el ruido sin tener claro qué lo habría producido. No sería hasta pasados unos momentos, generalmente hasta el primer grito de horror, cuando la gente comenzaría a tomar conciencia de lo ocurrido. Se abriría una investigación, pero sería expeditiva. El informe del forense diría que tenía los huesos de las manos y de los brazos destrozados, lo que significaba que estaba vivo y consciente al caer. Protegerse la cara es un reflejo primario imposible de inhibir.

Dicen que durante la caída se sufre una parada cardiaca causada por la descarga de adrenalina y el cuerpo llega muerto al suelo. Es absurdo. Primero porque la misma reacción de defensa demuestra lo contrario, y segundo porque, aunque el corazón se parase, aún quedarían más de tres minutos de completa lucidez. Suficiente incluso para agonizar unos momentos en el asfalto con el cuerpo destrozado.

Desde esa altura el cráneo aún podía quedar intacto, pero el resto de los órganos, aplastados unos sobre otros contra la caja torácica, no dejarían a la víctima vivir demasiado. Se buscarían estupefacientes y, aparte de su medicación habitual en concentraciones normales, no hallarían nada. El resto del informe lo completarían sus antecedentes psiquiátricos y las autolesiones en el hombro, lo que encajaría sin ninguna duda dentro del perfil del suicida habitual. Fin de la investigación.

Lo cierto es que la mejor manera de acabar con un hombre tan corpulento sin utilizar la violencia física era dejar que la gravedad hiciese todo el trabajo. Él no supo si su víctima había muerto o no, no podía correr el riesgo de asomarse para ver el espectáculo. Debía imaginárselo todo, no podía observarlo, aunque le hubiese gustado. Le hubiese gustado mucho. No había nada más excitante que observar a una persona caer al vacío, la desesperación con la que intenta asirse a la nada, la muerte segura que se aproxima a una velocidad vertiginosa, el terror más absoluto y sublime. Había soñado alguna vez que caía por un precipicio, pero nunca llegaba al fondo, siempre se despertaba antes. Algún día completaría la caída. Algún día experimentaría el horror vivido por Alejandro Navarro, pero ese día aún no había llegado.

En todo eso pensaba, de pie en la acera, con la vista clavada en la luz del piso de arriba de la casa adosada de Sant Cugat, mientras las tarántulas se arremolinaban a sus pies.

CAPÍTULO 12

SOBRE LA DESESPERACIÓN

En paradero desconocido

Sentado en su viejo sofá, Jordi Pregones miraba los documentos que se apilaban en la mesilla delante de él sin atreverse a cogerlos. Pensaba en el interrogatorio que le había hecho a la pareja en aquella pequeña y calurosa habitación de la comisaría de los Mossos d'Esquadra. Hacerlos sudar era parte de la «terapia de la verdad», como él la llamaba. Pero no había podido sacarles nada a aquel par. El señor Alejandro Navarro se había mostrado dócil y colaborador, como un perro bien amaestrado. A Jordi no le caían bien las personas sumisas, pero lo que le había dicho encajaba y era convincente. La señorita Laura García estaba nerviosa e incluso había tenido alucinaciones justo delante de él (bueno, en realidad, en la pared detrás de él), pero su versión de los hechos había sido similar a la del señor Navarro. Quizá demasiado iguales. Si no hubiese estado tratando con discapacitados mentales, habría jurado que se habían puesto de acuerdo.

Había hurgado en la señorita Laura García en busca de algún indicio de personalidad múltiple, pero no encontró nada. Ni rastros del dichoso «síndrome de sobreexcitabilidad» de la doctora Nuria Ferreira. De todas formas, no le quitó el ojo de encima durante el viaje al hospital para visitar al señor Julián Pardo. Lo que le había pasado al muchacho tenía toda la pinta de haber sido intencionado. Pero las cámaras de seguridad del metro no habían captado nada, y no había ningún testigo. El señor Julián Pardo no era del tipo de personas que se resbalan distraídas en el andén. No era de las personas que se resbalan distraídas en ningún sitio. No tenía pruebas, pero aquello olía a intento de asesinato por todos lados. El señor Pardo lo había llamado diciéndole que había encontrado entre sus recuerdos al sospechoso, aunque no había alcanzado a darle el nombre.

Y lo peor era que todo aquello había pasado delante de sus narices. Y justo en el momento en que le había asignado una escolta continua a la parejita, se habían escabullido del hospital y se hallaban en paradero desconocido. No estaban en el apartamento de ella ni en el de él, y no les podía rastrear los móviles sin una orden que sería difícil de tramitar porque no tenía ninguna prueba.

Estaba en un callejón sin salida, necesitaba pruebas, algo por donde empezar. También había llamado a su contacto en el Registro Civil para buscar toda la información relacionada con la señorita Laura García. Si ella no era la persona que decía ser, si estaba relacionada de alguna manera con el señor Eduardo Espinel, entonces quizá podía hallar algo. No encontró nada. La señorita Laura García era hija única del señor Ernesto García y de la señora Dalia Roca, casados en primeras nupcias en Barcelona en 1989. Laura había nacido el 10 de marzo de 1992 en

Barcelona. Hizo una copia de los documentos y se los llevó a su casa, junto con el informe que no se atrevía a leer, el cual se hallaba encima de la pila de folios en la mesilla que tenía delante. Cerró los ojos y se masajeó las sienes, de manera circular y con lentitud, hasta que por fin sintió que se encontraba en condiciones de afrontar la situación. Respiró hondo y se estiró para coger el documento.

Jordi leyó el título y luego sus ojos saltaron al final del texto. El título rezaba «Informe de defunción: Alejandro Navarro», y las últimas líneas en negrita sentenciaban «presunto suicidio».

Huevos de Atrax

Laura le había quitado la protección a la lanceta y utilizaba el afilado punzón para hurgarse la herida. De repente le había comenzado a escocer mucho, como si algo vivo se estuviese moviendo en su interior. Se había quitado la venda, una vuelta tras otra, y luego las gasas. Debajo de la finísima piel que comenzaba a cubrir la herida aún estaban aquellos repulsivos grumos violáceos. Eran canicas diminutas, apelotonadas y pegajosas como un racimo de uvas podridas. Le recordaron a un montón de huevos de araña *Atrax*. Esas peligrosas arañas australianas ponían sus huevos en el estiércol o dentro de animales en descomposición, y el aspecto que tenían sus huevos a punto de eclosionar era parecido a lo que ella veía a través de la fina membrana que los separaba. Acercó la mano a la luz de la lámpara del comedor para observarla mejor: una de aquellas pequeñas canicas violetas se movió.

Laura retrocedió de un salto, tropezó y cayó al suelo. Buscó la lanceta en su bolsillo. Había dormido con ella. Le quitó la protección y clavó el largo y desnudo punzón en la herida. El dolor la hizo aullar, pero se obligó a no apartar la vista. Debajo de la membrana perforada unas pequeñas arañas Atrax se iban abriendo paso entre los coágulos negruzcos. Laura volvió a clavar una y otra vez el punzón en la herida, pero no podía hacerles daño. El dolor era solo un ruido agudo en los oídos, ya no estaba en su mano, ni siquiera en su brazo. Las arañitas caían a la alfombra junto con las gotas de sangre y los coágulos, y corrían a esconderse debajo de los muebles. No podía permitir que crecieran y la picaran. La muerte por una picadura de Atrax era una de las más horribles que existían, las víctimas morían entre vómitos violentos y convulsiones, con los pulmones encharcados y el líquido cefálico saliendo por las fosas nasales y por los oídos a causa del edema cerebral. Laura continuó clavando la lanceta y hurgando dentro del amasijo de carne que era en ese momento el dorso de su mano. Clavando y hurgando, clavando y hurgando. Ya no miraba su mano, sino el lento río de sangre que descendía hasta su codo, desde donde goteaba y caía al suelo.

Laura, para.

Ella continuó enterrando el punzón en la carne de manera mecánica. Con la vista fija en la alfombra.

¡Laura, para ya!

Ella ignoró a su hermano. No podía pensar en nada salvo en clavar y hurgar.

¡LAURA, DETENTE!

Tronó Víctor. Laura se detuvo en seco. Soltó el punzón, que cayó en la alfombra con un

ahogado chop. Se miró la mano. Estaba cubierta de sangre. No le importaba. Alejandro estaba muerto, y eso ya no lo podía asimilar. Ni siquiera podía comenzar a asomarse a la idea de cómo había muerto. Julián agonizaba en un hospital y Alejandro estaba muerto. Y ella estaba sola. Debía concentrar su atención en cualquier otra cosa. Cogió las vendas que se había quitado y envolvió torpemente la herida con ellas. Enseguida se tiñeron de rojo. Todo el brazo le dolía a rabiar. Fue hacia la cocina y cogió las cajas de sus medicamentos. Sacó una cápsula de antibiótico, un comprimido de quetiapina y del blíster de los analgésicos cogió un comprimido, luego otro y luego otros dos más. Agarró una lata de refresco abierta de la nevera y tragó toda la medicación ayudada con sorbos de líquido.

Volvió al comedor y cayó rendida en el sofá. Estaba muerta de sueño. No sabía qué hora era y tampoco le importaba. La estancia estaba iluminada por luz artificial. Las tarántulas se habían apostado en el exterior, acechaban por las ventanas y subían por las paredes. Laura cerró la puerta principal con todas las vueltas de llave que pudo. Bajó todas las persianas y cortinas, recorrió toda la casa asegurando pestillos y entradas de aire. Era una locura, lo sabía, pero no podía afirmar si alguna de esas arañas era real (o si lo eran todas ellas). La herida en el dorso de su mano izquierda era el recordatorio. Se pasó una mano por la cara. No tenía idea de cómo luciría. No podía llorar, las lágrimas no acudían a la llamada de su dolor.

Descansa, hermanita, le murmuró Víctor al oído.

Y se quedó dormida.

Telarañas en embudo

Laura despertó desorientada. No sabía cuánto había dormido. La mano le latía con un dolor sordo. Intentó levantar la cabeza para mirársela, pero un latigazo de dolor la recorrió desde la nuca hasta la frente. Era la postura en el sofá. Al menos no se había quedado dormida sobre su brazo derecho, si no, hubiese tenido dos brazos doloridos en lugar de uno. Se miró la mano izquierda. Tenía una venda limpia. Se la habría curado en algún momento, pero no lo recordaba. No le resultaba raro. La interacción entre la quetiapina y los analgésicos a veces le producían efectos como ese. Tenía el pecho lleno de migas de pan de molde. También había comido medio dormida. Eso también le pasaba a veces, cuando estaba muy deprimida. Inspiró hondo, y con el aire emergieron desde la niebla los recuerdos de Alejandro. Su sonrisa, sus ojos color chocolate, su cabello castaño, sus enormes manos recorriendo su cuerpo..., nada de eso existía ya. Alejandro ya no era, ya no podrían volver a estar juntos. Había muerto, había saltado del tejado de la Casa de Convalecencia.

Lo habían matado.

El pensamiento apareció sin más, y Laura lo aceptó. No podría haber sido de otra manera, lo habían matado. No conocía mucho a Alejandro, pero los días que había pasado con él habían sido únicos. Un oasis en medio de todo lo que estaba ocurriendo, y en medio de toda su vida. Y él también estaba a gusto con ella. Lo notaba, lo sentía. No con su mente, sino con cada célula de su cuerpo cada vez que ella se acercaba a Alejandro. Como las virutas de hierro cuando se les aproxima un imán, su cuerpo se orientaba con el de ella arrastrado por una fuerza invisible. No pudo haberse suicidado, no en ese momento, no con lo que estaban viviendo. Nunca la hubiese dejado sola. Lo sabía.

Pero estaba muerto. Asesinado.

Alejandro había ido a la Casa de Convalecencia a hablar de los resultados del análisis grafológico con el doctor Vinuesa, y luego le había enviado un mensaje diciéndole que había descubierto algo. Le había entregado al doctor la nota del hijo de Eduardo Espinel que habían encontrado en Aiguaoliva, junto con la tarjeta donde el inspector Pregones había apuntado sus datos de contacto, y con las notas de cada uno de ellos. Si ella no era culpable, si Julián estaba ingresado y Alejandro muerto, entonces solo quedaba el inspector Pregones.

Laura comenzó a sentir un nudo en la garganta que se la apretaba cada vez con más fuerza. El miedo puro y descarnado de imaginarse a Pregones ahí afuera, donde las tarántulas campaban a sus anchas, observando la casa con una sonrisa de satisfacción. ¿Por qué había sido tan cruel?

Primero Julián, ahora Alejandro... ¿En manos de qué psicópata asesino desequilibrado hijo de puta estaba? No era justo, había sido una travesura, solo eso. Solo una travesura de niños que no tenían idea de las consecuencias de nada. El nudo en la garganta la apretaba, la exprimía, la forzaba a llorar, pero el llanto se resistía a aparecer.

De repente tuvo la irracional sensación de que el inspector Pregones podría realmente estar en la calle, observándola. Fue a la puerta de la calle para asegurarse de que estuviese bien cerrada. Recordaba haberlo hecho, pero no podía estar segura. Estiró la mano, pero se detuvo a medio camino. Desde la manilla hasta el suelo se extendía una fina telaraña tubular con forma de embudo. Una telaraña de Atrax. Laura retrocedió un paso. Aguzó la vista y vio más telarañas, en el techo, entre las sillas, en la lámpara del techo. No veía ninguna araña, únicamente sus nidos. Solo bastaba que una de esas criaturas fuese real para matarla. Solo era necesaria una única picadura.

No podía quedarse allí. Recorrió todo el salón recogiendo todo lo que vio de utilidad y lo llevó a la cocina. Cerró las dos puertas que separaban el salón del resto de la casa y tapó los bordes y las hendijas con trapos de cocina y toallas.

Empujó un baúl para ponerlo delante de las puertas, solo por si acaso. No confiaba ni en ella misma, podría deambular semidormida y abrirlas. Buscó algún pequeño espacio, una hendidura más por donde pudiesen pasar.

Observó las manillas de las puertas un momento. Luego corrió escaleras arriba en busca de su bolso. Hurgó en él y encontró lo que buscaba. El candado, aún con la llave puesta. Bajó y lo encajó entre las dos manillas, lo cerró y guardó la llavecita en el bolsillo como un tesoro.

Una sólida cortina blanca

Tendida en la cama boca arriba, Laura no movía ni un solo músculo. Respirar y parpadear era todo lo que podía hacer, y porque lo hacía su cuerpo de forma automática. Y pensar. No podía parar de pensar. Su mente era el órgano que consumía toda su energía. Miraba al techo y las imágenes de Julián y Alejandro se sucedían como proyectadas, una tras otra en una sesión de diapositivas sin fin. Estaba sola, apenas contaba con algunas imágenes mentales de sus amigos para consolarse. Había levantado la persiana de la ventana de la habitación. Aunque esporádicamente alguna tarántula intentaba escalar el cristal por fuera, inevitablemente resbalaba y caía. Las arañas no podían evitar que la luz del sol filtrada a través de las nubes cada vez más oscuras entrara en la habitación.

Unas horas antes había bajado a la cocina y había encontrado todas las esquinas llenas de telarañas. Blancas, desordenadas y algodonosas, hechas por arañas violinista. No tenía ni idea de cómo habían entrado, pero allí estaban, invadiendo otra porción de la casa. Tenía que cerrar también la cocina, alguna de aquellas criaturas podía ser real. Había leído sobre una picadura en Andalucía. El inspector Pregones podría haber colado una por alguna hendija. En una enorme caja que había encontrado en el lavadero Laura había metido toda la comida que había encontrado, los paquetes de pan de molde y los refrescos lo primero. Jarras, cubiertos, vasos, todo lo que iba a permitirle sobrevivir en el piso de arriba. Había cerrado y asegurado la puerta de la cocina de la misma manera que las del salón comedor.

Tendida en la cama se sentía horriblemente sola, impotente, abandonada a su suerte como un recién nacido en medio del bosque. No tenía idea de cuánto podría durar todo aquello. Era una larga agonía que solo retrasaba lo inevitable. Necesitaba hablar con alguien, escuchar alguna voz que la reconfortara. Por fin, después de mucho tiempo, llamó en voz alta a su padre.

Nadie respondió. Solo oía el sonido de su propia respiración. Lo llamó otra vez. Nada. A la tercera, le respondió Víctor.

Hola, hermanita.

—¿Por qué papá no me responde?

No lo sé. Somos parte de ti. ¿Recuerdas?

—Me gustaría hablar con él, necesito que me reconforte...

¿Como hacía cuando éramos niños?

—Sí..., me siento muy sola, Víctor. Tengo miedo...

No te preocupes, yo te protegeré. ¿Acaso no lo he hecho siempre? Es lo que hacen los

hermanos, ¿no?

—Sí, supongo que sí. —Laura sonrió con amargura pensando de qué manera su hermano imaginario podría ayudarla a librarse del inspector. Pero su gesto le infundía tranquilidad.

—Recuérdame otra vez cómo murió papá.

Tú estabas allí, mis recuerdos son tus recuerdos.

—Sí, pero recuerdo más las palabras que las imágenes...

Papá murió en su cama, tuvo un infarto por la noche y mamá te despertó porque respiraba raro. Estaba muy asustada. Llamasteis a urgencias y mientras la ambulancia llegaba tú cogiste la mano de papá y llorabas para que se despertase... ¿lo recuerdas?

No veía nada en su memoria, solo una sólida cortina blanca. Envidiaba terriblemente la memoria de su hermano. Se preguntó si los recuerdos de Alejandro también acabarían desvaneciéndose en la niebla.

Estamos todos muertos aquí

Cuando Laura despertó era de noche. Estaba sudada y las sábanas se le adherían al cuerpo. Había soñado con Alejandro. Estaba con él en el tejado antes de que se arrojase al vacío desde el tejado de la Casa de Convalecencia. Había despertado gritando. Tambaleándose se dirigió al cuarto de baño para beber agua del grifo y volvió a la cama.

—Te echo de menos... —murmuró.

Estoy aquí.

Laura dio un respingo y miró a su alrededor buscando a Alejandro. Estaba sola.

Estoy aquí dentro.

La dulce voz de Alejandro le hizo soltar un gemido. Un lamento grave y lleno de aire, como si apretase una gaita rota. Tragó saliva. Habría llorado si hubiese podido. Se preguntó si era normal no llorar. La respuesta era la misma de siempre: ella no era normal.

—Te echo de menos —repitió muy bajo.

Yo también. He pasado los mejores días de mi vida contigo. Y ahora soy parte de ti...

—No sé qué voy a hacer sin ti cerca..., estoy tan sola...

Harás lo que has hecho durante todos estos años, Laura. Sobrevivir.

—Me gustaría volver a verte...

No puedes, no existo fuera de aquí.

—Tiene que haber una manera de que podamos reunirnos allá donde estés. Sé que hay algo más, lo presiento. Nuestras mentes, nuestras alucinaciones, son un esbozo de algo más grande. De algo que no llegamos a entender del todo...

Puede ser. Es increíble aquí dentro, Laura. Tu mente es... infinita. Quizá puedas hallar la forma.

—Estoy muy sola aquí fuera. Es mi culpa, lo que te pasó fue por culpa mía.

No, Laura, no fue culpa tuya. Nada de lo que ocurre es por tu culpa. Pero debes tener cuidado. Aquí dentro es extraño, hay espacios diáfanos y abiertos, y lugares sombríos. No me gusta.

—No entiendo qué quieres decirme. Te oigo como oigo a mi padre, a mi hermano, a mi madre, a mi maestra de sexto curso, a mi padrastro... sois todos parte de mí. ¿Qué les ocurre a ellos?

Que estamos todos muertos. Las personas que están aquí dentro están todas muertas. Y ahora soy uno de ellos. Es como una galería, un museo...

La voz de Alejandro se desdibujó subiendo y bajando de tono y distorsionándose, haciéndose pequeña, diminuta, hasta que Laura ya no pudo diferenciarla de su propia respiración agitada.

—¿Alejandro? —llamó a la habitación vacía.

»¿ALEJANDRO? —gritó.

Nadie respondió.

Cerró los ojos. No sabía si podría soportar quedarse sola otra vez. Un suave repiqueteo en el cristal de la ventana la distrajo de la oscuridad creciente en su interior. Se giró y vio unas gotitas de agua estrellándose contra el vidrio, confluyendo y formando pequeños hilos.

Por fin había comenzado a llover.

Las lágrimas no nacieron de sus ojos, sino de un lugar profundo y oscuro en el centro de su pecho. Lo que las mantenía contenidas se quebró con un dolor lacerante que la recorrió de arriba abajo. Las lágrimas circularon por su torrente sanguíneo y se diluyeron en cada centímetro de su cuerpo, que comenzó a estremecerse y a temblar. Cuando por fin asomaron por sus ojos comenzó a gritar. Y llanto, dolor y grito fueron una sola cosa.

Fue un grito demencial, inhumano, que la rodeó, llenó la habitación, luego la casa entera y se perdió en la lluvia.

Saber cuándo es suficiente

No le temía a la soledad. Toda su vida había estado solo. Cada contratiempo, cada desafío y cada revés lo había afrontado sin nadie a su lado. No sabía qué era conectar con los demás, nunca lo había necesitado y no le importaba. La socialización no era para él más que una transacción inevitable, el precio a pagar para beneficiarse de las ventajas del grupo. Pero si fuese por él..., si fuese por él podían desaparecer todos.

Encontraba fascinante los mundos postapocalípticos, las novelas en las que un cataclismo acababa con toda la humanidad. No le hubiese importado ser el único superviviente de la raza humana, el último exponente de las alimañas invasivas, destructoras y generadoras de basura que era su propia especie. Pasearía por los restos de la civilización aniquilando a otros posibles sobrevivientes, asegurándose de que la humanidad muriese con él. La idea de volver a construir una nueva civilización lo espantaba. La humanidad ya había pasado por eso, muchas veces, y siempre había vuelto a fracasar. Tras las glaciaciones, en el Renacimiento, tras la Primera Guerra Mundial y luego tras la Segunda, siempre con el mismo resultado. No, no valía la pena. Era necesario saber cuándo era suficiente.

No hacía falta un virus letal ni un meteorito gigante para hacer desaparecer a la especie humana. Ella sola estaba haciendo un trabajo estupendo, corriendo directamente hacia el abismo. No era culpa de la humanidad, así era como debía ser. La biología se comporta siempre de la misma manera. Cuando una especie no tiene ningún control natural que frene su crecimiento, se multiplica una y otra vez mientras los recursos a su disposición puedan sostenerlo, y luego simplemente muere. Ocurre en una placa de Petri con una colonia de bacterias, y también ocurriría a nivel planetario con el hombre. En algún momento los recursos se acabarían y todo el mundo moriría. Y él quería estar allí para verlo, para recorrer el planeta y acabar con los pocos supervivientes que quedasen, como el soldado que, bayoneta en mano, camina por el campo de batalla dándoles el golpe de gracia a los caídos. Aunque no lo haría por una cuestión de misericordia. Lo haría por una cuestión de desinfección. Solo basta una bacteria para comenzar una nueva colonia.

CAPÍTULO 13

SOBRE EL SUICIDIO

Un agujero negro

Laura despertó y no quiso despertarse. Al menos durmiendo no tenía que soportarse a sí misma. No sabía qué la desesperaba más, si el inspector Pregones ahí fuera o el acoso constante de su mente por dentro. El sabor acre que le dejaban los analgésicos en la boca le dio náuseas. Se sentía embotada, apenas si podía razonar con claridad. No sabía qué hora era. Ni siquiera en qué día estaba. Al móvil rojo se le había acabado la batería, y ahora solo era un trozo de plástico, metal y vidrio tirado en el suelo. Daba igual, todo daba igual. Si no la mataba el inspector, lo haría su propia mente.

En el lugar profundo y oscuro de su pecho de donde habían manado las lágrimas estaba vacío, y eso la asustó. Allí no había nada, ni dolor ni sufrimiento, absolutamente nada. Era un agujero negro que crecía poco a poco, devorándolo todo a su alrededor. Lo que caía dentro de él dejaba de existir. Era fácil dejarse llevar, no era la primera vez que le pasaba. Pero, aunque Laura se aferrase a la claridad, el agujero tiraba de ella hacia abajo. Le faltaban fuerzas para luchar. Quería hacerlo, pero no tenía razones. Si Alejandro hubiese estado allí, se habría aferrado a él, habría podido arrancarla con sus fuertes brazos del campo de atracción del agujero negro. Pero no estaba. Y no podía resistirse sola. Simplemente no podía. Si Alejandro estuviese allí...

Entonces volvió a ver cómo Alejandro, a su lado, saltaba al vacío. Lo vio tan claro como si hubiese estado allí con él, como si hubiese sido ella la que lo hubiese obligado a hacerlo. Las lágrimas le brotaron de nuevo, esta vez desde la garganta.

Y ya no pudo más. Se soltó y cayó y el agujero negro la engulló por completo. Hizo desaparecer el dolor y la pena. Allí dentro solo había una idea. La pistola en el primer cajón del mueble debajo de la repisa con las fotos familiares.

La salida rápida de todo.

La viuda negra

Laura abrió la puerta de la habitación con cuidado y se asomó al pasillo. Sintió el calor en la cara, pero no había arañas. Avanzó lentamente hasta la puerta que daba a la escalera. Al abrirla sus músculos se paralizaron. La escalera entera estaba cubierta de telarañas. Volvió a la habitación y se puso una camiseta encima de la que llevaba y un pantalón de chándal encima del tejano, y vestida así volvió a la escalera. Comenzó a bajar los peldaños con cuidado, poco a poco, intentando no rozarse con nada. Las telarañas eran de varios tipos diferentes, algunos que Laura reconocía, otros que no había visto jamás. No veía ninguna araña, pero sabía que estaban allí, acechándola, esperando cualquier descuido para morderla. No quería morir así, quería elegir su propia muerte. Y que fuese rápida.

Llegó hasta las puertas dobles del salón. Movió el baúl a un lado y con la pequeña llave abrió el candado que las mantenía unidas. Al tirar de las puertas desgarró una infinidad de telarañas adheridas a los marcos. En el salón hacía mucho calor. De alguna manera debió de acumularse allí dentro durante días, un clima húmedo y pegajoso. Encendió la luz.

Lo que vio era el paisaje del país de la locura.

Los límites del salón habían desaparecido, todo estaba invadido por telarañas. Por completo. Parecía el nido de una enorme tarántula prehistórica, que había hecho del salón su hogar. Laura respiró hondo y avanzó un paso. Ninguna araña gigante se le arrojó encima. Oía susurros, ruidos de múltiples patas repiqueteando en los muebles, pero no veía nada. Miró hacia arriba. El techo también estaba cubierto de telarañas. La sola idea de que una tarántula le cayese en la cabeza le provocó un tremendo escalofrío. Se cubrió la cabeza con la mano herida y continuó avanzando. No sabía de dónde sacaba las fuerzas para continuar. En realidad, sí lo sabía. Era el agujero negro, era la voluntad de saber exactamente lo que tenía que hacer.

Por fin llegó al largo mueble del comedor. Las fotos que reposaban en él casi no se distinguían, cubiertas también de telarañas. Tanteó la madera y tiró del primer cajón, las finas hebras que lo cubrían se rompieron. Dentro estaba el estuche de plástico azul oscuro y la caja verde con una franja roja de las balas. Cogió el estuche y lo dejó en el suelo.

Cuando fue a por las balas una araña viuda negra le saltó a la mano.

No cabía duda, la marca roja en el lomo con forma de reloj de arena era su inconfundible símbolo de peligro. Sintió sus finas patas asiéndosele en la piel, intentando alcanzar un terreno estable para enterrarle los colmillos en la carne. Laura se mantuvo tranquila, el agujero negro estaba al mando. Con un rápido movimiento de muñeca, como un latigazo, se deshizo de ella en

un abrir y cerrar de ojos. Laura siguió la pequeña araña con la mirada mientras se escondía en las profundidades del cajón y se preguntó de dónde había salido ese reflejo. No lo pensó demasiado, cogió su botín, salió a paso rápido del salón y lo cerró bien otra vez.

Manual de instrucciones

Laura no había podido disparar la pistola. Aunque casi había llegado a hacerlo. Ya en la habitación, había abierto el estuche de la Beretta y vaciado su contenido sobre la cama. Debajo de la espuma gris del estuche había un pequeño manual de instrucciones en castellano, italiano, inglés y francés. Tenía unas cuarenta páginas y contenía todo lo que Laura necesitaba saber. Había seguido al pie de la letra todos los pasos de lo que a Laura se le antojó un folleto de un electrodoméstico. Salvo por la frase «La prevención de accidentes es responsabilidad del usuario» que aparecía en cada página. La primera recomendación, que Laura encontró muy sensata, decía que se leyera todo el manual con detenimiento antes de coger el arma. Ella, que sostenía la pistola en la mano mientras leía, la había vuelto a dejar en su estuche.

La primera página hablaba de su creador, Pietro Beretta, del diseño italiano de la pistola y de su excelente resultado en el área militar y policial. En la página siguiente se explicaba el funcionamiento de las pistolas semiautomáticas y de los aspectos técnicos del modelo que poseía. Luego ya se entraba en materia. Hablaba del seguro, aquella palanca al lado del martillo percutor que debía estar siempre en posición vertical y cubriendo un punto rojo pintado debajo en todo momento. «Si usted es capaz de ver el punto rojo, es que la pistola no tiene el seguro puesto», decía. Laura miró la pistola, podía ver el punto rojo. Con cuidado colocó el seguro en su posición de cerrado y volvió al texto.

Un apartado especial estaba dedicado a la sensibilidad del gatillo. Explicaba que bajo ningún concepto metiese el índice en el hueco del gatillo si la intención no era disparar. Era muy peligroso. Laura lo tuvo en cuenta.

Por fin llegó al apartado «Cargar y disparar». Allí había descubierto que el cargador podía albergar quince balas y había aprendido cómo colocarlas. Luego había metido una a una las balas en el cargador. Era mucho más fácil de lo que pensaba. Después puso el cargador en el hueco del mango de la pistola como había visto hacer a Alejandro y a un millar de actores en las películas de acción. Llegó al apartado del ajuste de la mira, desarmado y mantenimiento. Pensó en saltárselo, al fin y al cabo eran cosas que no usaría, pero decidió leerlo igualmente.

Cuando acabó de leer el folleto tenía la pistola cargada y lista para usarla, depositada en la cama delante de ella. La había cogido con cautela. Había leído tantas recomendaciones de precaución y seguridad que le daba miedo que se disparase accidentalmente. Le aterraba la idea de dispararse en el lugar equivocado y que acabase sin media cara, pero tan viva como antes.

No pudo hacerlo. Simplemente no pudo. No llegó siquiera a sentir el metal del cañón sobre su

piel. Ya no se sentía capaz de hacerse daño. Durante el tiempo que había pasado aprendiendo el manejo del arma se había distraído de lo que ocurría dentro de ella, y el agujero negro se había ido encogiendo por la falta de atención. Aún estaba allí, pero ya no lo abarcaba todo, apenas era una pulsión entre muchas otras.

Laura guardó la pistola cargada en la mesilla de noche. Que no fuese capaz de suicidarse no significaba que no pudiera usarla contra el inspector Pregones. No era muy amiga de esa idea, pero ya decidiría qué hacer llegado el caso. De momento el arma en el cajón cerca de ella le infundía seguridad, y eso era mucho más de lo que había tenido en los últimos días.

¿Cuántos días habían pasado desde la muerte de Alejandro? ¿Un par, tres? No tenía forma de saberlo. ¿Y Julián? ¿Habría sobrevivido? En ese momento era de noche y no llovía. Era lo único que podía asegurar a ciencia cierta.

Sintió hambre. En la cómoda bajo la ventana, donde había improvisado su salón comedor cocina, se hizo un bocadillo de jamón y pan de molde y se lo comió acompañado de un refresco. Cuando acabó tiró las sobras en la bolsa de basura al lado de la puerta y fregó el plato en el lavabo. Luego volvió a la cama, se preparó un cóctel de quetiapina y analgésicos bien cargado y se volvió a dormir.

Una sonrisa desigual

Jordi Pregones sabía que no había sido un suicidio. Aunque el señor Alejandro Navarro tenía un perfil de riesgo evidente, no era del tipo de personas que haría una cosa así. A él se le daba muy bien calar a la gente, y en este caso lo tenía claro. Había sido un asesinato, aunque no hubiese ninguna pista que lo indicase. Y había ocurrido delante de sus narices. «¡Estúpido, estúpido! ¡Es culpa tuya, solo tuya!», repetía la voz en su cabeza. Por supuesto no era una voz real, como lo eran las alucinaciones de la señorita Laura García. Él no estaba loco.

Había subestimado a la chica. Muchísimo. Había creído que sería un caso fácil, pero había acabado con una persona hospitalizada y otra muerta, sin ninguna prueba de que hubiesen sido actos provocados, y con una sospechosa desaparecida que lo único que tenía en su contra era una discapacidad que le podía provocar trastorno disociativo de la personalidad. Nada más.

Abrió una botella de whisky Dewar's Etiqueta Blanca de once euros comprado en el Mercadona y se sirvió un buen chorro en un vaso de plástico de *La patrulla canina* que aún tenía por ahí. Necesitaba acallar las voces, necesitaba pensar. Al llenar el segundo vaso, se le volcó sobre los papeles desperdigados por la mesa baja.

«¡Mierda!», gritó al vacío de la habitación, y comenzó a recoger los documentos. Eran las copias del registro civil de la señorita Laura García. «¡Eres un estúpido, no sabes hacer nada bien!», lo machacaba la voz en su cabeza. Era su padre, lo tenía claro, casi podía oírlo con su voz crepitante de fumador crónico y con la misma entonación despectiva que usaba cuando él era solo un niño. Pero había dejado de ser un niño. Había crecido para demostrarle a su padre que sí valía para algo, que sí llegaría a ser alguien en la vida. Había llegado a ser inspector de la policía y seguiría ascendiendo, aunque su padre ya no viviese para verlo. Estaba muerto, la voz en su cabeza era solo su conciencia. Él lo tenía claro, no estaba loco.

Se levantó tambaleando y se fue a la cocina a buscar algún trapo limpio para limpiar el desastre. Al secar las hojas con cuidado le saltó a la vista una que no se había empapado demasiado de licor. Era la copia del primer DNI de la señorita Laura García con una pequeña foto carnet. Una niña delgada de cabello negro y piel clara, con flequillo y coleta, que le recordaba a Olivia, la novia de Popeye. «¿Qué escondes, niña?», le susurró a la foto. Entonces lo vio. Era pequeño, sutil, algo apenas perceptible.

Una sonrisa desigual.

Volvió a levantarse, esta vez para buscar la gran lupa que estaba entre las cosas que su hijo había dejado allí. Cosas inútiles para un adolescente, como el vaso de plástico de *La patrulla*

canina. Se puso a inspeccionar la foto con la lupa y lo vio. Apenas una sombra, una tenue insinuación de una cicatriz que bajaba del orificio nasal derecho hasta el labio superior. Un labio leporino. La señorita Laura García había nacido con una deformidad leve pero muy difícil de disimular. La persona que él conocía como Laura García no tenía labio leporino ni vestigio de él. Incluso con una buena cirugía estética, él lo hubiese notado.

La persona que conocía no era Laura García.

Cogió su libreta e hizo una lista de los sospechosos habituales que confeccionaban identidades falsas en Barcelona.

El sueño de los delfines

No hay nada más vulnerable que alguien que duerme. Está a merced de cualquier cosa que pueda ocurrir.

El sueño es necesario, reparador, sin él nos volveríamos locos. Es el momento en que el cerebro organiza sus vivencias, un lugar de despersonalización, sin tiempo ni espacio. Se pierde el tono muscular, la respiración se hace menos frecuente y el corazón se ralentiza. Pero el cerebro sigue funcionando incluso a mayor velocidad, pues recibe el doble de flujo sanguíneo que durante la vigilia, y el consumo de energía también aumenta. El cerebro nunca se detiene. Solo una parte deja de funcionar durante el sueño: la parte lógica.

Él nunca había soñado. Conocía perfectamente la teoría, pero la práctica le era por completo ajena. Sentía mucha curiosidad por los sueños, su origen, su objetivo. Todo lo que había leído eran hipótesis, pero nada que pudiese explicar realmente su porqué. No se podía dejar llevar por el sueño, era su momento vital. Él era como los delfines.

Una vez vio un documental en el que explicaban que los delfines, como muchos otros mamíferos marinos, tienen un sueño unihemisférico, solo descansa la mitad de su cerebro cada vez. Cuando el hemisferio derecho duerme el ojo izquierdo se cierra y viceversa. De esa manera pueden descansar y continuar nadando al mismo tiempo. Y así pueden también salir a la superficie a respirar. Los delfines pueden aguantar la respiración durante mucho tiempo y salir a la superficie a respirar muy de vez en cuando, como él mismo. Tenía mucho en común con los delfines.

El sueño de los delfines les permite también reaccionar rápidamente ante el peligro incluso durmiendo. En eso los humanos tenían mucho que aprender de los delfines.

Pensando en delfines en la habitación de Laura, la dejó dormir apaciblemente. Se metió el candado abierto en el bolsillo y se puso manos a la obra.

CAPÍTULO 14

SOBRE LA LOCURA

Manchas oscuras en el agua

Recostada en su tumbona preferida y con el sol reflejándose en el mar, Laura apenas podía entreabrir los ojos. El calor la envolvía, sentía la piel hormigueante. La marea había subido y media tumbona estaba ya dentro del agua. Las suaves y tibias olas acariciaban sus pies, que colgaban a ambos lados. El agua estaba tibia, y Laura creía que aunque se bañara no se refrescaría demasiado. La arena blanca y brillante entraba en el agua y todavía podía observar los detalles del fondo hasta bastante más allá, donde su hermano buceaba. Las palmeras permanecían inmóviles, no corría ni una gota de aire. Debía de ser mediodía porque tenía su sombra justo debajo de ella. No era una buena hora para estar allí.

Las olas eran diminutas, apenas unos pequeños bucles de agua y espuma que producían un murmullo regular y monótono, como el bufido de un enorme animal. Laura se puso la mano izquierda encima de las cejas a modo de visera. La incongruencia de no llevar la mano vendada encendió una pequeña bombilla de lucidez en alguna parte de su cabeza, pero la idea no prosperó y siguió viviendo en el sueño. Ocultando los ojos del sol intentó definir la silueta de su hermano. Llevaba mucho tiempo bajo el agua. De algún modo ella sabía que a Víctor le encantaba bucear, que podía pasarse mucho tiempo sumergido, minutos, horas, incluso días.

Él salió por fin del agua. Lo hizo lentamente, mirándola fijo. Abrió la boca para coger aire. La abrió y la abrió y la siguió abriendo hasta más allá de lo anatómicamente posible. Una boca enorme, grotesca, como la de un mero gigante. Toda su cara era una gran boca, un tubo de aire con ojos. Laura oyó la aspiración desde donde estaba. Víctor aspiraba todo el aire a su alrededor, como si hubiese aguantado la respiración durante una eternidad. A Laura, un escalofrío le recorrió la espalda, que contrastaba con el calor que sentía en el resto del cuerpo. Entonces se encendieron muchas más bombillas y por fin tuvo consciencia de estar soñando. Pero seguía sintiendo miedo.

Lentamente la cara de su hermano fue volviendo a la normalidad, a ser la cara que siempre había imaginado que tendría. Él le sonrió desde el agua y comenzó a avanzar hacia ella. Laura se quedó en su sitio. Aunque todos sus músculos querían salir corriendo, era incapaz de moverse.

Entonces comenzó a ver manchas oscuras en el agua. Siluetas borrosas, como la de su hermano unos instantes antes. Laura sabía qué eran incluso antes de que comenzaran a subir flotando a la superficie. Cuerpos inertes, el mar se estaba llenando de cadáveres. Más cerca de ella reconoció el de su madre, con la cara azul e hinchada. Un poco más allá vio el de su padrastro, sabía que era él, aunque flotase boca abajo. Sintió una profunda punzada de dolor en

el pecho al ver el cuerpo de su padre, aunque no era como si hubiese muerto tendido sobre su cama, sino que estaba totalmente carbonizado. Pequeño y consumido, en posición fetal con las manos encogidas sobre el pecho como pequeñas garras. Detrás de él emergió el cuerpo de Alejandro. El cabello le cubría la mitad del rostro, pero dejaba ver sus ojos eternamente abiertos llenos de terror. Sus miembros flotaban inconexos a su alrededor, como tentáculos sin vida mecidos por las olas. Laura quiso apartar la vista, pero no podía moverse. Los ojos se le llenaron de lágrimas que, paralizada, no pudo enjugar.

Más y más cuerpos emergían del abismo donde habían estado ocultos. Casi todos oscuros, calcinados hasta los huesos, que brillaban bajo el sol del Caribe y se balanceaban suavemente a la deriva.

Los ojos de Laura volvieron a su hermano, que estaba de pie a su lado mirando el paisaje y sonriendo. Él recogió su ropa y se vistió. Una camiseta negra, un pantalón negro. Luego se giró hacia ella y dijo:

Despierta, hermanita.

Laura no pudo responderle.

Tienes que despertarte.

Insistió. Se acercó a ella. Ella respiraba agitada, era la única señal visible del horrendo pavor que sentía. Se las arregló para cerrar los ojos. Su hermano la cogió de los hombros y la sacudió.

¡Tienes que despertarte ahora! —le gritó.

Ella quería hacerlo, quería dejar atrás ese sueño demencial. Pero no podía.

¡DESPIERTA YA!

El rugido le llenó la cabeza entera y la sacudió como un junco. Laura cogió una bocanada de aire y por fin despertó.

Gritando dentro de la cabeza

Laura despertó pero seguía sintiendo el sol sobre su rostro y viendo sus rayos naranjas a través de sus párpados. Despertó pero no podía moverse, como segundos antes en la tumbona, ni podía abrir los ojos. Despertó pero no estaba segura de estar despierta.

«Aún sigo soñando. Es un sueño dentro de otro sueño. No me he despertado en realidad», quiso decir en voz alta, pero solo pudo pensarlo.

¡ESTÁS DESPIERTA, LAURA, ESTÁS DESPIERTA!

Su hermano gritando dentro de su cabeza la puso en alerta, aunque su cuerpo no respondió a la llamada a la acción.

«No puede ser. Aún siento el calor del sol...», pensó. En lo más profundo de su mente, una idea diminuta e imprecisa comenzó a tomar forma. Estaba tumbada boca abajo. Podía notarlo. Su cuerpo también despertaba, y con él la consciencia de su postura. Estaba boca abajo con la mejilla derecha sobre la almohada. Veía la luz del sol a través de sus ojos cerrados y notaba el calor. Tenía mucho calor.

¡LAURA, NO ESTÁS SOÑANDO!

La voz llena de desesperación de su hermano la asustó. La idea fue creciendo, tomando forma, hinchándose. Cuando el humo le llenó las fosas nasales la idea estalló en su mente.

«¡FUEGO!», gritó en su mente. Se removió desesperadamente, pero solo en su cabeza. Estaba paralizada. Su peor pesadilla se había hecho realidad.

«¡NO PUEDO MOVERME, VÍCTOR! ¡VOY A MORIR!», pensó chillando. Respiraba tan rápido que le dolían las fosas nasales. Sentía el corazón golpeando en su pecho como un frenético ariete. Algo crujió y Laura tuvo la certeza de que no volvería a abrir los ojos nunca más, pero antes experimentaría una muerte horrible. Era lo que estaba a punto de pasar.

No, ya estaba pasando. Su brazo derecho le dolía en ráfagas calientes, ya estaba ardiendo. Lo sentía rabiar de dolor.

«¡ME QUEMO, AYÚDAME, VÍCTOR!», suplicó.

No te estás quemando, comenzó a decirle su hermano.

Laura no entendía lo que le decía. El dolor la estaba matando. Laura aullaba y gritaba en su mente. Una lágrima solitaria llenó el rabillo de su ojo derecho y cayó sobre la almohada.

«¡Tendría que haberme pegado un tiro cuando aún tenía tiempo! ¡Voy a morir quemada, Víctor! ¡QUEMADA!».

Laura, no te estás quemando. Busca tu brazo derecho. ¿Dónde está?

Laura hizo lo que su hermano le pedía. Buscó su brazo, pero no lo encontró. No estaba unido a su cuerpo. Sin embargo, volvió a sentir el dolor, y cogido a él como a una cuerda fue tirando hasta que encontró su brazo. Lo tenía debajo del cuerpo, se había vuelto a dormir encima de él. Le dolía porque estaba recuperando la sensibilidad, no porque se quemase. La sangre volvía a irrigar lentamente los nervios adormecidos.

«¡Está debajo de mí!», le respondió ella.

Bien. Muy bien..., ahora intenta moverlo.

«¡No puedo, estoy paralizada, no puedo ni abrir los ojos!», le gritó ella.

Tu brazo ha estado atrapado debajo de tu cuerpo. Puede que no le haya llegado el mivacurio.

«¿El qué? ¿De qué hablas, Víctor, por Dios? ¡Voy a morir, ayúdame!».

Eso intento. Escúchame: el mivacurio es un bloqueante muscular, ¿recuerdas? Viaja por la sangre. Si el brazo te duele es porque ha estado dormido. Y si ha estado dormido puede que no haya recibido mucha sangre...

Laura tardó en responder. Intentaba razonar, pero solo oía su respiración acelerada y el sordo bombeo de su corazón en los oídos. Entonces le llegó otra vez el olor a humo, esta vez más intenso y más denso, y entendió lo que su hermano intentaba decirle.

«Vale», pensó, e intentó con todas sus fuerzas mover el brazo. No pudo. Otra lágrima se le escapó y rodó hasta la almohada. Volvió a intentarlo y esta vez notó que se movía un par de milímetros, o quizá menos. Era suficiente.

«¡LO PUEDO MOVER!», chilló eufórica sin mover los labios.

Vale, concéntrate en él. Necesitas sacarlo de debajo de tu cuerpo, que recupere toda su fuerza.

Laura intentó hacer lo que le decía su hermano. Lentamente, muy lentamente, comenzó a mover el brazo, a deslizarlo por debajo de su pecho, que lo aplastaba. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que se había despertado, pero la luz era más intensa y el calor la hacía sudar. Tiró un poco más del brazo y descansó. Estaba agotada. El esfuerzo era enorme, cada intento la dejaba exhausta.

Finalmente notó que su brazo quedaba libre, y el dolor se multiplicó por mil. Aulló en su mente, donde solo su hermano podía escucharla. Poco a poco, a medida que el dolor fue cediendo, se fue calmando. Entonces se dio cuenta de que era capaz de mover el brazo con libertad, y cada vez con más fuerza.

Vale, ahora escúchame con atención. Tienes que salir de la cama, tienes que rodar hacia el lado opuesto al fuego. Yo te diré cómo hacerlo.

Su voz sonaba firme y calmada, a Laura le infundió confianza. Sabía que estaba en su cabeza, sabía que no era real, pero era una parte de su conciencia que mantenía la calma y que le decía qué hacer: ella confiaba ciegamente en esa parte de su mente.

Mira, tienes que rodar en bloque, ¿vale?, como un tronco. Para eso debes aprovecharte del peso de tu otro brazo. Con la mano derecha intenta cogerte el brazo izquierdo. Inténtalo.

Laura, boca abajo, obedeció las instrucciones de su hermano. Cruzó su brazo derecho por la espalda en busca del izquierdo. Con mucho esfuerzo rozó con los dedos la manga larga de la camiseta. Tiró de la tela, una vez y otra más, hasta que pudo aferrar el brazo. Se le escapó, pero volvió a cogerlo. Fuera, el calor iba en aumento. La tela estaba caliente.

¿Lo tienes?

«Sí».

¡Pues tira de él con todas tus fuerzas! ¡Haz que tu cuerpo se ponga de lado!

El grito de Víctor le dio fuerzas y Laura tiró con rabia y desesperación. Notó que su tórax sudoroso se despegaba de las sábanas y siguió tirando, pero cuando, agotada, dejó de hacerlo, su cuerpo cayó de nuevo sobre el colchón. Laura supo que necesitaba ir más allá. Volvió a tirar del brazo con todas sus fuerzas gritando mentalmente, y esta vez un suave quejido se escapó de sus labios.

Fue capaz de poner su cuerpo de lado.

«¡¡Síii!!», pensó Laura, eufórica.

¡Muy bien! ¡Lo estás haciendo muy bien, hermanita! Ahora viene una parte difícil. En esta posición intenta volver a pasar tu brazo derecho por debajo del pecho. Como estaba antes, pero esta vez estarás de costado. ¿Entiendes lo que te digo?

«Creo que sí», le respondió Laura.

Solo vigila que el cuerpo no vuelva a caer boca abajo.

«Vale», pensó sin mucha seguridad. Entonces empezó a forzar su brazo aún dolorido para que volviese a pasar por debajo de su cuerpo. No cayó boca abajo otra vez, en realidad le resultó más fácil de lo que pensaba.

Estaba de lado, de cara a la luz brillante y al calor, con su brazo derecho delante de ella. Ahora sí notaba el calor vivo lamiéndole los dedos. El fuego estaba muy cerca. Retiró la mano un poco.

«¿Y ahora qué hago?».

Ahora clava el codo en el colchón y haz fuerza con el brazo para hacer rodar el cuerpo y caer de espaldas. Si tenemos suerte, estabas durmiendo en el lado izquierdo de la cama, de modo que podrás caer al suelo. De lo contrario, te girarás y quedarás boca arriba en la cama. Entonces tardaremos un poco más...

A Laura no le gustó la duda escondida en la última frase. Si giraba y caía al suelo en peso muerto, se haría daño, pero seguro que la alternativa era mucho peor. Apoyó el codo en el colchón y empujó el resto del cuerpo hacia la izquierda. El cuerpo perdió su precario equilibrio y rodó en bloque, llegó al límite del colchón y se precipitó al suelo. En la caída se golpeó con alguna arista la nariz y la mejilla, y estallaron fogonazos de luz en los ojos. Soltó un bufido

apagado cuando se estrelló contra el suelo. Sentía que tenía media cara hinchada y dolorida, y la espalda magullada, pero allí no hacía tanto calor y no olía tanto a humo.

Laura sonrió mentalmente y sus labios se curvaron. Por primera vez pensó que podría llegar a conseguirlo.

Brasas

Laura tenía consciencia de su cuerpo, desparramado en el suelo como un muñeco desarticulado. Aún debía alejarse de la cama y salir de la habitación. Pero no tenía idea de cómo hacerlo. Se las arregló para entreabrir los párpados. Al entrarle humo en los ojos lagrimeó. Por la posición de la cabeza solo podía ver su propio pecho, iluminado por un fuego que no alcanzaba a ver. Hacía mucho calor, un calor seco y asfixiante.

Vale, Laura, salgamos de aquí. Primero mira a tu alrededor para encontrar algo a lo que agarrarte.

«¡No puedo ver nada, no puedo mover la cabeza!», respondió ella. De su boca entreabierta salió un suave quejido. Sentía la saliva acumulándose en una comisura y cayendo sobre su hombro.

Levántate la cabeza con la mano.

Laura siguió las instrucciones. Le pareció obvio cuando oyó a su hermano, pero lo agradeció porque ella no podía pensar. El fuego la aterraba. Lo intentó cogiéndose de los cabellos para levantar la cabeza, pero le dolió mucho y apenas si pudo moverla. Optó entonces por agarrarse de la barbilla y desde ella levantar la cabeza. Se quedó horrorizada. El mueble que había usado como cocina, la mesilla de noche y media cabecera de la cama ardían con fuerza. El fuego se extendía hacia el cuarto de baño y la ventana. Era imposible salir de allí con vida.

Volvió la cabeza hacia la puerta. Estaba abierta. Al parecer su verdugo no había creído útil cerrarla al marcharse. Probablemente no esperaba que fuese capaz siquiera de mover un músculo. El espacio que la separaba de la entrada no había sido aún pasto del fuego.

Vale, Laura, puedes hacerlo. Busca algo donde agarrarte. Tendrás que arrastrarte.

Laura sacudió el brazo en busca de algo a lo que aferrarse. Las sábanas, el colchón, el lateral de la cama..., el radiador. Un antiguo radiador de metal fijado a la pared, pero solo lo rozaba con los dedos. Empujó el colchón para separarse de él y arrastró su cuerpo con todas sus fuerzas. Pudo deslizarse un centímetro. Suficiente. Se asió al metal del radiador y tiró de él hacia sí. Su torso giró y al golpearse la cabeza en el suelo soltó un apagado quejido de dolor. No le importó. Siguió tirando y tirando, avanzando hacia la pared, alejándose de la cama.

De repente, un dolor despertó en su muslo derecho. Agudo y vivo. Fuego. Laura gritó con todas sus fuerzas, esta vez emitió un gemido audible. Se golpeó con la mano a tientas intentando apagar las llamas, que no podía ver. La mano también le dolió. Si se quemaba la mano, no podría

continuar. Así que hizo todo lo posible por concentrarse en su camino mientras la pierna continuaba rabiando de dolor y las lágrimas le corrían a ríos por ambas mejillas.

Cuando dejó el radiador atrás ya no quedaba nada a lo que asirse. La pierna no dolía tanto, quizá porque el fuego se había apagado con el movimiento, quizá porque las llamas habían mordido la carne más allá de la parte sensible. Daba igual. Como si perdía la pierna. Lo único que quería era salir de allí con vida.

Intentaba desesperadamente agarrarse a algo, pero no encontraba nada. Aún quedaba mucho para llegar a la puerta.

«¿Qué hago ahora, Víctor? ¡Por favor, dímelo!», pensó a gritos.

Vale, tranquila. Mira si puedes mover ya el otro brazo. El mivacurio es muy potente, pero su efecto es de corta duración. Poco a poco deberías poder comenzar a moverlo. Las piernas no, seguro que no, pero sí el otro brazo.

Laura no entendía cómo él sabía tanto sobre un bloqueante muscular, al fin y al cabo, Víctor era parte de ella, pero le dio igual. De alguna manera guardaba esa información en su cabeza y eso era suficiente.

En ese momento oyó un crujido y un chisporroteo, como de leña húmeda de una fogata. Vio claramente una pequeña brasa que aterrizaba en la mata de cabello que tenía visible. El pelo comenzó a arder con rapidez a pesar de estar apelmazado por el sudor. Intentó apagarlo frenéticamente con la mano, pero el cabello se consumía muy deprisa. «El cabello es siempre lo primero que arde», le llegó al pensamiento, un eco desde lo profundo de la niebla. Por fin pudo apagarlo, no sin antes quemarse la mejilla con el pelo que se había adherido a ella. Respiró hondo, varias veces, no podía parar en ese momento, no podía desfallecer. Se concentró en la tarea que le había encomendado su hermano. ¿Podía mover el otro brazo? Sí, podía. Muy poco, de manera torpe e imprecisa, pero podía. Poco a poco lo fue moviendo hacia delante para encontrarse con el otro brazo. Abrió los ojos casi del todo, los globos oculares giraban frenéticos mientras ella se preguntaba dónde caería la próxima brasa.

Boca abajo y con los dos brazos delante de ella, comenzó a arrastrarse hacia la puerta. Con mucha dificultad, milímetro a milímetro, pero lo estaba consiguiendo. Se aproximó a una cómoda. Se cogió del borde y se impulsó con fuerza. Estaba temblando. La adrenalina que le recorría el cuerpo en oleadas la estimulaba y le disminuía el dolor. Laura no entendía cómo era capaz su cuerpo de hacer todo aquello, pero estaba ocurriendo. Tenía una fuerza y una energía que nunca hubiese creído que poseía. «La fuerza de la supervivencia», pensó mientras continuaba arrastrándose hacia delante, hacia la puerta. No existía nada más en el mundo que el espacio que la separaba de ella.

Oyó un fuerte crujido y una fina lluvia de chispas le cayó encima. Todo el cuerpo le escoció,

pero no hubo brasas. Laura no quería ni imaginarse lo que estaba ocurriendo. Solo seguía adelante.

Entonces algo cayó sobre ella. Algo que apenas sintió sobre su omóplato izquierdo, algo pequeño, como una canica. Allí mismo comenzó a sentir un dolor agudo y lacerante, como un enorme cuchillo al rojo vivo abriéndose paso en su carne.

Laura enloqueció de dolor.

Un restaurante en Les Panses

El inspector Jordi Pregones recorría las calles del barrio del Born a paso rápido. Iba de civil, con una chaqueta azul de verano, camisa blanca, un pantalón de lona fina color caqui, zapatos negros y gafas de sol. Sabía que para las personas que estaba buscando olía a poli a kilómetros, y el bulto del arma debajo de la chaqueta era uno de los detalles más evidentes, pero para el resto de la gente era solo un transeúnte más. Sudaba a mares, por el calor y los nervios. Había recibido un mail de su superior, la intendenta de Región, solicitándole una reunión urgente para que le actualizara la información sobre los avances del caso de Aiguaoliva. Ella no había encontrado ningún archivo sobre la evolución del caso en la carpeta digital de la intranet, y le recordó lo importante que era tener los informes al día.

Se había quedado sin tiempo. Había querido llevar el caso en solitario y se había quedado sin tiempo. No podía presentarse delante de la intendenta con las manos vacías. Perdería irremediablemente el caso y con él cualquier oportunidad de ascender en el futuro. O peor aún. Si trascendía que, debido a la deliberada opacidad con la que había llevado el caso y a su reticencia a contar con apoyo, una persona estaba en coma y otra había fallecido, podía significar el final de su carrera e incluso acabar en la cárcel.

«¡Estúpido, no sirves para nada!», le repetía la voz en su cabeza. Pero le demostraría que no tenía razón. Solo quedaba un poco más. Un esfuerzo más. Había interrogado a tres de los falsificadores habituales de Barcelona, pero no había obtenido resultados. Y eso que se había empleado a fondo, bastante más a fondo de lo que admitiría si se abría un expediente de brutalidad policial. Ninguno de ellos le había vendido la identidad de Laura García a nadie.

Se coló por debajo de la persiana de metal a medio bajar del diminuto restaurante chino de la callejuela de Les Panses. El lugar estaba poco iluminado con fluorescentes amarillentos, olía a frito y dulce, y tenía las paredes recargadas de decoración oriental. Un muchacho de rasgos asiáticos con delantal blanco preparaba las mesas. Cuando lo vio corrió hacia él.

—¡Oiga, está cerrado, no puede entrar aquí! —le gritó.

—Quiero ver a Zhào —dijo Jordi.

El muchacho lo miró de arriba abajo y la vista se detuvo en el bulto de su chaqueta. Titubeó un momento y se giró.

—Acompáñeme, por favor —dijo, y lo condujo a la trastienda. Entreabrió una puerta y habló en chino con una persona que había en el interior. Luego se giró hacia Jordi—. Pase —dijo abriéndole la puerta.

Jordi entró en una sala atestada de cajones de licor y papeles. Había un gran escritorio de metal y detrás de él un anciano encorvado y canoso que lo miraba sonriente.

—¡Hombre, Pregones! ¿Qué le trae a mi humilde negocio? —lo saludó en perfecto catalán.

—Necesito información sobre una identidad falsa. Laura García —dijo él secamente.

La sonrisa del hombre desapareció.

—Yo ya no me dedico a esas cosas, ahora soy un empresario honesto —respondió señalando a su alrededor.

—Quizá no falsifica identidades españolas, pero cada tanto encontramos alguna obra suya entre sus compatriotas. Así que no me haga perder el tiempo y dígame lo que sepa de Laura García. —Jordi acentuó su orden poniendo las manos en las caderas para que la chaqueta se separase y dejase ver el arma.

—No va a necesitar eso aquí... —dijo el anciano con voz áspera—. ¿Qué quiere saber de ella?

—Quiero saber quién compró esa identidad. Quiero que me diga el nombre del comprador.

El anciano le sostuvo la mirada un par de segundos, luego hizo girar la silla y apartó una pintura china que tenía a sus espaldas, para dejar una pequeña caja fuerte al descubierto. La abrió y sacó de ella una pesada carpeta negra llena de papeles amarillentos. La depositó sobre el escritorio y comenzó a pasar las páginas. Jordi pensó que dentro de aquella carpeta había toda una vida de evidencias en contra de aquel hombre. Seguramente guardaba toda aquella información para asegurarse su supervivencia.

—Aquí está —dijo el anciano señalando un papel. Jordi hizo ademán de acercarse y el hombre movió la carpeta hacia él—. Solo leeré lo que me pregunte —le advirtió.

—Con eso me vale. ¿Cuándo y dónde murió Laura García?

Jordi sabía que casi la totalidad de las suplantaciones de identidad falsificadas se hacían con personas fallecidas, generalmente gente con doble nacionalidad que moría en el otro país y su defunción se inscribía en los registros de allí. Zhào corroboró sus sospechas.

—Falleció hace diez años, de una leucemia aguda en Zúrich. —El anciano se lo quedó mirando en silencio esperando la siguiente pregunta.

—¿A quién le vendió esa identidad? —Jordi intentó que no se le notara la creciente ansiedad que lo invadía.

El anciano bajó la vista al documento y pronunció el nombre.

Agua sobre las heridas

Cuando Laura llegó a los pies de la escalera y miró hacia arriba no pudo creer lo que había sido capaz de hacer. Todo su cuerpo era una enorme ampolla de dolor, pero lo había conseguido. Aún quedaba un camino que recorrer antes de estar totalmente a salvo, pero se sentía eufórica. Su hermano no había parado de alentarla en todo el trayecto. Él había sido imprescindible para su supervivencia. No tenía idea de qué era lo que la esperaría fuera. No sabía aún cómo se las arreglaría siquiera para sortear las letales arañas del comedor. Pero estaba muy orgullosa de su hazaña.

No había visto nada cuando reptaba escaleras abajo. Ninguna telaraña. Quizá solo estaban dentro de su cabeza, después de todo, aunque no podía estar segura. Bastaba con que una de esas criaturas fuese real para que todo el sufrimiento por el que había pasado no valiese para nada. Las puertas del salón comedor estaban abiertas de par en par, el pesado baúl perfectamente alineado a un lado y no había ni rastro del candado. Era como si el asesino se hubiera dedicado a dejarle el camino despejado para que pudiese escapar. Laura sabía que aquello no tenía sentido. Él había intentado matarla, en teoría ya debería de haberse quemado viva. Entonces ¿por qué lo había dejado todo abierto? Quizá para favorecer la corriente de aire hacia arriba..., sí, podía ser eso. Lo habría hecho para que hubiese suficiente oxígeno para una combustión rápida, y ahora ella podía escapar sin obstáculos. Laura sonrió satisfecha. Por primera vez en toda su vida se sentía afortunada.

Entró en el salón. Olía a humo, pero no se veía ni una telaraña. Las siluetas de los muebles estaban perfectamente limpias. Todo líneas rectas. Los ojos de Laura, adaptados a la oscuridad, estaban atentos a cualquier movimiento a su alrededor, cualquier forma orgánica, pero no vio nada. Avanzó reptando entre los muebles. Aunque continuaba totalmente paralizada de la cintura para abajo, podía mantener casi todo el torso erguido. Era mejor así. El humo tiende a subir, el mejor lugar para no asfixiarse estaba ahí abajo. No podía detenerse. Aunque allí aún no había llegado el fuego hacía mucho calor, y se oían los constantes crujidos y chisporroteos procedentes del piso de arriba. No entendía de construcción, no sabía si era posible, pero se imaginó el techo desplomándose encima de ella en aquel preciso momento y dejándola sepultada entre escombros incandescentes. Un temblor le sacudió el cuerpo y se dio más prisa. Estaba aprendiendo que debía aprovechar esas descargas de adrenalina, hacían que no sintiera tanto el dolor y que pudiera avanzar con más fuerza. Bendita adrenalina.

Al pasar por el sofá la sobresaltó una luz mortecina. El móvil rojo estaba encendido, aunque

ella no recordaba haberlo cargado. Decidió que ya lidiaría con sus maltrechos recuerdos más tarde, debía salir de allí lo antes posible.

A unos metros de la puerta principal se detuvo en seco. Estaba entreabierta. Laura volvió a paralizarse, esta vez de terror. ¿Y si estaba allí dentro? ¿Y si aún no se había ido? ¿Y si el inspector Pregones la esperaba agazapado para rematarla allí mismo? A fin de cuentas, se había tomado todas aquellas molestias para matarla. ¿Por qué se iba a marchar sin más esperando que muriese quemada? Si existía al menos una pequeña probabilidad de que sobreviviera, ¿no permanecería allí para acabar la faena? Laura miró a un lado y a otro intentando descifrar las sombras de la habitación, esperando que alguna de ellas se moviese. No ocurrió nada.

No está aquí. Debes continuar.

«¿Cómo lo sabes?», pensó. Ya podía hablar, pero no se atrevía. No podía delatar su posición, aunque no había llegado hasta allí en silencio, precisamente.

Hazme caso, debes salir de aquí cuanto antes.

Laura dejó de insistir y continuó su camino titubeante. Avanzaba, pero no dejaba de escrutar cada perfil, cada bulto. Al oír un ruido sordo dio un respingo y su cuerpo despertó en un renovado dolor, como cientos de pequeñas bocas abriéndose en la piel y gritando.

Un trueno. Muy cerca. Desde la puerta entreabierta le llegó el murmullo de la lluvia repiqueteando sobre el pavimento.

Tenía que seguir adelante. Poco a poco, llegó por fin a la puerta.

Espera, aún no puedes irte.

—¿Por qué, qué pasa? —La voz de Laura emergió de sus labios ronca y ajada, y las palabras le rascaron la garganta. ¿Cuánto tiempo llevaba sin hablar?

¿Ves el paragüero que hay junto a la puerta?

—Sí, lo veo... —titubeó.

Acércate a él y mete la mano dentro.

¿Su hermano quería que cogiese un paraguas? Lo absurdo de la idea no le impidió obedecerlo. Se arrastró en dirección al paragüero, metió la mano dentro y palpó metal. Lo sacó. Era la pistola.

—No entiendo... —murmuró mirando la Beretta, sintiendo su peso en la mano. ¿Qué hacía allí? ¿La había dejado ella en algún momento de sonambulismo? ¿Cómo es que Víctor lo sabía y ella no?

Llévala contigo. Escóndetela entre la ropa. Puede que Pregones esté allí fuera.

Laura obedeció ciegamente. Metió la pistola por debajo de la parte trasera del pantalón y cruzó el umbral de la puerta.

En la calle, el agua caía a raudales. La lluvia formaba una sólida cortina blanca que no la dejaba ver más allá. Reptó hacia el exterior y dejó que el agua la impregnase, que cayese sobre

las heridas y le aliviase el dolor. Avanzó un poco más por la acera, alejándose de la casa, chapoteando sobre las baldosas. La lluvia corría por su espalda, por su pelo, le entraba en los ojos, en la nariz, en la boca. Laura sonrió respirando agua.

Entonces lo vio con el rabillo del ojo. Se giró bruscamente para observarlo mejor.

El inspector Pregones avanzaba hacia ella desde la acera de enfrente.

Enloquecida, empezó a reptar calle abajo, intentando alejarse de él.

No te preocupes, hermanita. Yo me encargo de todo. Ahora duerme.

Laura obedeció a su hermano, cerró los ojos y el mundo entero desapareció.

Películas de zombis

En su apartamento, el inspector Pregones apuntaba en su pequeña libreta negra el nombre que le había dado Zhào. Laura Espinel. Laura Espinel. Laura Espinel. Lo apuntaba con diferentes letras y tamaños, una y otra vez. Le ayudaba a pensar cuál sería su siguiente paso.

Ya la tenía. Tenía al asesino, tenía el móvil, lo único que necesitaba era encontrarla. Solo le quedaba un día para comparecer ante la intendenta de Región. Menos de veinticuatro horas para buscarla. Mientras, escribía su nombre, cada vez con más fuerza, cada vez más profundamente. Lamentaba su suerte. Si al menos contase con algo más de tiempo... Quizá tampoco solucionaría nada, porque no sabía por dónde empezar a buscarla. Escribió con tanta fuerza que rasgó la hoja. Se cogió la cabeza con las manos y cerró los ojos esperando que lo machacara su voz interior.

Entonces sucedió.

El móvil le vibró en el bolsillo. Un mensaje de un número desconocido. Un mensaje de la señorita Laura García (Espinel).

Lo espero en el pasaje de Xavier Azqueta n.º 18
de Sant Cugat a las 12 de la noche. Se lo
contaré todo. Venga solo. Laura.

Jordi Pregones sonrió, luego rio a carcajadas. No podía creer la suerte que tenía. La pobre infeliz había hecho el trabajo por él. Pensó que aún la cosa podía acabar bien y serle favorable.

Vestido de paisano, guardó la placa en el bolsillo y se aseguró de que la Hekler & Koch P30 9x19 reglamentaria estuviese cargada. Esperaba zanjar todo aquello sin tener que utilizarla. Condujo su coche particular hasta Sant Cugat y aguardó en la acera de enfrente de la dirección que había recibido hasta que tocaron las doce. Unos minutos pasada la medianoche vio claridad en el piso de arriba (¿eran llamas?) y más tarde observó una silueta salir de la casa y arrastrarse bajo la lluvia. Era la señorita Laura García (Espinel). Desde donde estaba pudo ver claramente que ella lo reconocía y comenzaba a alejarse de él.

De pronto, como si la hubiesen desenchufado, vio que el cuerpo de la muchacha se desplomaba inanimado sobre las baldosas con un apagado chapoteo. Su primer impulso fue correr hacia ella, estaba visiblemente herida. Pero no lo hizo, sino que avanzó despacio, con

cautela. A unos metros se detuvo. Algo le dijo que debía esperar, y así lo hizo, inmóvil bajo la lluvia que le empapaba la cabeza y los hombros.

Entonces vio que la muchacha abría los ojos y cogía una enorme y sonora bocanada de aire y a continuación intentaba ponerse de pie con unos movimientos inhumanos, descoordinados, como él había visto muchas veces en las películas de zombis. Se movía como una marioneta podrida con los hilos enredados. La primera vez casi consiguió ponerse de pie, pero las piernas no la sostuvieron y volvió a caer. Al segundo intento, se mantuvo tambaleante pero no cayó. Él percibía el esfuerzo que hacía la chica para controlar su cuerpo. Finalmente lo consiguió y se irguió firmemente frente a él. A Jordi Pregones le dio la impresión de que era algo más alta que la última vez que la vio. Pero era solo una impresión. Ella adoptó una postura desafiante, no parecía sentir dolor a pesar de sus heridas. No parecía sentir nada. Lo que más destacaba de su rostro era un par de tizones inflamados en lugar de ojos, que lo atravesaban despiadadamente.

Y allí, uno frente al otro bajo la torrencial lluvia, observando aquellos ojos demenciales, Jordi Pregones supo que por fin había conseguido lo que había estado buscando. La cara que contemplaba era la de un culpable. La de alguien capaz de todo.

Con un rápido movimiento la muchacha extrajo una pistola de su espalda y apuntó firmemente a su cabeza pillando a Jordi Pregones a medio camino de coger la suya. Él se detuvo en seco. Podía leer en aquellos ojos dementes que no vacilaría en disparar. Se dio cuenta del terrible error que había cometido. Había vuelto a subestimarla, quizá por última vez.

Sintió miedo.

Araña pelícano

Además del olor de la carne humana asada, lo que más le gustaba en el mundo era acechar a sus víctimas. El juego de persecución en las sombras, de mirar sin ser visto, de estudiar cada movimiento sin que el otro lo notase. Eso lo excitaba terriblemente. Era como asomarse con sigilo a una ventana abierta en una noche de verano para espiar a los vecinos, como hacía de pequeño.

Se hubiera comparado con un tigre, como un cazador silencioso y frío, pero no. Prefería las arañas. El mundo arácnido no solo era increíble, sino que también representaba para él una inacabable fuente de inspiración. Cada especie tenía su forma de cazar, de acechar a sus presas. Las había, por supuesto, que tejían telarañas, tendían una compleja trampa de hebras de seda, cada una con su sensibilidad y su finalidad. Un trabajo paciente, laborioso y magnífico. Una vez finalizada la tarea debían esperar inmóviles, con una pata en cada hilo maestro, esperando sentir la vibración de la presa. Y luego, con una rapidez letal, acabar con la víctima antes siquiera de que esta fuese consciente de lo que ocurría. Otras, como la araña cebra o la araña lobo, no construían trampas, sino que acechan a sus víctimas como un felino para saltar sobre ellas e inocularles el veneno.

Pero su técnica favorita era, de lejos, la de la araña pelícano. Un pequeño artrópodo de aspecto inofensivo que se acercaba a las telarañas y cortaba y estimulaba los hilos simulando haber quedado atrapado en ellos. Entonces la otra araña se movía ágilmente por su telaraña para pillar a su víctima, pero cuando se acercaba a ella para picarla se encontraba con la araña pelícano, que extendía su cabeza y mostraba sus descomunales mandíbulas, largas como el pico de un pelícano, que se cerraban rápidamente en torno a la cabeza de la víctima para arrancársela de cuajo.

Simular ser más débil y sorprender en el último segundo. Esa era, entre todas, su técnica favorita.

CAPÍTULO 15

SOBRE VÍCTOR

A kilómetros de distancia

Víctor salió a la superficie y respiró el aire de la noche. El agua le entraba por la boca y también la respiraba, todo era parte de la deliciosa sensación de emerger. Se miró a sí mismo mientras intentaba ponerse de pie, le encantaba presenciar su propia metamorfosis. Observó cómo el maltrecho y sanguinolento cuerpo de su hermana se fue cubriendo con esa capa lustrosa y perfecta que era su propio cuerpo, como una iguana con piel nueva. Víctor eliminaba mentalmente cada vestigio del recipiente original que lo contenía y lo reemplazaba por el suyo. Envolvía el tubo de aire que era con el cuerpo que debía tener, sin dolor ni sufrimiento, y con la camiseta y los pantalones negros que debía llevar puestos. Así se plantó orgulloso frente al inspector Pregones. Sabía que él no lo veía tal como era, que sus ojos solo podían ver a Laura. Pero a Víctor le daba igual. Lo que pensaran de él le daba igual. Lo único que importaba era que todo estaba donde debía estar. Había entrenado a su hermana para soportar lo que había soportado y había logrado escapar de su propio simulacro de asesinato. No había dudado ni un momento de ella. Había seguido sus instrucciones al pie de la letra. Sentía simpatía por ella. Desde luego, no era amor, tampoco pena ni compasión, pero sí simpatía. Con un rápido movimiento cogió la pistola cargada y lista, la apuntó a la cabeza del policía y sonrió. Solo quedaba el último paso, el último movimiento.

—Su arma, inspector, póngala lentamente en el suelo y apártese un paso. —El inspector no se movió—. ¡Ahora! —gritó.

Entonces el policía cogió la pistola de su sobaco izquierdo, la dejó lentamente en el suelo y retrocedió. Víctor le dio una patada y el arma se desplazó tintinando unos metros calle abajo.

—Hola, Víctor —lo saludó el inspector Pregones con los ojos entornados. Víctor ensanchó su sonrisa. También sentía simpatía por aquel hombre, era el único que había estado a la altura de las circunstancias—. Tu padre era Eduardo Espinel, ¿no es así?

Víctor asintió.

—¡Muy bien deducido, inspector! ¡Estoy realmente impresionado! Si me permite preguntárselo. ¿Desde cuándo comenzó a sospechar de mí? —El inspector Pregones miró la pistola, miró a los ojos a Víctor y volvió a la pistola—. Contésteme. Esta conversación es lo único que evita que le pegue un tiro en la cara ahora mismo. Así que, por favor, ponga algo de su parte —dijo sin dejar de sonreír.

—No figuraba ninguna Laura García entre las declaraciones de los niños en el accidente de Aiguaoliva. Desde ese momento comencé a sospechar de usted —masculló el inspector.

—Ah, sí, las declaraciones. Debería hacer algo al respecto. Ya me encargaré de que desaparezcan también. Y dígame, ¿qué más sabe de mí? —dijo, acercando más la pistola a la cara del inspector.

—Sé que Laura García no es su verdadero nombre, que en realidad se llama Laura Espinel. Sé que probablemente sufre un trastorno disociativo de la personalidad, y que probablemente una de las personalidades no es consciente de que la otra ha estado detrás de todas esas muertes.

—¡Bravo, inspector! Muy buen trabajo. ¡Sepa que ha llegado usted más lejos que nadie! Aunque hay demasiados «probablemente» en su historia, con toda seguridad por falta de pruebas. Yo también sé cosas de usted, ¿sabe? Lo he estado investigando desde el primer momento en que lo conocí. El gran inspector Jordi Pregones, su carrera no ha sido especialmente meteórica, ¿no es así? Además, usted nació y se crio en Valencia, lo que resulta muy oportuno para mi plan. Aunque lo más interesante sobre usted no está en la web, sino en toda la información que encontré en la Dark Web.

»Sí, me apasiona bucear por las profundidades, encontrar información que la gente cree que ya no existe. Las páginas que frecuenta, sus mails, sus mensajes de texto, los wasaps, las fotos borradas, incluso sus notas de voz en iCloud..., lo he visto todo, lo he escuchado todo. Los audios que le enviaba borracho a su exmujer... ¡Qué divertidos! Primero le rogaba que volviese, luego la insultaba y la amenazaba, y después le pedía perdón y le volvía a pedir que volviese... ¡Y todo en una misma noche! Tiene usted una vida en verdad patética, Pregones. —El policía apretó los dientes mientras miraba fijamente el agua que goteaba desde el cañón de la pistola—. No se enfade, todo el mundo tiene sus miserias. Necesitaba conocer a la persona a la que me enfrentaba. Le llevo la delantera, estoy a kilómetros de distancia.

Un lobo solitario

El cristal de una de las ventanas del piso de arriba estalló. El inspector miró hacia allí, pero Víctor no. No podía distraerse ni un segundo, sabía que el policía era mucho más rápido y ágil de lo que aparentaba.

—No lo entiendo... ¿Por qué ha incendiado la casa estando usted dentro? ¿Por qué se ha hecho esto a sí mismo?

Víctor sabía que el inspector se refería al maltrecho cuerpo de su hermana, no era capaz de verlo como él se veía a sí mismo.

—Se lo explicaré todo. Pero antes necesito que me dé dos cosas: su libreta negra y su móvil. —El cuerpo del inspector se tensó—. Vamos, inspector, lo sé todo de usted. He conseguido acceder a todos los informes que ha redactado sobre este caso. Le gusta trabajar solo. Es usted un lobo solitario y ese es su mayor defecto. No ha compartido sus pesquisas con nadie, no ha incluido a ningún agente en su equipo. Seguro que todo lo que ha averiguado lo guarda en su pequeña libreta negra..., ¿a que sí? No hace falta que me responda, su cara me lo está diciendo a gritos. Y, a juzgar por las notas de voz en su iCloud, estoy seguro de que ahora mismo está grabando esta conversación con el móvil, porque creía que no necesitaría nada más para incriminarme... —La cara del inspector, surcada por ríos de agua que bajaban desde su cabello, estaba roja—. Venga, la libreta y el móvil. —El inspector negó con la cabeza—. Si no me los da ahora, se lo quitaré igualmente de su cuerpo muerto.

—Me matará igualmente...

—Eso es verdad, pero si me los da ahora, puede que le cuente lo que quiere saber, aún nos quedan unos minutos. Me muero de ganas de contárselo, en realidad. No sabe lo solo que se siente uno si no puede compartir sus ideas brillantes con nadie.

El inspector permaneció inmóvil unos segundos. Luego, muy despacio, extrajo de sus bolsillos la libreta negra y el móvil, y los dejó en el suelo mojado, haciendo los mismos movimientos que antes. Víctor los cogió sin quitarle los ojos (ni la pistola) de encima, dio dos pasos hacia la calle y simplemente los dejó caer por la alcantarilla, donde una gran masa de agua se arremolinaba con un ruido sordo. El torrente los engulló rápidamente hacia quién sabe dónde. El inspector se quedó mirando con fijeza el agua entrando a raudales entre el enrejado de hierro.

—Ahora sí podemos hablar —dijo Víctor.

Un duro recuerdo para un recién nacido

Víctor se lo estaba pasando muy bien, no podía acabar aún. La casa ardía por dentro, pero la lluvia no dejaría que se propagase el fuego por fuera. Aún tenía tiempo.

—Esto que ve es mi plan para continuar haciendo lo que me gusta. Ha llegado muy lejos, inspector. Nadie se había acercado tanto a mí. Por eso he preparado todo esto, para incriminarlo a usted. ¿Recuerda la tarántula Goliat? Fue un experimento, necesitaba saber cuánto dolor podía aguantar Laura. Necesitaba saber si estaría a la altura de todo esto —dijo señalando con el arma la casa iluminada por las llamas—. En mi plan ella debía parecer una víctima. Y la mejor forma de parecerlo es siéndolo. Las quemaduras, las trazas de mivacurio en su sangre, la gasolina en la habitación..., todo es parte del escenario que creé para mi actriz principal. Ella está dormida ahora, despertará en el hospital. No recordará cómo fue capaz de matarlo, cómo pudo acabar con el asesino que la acosaba. Pero todo el mundo estará de acuerdo en que actuó en defensa propia.

—¿Por qué en defensa propia?

—¿Es que no se ha dado cuenta aún? Quiero que el mundo crea que usted es el psicópata que perseguía a Laura. Usted es mi chivo expiatorio, inspector...

—¿Y cómo cree que la gente se tragará eso?

—Comenzando por Laura, ella está convencida de que usted es el culpable. Ya me he encargado yo de eso. La última persona con la que habló Julián antes de que yo lo empujase en el metro fue usted. Estará en su registro de llamadas. Y Alejandro llevaba su tarjeta en el bolsillo cuando murió, probablemente estará también registrado en la morgue. —Al nombrar a Alejandro algo se removió en su interior. Un leve estremecimiento, el eco del amor de otro. No le dio mucha importancia, ya le había pasado otras veces. Situaciones, lugares o personas que removían algo dentro del cuerpo que habitaba. Pero ese algo no tenía nada que ver con él, sino con su hermana—. Y lo poco que usted ha podido averiguar de mí se está yendo cloaca abajo en esa pequeña libreta suya...

—¡Quiero hablar con Laura! —exigió con un grito el inspector Pregones.

Víctor lo miró fijamente y luego estalló en carcajadas.

—Laura no está disponible en este momento —dijo divertido.

—Pero usted es un fragmento de su personalidad... —murmuró el inspector.

Víctor suspiró.

—Eso pudo haber sido así cuando era niña, cuando yo nací. Mi primer recuerdo fue ver por la ventana de mi cuarto cómo se quemaba la caseta donde mi padre dormía la mona después de

haber discutido con mi madre. Es un duro recuerdo para un recién nacido, ¿no le parece? Laura no pudo con aquello y de la rabia, el dolor, la impotencia y la desesperación que sintió, nací yo. Después fui creciendo y me fui haciendo más fuerte. Salía en su ayuda cada vez que me necesitaba. Le destrocé los dientes contra un váter del lavabo de las niñas a aquella insoportable compañerita, estrangulé a nuestra maestra con un alambre, le arrojé una radio enchufada dentro de la bañera al baboso de nuestro padrastro, asfixié a nuestra madre mientras dormía... Con cada acto me fui haciendo cada vez más fuerte y Laura cada vez más débil. Necesitaba mi ayuda constantemente, no podía hacer casi nada sin mí. Hasta que comencé a quemar a los culpables. Me encantó. Y ahora estoy controlando la situación para continuar haciendo lo que más me gusta en el mundo...

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? Usted es solo un producto de la mente enferma de Laura... ¡No existe! —gritó el policía.

Víctor lo miró con curiosidad.

—Laura no está enferma. Laura no es más que lo que yo quiero que sea. Laura hace mucho que no es Laura. Ella no tiene alucinaciones, yo soy quien genero sus visiones. Yo soy quien le hablo con otras voces, y a veces con mi propia voz. Yo soy el que la limito, el que voy trazando cada uno de sus pasos. Laura es solo la dueña de este cuerpo. Pero hace lo que le digo, piensa lo que quiero que piense, recuerda lo que quiero que recuerde. Somos nuestros recuerdos, ¿sabe? Hay gente que de tanto repetir una mentira acaba por creérsela, incluso por recordarla como si realmente hubiese pasado. La personalidad de Laura está hecha por mí. La memoria de Laura es una niebla infranqueable, solo puede recordar lo que yo quiero que recuerde.

»Es un trabajo que no acaba nunca, como una mansión que hay que construir pieza por pieza y que requiere un constante mantenimiento. Pero vale la pena. La Laura que usted conoce no existe, está edificada por mí, moldeada durante años de alucinaciones y de falsos recuerdos. Me siento muy orgulloso de ella, como Viktor Frankenstein con su creación. Tiene una mente increíble, probablemente sea la persona más brillante del planeta, pero disfrutar de esa genialidad es algo que me pertenece solo a mí, es mi territorio.

Un relámpago iluminó la noche. La lluvia, antes solo visible en las farolas, de repente llenó todo el espacio. Víctor observó de reojo la casa. Aun bajo la lluvia podía sentir el calor de las llamas desde donde estaba. Ya era hora de acabar con todo aquello.

—He hablado demasiado. Acérquese lentamente con las manos en la nuca. Ya me he aburrido de usted —ordenó Víctor con aire despreocupado.

El león de la sabana

El cabello del inspector Pregones se le adhería al cráneo en delgadas hebras. Arrodillado, con las manos en la nuca y la cabeza gacha, el agua le recorría la cara y le chorreaba por la barbilla. Víctor sentía repulsión y fascinación por el ser que tenía delante. Le apoyó la pistola en la cabeza.

—No me complace matarlo, quiero que lo sepa, pero tiene que morir para poder convertirse en el perturbado acosador de Laura. Además es usted el único que sabe quién soy, no me gusta que nadie lo sepa.

—No tiene por qué hacerlo... —dijo el inspector hablándole al suelo—. Si no me mata, dejaré que se vaya, no diré nada. Seguro que una mente tan brillante como la suya encuentra la forma de desaparecer...

—No sea patético, inspector, lo estaba haciendo muy bien. Aún puede morir con dignidad. Además, las mentes brillantes están fuera de lugar en este mundo. ¿Sabe lo que ha sido para mí escuchar sesión tras sesión de terapia a esos tres, cada uno con un potencial enorme, quejándose de lo mal que el mundo los trataba? Julián, con su memoria infinita, Alejandro con sus sueños premonitorios, y mi hermana, con su inteligencia fuera de serie... —Volvió a sentir ese estremecimiento cuando nombró a Alejandro. Laura se había enamorado, no cabía duda, la reacción de su cuerpo cada vez que pronunciaba su nombre la delataba—. Los oía sesión tras sesión autocompadeciéndose, culpando a la sociedad de sus desgracias, quejándose del desprecio de la gente normal. Como semidioses con complejos de inferioridad, mentes extraordinarias viviendo vidas miserables. Patéticos. Podrían haber liderado la humanidad y, en cambio, se conformaban con las limosnas de ayudas y descuentos para discapacitados con tal de encajar, de agradar.

»Usted pensará que soy un monstruo, pero la verdad es que sé muy bien quién soy y no me avergüenzo de ello. Hago lo que quiero y disfruto de lo que hago. El mundo está para servirme, estoy en la cima de la cadena alimentaria, como el león de la sabana. Usted cree que soy un monstruo y me da igual. Porque el concepto de monstruosidad, como el de justicia o de normalidad, no existen, son inventos. Y puestos a seguir normas inventadas, prefiero las mías.

—¿Así que me matará aquí mismo a sangre fría, como hizo con los niños de Aiguaoliva? Seguramente está detrás del accidente del señor Pardo, incluso del suicidio de Alejandro Navarro.... —Víctor sintió otra vez esa extraña sensación en el cuerpo, en esta ocasión seguido

de un leve zumbido en los oídos. Levantó la cabeza para discriminar el sonido del murmullo de la lluvia, pero no lo consiguió.

—Empujar a Julián fue muy fácil, a decir verdad. Lo espié el tiempo suficiente para escuchar la conversación que mantuvo por teléfono con usted y me limité a ir tras él hasta el metro. Resultó ser más duro de lo que creía. No importa, ya tendré tiempo de rematarlo si es que no muere antes a causa de sus heridas. Y lo de Alejandro..., lo lamenté, la verdad, pero el pobre diablo se lo buscó solito. Le llevó a un grafólogo forense una nota que yo había escrito de pequeño para cotejarla con la letra de los tres, incluso también con la suya, inspector. Un movimiento inteligente y absurdo a la vez.

»Encontraron la nota en mi cajita de tesoros, donde guardaba los dientes que le rompí a mi compañerita Loren, el mechero de mi padrastro y las monedas que mi maestra de sexto curso tenía en el salpicadero del coche. Ahora mis tesoros están allí dentro, ardiendo...

Víctor volvió a mirar la casa, que humeaba hacia el cielo entre las gotas de lluvia. El barrio estaba vacío, todos se habían ido de vacaciones, era una lástima que un espectáculo tan bonito no tuviese más espectadores. El humo se llevaba sus trofeos al cielo, el fuego purificaba su vida. Volvió a mirar al inspector.

—Cuando Alejandro fue a buscar los resultados se encontró con que, por supuesto, mi nota de pequeño solo concordaba con la letra de Laura... Y el muy idiota me envió un mensaje a mí, y luego me lo contó todo por teléfono... —De nuevo el estremecimiento al nombrar a Alejandro; esta vez fue una sacudida. Algo no estaba bien, pero no podía decir qué era. El leve zumbido se había convertido en un murmullo, una vocecita que se mezclaba con el ruido de la lluvia. Víctor sacudió la cabeza y continuó—: Alejandro estaba convencido de que estaba soñando, pero no podía asegurarlo porque no podía clavarse nada en el hombro. Le dije que me esperase en la Casa de la Convalecencia. Y allí..., allí subimos a la azotea, y mientras me volvía a explicar confuso lo que había pasado, lo convencí de que estaba viviendo un sueño. De que si me quería (si quería a Laura), me haría caso y se arrojaría al vacío. Lo convencí de que era la única forma de despertarse. Y el pobre idiota me hizo caso, habría hecho cualquier cosa que le hubiese pedido. Así de fácil fue.

Esta vez el estremecimiento al nombrar a Alejandro le recorrió todo el cuerpo. La vocecilla intentaba decir algo... ¿Era la voz de Laura? Imposible, su hermana dormía.

Dentro del mismo cuerpo

Víctor apoyó la pistola en la cabeza del inspector Pregones. Con el cabello mojado, la cabeza se veía pequeña, con las orejas separadas.

En ese preciso instante volvió a sentir una sacudida que se convirtió en temblor. Víctor bajó la pistola para recuperar el control. Pesaba demasiado. Sí, quizá era eso. El dolor y el agotamiento del cuerpo que habitaba le estaba pasando factura. Intentó volver a levantar el arma, pero no pudo. El murmullo constante que sentía fue creciendo en su cabeza. Cada vez más fuerte, cada vez más claro. Creció y creció hasta convertirse en un grito, un aullido. Estaba claro: era su hermana quien gritaba.

No, era imposible. Él controlaba cuándo despertaba y cuándo dormía. Aquello no podía estar pasando, no en ese preciso momento. ¿Cuánto tiempo llevaría despierta? ¿Lo habría oído todo?

—Vuelve a dormir, hermanita, yo me encargo de todo... —Le habló con la voz más dulce, intentó cogerla y llevarla otra vez a la diminuta esfera negra llena de líquido viscoso del fondo del cerebro donde la encerraba para que durmiese, pero no pudo. Laura gritaba y se sacudía, y él no podía sujetarla, se zafaba y gritaba cada vez más alto, cada vez con más fuerza. Los gritos llegaban a las cuerdas vocales y salían hacia la lluvia.

Víctor intentó controlar el cuerpo sumido en el caos. En cuanto pudo volver a moverse cogió la pistola con ambas manos y apuntó al inspector, que lo miraba fijamente esperando el momento oportuno para desarmarlo. Víctor apretó los dientes.

—¡Vuelve a dormir ahora! —le gritó a la lluvia.

¡NO, NO VOY A VOLVER A DORMIRME, LO HE OÍDO TODO!

—¡Mira, todo tiene una explicación, todo tiene un porqué! —Víctor quiso decirlo de un modo autoritario, pero lo que emergió de su boca sonó más bien a lamento. Tenía que hacerlo mejor, tenía que recuperar el control. Intentó pensar, pero el rugido de Laura lo aturdió.

¡DEJA DE MENTIRME! ¡NO QUIERO ESCUCHARTE!

—¡Laura, por favor, lo hice todo por nosotros!

¡NO, LO HAS HECHO POR TI! ¡HAS MATADO A ALEJANDRO, LOS HAS MATADO A TODOS!

Mientras su hermana le gritaba, Víctor notó que el inspector se movía debajo de él, entonces le hundió el cañón de la pistola contra la cabeza y dejó de moverse. Debía atar ese cabo cuanto antes, luego se encargaría de su hermana.

Comenzó a apretar el gatillo, pero en ese preciso momento Laura tomó el control de la mano y

apuntó la pistola hacia sí misma. El disparo los dejó sordos, el fogonazo los encegueció y, con el retroceso de la pistola, esta le saltó de la mano. La fuerza de la bala entrando entre el pecho y el hombro izquierdo de Laura los hizo volar hacia atrás. Víctor y Laura cayeron al suelo, medio cuerpo en la acera y medio en el asfalto. El agua que bajaba por el lateral de la calle se arremolinó a un lado y los llenó de barro. Víctor y Laura continuaban debatiéndose, luchando dentro del mismo cuerpo. La fuerza de Laura era demasiado para él, pero aun así intentó levantarse para ir a buscar el arma. No pudo. Casi no podía respirar, el dolor del pecho lo atenazaba al suelo.

El inspector Pregones se acercó a ellos y empujó la pistola fuera de su alcance. Víctor seguía lo que ocurría con movimientos frenéticos de los ojos, la única parte del cuerpo que era capaz de controlar. Laura lo mantenía firmemente sujeto, envuelto en capas de sí misma, como él había hecho con ella infinidad de veces. No podía esconderse, no podía escapar.

A través de la lluvia oyó sirenas que se acercaban.

CAPITULO 16

SOBRE EL RENACIMIENTO

Un enorme piso desamueblado

Abrió los ojos aterrorizada. Estaba recostada en una cama, en una habitación blanca e inmaculada. La cabecera era de plástico blanco, como las sábanas y el sofá que estaba junto a la puerta. A la derecha había una ventana protegida por una reja blanca, desde la que no se veía más que el azul del cielo, la única nota de color de la habitación. Era como flotar en una nube, salvo por los monitores que parpadeaban y pitaban a su izquierda. No olía a antiséptico ni a yodo. Apenas olía un tenue aroma de melocotón mezclado con el olor de su propio sudor.

Sentía miedo, pero no sabía por qué ni de qué. Era un miedo profundo e instintivo. Un miedo amorfo, sin volumen, que no podía asirse a nada tangible en su mente porque su cabeza estaba totalmente vacía. Sin memoria, sin recuerdos, sin nada. Intentó moverse, pero un dolor descomunal, compuesto por cientos de pequeños dolores repartidos por todo el cuerpo, la paralizó. Gimió y la garganta le raspó como el velcro. Intentó hacer algo más simple, levantar la mano derecha, tampoco pudo, estaba atada a la cama. Intentó levantar la izquierda con igual resultado.

Hizo un esfuerzo por recordar algo, pero su mente era un enorme piso desamueblado. Sabía cosas, pero le eran ajenas. Sabía que estaba atada a una cama en una especie de hospital. Conocía los conceptos «estar atada», «cama» y «hospital», pero no podía asociarlos a nada que le fuese familiar, a nada que le hubiese pasado a ella. Era un «ella», esto también lo sabía, y de algún modo le parecía que era importante saberlo. Aunque no recordaba su nombre. No sabía por qué estaba allí, por qué estaba atada ni por qué el cuerpo le dolía de la cabeza a los pies. Otra vez un miedo informe extendió sus tentáculos sin trabas, sin ningún pensamiento racional que lo detuviera. Comenzó a temblar.

«¿Hola?», pensó. Nadie respondió dentro de su cabeza. No sabía por qué lo había hecho ni por qué esperaba oír la voz de alguien. Simplemente lo hizo.

—¿Hola? —dijo esta vez en voz alta. No fue decir, sino más bien expeler aire a través de sus maltrechas cuerdas vocales, porque lo que oyó salir de sí misma fue un gemido lastimoso.

Una mujer joven, morena, con el pelo recogido en una cola de caballo y una bata blanca, se asomó a la puerta. Cuando la vio, sus ojos se abrieron como platos y se acercó a ella casi corriendo.

—Hola, Laura, ¿me oyes? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Laura. Se llamaba Laura. No recordaba que se llamara así, pero este era un pequeño grano de certeza en medio del vacío. Asintió.

La mujer salió a toda prisa de la habitación. Volvió al cabo de un minuto con cuatro personas más que comenzaron a hablarle, a tocarla, a observar los monitores. Laura intentaba responder a las preguntas. Que si estaba bien, que si le dolía la cabeza, que si sabía cuántos dedos tenía delante, que si podía seguirlos con la mirada, que si recordaba algo de lo que le había ocurrido. Laura negó con la cabeza a esta última pregunta.

Cuando acabaron fueron saliendo uno a uno, salvo un hombre alto de cabello corto entrecano y tez muy bronceada. El hombre apuntó algunas cosas más en las hojas que llevaba y luego miró a Laura a los ojos.

—Hola, soy el doctor Domingo, el jefe del servicio de Neurología de la Clínica de La Piedad. ¿No recuerdas nada de lo que te ha pasado? —Laura negó con la cabeza—. ¿Qué es lo último que recuerdas haber hecho? —Volvió a negar con la cabeza—. ¿Sabes cómo te llamas?

—Sí... —murmuró ella con un hilillo de voz—. Me llamo Laura, lo sé porque me lo habéis dicho hace un momento.

El doctor Domingo apuntó algo en los papeles y volvió a mirarla. Abrió la boca, pero luego la cerró. Levantó un índice para indicar algo así como «espera un momento», se giró y salió de la habitación. Laura no sabía qué estaba ocurriendo, pero aguardó pacientemente. Momentos después volvió a entrar con una silla que colocó a la derecha de la cama y se sentó.

—Esto nos va a tomar algún tiempo —dijo poniéndose las gafas y abriendo una carpeta azul.

Una imagen en el espejo

El doctor Domingo habló mucho tiempo. Si le hubieran dicho que solo habían sido veinte minutos, Laura no lo habría creído. Comenzó por explicarle que sufría trastorno disociativo de la personalidad, una fragmentación de sí misma que había creado a otra persona que convivía en su interior, y que ella lo llamaba «su hermano Víctor». A Laura todo lo que el doctor le explicaba le sonaba a chino, no tenía ni la menor idea de qué significaba todo aquello. Ni siquiera sabía quién era, mucho menos aún que fuera más de una persona.

El doctor le explicó que estaba imputada en crímenes graves, asesinato, intento de asesinato, suplantación de personalidad y daño a la propiedad privada.

—¿Por qué me duele todo el cuerpo? —gimió Laura. El doctor Domingo la miró fijamente y luego bajó la mirada a los papeles que tenía delante.

—Tienes quemaduras de segundo y tercer grado producidas en un incendio que al parecer tú misma provocaste, y te autoinfligiste un disparo en el pecho, justo debajo de la clavícula izquierda, que te perforó un pulmón. Permaneciste días en estado crítico. Te ingresaron en el hospital universitario donde te extrajeron la bala y te redujeron el neumotórax. Todo esto ocurrió hace tres semanas, pero las heridas aún están cicatrizando.

Laura se estremeció. ¿Qué tipo de persona era? Le daba miedo descubrirlo. Todo lo que aquel hombre le estaba contando le parecía demencial. No se creía capaz de hacer todo lo que el doctor le decía que había hecho.

«¿Quién soy? —preguntó al vacío de su mente—. ¿Por qué no recuerdo nada?».

—¿Por qué no recuerdo nada? —dijo en voz alta.

—Mientras te recuperabas de la cirugía sufriste convulsiones y sacudidas tan fuertes que te rompieron un par de costillas. Te realizaron una tomografía craneal de alta resolución con contraste y te encontraron un foco de captación compatible con un área de hiperactividad epiléptica justo detrás del lóbulo frontal. —El doctor Domingo se detuvo y rebuscó en la carpeta hasta que encontró una hoja rosa—. El juez de instrucción aprobó una intervención de urgencia, pero para realizarla te tuvieron que trasladar hasta aquí, a la clínica de La Piedad.

El doctor Domingo le explicó en qué había consistido el procedimiento. Como un mapa exacto en tres dimensiones, la tomografía había servido también para definir la localización precisa del foco epiléptico. Le habían tenido que rapar la cabeza, le habían colocado un anillo estereotáxico alrededor del cráneo y le habían hecho una pequeña trepanación para introducirle una sonda de radiocirugía. El tratamiento consistía en emitir una carga de radiación directamente sobre el área

afectada. Le contó con evidente satisfacción que la cirugía había sido un éxito, que el edema fue leve y controlado y que ya no se observaba ninguna zona de hiperactividad.

—Te mantuvimos en coma inducido desde entonces. Hace un día y medio comenzamos la fase de recuperación de la consciencia y ahora estás despierta —le dijo sonriendo—. La amnesia es un efecto secundario muy frecuente en las cirugías intracraneales. Irás recuperando la memoria poco a poco. Nosotros te ayudaremos, tendrás a todo mi equipo a tu disposición. Yo soy el responsable de decidir cuándo asistirás a la audiencia judicial, y eso no ocurrirá hasta que no estés recuperada. Así que dime qué puedo hacer para que estés mejor.

—Me gustaría que me desatasen de la cama...

—Lo siento, pero eso no lo puedo hacer. Estás así por orden judicial. Solo podemos solicitar que te quiten las bridas si tu evolución es favorable.

Laura dirigió la vista al techo, pensando qué más le apetecía.

—Me gustaría verme, ver mi cara —dijo por fin.

—Vale, eso sí que podemos hacerlo —dijo el doctor Domingo sonriendo—. Espera un momento.

El médico se levantó, rodeó la cama y entró en la pequeña habitación que Laura tenía a su izquierda. Un cuarto de baño. Reapareció a los pocos segundos con un espejo de tocador de aquellos que tienen un reflejo normal por una cara y uno magnificado en la otra. Se lo puso delante y Laura se sorprendió de la imagen que le devolvía. No recordaba ni su propia cara. Tez pálida y ojerosa, ojos negros vivos y penetrantes, una gran quemadura a medio cicatrizar en la mejilla derecha y una venda envolviéndole la cabeza. Laura abrió la boca, enseñó los dientes, hizo muecas, y la mujer del reflejo la imitó. Esa era ella. Le hubiese gustado ver el color de su pelo. Lo supuso negro como sus cejas y se lo imaginó largo, cayendo sobre sus hombros. El rostro le pareció bonito, se lo imaginó en otras circunstancias y le gustó. Eso la animó un poco.

—¿Ha dicho que lo del incendio ocurrió hace tres semanas? —preguntó sin quitar los ojos de su imagen en el espejo.

—Así es.

—¿Ha venido alguien a visitarme en todo ese tiempo?

—No —respondió el doctor—. Lo siento —añadió al ver la expresión en los ojos de Laura.

La persona más inteligente del mundo

Los días pasaron lentamente. Con las pruebas neurológicas también comenzaron los test de inteligencia. Un enfermero le había realizado uno de rutina y le había sorprendido el resultado. El propio doctor Domingo le repitió la prueba de coeficiente intelectual, junto con una batería de pruebas más. Cuando Laura le preguntó qué ocurría, el doctor Domingo le explicó que acostumbraba a realizar pruebas de esas características porque uno de los efectos secundarios de ese tipo de procedimientos era la pérdida transitoria del nivel cognitivo. Pero lo que nunca había visto era que el nivel cognitivo fuese tan elevado. El coeficiente intelectual que arrojaba la prueba era de 250. Él no conocía a nadie con esa puntuación a excepción de William James Sidis, un matemático de mediados del siglo pasado que estaba considerado el hombre más inteligente del mundo.

—Bueno, entonces la persona más inteligente del mundo es ahora una mujer —dijo Laura divertida.

En los días siguientes se dedicó casi exclusivamente a realizar más y más test delante de una persona diferente cada vez. Eso le dio confianza en sí misma. Pensó que quienquiera que en realidad fuese, era alguien con una inteligencia descomunal. Entonces, muy lentamente, de un modo apenas perceptible, como el movimiento de la luna avanzando por la noche, comenzaron a llegar los recuerdos. Al principio eran vagas intuiciones acompañadas de alguna imagen. Luego llegaron lugares, emociones, personas..., los recuerdos crecían y crecían en su mente hasta que comenzaron a asustarla, se superponían en el mismo tiempo y espacio, imágenes de personas sonrientes sobre cadáveres desfigurados, recuerdos hermosos sobre otros abominables, memorias de ella y de otro. Los días se convirtieron en un infierno confuso y sin sentido para Laura. Gritaba y lloraba día y noche. Tuvieron que sedarla y durante un tiempo Laura tuvo la sensación de que se pasaba el día entero durmiendo. Pedía que le quitaran la medicación porque las pesadillas eran terroríficas, pero no le hicieron caso. No pudo comer nada, los recuerdos le revolvían el estómago y más de una vez había acabado vomitando hasta la bilis sobre las sábanas.

Estaba comenzando a conocer al monstruo que el doctor Domingo le había descrito el primer día que habló con ella.

Expiando demonios

Laura no sabía quién o qué era en realidad. Cuando intentaba seguirle el hilo a un recuerdo se encontraba con otros que lo contradecían y lo desdibujaban. Su cabeza era una vorágine de ruido e imágenes. Creía que iba a enloquecer. En un momento dado se lo había dicho a gritos al doctor Domingo: se estaba volviendo loca. El médico se mantuvo a su lado repitiéndole que recuperar la memoria podía ser a veces un proceso traumático. A Laura le parecía más bien un infierno.

Entonces ocurrió. Como una de esas enormes y espectaculares caídas de miles de fichas de dominó que van dejando ver una figura, comenzó a configurarse su cerebro. Fue muy simple, una serie de certezas que se encadenaron una tras otra hasta conformar una imagen clara de sí misma.

Se llamaba Laura Espinel, tenía treinta y dos años, y de pequeña había presenciado desde la ventana de su cuarto la muerte de su padre. Ella solía observar a los niños jugando en el terreno baldío bajo su ventana, pero nunca se había atrevido a hablar con ellos. Ese día su padre había bebido tras una discusión con su madre y se había ido a dormir la siesta en el cobertizo, donde tenía un pequeño taller de preparados de entomología. Aquella tarde los niños del descampado jugaron con fuego, incendiaron el terreno y Laura se quedó paralizada de miedo al ver cómo se quemaba la caseta con su padre dentro. Cuando por fin fue capaz de reaccionar abrió la ventana y gritó con todas sus fuerzas, llorando desconsoladamente, y una bocanada de humo que olía a carne asada entró por la ventana y fue directamente a sus fosas nasales. Así supo que su padre había muerto, y así nació Víctor.

Los recuerdos de dos vidas comenzaron a encajar en una sola. Laura comenzó a integrar su memoria con la de Víctor para crear una tercera nueva vida, diferente, evolucionada. Estaba emergiendo una nueva persona que tenía que lidiar con todo lo que había ocurrido, que tenía que reclasificar sus recuerdos distinguiendo los inventados y los reales. Recordó a su compañerita, a su maestra, a su padrastro, a su madre, a todas las personas que había quemado..., se recordó empujando a Julián a las vías del metro y convenciendo a Alejandro para que se arrojase al vacío.

Un dolor muy hondo y lacerante le arrancó gritos de rabia y lágrimas de pena. Permaneció así días, expiando todos los demonios que llenaban su mente, su cuerpo, toda la habitación.

Un día se despertó serena. Su mente estaba organizada, clasificada y estructurada. No había ni rastro de nadie más allí dentro, solo ella misma. Su hermano había sido extirpado. Ahora le tocaba a ella ser ambos. Había asimilado en su nuevo yo lo bueno y lo malo, lo adorable y lo

abyecto. Había absorbido a su hermano como lo había hecho dentro del útero de su madre. Estaba completa y lista, en paz y abrazando las normas de la locura. Salvo que ya no había normas. El límite que se había impuesto por el miedo a la reacción negativa de los demás ya no existía. No tenía que darle explicaciones a nadie. No tenía que encajar en ningún sitio ni seguir ninguna regla. Todo aquello había acabado.

Un saco de defectos

Laura estaba paseando por los jardines de la clínica de La Piedad disfrutando del tiempo primaveral, cuando vio llegar a Julián. Lo observó mientras avanzaba con dificultad con un par de muletas. Ya no llevaba la férula en el brazo izquierdo, pero la pierna derecha estaba aún llena de hierros que la atravesaban. Se movía cada día con más agilidad y Laura agradeció profundamente que estuviese mejorando. Le había hecho daño, recordaba haberle hecho daño, y era algo que nunca se perdonaría a sí misma.

Ella lo esperaba sentada en un muro bajo de piedra y él se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Julián apoyando su blanca mano sobre la de ella.

Laura agradeció el contacto. No sabía cómo reaccionaría él, la última vez en el juzgado las cosas no habían ido bien.

—Estoy bien. Mañana me trasladan a Girona. Por fin podré salir de aquí después de tantos meses. —Miró el enorme edificio que tenía delante—. Me alegro mucho de que estés aquí. No sabía si volverías, no te había visto desde la última audiencia judicial... —Las palabras se le atragantaron. Se pasó automáticamente la mano sobre la incipiente cabellera.

El caso de Aiguaoliva había tenido repercusión mediática por su complejidad y por el morbo que había despertado en las redes. Julián había participado como testigo, y asombró a todos por su enorme capacidad de recordar cada detalle. Había captado la imagen de Laura en el metro con el rabillo del ojo y su testimonio fue una de las pocas pruebas que se pudo aportar al caso. La confesión de Laura había sido lo más asombroso de todo el juicio, explicaba los hechos desde dos puntos de vista. Aunque no lo había dicho todo, ni mucho menos. Solo se había declarado culpable de los cargos de los que se la acusaba.

El tribunal había desestimado su ingreso en prisión, dado el estado psiquiátrico en el que se encontraba en el momento de los hechos, y durante el proceso se la declaró inimputable y exenta de responsabilidad penal. A cambio, el tribunal había optado por su permanencia en la misma institución donde la habían atendido, para realizarle un seguimiento estrecho de su evolución tras la radiocirugía intracraneal. El doctor Domingo había intercedido fervientemente a su favor, insistiendo en que era capaz de rehabilitarla, y la habían dejado bajo su cuidado. Durante los últimos meses se había sometido a pruebas y más pruebas, a test y más test, y su pronóstico era cada vez más alentador.

—Pronto podrás salir de aquí —le dijo un día el doctor Domingo durante un paseo. De eso hacía ya dos meses.

En la última audiencia había recibido la sentencia: la enviarían a una Unidad de Rehabilitación Psiquiátrica en Girona, cerca del mar. Allí podría realizar actividades laborales y comenzar a reinsertarse en la sociedad. En la audiencia también estaba Julián. Ella había intentado disculparse con él al finalizar la vista, pero él no había reaccionado muy bien y la había llamado «asesina».

—Perdona por aquello. Ten en cuenta que todos mis recuerdos están asociados a emociones, y respecto a ti tengo muchas emociones encontradas. Aún las sigo teniendo, pero hago un esfuerzo por contenerlas. —La miró a los ojos. Los vio vacíos, sin vida. «Probablemente es por la medicación», pensó—. Lo importante es que ya ha acabado todo. Es una muy buena noticia que puedas salir, eso significa que ya estás mejor.

—No sé si lo estoy. Tengo mucho miedo, Julián. Recuerdo todo lo ocurrido. Sé lo que he sido capaz de hacer. —Se miró las manos.

—Todo irá bien. Los médicos atestiguaron que ya estás recuperada, que no hay ni rastro de Víctor, que tu cerebro está en plena forma...

—Tengo miedo de volver a estar entre gente normal. Soy un saco de defectos —dijo Laura sin levantar la mirada.

—Los defectos son solo virtudes no valoradas —dijo él.

Ella levantó la vista.

—Vaya, esa frase es digna de Alejandro. —Los ojos se le humedecieron.

—Puede que se me haya pegado algo de él. Lo echo de menos.

—Y yo..., mucho... —murmuró ella. Las lágrimas le llenaron los ojos y le recorrieron las mejillas. Ella las dejó correr.

Se quedaron un rato en silencio. Luego Laura se enjugó las lágrimas y carraspeó.

—Ya no hay niebla, ¿sabes? Mi memoria es transparente y eso me da seguridad, aunque no me guste lo que recuerdo. Pero estoy decidida a rehacer mi vida. Signifique lo que signifique. —Julián la miró a los ojos. De repente sus ojos eran vivos, llameantes. Una mirada que Julián nunca había visto—. El león vuelve a la sabana —dijo con una enorme sonrisa.

—Querrás decir «la leona» —corrigió Julián. Laura parpadeó y los ojos llameantes desaparecieron. La mirada vacía volvió a ocupar su lugar.

—Sí, por supuesto, la leona —dijo con voz neutra.

EPÍLOGO

Columbario

Julián sentía el tibio aire marino de la tarde acariciándole la cara mientras veía cómo el agua del mar se iba oscureciendo. Los atardeceres en el mar de cara a levante no engullen el sol, pero eran los que más le gustaban. Había visto poco más de ocho mil atardeceres como ese y siempre percibía algún matiz diferente. Además, las vistas desde aquel banco de piedra en la cara oeste del cementerio de Montjuïc eran espectaculares. Y aunque más abajo pasaba la ronda Litoral con su interminable desfile de coches entrando y saliendo de Barcelona, el silencio allí arriba era casi total.

Siempre le habían gustado los cementerios. Lugares tranquilos, solitarios y solemnes. Lugares para pensar en la condición efímera de la vida. Observó la lápida que cubría las cenizas de todos los integrantes de la familia Navarro y pensó que debería comenzar a decidir su propio lugar de descanso eterno. La muerte era una imagen desenfocada que iba adquiriendo nitidez cada día que pasaba. Cada evidencia del paso del tiempo se lo recordaba, sus problemas coronarios, su presbicia, su aspecto físico. Incluso la lenta y dolorosa recuperación del accidente. Llevaba una prótesis en la cadera que le daba una infinidad de problemas; los tejidos de un anciano no cicatrizan bien.

—Buenas tardes, señor Pardo —lo saludó Jordi Pregones. Julián dio un respingo y le dedicó una fugaz mirada antes de volver la vista a la lápida de su amigo. El policía se sentó a su lado.

—Buenas tardes, inspector Pregones.

—En realidad soy el comisario Pregones. Me lo comunicaron la semana pasada.

—Enhorabuena —dijo Julián sin mirarlo.

—El Departamento de Interior me ha elegido para el puesto. Soy el primer inspector que es nombrado directamente comisario sin haber sido intendente. Hay mucha gente que no está contenta con la decisión, pero es lo que hay —dijo el policía con una amplia sonrisa.

Julián lo miró fijamente y volvió a clavar la vista en la lápida de Alejandro y su familia.

—Una vez más, enhorabuena —masculló.

Los dos se quedaron en silencio.

—Hoy se cumple un año de su muerte. ¿Está enterrado en ese nicho? —preguntó Jordi Pregones.

—Columbario —dijo Julián.

—¿Perdone?

—Es un columbario. Los nichos para cenizas se llaman columbarios.

Otra vez el silencio.

—¿Sabe? Una persona con su habilidad sería muy útil para el cuerpo. ¿Consideraría unirse a nosotros, formar parte de mi equipo?

Julián lo volvió a mirar fijamente unos segundos. Después cogió las muletas, que estaban apoyadas en el banco y se puso de pie.

—Váyase a la mierda, Pregones —dijo.

Luego se giró para recorrer lentamente la calle Sant Jaume. La oscuridad, que ya reptaba entre los nichos, los pinos y las paredes de piedra del cementerio, lo acompañó hasta la salida. La notaba a sus espaldas, más bien la presentía. Como presentía que, aunque lo desease, aquella no sería la última vez que vería al inspector Pregones.

Escucha aquí la *playlist* Súper Freak Club



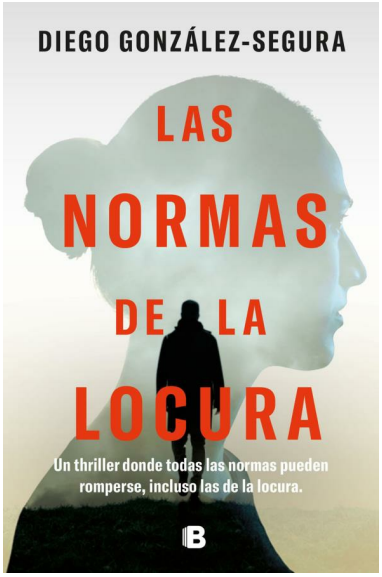
Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Covadonga D’lom, que vio algo especial en esta novela y me ayudó a sacarla a la luz.

También agradezco a Aránzazu Sumalla todos sus buenos consejos y el haberme ayudado a dar mis primeros pasos en el mundo editorial.

Y por último quiero dar las gracias a los tres amores de mi vida: a mi hija Clàudia, por enseñarme el camino que debo seguir, a mi mujer Mari Carme, por ayudarme a entender cómo seguirlo, y a mi hijo Arnau, por mostrarme con qué actitud.

Cuando la ley la dicta la normalidad, ¿cómo sobreviven aquellos que se rigen por las reglas de la locura?



Laura está en peligro: algo siniestro la acosa desde su pasado. Y no puede saber si existe o no porque su mente difumina los contornos de la realidad, invadida por alucinaciones constantes que la envuelven como una telaraña. En compañía de Julián y Alejandro, dos pacientes de las sesiones de terapia a las que ella también asiste para tratar su patología, Laura luchará por escapar de ese peligro que cada vez va haciéndose más real.

Con la crítica al concepto de normalidad como telón de fondo, *Las normas de la locura* es una red donde la realidad, los sueños y las alucinaciones se entretejen en una estremecedora historia de venganza.

Diego González-Segura (1973), nacido en Buenos Aires, criado en la Patagonia y afincado en Barcelona desde los veinticuatro años, es médico experto en farmacología clínica y autor del blog literario *El espacio entre latidos*.

Su curiosidad por el funcionamiento de la mente humana y su pasión por la literatura de suspense han confluido en *Las normas de la locura*, su primera novela.

Primera edición: septiembre de 2023

© 2023, Diego González-Segura
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / © Josep Dols
Fotografía de portada: © Chiara Bellamoli y Miguel Sobreira / Millennium Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7624-3

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las normas de la locura

Prólogo

Capítulo 1. Sesión introductoria

- Juzgar no está bien
- En terapia
- Alejandro
- Julián
- Laura
- El Senglar
- Víctor
- Rizos pelirrojos

Capítulo 2. Sobre el trastorno

- El inspector
- El candado
- El incidente
- Trastornos
- La papelera
- Una posición anónima
- Caza mayor

Capítulo 3. Sobre la sociedad

- La señora Ortega
- La sociedad
- Las normas de la locura

La confesión
Súper Freak Club
Un lugar especial
Una carpeta marrón
Un tubo de aire
Capítulo 4. Sobre la muerte
Langostas
Anillo de casado
Una habilidad útil
Algunos problemas del pasado
Laberinto de espejos
No pertenezco a aquí
Tabaco y ginebra
Amok
Capítulo 5. Sobre el deseo
Ninguna niña
Un modelo de féretro
Una película de detectives
La Casa de Convalecencia
Un refugio
En la misma casilla
Camuflaje
Capítulo 6. Sobre el amor
Mivacurio
Hablándole a una lápida
Apañados
Las relaciones amorosas

Control sobre nada
Polvo flotando en los rayos de sol
Tarántula Goliat
La cría
Capítulo 7. Sobre el dolor
En el País de las Maravillas
El veneno de una tarántula
Los disminuidos siempre la lían
Ninguna estupidez
Tres nombres en una libreta
Araña seda de oro
Una bola de nieve
Capítulo 8. Sobre la amistad
En el mundo de Disney
¿En qué piensas cuando chafas el pan?
Pedir lo imposible
Playa de Aiguaoliva
Seres humanos muertos de miedo
De prodigios y discapacitados
El tesoro de un niño
Una nueva vida I
Capítulo 9. Sobre la esperanza
El otro lado del espejo
Un hilo del que tirar
A la otra punta del mundo
Un lugar seguro
Síndrome de sobreexcitabilidad

Una ocasión especial
Fotograma a fotograma
La línea roja
Capítulo 10. Sobre la incertidumbre
La cuna de la vía
Bella Durmiente
En piloto automático
El valenciano
Cualquier cosa que le pidas
Las bodas en Beirut
Dentro de la casa de la bruja
Capítulo 11. Sobre la lealtad
Dos hermanos
Un móvil rojo
La delgada membrana
El escudero fiel
Un río de arañas
Una investigación expeditiva
Capítulo 12. Sobre la desesperación
En paradero desconocido
Huevos de Atrax
Telarañas en embudo
Una sólida cortina blanca
Estamos todos muertos aquí
Saber cuándo es suficiente
Capítulo 13. Sobre el suicidio
Un agujero negro

La viuda negra
Manual de instrucciones
Una sonrisa desigual
El sueño de los delfines
Capítulo 14. Sobre la locura
Manchas oscuras en el agua
Gritando dentro de la cabeza
Brasas
Un restaurante en Les Panses
Agua sobre las heridas
Películas de zombis
Araña pelícano
Capítulo 15. Sobre Víctor
A kilómetros de distancia
Un lobo solitario
Un duro recuerdo para un recién nacido
El león de la sabana
Dentro del mismo cuerpo
Capitulo 16. Sobre el Renacimiento
Un enorme piso desamueblado
Una imagen en el espejo
La persona más inteligente del mundo
Expiando demonios
Un saco de defectos
Epílogo
Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Diego González-Segura

Créditos